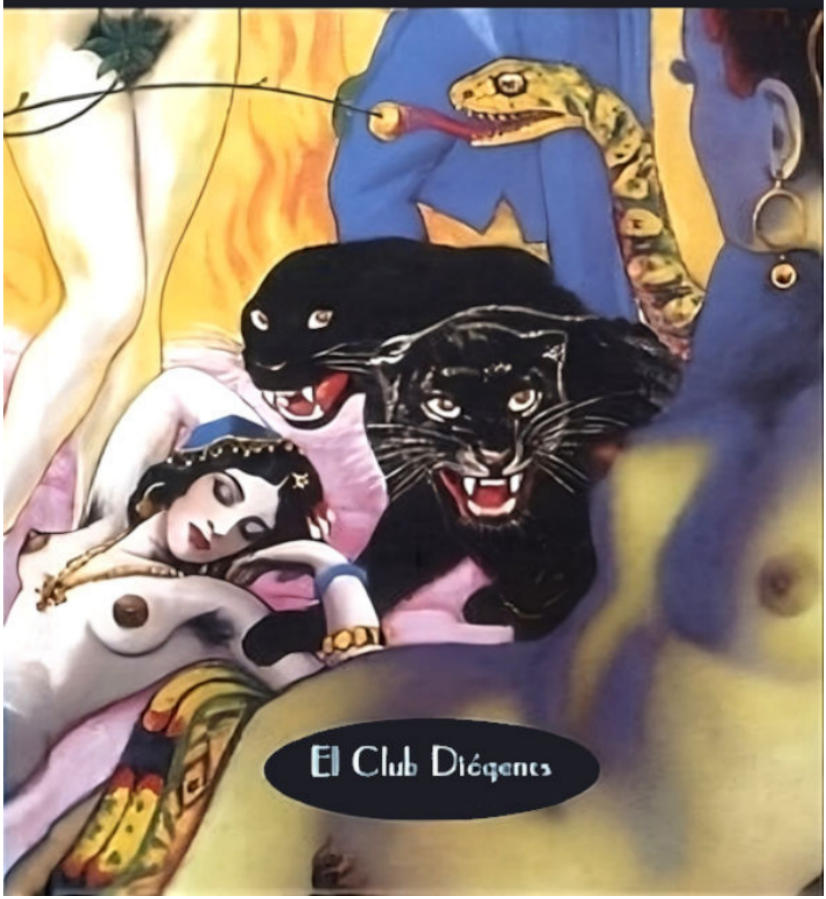
PILAR PEDRAZA

ARCANO TRECE

CUENTOS CRUELES



El Club Diógenes

En este volumen se reúnen una buena cantidad de los cuentos de Pilar Pedraza, 13 relatos cuyo tema central es la muerte (el decimotercer arcano mayor del Tarot), agrupados en tres apartados: *La carreta de las osamentas* (tres relatos que se inscriben en la tradición barroca y gótica), *Eros melancólico* (una serie de siete relatos virulentos, con grandes dosis de humor negro, emparentados con la fantasía macabra clásica al estilo de Bierce y Meyrink), y *La muerte sobre ruedas* (tres historias de ambiente contemporáneo, pero no menos inquietantes). Con una maestría que la convierte en un clásico del fantástico, Pilar Pedraza reelabora los principales mitos del género: el vampiro, la mujer pantera, la aprendiza de bruja, el monstruo de laboratorio, la venta del alma al diablo…

Pilar Pedraza

Arcano trece

Cuentos crueles

ePub r1.0
Titivillus 19.09.2023

Título original: *Arcano trece*
Pilar Pedraza, 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Juan López Gandía

I

LA CARRETA DE LAS OSAMENTAS

MATER TENEBRARUM

EL SEPULTURERO BASTIÁN emergió de la pesadilla que le había atormentado durante las pocas horas en que consiguió dormir la borrachera de la noche anterior, y abrió los ojos a la luz de un día desapacible. Tenía la boca pastosa. Un ardor agrio le subía del vientre a la garganta. Los esfuerzos que hizo por eructar le produjeron un acceso de tos. Al recordar el trabajo abandonado cuando no estaba ni a medias, masculló unas blasfemias que no le procuraron el menor alivio. Estuvo a punto de ceder a la tentación de dar media vuelta y seguir durmiendo, pero una de las voces de su cabeza le dijo que debía terminar de cavar la tumba si no quería que los del primer entierro se encontraran sin hoyo para su muerto. El municipio era tan pobre que no se podía permitir un ayudante para el trabajo más pesado, aunque a veces le echaba una mano a cambio de tabaco el pelirrojo Cándido, el hijo del carbonero, que tenía el demonio en el cuerpo.

Lupo salió a su encuentro meneando la cola. Su lengua babosa colgaba entre los colmillos y jadeaba ahogándose de pasión servil. Dormía en la caseta de las herramientas sobre un montón de sacos vacíos. Todos los lodos del cementerio parecían haberse pegado a su pellejo hirsuto. Tenía en el lomo unas pupas rosadas que no acababan de curársele. Y, lejos de atenuar su fealdad, la ternura de su mirada la acentuaba. Pero era un buen perro. Se unió al sepulturero alegremente bajo la lluvia: ya no se separarían en toda la jornada. Desde que la vejez les hizo alejarse del mundo, sólo se tenían el uno al otro. Les bastaba su mutua compañía y la vecindad de los muertos, que no molestaban, absortos como estaban en rumiar su nada. A lo sumo, roían discretamente las mortajas si Bastián había bebido mucho, o tamborileaban con sus dedos de hueso en la madera del ataúd, pero no para provocar escándalo y que les abrieran sino por juego. Bastián sentía hacia ellos una

inmensa tolerancia.

Cuando se hallaban cerca de la tumba a medio excavar, Lupo agachó las orejas y se echó a temblar, rascando con las patas la tierra fangosa y reculando. Pero Bastián sabía que el animal no era cobarde. Nunca le asustaron los fuegos fatuos de la putrefacción ni el deambular de las almas perdidas en la negrura de las noches sin luna, ni los muchachos que le tiraban piedras cuando merodeaba fuera de los muros del campo santo buscando alivio a sus humores machos en los vientres de las perras. Aquello, sin embargo…

—¡Hostia bendita! Pero, ¿qué es esto?

En la fosa que comenzara a abrir la tarde anterior, antes de estar tan borracho que no veía ni dónde ponía la pala, yacía un bulto oscuro y sospechoso.

—¿Qué diantres hace aquí este muerto? —aunque no había comprobado que se tratara de un cadáver, para él lo era cualquier cuerpo en aquella posición. El mundo de Bastián se componía de los muertos y de los que todavía no lo estaban. Y él los iba plantando, piadoso jardinero, para abonar el universo.

Con el mango de la pala removió el bulto, que se estiró y emitió un gruñido. Del montón de trapos viejos surgieron a la luz cenicienta de la mañana lluviosa una carita flaca y unas manos pequeñas, huesudas, azulencas como la leche aguada, sucias de un lodo rojo. Aquello no era un muerto, tenía dureza pero no rigidez, y por debajo de la blancura azul y malva de frío había transparencias purpúreas que anunciaban la calidez sangrienta de la vida.

—¡Vaya, vaya! ¡Buenos días, chica! —exclamó el hombre de corazón de esparto, con sorna espesa.

Ella se incorporó. Quedó sentada en el fondo del hoyo, mirándole torvamente con sus ojillos verdosos. Era una niña vieja como el mundo, seca y pálida, legañosa. Unas greñas de fuego asomaban entre las arrugas de la gruesa prenda que la cubría, que parecía un capote militar.

—¡Venga, fuera de ahí! Tengo que terminar la sepultura.

Tendió la callosa mano a la chica, que la desdeñó y salió agarrándose como una araña a las tiernas paredes del agujero, en cuyo borde se sentó sin decir nada.

—Anda que no habrás cogido frío y humedad, ni nada, si has dormido en este hoyo.

Ella no abrió la boca. Al cabo de un rato, Lupo, que al principio había gruñido enseñando los colmillos con el hocico remangado, se tendió junto a ella. En sus pupilas brillaban extraños fuegos. Su espíritu de perro viejo trabajaba por primera vez en mucho tiempo, y lo hacía con dolor, pues para él la felicidad había consistido hasta entonces en el cultivo de la apatía. Algo a la vez dulce y amargo le iba calando, deslizándose hasta las fibras más hondas de su entraña canina como un filtro de amor o de muerte, al tiempo que sentía apretarse en torno a su cuello algo que tiraba de él hacia la niña surgida de la tierra.

Bastián comenzó su tarea procurando hacer caso omiso de la pequeña, que no dejaba de mirarle con sus ojillos pitarrosos, cuyas cárdenas ojeras, como huellas de una paliza, parecían a punto de extenderse por el rostro. Tenía la boca grande y sin labios como las culebras, y era graciosa como un gatito, pero había en ella algo turbador, de insecto.

El hombre salió del agujero y se sentó a descansar a su lado.

—No te conozco, chica. ¿No eres de por aquí, verdad? ¿Cómo te llamas? —preguntó mientras mascaba un pedazo de tabaco, mirando al infinito.

—Me llamo Ángela y no soy de ninguna parte. Ahora tengo que irme.

Se levantó y, envuelta en el capote calado por la lluvia, echó a andar sin volver la cabeza. Se deslizaba entre las tumbas y los cipreses como una sombra. Lupo la siguió un rato con los ojos. Cuando estaba a punto de perderla de vista, se levantó y corrió ladrando tras ella con la energía feliz de quien ha encontrado por fin su razón de vivir.

PERO AQUÉL NO ERA UN EMPLEO cómodo. Se andaba mucho y se comía poco. Todo el día estuvieron recorriendo descampados, siguiendo sendas que no parecían llevar a ninguna parte, bordeando muros furtivamente. Lupo echaba de menos la bazofia y los mendrugos que le daba Bastián, el calor de la chimenea y hasta los ruidos que hacían los muertos cuando estiraban los huesos.

Ángela y Lupo avanzaban por calles silenciosas. Todos dormían en la ciudad menos los gatos en celo y una yegua que estaba malpariendo en los barrios del sur. La brisa traía sus lamentos. La

noche hubiera sido hermosa, de haber habido ojos que la miraran. Cuando la luna asomaba entre las nubes, el mundo se volvían gris y negro, cada detalle nítido como en un grabado a buril. Y cuando aparecía en medio de un claro toda entera, estaba pavorosa. Haces de luz blanca se filtraban a través de las copas de los árboles, trazaban en el suelo un encaje cambiante, volvían de mármol los toscos arcos de ladrillo y los brocales de los pozos, y de diamante las lágrimas que rezumaban de las piedras. Sobre el mundo había caído un manto mercurial. No era posible imaginar corazones latiendo bajo aquel gélido velo de platino, ni amor ni miembros cálidos enlazándose en colchones de plumas. Tal vez, sí, cuerpos de nieve temblando de impotente amor entre sábanas crujientes de almidón.

Ángela calculó por los astros si era hora propicia para lo que tramaba. La Estrella de la Amargura se hallaba en el centro exacto de la noche. En la oscuridad el mal se esponjaba, maduro, a punto de caer en las manos como un fruto. Era el momento.

La vieja puerta del pudridero se abrió apenas la hubo empujado con sus manitas. El espectáculo que se ofreció a su vista bajo la luna no le produjo la menor impresión. Estaba acostumbrada. Le eran familiares los cadáveres secos de los ajusticiados que colgaban de las vigas del patio como jamones, los que yacían en el suelo amontonados, los que se apilaban podridos bajo los soportales.

Lupo, creyendo adivinar las intenciones de su nueva ama, se adelantó, arrancó a dentelladas y estirones furiosos la mano izquierda de un muerto, y la depositó a sus pies como una ofrenda.

—¡Será imbécil este chucho! —exclamó la niña en voz baja—. ¡Si no es eso lo que hay que hacer, tonto del haba! ¿Qué prisa tendrás tú?

Lupo, cuya mayor desgracia era entender el lenguaje humano, por lo cual era objeto de desprecio de perros y gatos, sintió algo parecido a la desesperación de un amante vejado por su amiga, aunque ni él ni Ángela sabían de aquello, por ser ambas criaturas poco inclinadas al amor. Pero, en fin, los ojos se le llenaron de lágrimas que arrastraron las legañas hocico abajo, y el corazón se le encogió.

Ella, que no estaba pendiente de los movimientos del ánimo de la bestia, se dirigió con paso decidido hacia uno de los ahorcados.

Se balanceaba, tieso y acartonado en el aire quieto de la noche, porque un pájaro que había anidado en su vientre salió volando al oír pasos. El rostro del cadáver era bello a la luz de la luna; había en él una quietud definitiva.

—Qué bien estáis, muertos cabrones, sin tener que ganaros la vida corriendo de un lado para otro.

Pero al recordar que su padre, encerrado en profundas mazmorras, no tardaría en pertenecer al mismo gremio de los que bailaban al cabo de la soga, se calló por respeto y puso manos a la obra.

Tenía buena dentadura, lástima de los incisivos rotos por un golpe, quizá una pedrada, que también rajó el labio superior. Ángela se puso de puntillas, pero no llegaba. Miró a su alrededor y sólo encontró un sillar desprendido del muro hacía ya tanto tiempo que estaba negro de musgo. Ante el esfuerzo que le aguardaba, dio una patadita de impaciencia.

—¡Maldita sea tu estampa, hijo de puta! —increpó al ahorcado—. ¡Ya podían haberte colgado más abajo!

La piedra era porosa y liviana como un diente cariado, pero para las fuerzas de pájaro de la niña suponía un dolor levantar cualquier cosa que pesara más que los pliegues de su capote. Consiguió arrastrarla, sin embargo, y subiéndose a ella alcanzó la boca del espantajo, al que arrancó varias muelas con tironcillos enérgicos y habilidosos, haciendo caso omiso del hedor que le llegaba del negro agujero y de la lengua azul.

EN EL LIENZO DE PONIENTE de la muralla quedaba en pie un torreón abandonado, en cuyas húmedas ruinas vivía, más sola que la una, la vieja Crisanta, bruja y ensalmadora de poca monta. Había conocido tiempos mejores, pero de tanto empinar el codo perdió muchos de los dones que había recibido de su estirpe de hembras que, de madres a hijas, habían ido pasándose el pacto con Satanás y ratificándolo con una gota de sangre. Si parecía una mendiga, no era por pobreza, sino por la peor de las miserias: la avaricia, que la tenía reconcomida, muerta de hambre y hecha un puro andrajo, aunque se sentara sobre los tesoros que escondía en su nido de urraca.

Recibió a Ángela con un gruñido y la invitó a sentarse a su lado

en un banco frente a la chimenea, donde se consumía un tizón a punto de desplomarse convertido en ceniza. La chica permaneció en pie, sacó un envoltorio de un bolsillo del capote y lo depositó ruidosamente sobre la mesa, diciendo con voz seca de pequeña déspota:

—Te traigo esto, tía Crisanta. A ver qué vale.

Sin volverse a mirarla, la Crisanta removió el fuego con una badila de hierro, los ojos fijos en las brasas que, despabiladas, brillaron un momento como rubíes.

—¿Qué es? —preguntó fingiendo indiferencia.

—Muelas de ahorcado recién cogidas.

—¡Muelas de ahorcado! ¡Ja! —se burló la ensalmadora—. ¿Y cómo sé yo que son de ahorcado y no despojos de barbería?

Ángela no respondió. Crisanta se volvió hacia ella y clavó los ojillos irritados por el polvo en los suyos, que reflejaban en sus aguas verdosas la más pura e inocente maldad. En todos los días de su vida no había visto la vieja ojos como aquéllos. Así susurraban en el sabat que eran los del demonio, pero a ella no se le había concedido verlos. ¿Cómo es que los tenía sin más ni más una pipiola? ¿Qué había hecho para merecerlos? Las miradas de las mujeres, al cruzarse, emponzoñaron el aire hasta el punto de que Lupo levantó la cabeza, alborotado como si venteara un peligro.

—Si yo digo que son de ahorcado —masculló entre dientes la joven, con el rostro pálido de ira y la garganta hinchada—, es que son de ahorcado.

Los ojos se le habían cuajado como piedras. Unas motas oscuras en los iris le pintaban figuras de sapos negros sobre el agua verde.

—No me interesan —replicó la vieja desviando la vista hacia el fuego, apagado de nuevo—. Ando metida ahora en algo grande.

—¿Grande? ¿Cómo de grande? Algún aborto o malquerencia. Más allá de eso, no sé de qué puedes ser tú capaz.

—Una mano de gloria. ¿Acaso tienes tú una mano?

—Hay una suelta en el pudridero de la puerta de la Carne. Si quieres, te la traigo. La arrancó mi perro, pero no sabía yo que sirviera para algo.

—No sirve, chica, no sirve. Necesito una mano fresca, con sangre en las venas, no las mojamas apestosas que tú acostumbras a llevar de un lado para otro.

—¡Fresca! —comentó Ángela con voz de falsete—. ¿Es que es para comérsela o qué?

La vieja le explicó lo que era una mano de gloria y cómo fabricarla. Para empezar necesitaba una mano de ahorcado, pero no como las del pudridero sino reciente.

—¿De hombre o de mujer?

La pregunta de la chica cogió por sorpresa a la ensalmadora. No lo sabía.

—¿No lo trae tu consejero?

Se refería a un libraco que tenía Crisanta, que se llamaba *Universal y magno Elucidario*, herencia de las que le precedieron en el arte y fuente de lo mejor de sus conocimientos. Era tan grande que para acabar de leer una línea tenía que dar un par de pasos ante el atril. Estaba escrito con tinta negra tan corrosiva que se había comido el papel en muchos sitios, y con letra picuda como el demonio.

—Sólo dice mano de ahorcado —respondió la vieja con un suspiro de impaciencia.

—Pues entonces, debe ser de hombre —sentenció la niña—. Es lástima, porque dentro de unos días ahorcarán en la ciudad a la asesina de la carbonera. Esa que mató a sus tres hijos y los escondió entre el carbón en la cocina.

—Se puede probar. No perdemos nada. Con lo que nos den por una mano de gloria salimos de pobres.

—¿Por qué hablas en plural como los obispos?

—Porque me refiero también a ti. Si me ayudas, nos lo partiremos. Yo ya no estoy para trotes por los cementerios, y tú te das buena maña para meterte por sitios difíciles. Venga, chiquita, tráeme una pieza fresca, y no te arrepentirás. No pierdas tiempo con estas porquerías —dijo, enviando las muelas de ahorcado al fuego de un manotazo. Se levantó un humo espeso pero efímero, como de otro mundo o de teatro.

Ángela se había quedado pensativa, con Lupo acurrucado a sus pies. Parecía atenta al ruido del viento que, al estrellarse contra el torreón, aullaba furioso en busca de otros caminos entre los huecos de las piedras y los arbustos espinosos.

ASISTIÓ AL ALBA, confundida entre la multitud, a la ejecución de la

matricida en la plaza del Mercado. Cuando la furia de la tormenta provocada por la salida del ánima condenada dispersó al gentío y sólo quedaron dos guardias vigilando el cadáver, que pendería de la horca un par de días para aviso y escarmiento de malas madres, Ángela se refugió de la lluvia con Lupo en el atrio de la iglesia de santa Justa. Desde allí podía observar cuanto sucediera en el cadalso y sus inmediaciones.

Ni ella misma sabía a ciencia cierta lo que iba a hacer. Contaba vagamente con que por la noche los guardias se emborracharían y acabarían dormidos como cestos. Confiaba en la oscura fuerza que parecía planear sobre la ciudad desde hacía algún tiempo. Enredada en la trama de sus planes, permaneció inmóvil todo el día, acurrucada como una gata. Tenía frío y hambre, y sabía que era inútil quedarse allí mientras hubiera luz, pero la encadenaba una pereza de plomo que había ido apoderándose de ella hasta petrificarla.

Su presencia hizo que la mendiga habitual de la puerta se encogiera en su sitio como si quisiera desaparecer. Era una jovencita rubia, sin brazos y con bellas piernas de equilibrista, un ángel bobo caído de la arquivolta. Al pasar por delante de ella, una beata que salía del templo se detuvo y le arrojó unas monedas en el regazo. La pequeña alzó los ojos cándidos, azules de azul de lirio, y sonrió gentil y agradecida. Ángela, que contemplaba la escena a pocos pasos, lanzó una risita burlona. La vieja huyó despavorida. Por un momento las dos muchachas le habían parecido una, y esa una, el diablo.

Las horas fueron transcurriendo como en los sueños de la fiebre, unas veces lentas y otras tan rápidas que se hubiera dicho que el reloj de la torre se había vuelto loco. Su lengua no sonaba a bronce sino a hierro. La humedad de las piedras se metía en el alma de la niña y, al llegar al corazón helado, se convertía en escarcha. Lupo tiritaba junto a ella.

La larga cabellera de la muerta ondeaba contra el cielo desapacible como una bandera negra. Arrebujados en sus capotes, los guardias daban vueltas sin descuidar la vigilancia, pero cuando llegó esa hora de la noche en que hay un doblez en el tejido del mundo y dejan de regir según qué sentidos y leyes de la naturaleza, se durmieron y Ángela se dispuso a aprovechar su sueño.

Pero se le adelantó una tropa de sombras silenciosas que saliendo de las esquinas de la plaza desembocaron en ella como un río. Rodeando el cadalso, bajaron a la ahorcada sin tardanza. Eran sus familiares, hartos de tanto escándalo. No estaban dispuestos a que la vergüenza se cebara en ellos ni un minuto más. Habían llegado a un acuerdo y se la llevaban. Eso no lo sabía Ángela, que, en su condición de criatura inocente aunque diabólica, del mundo sólo veía el forro y las entrañas pero no los trapicheos de los hombres. Les siguió como una sombra más por el dédalo del barrio noble, que desconocía, pasó por delante de la Casa de las Rocas donde guardaban el elefante regalado por el sultán de Egipto, que barritó al sentir gente. Lupo amagó un ladrido de pánico, cortado en seco por un puntapié de su dueña, que le hizo callar al instante. Luego, cruzaron el río y se dirigieron a los Cigarrales, entraron en la finca, y en la cripta depositaron a la muerta, luego de meterla en un ataúd y de que un cura dijera un responso a todo correr.

Cuando no quedó nadie, Ángela abrió el ataúd, agarró un brazo de la muerta y tiró de él hasta dejar la mano fuera con la muñeca en el filo de la pared de la caja. Algo hubo entonces en el aire, apenas un soplo helado circulando por la humedad oscura y negra de la cripta. Pero la chica estaba acostumbrada a las quejas de las almas que se resisten a dejar definitivamente los cuerpos y al rumor de los jirones de ellas que quedan pegados a la carne. Sabía que no había que prestar atención a esas quimeras, humo de una hoguera apagada y cantos de sirena traídos por el viento desde la región de las sombras. Empuñó muy fuerte con ambas manos la hachuela que le había prestado Crisanta, la alzó tan alta como le fue posible y, reuniendo sus escasas fuerzas, la descargó una y otra vez sobre la rígida muñeca siniestra de la muerta hasta que la mano se desprendió. Buscó entonces a tientas con las suyas hasta encontrarla, y la metió en un bolsillo de su capote.

Entonces un chirrido espeluznante puso de punta los pelos de Lupo. La puerta se abrió de golpe. Sobre su hueco, recortándose en la palidez del cielo que empezaba a teñirse de rosa, apareció una figura alta, blanca. De su boca chorreaba algo oscuro y las manos como garras se abrían y se cerraban como las de un autómata. Ángela apretó la mano de la asesina dentro de su bolsillo y tragó saliva. Al susto estaba sucediendo la admiración. Porque empezaba

a darse cuenta de quién era aquella dama, que a su vez la miraba con alivio.

—Señora…

—Ni señora ni nada. Ya está bien por hoy. ¿Es que no voy a poder estar tranquila ni en mi casa?

Husmeó.

—Aquí ha habido gente.

—Sí, señora. Han traído a enterrar a la ahorcada sus familiares, robándola del cadalso. La han dejado en ese ataúd.

—¿Y tú qué pintas aquí?

—He venido a por una mano para hacer un hechizo.

—Pues, anda, si has terminado, lárgate.

Vampira que vuelve a su morada, qué poco le gusta hallarla ocupada, recordó Ángela de una canción de su niñez.

—BIEN, HIJA, BIEN. Puede aprovecharse. Todavía no está muy estropeada —dijo Crisanta palpando el lívido despojo y apretando la horrenda herida con dedos expertos. Los ojillos le brillaban de satisfacción y empecinamiento—. A esta fulana —comentó— deberían haberle hecho una lectura a tiempo. Bien se ve por estas rayas que tenía que acabar mal —y las reseguía con el índice en la carne muerta—. Parecen patas de mosca. Ahora hay que hacer la salmuera de gloria.

—¿Y cómo? —preguntó Ángela.

—La salmuera de gloria —dijo la vieja lenta y solemnemente, como si leyera—, se hace con sal, salitre y pimienta, y una pizca de pólvora si se tiene, todo ello junto y revuelto. En ella se mete la mano en una ollita de barro y allí se deja quince noches. Lo pone en el libro.

La bruja llevó a cabo sus manejos en presencia de la pequeña, que no perdía detalle. Sorbía sus conocimientos con la fría avidez del discípulo que sabe que traicionará al maestro y no siente escrúpulos ni prevé remordimientos.

—Mira qué hermosura, hijita —dijo la Crisanta con entusiasmo lelo cuando se cumplió el plazo de la salazón—. Seca y limpia, que ni parece de cadáver. Como mano de virgen de altar.

Asintió Ángela con seriedad aunque aquel guiñapo le recordaba más bien una pata de gallina.

—Se le han roto las uñas —apuntó.

—¿Y qué? —replicó la otra, picada—. No importa. Ahora sólo falta darle un unto y quedará lista para arder durante horas.

—¿Con qué se hace el unto, abuela?

—Con grasa de ahorcado o de gato, lo mismo da. Nosotras usaremos la de gato. Hay mujeres que tienen reparos en matar gatos porque piensan que son guardianes del hogar, pero yo no tengo esos escrúpulos ni creo en supersticiones. Los gatos son gatos, nada pueden contra nosotras.

—¿Cuál conviene matar? ¿Uno negro? ¿O el rubio, que tendrá más manteca que ninguno, con esa panza de castrado que le cuelga hasta el suelo?

—No ha de ser castrado —dijo la vieja—. La grasa de gato capón es fácil de conseguir, porque se dejan degollar sin defenderse, pero tiene menos virtud que la de los machos enteros. Ve a ver si encuentras al rayadito de los ojos amarillos. Estará durmiendo al sol en los escalones.

Lupo salió con ella al esplendor de la mañana azul. En seguida encontraron al gato, hecho un ovillo entre dos piedras. Se despertó al oírles, les lanzó una soñolienta mirada de oro y bostezó, dejando ver los lindos dientes de fiera en miniatura.

—Anda, chucho, gánate la pitanza.

El perro obedeció al punto. Luego de una breve refriega llena de ruido y furia, de la que salió ensangrentado, depositó a los pies de su ama la tierna presa palpitante.

ÁNGELA FUE LEYENDO con no poco trabajo el *Elucidario* a hurtadillas en las ausencias de la ensalmadora, cuando se quedaba sola en el torreón pretextando cansancio o los dolores del menstruo, que le vino por primera vez el día en que hizo que Lupo matara al gato para sacarle la grasa. Supo por el libro que la mano de gloria era un instrumento usado por los ladrones en sus correrías, pues su virtud consistía en hacer caer en un sueño profundísimo a todos los habitantes de cualquier casa, señores y criados, y abrir todas las puertas y cerraduras mientras los dedos del despojo estuvieran ardiendo como velas. Fantaseaba sobre lo que podría conseguir ella misma con ayuda de la mano que preparaba la Crisanta, y soñaba con apoderarse del libro. Contenía otros muchos secretos preciosos

y le sería útil para abrirse camino en la vida y pasar de carroñerilla a dominadora. Pero antes de que hubiera tenido ocasión de poner en práctica los planes que urdía en su imaginación para hacerse con aquellos tesoros, se presentaron los que habían encargado el talismán.

Vinieron envueltos en una nube de polvo, dos hombres y una mujer. Ellos entraron en la casa, pero la dama permaneció en su montura, la cabeza cubierta con un sombrero negro de alas tan anchas que no dejaban ver más que el fulgor de unos ojos como brasas y la punta de una nariz arrogante. Vestía de negro y verde, un traje sucio, elegante y que realzaba su apostura. Debía de ser muy joven y soberbia.

La Crisanta sacó de una quesera de cristal fino, donde la tenía guardada, la tiesa mano de la muerta y, colocándola en la mesa sobre un lienzo, la mostró a sus clientes, encareciendo mucho sus virtudes y los afanes que le había costado conseguirla.

Pero uno de ellos, el más joven y pendenciero, de una manotada tiró quesera y carroña al suelo, donde se estrellaron con ruido de cristal roto.

—¿Te ha costado mucho conseguir esa piltrafa, madrecita? ¿Y para eso nos has hecho venir?

—Pues, ¿qué pasa? ¡Sabrás tú ahora más que yo de cómo se han de hacer estas cosas!

—De hacer no te diré, pero que ésta es mano de hembra no me lo vas a negar. Eres una gandula y una inútil.

Y para que vieran que de ellos no se reía nadie, y también para escarmiento de brujas ineptas, cortaron a la Crisanta el dedo meñique de la mano izquierda y se lo llevaron diciendo que era un buen talismán contra las estafas de las viejas chochas. La niña y el perro temblaron al oír la risa de la joven del sombrero negro.

—Ya lo decía yo —canturreaba una y otra vez Ángela mientras la vieja, aullando de dolor, se aplicaba emplastos a la herida.

Tras mascar unas hojas de beleño, cayó en un semisueño. Parecía muy aliviada. Antes de perder la conciencia, dijo a la niña:

—Lárgate de aquí. Desde que merodeas por esta casa no tengo más que disgustos. Quiero estar sola.

Ángela cogió el portante y, seguida por Lupo, se encaminó hacia el cementerio de santa Rufina, el más cercano, en busca de

acomodo para pasar la noche en el panteón de los Mira Valdesúa, que se abría con facilidad, pero luego lo pensó mejor y apretó el paso hacia los Cigarrales. Sentía un deseo irrefrenable de ver de nuevo a la habitante de la cripta. Además, como ésta no regresaría hasta el alba, tenía tiempo de dormir un buen rato.

Allí, escondida entre dos féretros viejos, asistió a una conversación tan amena como instructiva entre las dos mujeres, que se habían hecho amigas. La vampira chorreaba sangre, la otra era un fantasma melancólico y manco. Cuando los monstruos se hubieron marchado a sus quehaceres nocturnos, se echó en el ataúd de la infanticida, que por ser nuevo era el más cómodo, y durmió hasta el alba divinamente.

Esa noche Ángela concibió la idea de que se haría con una mano de ahorcado macho y la usaría para salir de la miseria.

LA TORMENTA RUGÍA envolviendo al torreón en rayos y truenos. El humo de la chimenea parecía endemoniado: entraba en vez de salir. Sombras que la luz de los candiles no justificaba, danzaban en los muros. Ángela había dejado lo que estaba haciendo y las contemplaba con el ceño fruncido como si encontrara alguna tacha en sus movimientos. El cráneo que estaba puliendo con un trozo de ágata descansaba abandonado en su regazo. Lupo lo husmeaba de vez en cuando con desgana.

De pronto la Crisanta se apoyó de riñones en la pila del fregadero, llevándose las manos al pecho. Se estaba poniendo azul. Cuando cayó al suelo emitiendo terribles ronquidos, Ángela estuvo a punto de echar a correr. Había que escapar de allí porque si aquella guarra se moría, seguro que el demonio venía a por su alma, y no quería estar presente cuando eso sucediera.

—¡Ayúdame! —jadeó la vieja—. ¡Ayúdame o te maldigo con el último suspiro!

Lupo se había refugiado temblando en un rincón. Por la chimenea se colaba un viento sibilante que además del humo esparcía por la estancia las cenizas del hogar. Los lívidos relámpagos encendían y apagaban la luz del mundo. Con cada trueno parecía venirse abajo el torreón. Ángela arrastró el cuerpo de la anciana hasta la alcoba, tirando de sus pies. Le costó un esfuerzo doloroso alzarla a puñados y meterla en la cama. Cuando lo hubo

logrado, permaneció un rato sentada en el suelo sin moverse, recobrando el aliento, mientras la vieja resoplaba en un puro estertor.

—¡El pacto! ¡Hay que deshacer el pacto! —exclamó de repente con una voz que no parecía la suya, alargando una mano hacia la chica. Ángela se incorporó y se acercó a ella. Ambas estaban aterradas—. En el cajón de la cómoda… el pergamino… sácalo y quémalo, y ayúdame a hacer el acto de contrición.

En aquel mueble, enorme como un panteón, desvencijado y cojo, había toda clase de cachivaches mezclados con finísimas piezas de ropa blanca, cubiertos de plata y objetos de valor. Ángela escarbó frenética hasta dar con un rollo atado con una cinta negra. Su excitación era tal que no se dio cuenta de que se había pinchado con el diente de un tenedor. Una gota de sangre manchó el pergamino.

Lo más pesado, se dijo, iba a ser cargar con el *Elucidario*, porque de lo demás sólo pensaba coger las cosas de mayor precio, que eran menudas. Primero tuvo intención de meterlo todo en un saco, pero luego consideró que si usaba para hacer el paquete una riquísima colcha de damasco que había visto en las profundidades de la cómoda, mataría dos pájaros de un tiro, así que la sacó del cajón y la extendió en el suelo.

—Pero, hija, ¿qué haces? —preguntó la vieja incorporándose de nuevo, con voz firme y clara, poco acorde con su condición de agonizante.

La pequeña no respondió. Metió medio cuerpo debajo de la cama y arrastró hacia fuera un cofrecillo, que depositó en el centro de la colcha.

—Eso, ni hablar —gritó la Crisanta muy alborotada—. ¡Me ha costado toda la vida conseguirlo!

—¡Calla ya, abuela, que te vas a poner peor! ¿Qué más te da? Ya no te servirá de nada… Más vale que me lo lleve yo, que a fin de cuentas he sido quien te ha cuidado…

—¿Me enterrarás al menos? Mira que si me dejas aquí, me pudriré y el ánima se me enconará y te traeré perjuicios y…

—Que sí, mujer. Estate tranquila.

Pero cuando la vieja exhaló el último suspiro, parecido a un eructo, y se quedó quieta definitivamente, Ángela no pensó ya más

que en ahuecar el ala cuanto antes. Terminó de hacer el hatillo con la colcha, metió en él el libro, y salió del torreón arrastrándolo como arrastra la hormiga su botín contra viento y marea.

AUNQUE YA NO TENÍA NECESIDAD de arrancar muelas a los muertos para ganarse unos reales, la riqueza no se le subió a la cabeza a Ángela ni le hizo abandonar sus costumbres ni su oficio. Estudiaba el *Elucidario* con afán día y noche, hasta que la cabeza le estallaba y los ojos se le llenaban de arenilla. Había cosas que no entendía, pero hizo muchos progresos. Y cuando ajusticiaron a Pedro Madruga, del que se decía que era su propio padre, se vio ante una ocasión que ni pintada para hacerse con una buena mano con que fabricar un talismán poderoso y macho. Esta vez no iba a malvendérselo a señoritos, como hacía la Crisanta con sus trabajos. Lo usaría ella misma en su propio provecho. Así que se sirvió de toda su astucia, paciencia y facilidad para escurrirse por las grietas como los lagartos, hasta lograr apoderarse de aquel miembro magnífico, fuerte como perteneciente a un hijo del pueblo y al mismo tiempo de piel suave como la seda por no haber trabajado en los oficios rudos y viles que estropean el cuerpo y el alma. Y comenzó su adobo en la salmuera de gloria.

Al mismo tiempo, supo por el *Elucidario* que dejar sin enterrar el cadáver de una ensalmadora traía mala suerte. Al recordar que el de la Crisanta se pudría insepulto en el torreón, sintió que un gran frío le subía del vientre a la garganta al tiempo que la frente se le perlaba de sudor.

—Eso son cosas de viento y humo, ¿verdad, chucho? —pero esta vez Lupo no le dio la razón. El libro no mentía.

—Bueno, aunque así sea —dijo ella, que leía sus pensamientos por ser ella misma quien los inventaba—. Ya quemé el pacto de la vieja con Pedro Botero, y con eso salió de la nómina de las ensalmadoras. Lo mismo da haberla enterrado que no.

Pero, no pudiendo engañarse con aquel argumento, finalmente decidió regresar al bastión y ocuparse del cadáver. Y una noche salió con Lupo del molino del río, tomó el áspero camino de las murallas y salvó el foso por la parte de poniente, trepando por el terraplén cubierto de ortigas, que castigaron cruelmente su osadía rompiendo en su piel las cápsulas cristalinas de su veneno como se

rompen las lágrimas boloñesas en Carnaval. El viejo chucho ya no estaba para aventuras. Se le cortaba el resuello en la subida, pero seguía a su dueña, incansable. El cáncer del amor había crecido hasta apoderarse por completo de su corazón, convirtiéndole en un viscoso emblema de la fidelidad.

Ángela tenía miedo. Había aprendido en el libro que el odio de los muertos era una ponzoña peor que el veneno de las víboras. Se había provisto de un crucifijo y de ramitas de espino albar, que es buen remedio contra los espíritus sedientos de sangre. Llevaba al cuello una gargantilla de plata con un zafiro robado a la Crisanta, y una higa de azabache que le regaló un peregrino a cambio de permitirle palpar la naciente turgencia de sus pechos de perra. Pero el espanto de la noche serena era tan grande que inundaba su espíritu, abriendo en él las llagas que no tienen cura.

El torreón se alzaba en medio de un océano de silencio, envuelto en el perfume de la higuera salvaje que crecía en el foso alimentada con la putrefacción del cadáver de una gran bestia despeñada. Ángela se extrañó de que no saliera humo de lo alto del bastión como antes, cuando la vieja mantenía encendido el fuego del hogar. La puerta no estaba cerrada ni abierta: ya no era más que una madera reseca, juguete del viento. Tanteó por la mesa en busca del candil, pero su mano sólo halló polvo y unos objetos pequeños y secos. Finalmente dio con un cabo de vela. Lo encendió y lo fijó con lágrimas de cera a la sucia tabla. En el hueco de la puerta que comunicaba con la alcoba de la vieja creyó ver unos ojos como carbones que la espiaban malévolos.

—Aquí no huele a muerto —dijo en voz alta, y Lupo le agradeció la información, porque ya ni olfato le quedaba.

En la alcoba no había nada. Ni cama, ni muerta, ni cómoda ni baúl. Sólo las paredes desnudas, que comenzaban a desmoronarse por efecto de la humedad y el abandono.

Al calor de la noche empezaba a sucederle el frescor del alba. La pequeña tiritaba apoyada en la jamba de la puerta, mirando como loca la habitación vacía, sólo habitada por ecos desapacibles.

UN DÍA LA MANO DE GLORIA estuvo lista. Grande, bien curtida, brillante de sebo, sus dedos parecían velas capaces de arder durante largo tiempo. Le fabricó una peanita para poder plantarla sobre la

muñeca como un candelabro de cinco brazos. Sentía que aquella mano la amaba, podía imaginarla acariciándole la cabeza o dándole palmaditas en el hombro. Le hacía compañía. Recordó que una vez se había encontrado con Madruga en una encrucijada, y el bandido le regaló un puñado de nueces y le habló con cariño, llamándole hija. Pero no sabía si había sido en sueños o en la realidad.

Eligió como víctima a una usurera llamada Catuja, que era rica como una reina. Decían que tenía grandes tesoros, guardados con ayuda de tres mastines muy fieros. Nadie se acercaba a su casa sin ser invitado. A un buhonero que lo intentó, se lo comieron en los escalones de la entrada.

Llegó el día recomendado por los astros. La pequeña había cogido un saco para el botín y llevaba en un bolsillo del capote la mano de gloria. Había pensado dejar a Lupo encerrado para que no la molestara, pero el chucho era obstinado. Se pegó a ella, asumió el porte de un lebrel para disimular que tenía los pulmones destrozados, que apenas veía, que se mantenía con vida a fuerza de voluntad. Lo llevó consigo, no por lástima sino por costumbre.

No había el menor soplo de viento. Pudo encender el talismán al aire libre delante de la puerta del jardín. Era como si la mano de Madruga estuviera impaciente por entrar en acción. Las uñas ardieron con alegre chisporroteo, elevándose de ellas cinco llamitas perfectas, serenas, cuya luz de oro azul primero y luego anaranjada infundió confianza en su ánimo. Apenas esa luz hubo empezado a brillar, se abrió sin ruido, como recién aceitada, la verja del jardín de la Catuja. Era una maraña de plantas confusas, que parecían tener la vida en el centro como los animales y no desparramada por células y fibras. Rosales y ortigas se abrazaban. En un arriate de lirios crecía un arbusto de adelfas venenosas. Al fondo se alzaba la casa, muda y sin luces como un panteón.

Al oír ruido de pasos en la gravilla del sendero, acudieron los mastines. Eran enormes y tan parecidos entre sí que se diría que sólo había uno que se multiplicaba inexplicablemente, como un Cancerbero desdoblado más allá de las cabezas. En la oscuridad brillaban sus ojos, sus colmillos carniceros, sus babas. Pero cuando Ángela tendió hacia ellos la mano encendida que empuñaba entre las suyas, se echaron al suelo, soñolientos. Lupo, que se había aterrado al verlos acercarse, se quedó quieto con las orejas tiesas,

mirándolos incrédulo. Luego se acercó a ellos con mucha cautela, con movimientos más de gato que de perro y, viéndolos tan mansos, se atrevió a encarárseles y les mostró los dientes gruñendo.

Negra como la noche gracias al capote y ligera como un soplo, Ángela se dirigió a la puerta de la casa. Los perros la siguieron, moviendo las colas. Y también esta vez el oscuro batiente se abrió sin ruido, lento y solemne, dejando franco el paso hacia las sombras del atrio. Todo estaba en perfecta calma y en tinieblas. Alumbrándose sólo con la claridad de la mano de su padre el bandido, subió por la escalera a las habitaciones del piso superior, donde estaba la alcoba de la Catuja.

Es malo dejar pudrirse a una ensalmadora en soledad, sonó un eco en la cabeza de la niña. No podía permitirse tener miedo, pero el miedo llega cuando quiere. Había entrado en la casa como una brisa y estaba en su corazón y en sus piernas. Lupo también lo sentía. Temblaba y recelaba de los otros perros, aunque seguían mansos y se comportaban con Ángela como tiernas mascotas.

La puerta de la vieja usurera se abrió, al principio tan lentamente que Ángela temió que el talismán estuviera fallando. Pero acabó abriéndose de par en par, dejando ver la inmensa estancia, que parecía, por el tamaño, un desván o un granero. Ardían en ella docenas de velas, cuya luz arrancaba destellos a los objetos que había sobre los muebles. En una pared rugosa y desconchada colgaban del techo al suelo muchos espejos que pedían a gritos volver a reflejar escenas de baile en salones palaciegos, y cuadros y tapices apagados por el polvo, en los que brillaban los hilos de oro y se ennegrecían los de plata. Sobre un aparador había un cofrecillo con el aspecto de contener joyas.

La Catuja dormía en una cama entre jergón y nido. Se hubiera dicho que estaba muerta de no ser por su respiración que, sin llegar al ronquido, era un resoplido feliz. Debía de estar soñando con algo grato, porque en su rostro se reflejaba una alegría que venía de dentro.

Ángela había colocado la mano de gloria sobre un velador y tomó entre las suyas el cofre. Era pequeño pero muy pesado. Cuando lo abrió, quedó deslumbrada. A la luz de los dedos de Madruga centelleaban diamantes como gotas de lluvia heridas por el sol y un sangriento collar de rubíes. *Vamos, no te encantes*

ahora, dijo una voz de hombre, y otra: *no tengas prisa, rapaza, bastante tuviste cuando dejaste a la ensalmadora insepulta*. La niña miró a su alrededor. No sabía qué coger. Todo estaba a su alcance y todo la tentaba. Los dedos del talismán se habían consumido hasta la mitad. *Hay tiempo*. Pero cuando estaba metiendo en el saco un puñado de hermosos collares sin valor que había encontrado en un cajón, oyó un estrépito a su espalda. Lupo había tropezado con la mesita que servía de pedestal a la mano, que había caído al suelo. *Mala, muy mala cosa*. Tres dedos se habían apagado, y en los otros dos las llamitas agonizaban. No tardaron en extinguirse.

De pronto, los mastines recobraron su ferocidad. Como si salieran de un sueño, se sacudieron, se desperezaron y se volvieron fieras. Sus ladridos despertaron a toda la casa. La Catuja se incorporó en su lecho como impulsada por un resorte, gritando:

—¡Ladrones, ladrones, ladrones!

Comenzó la caza.

Lupo y la niña volaron por los corredores, bajaron escaleras como una exhalación, cruzaron el vestíbulo, salieron al jardín como en un sueño. Llevaban prendidos de sus cuerpos a los mastines. Sentían sus colmillos desgarrando la carne, triturando los huesos. En la noche, dulce de sangre y ruidosa, como de fiesta, se oyeron gritos y se encendieron luces. Las espinas de los rosales se enganchaban en los vuelos del capote, los pies tropezaban con las patas, las manos zarandearon desesperadamente la verja del jardín hasta lograr abrirla.

Jamás había podido nadie atrapar a Ángela, que sabía cómo escurrirse por los intersticios como una viborilla y conocía todos los laberintos de la ciudad. Aunque ahora estaba herida, tampoco iban a conseguirlo. Se ocultó en un portal. Bajó por escaleras a sótanos olvidados, se deslizó como una rata, tosiendo espuma de sangre, por pasadizos húmedos, luego por túneles, por cloacas, hasta salir a la superficie, muy lejos.

Al hallarse de nuevo bajo los astros en la noche serena, sin gritos ni alboroto ni más peligro ya que el de la muerte que anidaba en sus heridas, suspiró aliviada. Lupo la había seguido. Le faltaba una oreja, cojeaba tanto que más bien se arrastraba sobre el vientre. Estaba negro de sangre a la luz de la luna. *Cuánta sangre cuesta*

llegar hasta el final.

—Maldito chucho de mierda… —murmuró ella con algo vibrando en la voz, quizá un poco de ternura.

Lo que brillaba enfrente como una cinta blanca no era el río sino la tapia del cementerio.

—¡Hay que ver! ¡Siempre venimos a parar aquí!

CUANDO BASTIÁN SE ACERCÓ por la mañana a la fosa que había dejado cavada a medias la tarde anterior, supo que algo ocurría. No fue mero presentimiento: un reguero de sangre, saliendo de un arbusto, iba a parar al hoyo.

—¡Joder! Ahora los muertos vienen por su propio pie y se meten solitos en el agujero —dijo en voz alta para aliviarse del súbito pavor que le había invadido.

Se asomó y echó una temerosa ojeada: de momento, no quería percibir demasiados detalles de lo que hubiera allí, sólo hacerse una idea del conjunto. Lo primero que vio fue un arrugado capote oscuro que le resultó familiar. Olvidó la sangre y se sintió mejor.

—¡Eh, chica! ¿Otra vez durmiendo de gorra en mi posada?

Ella no se movió. Tampoco el bulto deforme y sucio que yacía, acurrucado, en su regazo.

—¡Ay, Lupo, perro chocho y cabrón! ¡Ya sabía yo que no te iban a ir bien las cosas ahí fuera! ¿Qué necesidad tenías de pasar penalidades, a tus años?

Y aunque la prudencia no se lo aconsejaba, lleno de tierra la fosa, plantó encima un rosal blanco y guardó aquel pequeño secreto en su viejo corazón.

TRISTES AYES DEL ÁGUILA MEJICANA

REINABA EN LA BIBLIOTECA el sopor del mediodía, cuando acechan los sutiles demonios que algunos llaman «damas». Agotado por una investigación tan árida como el polvillo que se expande, venenoso, desde el podrido corazón de los legajos, Rafael se ensimisma, se interna y desciende lentamente, en espiral, por escaleras interiores cada vez más sombrías, que le conducen a los teatros donde yacen las máscaras dispersas esperando que lleguen los actores; y baja más aún, a las regiones nebulosas de la muerte, embriagado por el olor acre del libro que sostiene abierto entre las manos, del que han caído sobre su regazo partículas del papel apolillado como migajas de un festín. *Tristes Ayes del Águila Mejicana. Reales Exequias de la Serenísima Doña María Amalia de Sajonia, Reina de las Españas*, reza el título en grandes letras contrahechas. Alguien ha amputado la lámina central con una hoja de afeitar, dejando en el margen la repulsiva huella de la mutilación.

El espíritu de Rafael continua su vuelo descendente mientras su cuerpo cabecea y el libro está a punto de caer al suelo. En una zona incierta, planea por un instante entre el vértigo y el temor a haber perdido el norte, cuando ve con alivio abrirse ante él o por debajo el solanero de una plaza blanca y amarilla, donde se afanan acarreando objetos muchos hombres de pelo negro que van entrando, procesión de hormigas, en una iglesia grande, del color del pan bajo la luz de la mañana madura. Ya resuelto a instalarse en ese punto a contemplar lo que se ofrezca, y libre del temor a una visión demasiado cercana que pudiera dañarle, les sigue.

En la penumbra de las naves, que no huelen a incienso sino a maíz y sudor moreno, asiste al rebullir de sus trabajos, supervisados por hombres pálidos, duros y pequeños, vestidos de negro. Están alzando una gran fábrica de oropel, lienzo y cartón, que finge ser de

mármol rosa. Algunos pintan cartelones de emblemas como piadosos naipes y otros apilan hachas de cera y cirios que luego añadirán al monumento, pira de mera luz que arderá sin quemarse, como las ánimas del purgatorio y no como los cuerpos de los héroes antiguos. Pero —piensa el comisario de las honras, varón comido por la melancolía— qué sabe aquella gente; cómo hacer comprender a los salvajes las infinitas sutilezas del pensamiento acumuladas por los hombres durante siglos y atesoradas en libros que son incapaces de leer porque su naturaleza no está hecha para esos menesteres. En tales circunstancias, sólo cabe erigir algo que, sin dispendio, resulte grande y de aire fastuoso, para no tener que mentir demasiado en el libro que lo narre —que él mismo ha de escribir—, y allá, al otro lado del mar, si es que la nao que lo transporta no se hunde, den el visto bueno a lo que se hace en estos infiernos del extremo occidente. Qué sabrán ellos, qué sabrá nadie, ni los de aquí ni los de allá, lo que es esto, multiplicar cada día los panes y los peces mientras vienen y van riquezas fantasmales sin detener su tráfago para dar algún fruto a estos vástagos encanijados.

Los hombres revestidos con ropones negros y pelucas discuten agriamente si poner en los rótulos Amelia o Amalia, y si resulta decoroso comparar con el rosicler de la Aurora el color de las mejillas de la fallecida, que a estas horas deben de ser ya un sueño nostálgico hasta para la gusanera. El comisario dice que eso debería estar ya decidido y que van retrasados. Luego increpa a un tal Pedro, jefe de la indiada. Le ordena bajar un poco más un cortinón morado. Pedro le mira con dulce brillo de sangre en los ojos retintos y asiente sonriendo. A él qué más le da, lo que quiere es terminar cuanto antes de colgar esos terciopelos enormes, apolillados, percudidos de polvo, que le dañan los pulmones. Apremia a sus hombres. Sabe cuanto hay que saber sobre la prisa inútil de sus amos, así revienten, y procura administrarla con la menor fatiga posible para sí y los suyos.

RAFAEL SE CANSA EN SEGUIDA de espiar estos trajines carentes de entusiasmo, que ya conoce por el propio libro, y, descendiendo un escalón en la quimera, se interna temerario en una zona ignota, en la que ya ni el libro puede servirle de guía.

Cerca de la plaza hay un convento de frailes barbudos que no

parecen tan apurados como los anteriores sino llenos de diversión y santo júbilo ante una idea que acaba de ocurrírseles. Expertos en funebrias, no conocen el miedo ni el respeto a la fosa. Para ellos la muerte no es nada, y eso da derecho al juego y la ironía. Algo grandioso hay en el espíritu del prior, que se llama Rafael, como el Rafael de la biblioteca y se le parece, pero con una barba que le llega a la cintura, en la que anidan algunos piojos, que se entretiene en aplastar entre sus largas uñas como quien pasa las cuentas de un rosario. Su cabeza febril ha parido para la ocasión un invento mejor que un catafalco de madera y cartones. Consulta y cuchichea con los más conspicuos miembros de su comunidad alucinada, que se siente feliz en aquel mundo, Eldorado negro y silencioso, blanco y negro, de hueso y luto, de sangre coagulada sobre las piedras eternas de los dioses. Todos asienten maravillados menos un anciano, que pone algún reparo, no por estar en desacuerdo con la idea, que también aplaude, sino porque teme que la incomprensión desate contra ellos iras y represalias. Pero el padre Amador, brillantes los ojos con el fuego de la fiebre y de una determinación inquebrantable, da por terminado el cónclave, imparte órdenes y todo el convento pone manos a la obra, ayudado por indios risueños y sombríos, desnudos bajo el vestido, cuyo jefe también se llama Pedro, porque en el mundo que visita esa tarde Rafael las cosas se repiten en virtud de la economía del sueño y el rigor de la pesadilla.

Todo el día y la noche duran los trabajos en el cementerio de la parroquia, todo el día y la noche, a la luz de las teas, tiene lugar sin tregua una orgía de trabajo que es a la vez pasatiempo y plegaria. Comentarios atroces de los hombres morenos se mezclan con las risitas pías de los padres barbudos, cuyas mejillas de pálido leño se arrebolan con el esfuerzo y sus miembros sudan un sudor de amante. Los brazos remangados levantan losas, separan cruces que ya casi echaban raíces en el suelo, y arrancan a la tierra sin cuidado sus juguetes, sus semillas, sus hijos, su alimento. Van saliendo los muertos y las muertas, enteros o a pedazos, son apilados al borde de las tumbas y luego acarreados por los indios al lugar donde los frailes descarnan, lavan, limpian, pulen con estopa, clasifican, separan, raspan, dan brillo con cera hasta volver delicado marfil el hueso más inmundo —los perros del convento husmean extrañados los residuos, pero no los tocan. Pronto hay pilas de hermosas

calaveras, montoncillos de falanges y vértebras, hileras de esternones; ni las uñas se desaprovechan, pues limpias y pulidas son como escamas de nácar. Algunos diseñan las arquitecturas que darán forma a aquellos materiales. Y otros aún han entrado en la iglesia y sacan de la urna donde duerme la joya que hace de su templo el más concurrido y fuente de perenne envidia en la vasta región.

Es la momia hermosísima de una india, ablandada por ellos mismos o sus antecesores con ungüentos que saben destilar en su botica, vestida de raso azul y blanco, y enjoyada. Sustituyeron las trenzas maltratadas por la muerte por una cabellera de crin negra de yegua, dispuesta con tal arte que incitaba a la caricia. Y la llamaron Santa Victoria. Descansa en su urna de cristal como la Bella Durmiente, piensa el Rafael de la biblioteca al crearla en el teatro de su fantasía, construyéndola con elementos del recuerdo. En el frenesí de su libertinaje secreto y circunspecto, él mismo la maquilla de blanco con suaves polvos de arroz, donados por una alta dama que juega a ocultar un origen mestizo bajo el velo blanco y rosa del maquillaje, sin preocuparse por el hecho de que sus ojos de carbón delaten la oscuridad de su árbol genealógico. Y la viste con las tocas y el manto de la virgen del altar, que al efecto han desnudado los frailes. Luego la guardan —espantoso, roído de carcoma y habitado por larvas— en un arcón, piadosamente cubierta con un mantel litúrgico. Ésa es la maravilla que ha de culminar la obra, la piedra filosofal, el cuerpo filosófico que reinará en lugar de la reina sobre el montón de huesos.

EL ÉXITO POPULAR de las exequias de María Amalia en la iglesia de los capuchinos fue incomparablemente mayor que el de las celebradas en la propia catedral en presencia de la flor y nata neoespañola. Como un reguero de pólvora había corrido por la ciudad la noticia de los fastos óseos del convento de los padres barbudos. Un río de cabezas negras de pelo liso y pensamiento inescrutable se derramó hasta él a ver la maravilla, desertando de los falsos mármoles, cirios humosos, terciopelos raídos, volutas mal trazadas y agusanados rosicleres. Entendieron los salvajes con su sabiduría, tan vieja como inútil, la importancia del hecho de haber muerto una madre de regia estirpe, y hallaron adecuado que su

túmulo fuera una pirámide de cráneos y su dosel un encaje delicado de costillas; que las lámparas que daban luz a su noche se hubieran hecho con falanges de niños, que hubiera rosas de uñas para la señora. Admiraron los arcos de vértebras, las dovelas de pelvis, todo aquel esplendor tan verdadero. Por primera vez un aparato alzado por los otros no exigía de ellos que se hicieran violencia a sí mismos con razones extrañas e incomprensibles latines.

Allí arriba estaba, de cuerpo muy presente, podían verla con sus propios ojos en lo alto de la pira, muerta y triunfante, con sus galas de reina. No había engaño. Su cabello fluía, liso como el de las mujeres, sobre el montón de huesos. Era bella la madre Amalia, que había muerto al otro lado del mar para resucitar en primavera con las manos morenas manando bienes. Del reino de los muertos, a su vuelta, traería días buenos y noches llenas de las revelaciones que le hicieran las sombras.

En algunas cabezas rubias y castañas quiso el capricho del que ponía en escena el aparato que surgiera aquella misma quimera, o parecida. Sintieron algunos y algunas que les unía a los indios el hueso, el cráneo, la pelvis —como un crisol en que se estaba forjando, quién sabe para qué, un pueblo nuevo de futuro incierto. También ellos se emocionaron ante la muñeca, hija de la calentura de los sesos del padre Rafael y del otro Rafael, prendado a su vez del temperamento del barbudo y piojoso artista de la muerte hasta identificarse con él desde su posición omnipotente en el sillón o trono de la biblioteca. Una frágil señora, envuelta en una crisálida de crespones negros como una mariposa ya formada pero sin fuerzas para romper su encierro, ocultó el rostro entre las manos enguantadas, preguntándose quién era ella y en qué mundo se hallaba y cómo serían las cosas al otro lado del mar, porque no había salido jamás de Nueva España. En su perplejidad y desconcierto, perdió la identidad como se pierde a veces un pañuelo o el abanico o el carnet de baile, y cayó al suelo desmayada de calor y zozobra. Rafael se desentendió de su persona, considerándola una simple gota en el océano de la multitud mezclada, conmovida al unísono por la invención de los frailes necrósofos, que habían dado en un blanco común con su saeta.

La fraterna unión de corazones que palpitaron juntos aquel día en el funeral más escandaloso que, de haberse producido, hubieran

registrado los anales del Nuevo Continente, gustó a la misma Muerte, quien, no queriendo permanecer al margen de una celebración tan peregrina, descargó un amoroso golpe sobre todos, empezando por los que se hallaban en la ceremonia, no con la guadaña con la que por rutina se la presenta, sino por medio de una peste salida de las mismas tumbas de donde se extrajeron los materiales del macabro teatro. Un hálito mortal infectó a hombres, mujeres y niños, morenos y rubios, lampiños y barbudos, a las damas y a las criadas de negras trenzas, a los frailes y a los alguaciles.

Tras haber provocado aquella mortandad, que fue al mismo tiempo un abrazo fraterno, Rafael volvió al libro. Hubo de espantar una mosca verdosa de vientre irisado, quién sabe si procedente del escenario de la hecatombe, que paseaba su insolencia por la página, y acarició melancólico con la vista las torpes líneas de buril de un grabadito que reproducía un montón de huesos en forma de templete y la imagen de la reina yacente. Un rótulo volaba sobre ella sostenido por ángeles: *La Muerte todo lo reúne*. Y debajo leyó unos versos que decían: «Quiso la Parca indiscreta empañarle sus colores al clavel con los horrores de la fúnebre bayeta. Pero, advirtiendo la treta, sin obstar su palidez, sacó a la Parca esta vez el color a la careta». La invención le pareció simpática y sonrió, aunque ya comenzaba a añorar su propio delirio, abandonado hacía apenas un instante, porque ni aquellas graciosas palabras ni las líneas del grabado daban cuenta de la oscura verdad.

LAS NOVIAS INMÓVILES

> Cómo duele en las sombras desear cuerpos muertos.
>
> LEOPOLDO MARÍA PANERO

PRIMERA PARTE

EL DOCTOR LEONARDO PIRKHEIMER surgió del precipicio irguiendo contra el pálido crepúsculo matutino su figura impresionante, cuya melena blanca flameaba agitada por el viento. Había dedicado la noche a recoger carmándulas del fondo de una quebrada, donde brotaban con el vigor requerido por la pócima que pensaba preparar con sus flores, y regresaba a su casa al amanecer como un amante. Lo intempestivo de la hora, más propicia al sueño o al libertinaje que a los desvelos botánicos, respondía a un cálculo de influencias astrales sobre los movimientos de la savia en aquellas plantas, cuyos cálices purpúreos, de increíble belleza y muy fétidos, se henchían de humores virtuosos según los avatares de las estrellas.

Apenas hubo dado unos pasos por tierra llana, oyó en la lejanía un lamento que le puso en guardia. Alguien estaba en peligro. Aguzando el oído, se encaminó hacia el lugar de donde procedían las voces, un barranco en cuyo fondo vio un vehículo boca arriba con las ruedas quietas en el aire. Fingían granizo a su alrededor cristales rotos entre las piedras y los matojos, y la tierra sorbía como una esponja un charco de sangre que parecía negra a la luz cenicienta de un sol nacido entre nubes. Por segunda vez en pocas horas tuvo que bajar a una sima, y estaba tan ocupada su mente en

la previsión de lo que iba a encontrar que no se cuidaba de los rigores del descenso ni de que se dejaba la piel de las rodillas en los salientes de cuarzo. Ni siquiera se dio cuenta de que perdía las carmándulas que tanto trabajo le había costado reunir, ajeno a cuanto no fueran los ayes que, procedentes del coche, se expandían con eco siniestro por el abismo.

En el confuso interior de la máquina volcada columbró un montón de cuerpos cuyo número y disposición de momento no supo: lo siniestro del retablo era capaz de nublar las potencias del entendimiento. Pero siendo hombre frío y acostumbrado al espectáculo del horror, recuperó en seguida las riendas de su ánimo y contó sin necesidad de tocar, y supo que sólo eran tres —mujer, niño y varón— los que parecían al primer golpe de vista una multitud. Yacía la mujer con el espinazo quebrado, teniendo sobre su seno al niño, mientras el hombre cubría a ambos con su cuerpo como si hubiera querido protegerlos, derramando sus sesos y su sangre sobre ellos. Allí sólo rebullía el pequeño, casi invisible, embutido entre los otros dos. Una manita roja se abría y se cerraba como una planta de agua al compás de la agonía.

Tras comprobar con sus expertas manos temperaturas y rigideces, Pirkheimer tuvo la seguridad de que tanto el varón como la mujer llevaban muertos muchas horas. Y apartándolos con tanto vigor como delicadeza, libró al niño del encierro entre sus cuerpos y lo envolvió en su capa sin perder tiempo en el examen de su estado. No lo necesitaba. Sabía que la violencia de la caída le había roto los huesos y reventado las entrañas hasta ponerle al borde de una muerte que ya se lo tragaba sin remedio. Barranco arriba, se encaminó hacia el mundo de los vivos con su carga, haciendo caso omiso de los cadáveres de cocheros, criados y animales de tiro, letra pequeña en la crónica del accidente. Hubiera querido librar del sufrimiento a una yegua que agonizaba con los ojos dilatados por el espanto, pero no había tiempo que perder ni medios para actuar, y Pirkheimer no dudaba en desdeñar lo accesorio en favor de lo esencial.

Sería de necios pensar que su acción respondía a un impulso humanitario. Se había apoderado del cuerpecillo agonizante como quien arranca un marojo que brota sin dueño ni estatuto en el fondo de una quebrada. Y ya por el camino planificaba las manipulaciones

a las que iba a someterlo con la fría precisión de un estratega que diseña el despliegue de sus tropas antes de comenzar la batalla o incluso de que estalle la guerra, o como quien juega al ajedrez con su sombra. No sentía por el niño más interés que hacia los especímenes de su laboratorio, objeto y material de una investigación que se movía en la región limítrofe entre la vida y la muerte.

Mientras se dirigía a su destino con paso vivo y seguro, sabía que mil ojos maliciosos espiaban tras las rejas de muchas ventanas, pero eso no le preocupaba, como no le preocupa a la pantera solitaria la mirada envidiosa de la horda de babuinos cuando arrastra una presa hasta lo alto de una acacia. Usaba sin escrúpulo la mordaza de oro o, llegado el caso, la de acero para cerrar la boca de la murmuración. Fue durante aquella caminata, corriéndole la sangre del pequeño por los brazos, cuando le bautizó, pues ignoraba su nombre. Le llamó Amador, que fue el santo del friso alto de la catedral sobre el que cayó el primer rayo del sol que rompió las brumas matutinas cuando él pasaba por delante. Aunque no era supersticioso ni poeta, le pareció una buena ocurrencia y se recreó en ella. Solía regocijarse de sus hallazgos sin necesidad de compartirlos.

El librero Barnabo Barnabei, que apilaba enquiridiones sobre la tabla que le servía de mostrador, le saludó al pasar y preguntó a quién llevaba en brazos tan tapado. No obtuvo respuesta. Pirkheimer no estaba en condiciones de explicar en qué consistía el objeto de su acarreo o cómo lo había conseguido. Ni por asomo pensaba dar cuentas de las circunstancias de su hallazgo: no era hombre que colaborara con la autoridad ni tenía la menor conciencia cívica, sentimiento moderno que nunca compartió con sus contemporáneos ilustrados. Barnabei se encogió de hombros. Sabía que era inútil tratar de averiguar los secretos de su cliente, que se envolvía en el silencio como en un manto.

No obstante, era humano y suspiró de alivio al avistar el giboso palacio en que vivía, que la gente llamaba la Casa del Diamantista. Su hermoso color rojo se había enriquecido por el paso del tiempo con húmedas manchas violeta, palideces doradas y encajes de salitre que le daban el aspecto de un tapiz o el de un gran cadáver abandonado a su suerte en un bosque. Los gatos se apartaron sin

huir para dejar paso al sabio. Cuando cerró la puerta tras de sí, las orejas curiosas del vecindario oyeron ruido de cerrojos y cadenas. El gran buitre tomaba precauciones. ¿Qué iría a hacer con su presa?

TRABAJÓ MUCHO con aquel agradecido material puesto en su camino por el azar y que llegó sin vida, como él había previsto, a su mesa de operaciones. En los meses que siguieron se dedicó a colocar en su sitio con paciencia infinita y más fatiga que dificultad los huesos triturados, maldiciendo la lentitud de la mano en seguir las consignas de la mente, que diseñaba sobre la marcha soluciones inesperadas para él mismo, tan ingeniosas que a veces le acometía un irresistible deseo de aplaudir. Un arqueólogo recomponiendo un mosaico rescatado del seno de la tierra no hubiera desplegado mayor talento y delicadeza mientras unía aquellas teselas hasta hacer que sus bordes, a menudo mellados, casaran sin resquicios. Jugos de adormideras que él mismo destilaba ayudaban a mantener al niño en un estado ajeno al dolor, aunque a menudo demasiado cercano, de nuevo, a la muerte de la que regresaba. Trabajaba con instrumentos que había adquirido en sus viajes o encargado a orfebres según sus propios diseños. En su laboratorio alternaban finas lancetas holandesas, capaces de cortar un pelo en el aire, con pinzas como las que usaban los embalsamadores egipcios para extraer el cerebro de los muertos por las narices sin desgarrar la piel de las aletas ni romper los huesos de la cara. Tenía también espátulas de finísima piedra halladas por los saqueadores de tumbas de Etruria, punzones romanos de bronce procedentes de olvidados columbarios, trépanos chinos —él mismo ignoraba si habían sido instrumentos de tortura o de curación, y podemos suponer que le importaba poco—, escalpelos de irrompible cristal rubí y berberiscas de latón, brillantes como el oro pero mucho más duras.

No conociéndose entonces las aleaciones de vanadio y titanio que se usan en nuestros días, lo más difícil era juntar los huesos grandes para favorecer su soldadura. Pero ¿iban a faltarle recursos a Pirkheimer para sobreponerse a las limitaciones de su tiempo? El hombre capaz de dar muerte a los vivos y vida a los muertos no se arredraba ante problemas de aleaciones. Los más audaces entre sus contemporáneos usaban para unir huesos clavos y tornillos de oro, porque éste, por su noble naturaleza, resiste la oxidación y se aloja en el cuerpo sin peligro de gangrena. Pero el oro es blando, como

tantas cosas excelentes en este mundo, y no aguanta el peso o la fuerte tracción de miembros muy activos como brazos y piernas. Pirkheimer había conseguido que el alquimista y joyero Pedro Numerario le hiciera una aleación de oro y mercurio. Imposible, dirá quien entienda de estas cosas: el mercurio es un metal energúmeno que devora a los otros como el ácido a la carne. Y en efecto, así hubiera sido de no haber mediado en la fórmula unas sales volátiles femeninas que, incluidas en los tejidos del paciente, actuaban con tan delicada cuanto fuerte presión sobre el oro. Por su naturaleza hembra y el amor del metal hacia ellas, unían con la fuerza suficiente lo que había sido separado por la brutalidad de las circunstancias. Hubo que usar mucho oro mercurializado en la restauración de Amador, hasta el punto de que puede decirse que dentro de su esqueleto tuvo otro áureo, muy sutil y secreto.

Habiendo arrancado la violencia del choque del vehículo contra el fondo del barranco la mitad delantera de su cuero cabelludo, Pirkheimer hubo de desprender lo que quedaba, inflarlo con inclusiones de resina y lechetrezna, retirar éstas una vez que la piel dio de sí cuanto fue necesario, y estirarla luego hacia adelante, llevando su exceso hasta el límite donde la frente humana reivindica la nobleza de la desnudez que nos distingue de los simios. Consiguió su destreza que el viviente capelo arraigara sin traumas en el cráneo del muerto reanimado, lo que no fue difícil por tratarse de tejidos de su propio cuerpo y no un injerto mercenario escalpado de otra testa. Con el tiempo, la cabeza del niño volvió a ser la de un ángel.

La extrema juventud de Amador se alió con Pirkheimer en aquel trabajo enigmático. No teniendo sus células más meta ni deseo que la supervivencia, resultaron tan fieles cumplidoras de los imperativos de la naturaleza como cabe esperar en un organismo apenas tocado por el soplo frío de la muerte, de modo que los desvelos del sabio fructificaron en un milagro científico que él mismo fue el primero en considerar pasmoso, aunque se guardó bien de propalarlo. Lo describió puntualmente, con gran aparato de dibujos de su propia mano, en unos cuadernos de tapas de hule, pero no lo dio a la luz de la imprenta por ahorrarse contratiempos. Temía que la ignorancia de sus colegas, tomando por brujería lo que era producto del arte y el esfuerzo, se volviera contra él. Amador no

vio nunca aquellos papeles, que guardaban como un tesoro los avances de su resurrección.

No fue ajena al triunfo del ingenio una colaboración furtiva: la de Demetria, la anciana ama de aves del doctor, mujer de pueblo llena de dulces gorduras y ternuras maternales. Aunque Pirkheimer tenía prohibido a la servidumbre entrar en su laboratorio subterráneo, hubo noches en que los lamentos arrancados al niño por los dolores de la vida que regresaba a la carne muerta despertaban a la anciana y la atraían como un canto de sirenas domésticas hasta las entrañas de la casa. Caminaba sonámbula de amor por los corredores, bajaba escaleras, tanteando las paredes y moviendo con torpeza sus piernas hinchadas, seguida por los gatos, que iban siempre tras ella como un rebaño detrás del pastor. Y con llave doble que tenía de todas las cerraduras, abría la puerta prohibida y la luz de su quinqué penetraba rompiendo las sombras en la caverna donde yacía Amador en una cama de hospital, erizado de cables, y ella veía sus ojos azules abiertos, enormes en la sombría paz de la estancia, y los gatos se encaramaban con saltos silenciosos al pecho del niño, sin peso ni daño para él, y lo miraban, y ella también miraba su cara surcada de cicatrices y el cabello que iba creciendo y se le pegaba a las sienes con el sudor del sufrimiento. Los ayes de Amador remitían cuando, piadosa, se inclinaba sobre él y dejaba emanar de su cuerpo el calor femenino que todo lo cura. Sin tocarle para no irritar la piel florecida en cardenales, le acariciaba con la mirada, murmurando entre dientes alguna melopea que, fundida con el ronroneo de los gatos, iba aplacando su angustia de náufrago varado en la playa de la vida.

Tan buena era Demetria, tanta maternidad se esponjaba en su cuerpo que nunca se le ocurrió acabar con aquellos dolores por cualquiera de los medios que tenía al alcance de su mano. Unas gotas de adormidera blanca hubieran bastado para prolongar misericordiosamente el sueño de Amador y devolverle a la tranquila región de la que Pirkheimer le había arrancado. Pero ella, como hija del pueblo, no creía en la muerte sino en la vida. Y cuando él fue surgiendo de ésta poco a poco, y afianzándose en ella y rompiendo el capullo oscuro que tejiera en torno a él la araña de las Parcas, comenzó a recorrer su piel con dedos amorosos y a llevarle vino con miel y canela en un vaso cuyo contenido casi derramaba por el

camino por lo mucho que le temblaban las manos deformadas por el reúma, y le cantaba canciones de cuna que fueron los primeros poemas que el niño oyó en su vida, al menos en aquella segunda vida, pues en la otra sin duda oiría las nanas de su madre. Criada entre ancianas hechas casi de tierra y leche, Demetria sólo sabía coplas sombrías cuyo significado ignoraba ella misma. Echaron raíces sus metáforas en el tierno espíritu de Amador, floreciendo como rosas crecidas en jardines olvidados, negras, canijas y espinosas. Muchas veces, entre sueños cada vez menos densos, oía la voz cariñosa que le hacía llegar, envuelta en un aliento nutricio, una nana mortal habitada por una vieja que hilaba en una rueca y otra que cortaba el hilo y otra que lo enrollaba en un carrete. La rueca era de hueso; el carrete, una vértebra de ahorcado, y el hilo estaba trenzado con los cabellos de una niña loca.

Así pues, el cuerpo de Amador fue restaurado como el de un Eros de mármol hallado entre ruinas bajo lava y ceniza. Nadie sabe cómo recibió el aliento de una nueva vida. Quizá Pirkheimer poseía el secreto de fabricar almas en sus alambiques e hizo una nueva para él, o tal vez es que el alma puede volver a brotar si el cuerpo roto se recompone, como rebrota el tiempo en un reloj reparado por un hábil relojero. Me inclinaba a creer esto último hasta que di con una clave en los cuadernos de Pirkheimer. En una hoja arrancada, doblada y vuelta a guardar entre la última página y la tapa, leí algo sobre un ingenio cristalino que servía para arrastrar espíritus erráticos hasta una espiral de rubí. Ésta, conectada a la glándula pineal del sujeto, los conducía a sus centros vitales gracias a la acción de los fuegos del aire. Quizá un retazo angélico fue atrapado en aquel mecanismo e infundido al cadáver restaurado del niño, pero sobre este particular sólo caben conjeturas.

Lo cierto es que Pirkheimer estaba orgulloso, con razón, de su obra, pero no conseguía librarse de ciertos recelos, pues, ¿cómo podía el niño haber salido indemne de la aventura de pasar una noche agonizando entre los cadáveres de sus padres, y de cruzar la frontera de la muerte en un camino de ida y vuelta? Así que, cuando Amador hablaba, el sabio prestaba atención, más allá del sentido de lo que decía, al sonido, la cadencia y el ritmo de su discurso, procurando discernir alguna incongruencia que le informara sobre el estado de su mente, que presentía desastroso. Sin

embargo, sus investigaciones en esta dirección fueron estériles. Amador, no sólo llegó a hablar y a expresarse como cualquier muchacho de su edad, sino que nunca hizo una sola pregunta acerca del horror del que él mismo iba brotando. Al cabo de un tiempo, el sabio decidió dejar de preocuparse. Sabía que, de lo contrario, podría caer él mismo en la vorágine de la obsesión, que entonces se llamaba el mal de Dédalo.

Contra cualquier pronóstico razonable, Amador creció sensato, amable y estudioso, un poco introvertido, dotado para las artes y bello más allá de toda medida. Las sutiles huellas de la reconstrucción trazaban en su piel un tatuaje sedoso, casi imperceptible, como si le hubiera caído encima una tela de araña. Pero no había crecido ni un milímetro de carne viciosa en su cuerpo que no fuera extirpada limpiamente por las lancetas etruscas de Pirkheimer. Sólo los injertos en la piel de uno de los muslos constituían un fracaso parcial, o lo parecían por contraste con la perfección del resto. En esa zona, por otra parte invisible cuando estaba vestido, la epidermis quedó brillante en exceso, traslúcida y manchada de un color vinoso. En algunos puntos estaba plegada en arrugas finas como las del papel de seda. Los dedos de sus manos permanecieron para siempre lisos y sin huellas, circunstancia baladí en una época en que la policía se servía antes del potro de arrancar confesiones que de la lupa investigadora.

Pequeño, delgado sin ser flaco, rosado y rubio, casi pelirrojo, con las pestañas blancas y unos ojos almendrados y azules ligeramente bizcos, emanaba todo su ser un aura de fragilidad. Se hubiera dicho que estaba a punto de secarse, como una flor cortada. Su frente y sus mandíbulas eran de singular dureza, debido a la plancha de oro mercurial que había debajo de ellas, pero la nariz tenía una delicadeza femenina, lo mismo que la boca, poblada de dientes artificiales atornillados a la mandíbula, tan lindamente imitados por Pirkheimer en porcelana de Meissen que lucían con brillo húmedo, un poco amarillento, como perlas antiguas.

En suma, el encanto de su persona, acentuado por una rara modestia, era difícil de resistir. Pirkheimer se preguntaba a veces con secreta congoja qué futuro aguardaba a su criatura en un mundo poco habituado a semejante cúmulo de perfecciones y si como Pandora, dotada por los dioses de todas las bellezas, no

estaría destinado a traer desgracias a los hombres. Pero eso era sólo en las horas más bajas. Por lo general se sentía orgulloso del resultado de su trabajo y, habiendo decidido librar al niño de la suerte que en principio le había reservado como objeto de sus experimentos, procuraba educarle para que fuera un hombre de provecho. Su interés científico se vio sustituido paulatinamente por un amor que al principio fue puro como el que siente el artista por el producto de su ingenio, pero luego devino paternal, vulgar y doloroso. Al fin y al cabo, no tenía descendencia, porque el tremendo fuego de su mente había dañado los humores de la reproducción y, aunque viril y potente, era estéril. Hizo de la criatura su hijo y heredero de los caudales de su sabiduría. Todo padre comete ese error.

Aquella vieja ciudad, enemiga de novedades, melindrosa y enjuta de corazón, siempre sintió a Amador como un cuerpo extraño, espina o astilla clavada en la yema de sus dedos. No sabiendo a ciencia cierta quién o qué era, le bastó que creciera bajo el manto del genio para recelar, atribuyéndole una monstruosidad mayor incluso que la verdadera. Alguien supo algo que relacionaba al muchacho con el oro, y dijeron que era un muñeco de carne con huesos de metal. Pero, como temían a Pirkheimer, se limitaban a murmurar y a lanzar miradas oblicuas. En el fondo no daban crédito a sus propias fantasías y tenían al muchacho por un simple huérfano acogido por el sabio.

EL PINTOR BORELIUS, agradecido a Pirkheimer por haberle librado de la tortura de unos agudísimos dolores de quijada que le causaba una muela insana, cuyas raíces habían dado en crecer hasta horadarle el hueso maxilar, le había regalado un cuadro. Representaba la muerte de Procris o, mejor dicho, a Procris muerta, contemplada por el perro que había encontrado su cadáver y por un diosecillo que, hallándose por vez primera ante un despojo humano, admiraba perplejo su belleza. La pequeña Procris, tan linda, con su cuerpo pequeñito y ovalado como una almendra, fascinaba a Amador hasta el punto de retenerle durante horas abismado en su contemplación.

La siguiente mujer de su corta, pero ya doble, vida, también perteneció al universo del arte.

El escultor Sustris estaba enfermo de gota. Sus dolores no eran comparables a los de la muela de Borelius, pero le atormentaban, y

Pirkheimer le visitaba a menudo en compañía de Amador para llevarle remedios. Enfrascados un día en conversación los dos viejos amigos, no se dieron cuenta de que el muchacho abandonaba la estancia en pos de un gato negro con el que solía jugar. Un criado les dijo que le había visto dirigirse hacia el corazón de la casa. Le hallaron en un rincón del taller, absorto ante un objeto iluminado tenuemente por las húmedas luces que entraban por la ventana del jardín trasero, cuyos muros y árboles protegían el ámbito del rumor ciudadano. A pesar del silencio, no les oyó acercarse. Ni siquiera advirtió su presencia. El imán de su atención era una pequeña Psiquis de mármol blanco que yacía desnuda, sin pedestal, sobre una almohada de cuero teñido de rojo. En la parte del cuerpo en que los escultores, por pudor, impericia o pereza, se contentan con fingir un triángulo liso, si acaso turgente, limitado por tiernos pliegues, intraspasable como el pubis de un ángel, Sustris el libertino no se había recatado de hacer evidentes los signos de la feminidad. Y como era un espíritu superior y estaba en posesión de los medios para dar cuerpo a sus fantasías, había conseguido expresar en esa obra la rara belleza de la joven, capaz de enamorar al mismo Eros.

Pirkheimer, más experto conocedor de los cuerpos de carne y hueso que de los de mármol, no se dejó atrapar con tanta facilidad como su hijo adoptivo por los lazos insidiosos del arte de Sustris. «Vámonos, muchacho», susurró poniéndole una mano en el cuello, a la altura de una fina cicatriz como un cintillo de púrpura. Era una marca imperceptible, pero el sabio la veía por ser obra suya, del mismo modo que el escultor veía surcada la mejilla derecha de la Psiquis por una de esas grietas que los marmolistas llaman pelos. «Tenemos que volver a casa». «Vuelve tú. Yo me quedo aquí», replicó Amador con voz segura y ausente como la de un sonámbulo. En sus ojos azules se habían encendido luces desconocidas.

REINABA EN LA CASA una paz doméstica y femenina que delataba la ausencia de Pirkheimer: cuando él estaba, el silencio requerido por su trabajo o su descanso no tenía otras calidades. Por las ventanas de la gran cocina entraban haces de sol nevados de partículas de polvo como pequeños mundos. Una olla borboteaba sobre el fuego dejando escapar un vapor suculento. Sentada junto al fogón en una silla baja, Demetria se había quedado adormilada mientras pelaba

patatas. La hoja del cuchillo, que había resbalado de su mano, brillaba en el suelo de adobe escarlata. Su sobrina Magdalena extendía el oro falso y rutilante de su pelo con los dedos para secarlo en un rayo de sol. Tenía los ojos cerrados y una expresión feliz. Los gatos se habían congregado en torno a las mujeres. Dos de ellos dormían hechos un ovillo en el fregadero, cerca del fuego. Una gran gata blanca, preñada, había trepado a los hombros de Demetria, que tenía el cuerpo grande y arquitectónico como las Sibilas de Miguel Ángel.

Todo era tan plácido que parecía un fruto muy maduro, a punto de corromperse pero todavía más cerca de la dulzura que de la acidez. Amador permaneció en la puerta contemplando el cuadro. Su mirada iba del cuchillo a los cuerpos suavísimos de los animales, de las piernas hinchadas de la vieja a los hombros desnudos de la joven. Tocados por el rayo de oro, a los pies de ésta brillaban algunos objetos ocultos por el centelleo de la luz en su superficie. Magdalena hizo un movimiento y su sombra, al desplazarse, los tornó visibles: un frasco lleno de un líquido ambarino —«orines», pensó Amador, aunque sabía que se trataba del perfume dulzón que usaba la muchacha— y unas joyas de oropel cuya pedrería lanzaba chispas desde el interior de un cofrecillo abierto. Hubiera querido detener ese instante perfectamente bello, pero quien estaba detenido era él mismo, separado del cuadro como por un cristal.

De pronto, la gata que dormía en el hombro de Demetria alzó la cabecita y le miró con las orejas tiesas, alerta. Luego saltó al suelo sin calcular como solía las distancias e hizo caer el frasco, cuyo contenido se derramó antes de que Magdalena tuviera tiempo de levantarlo. La estancia se convirtió en un súbito jardín de lilas y nardos, en el que las corrientes de aire traían y llevaban el fresco aliento de Flora en pugna con el olor de los pucheros. «¿Qué haces ahí, rapaz?», gritó furiosa la joven, mirándole como si quisiera fulminarle mientras se cubría los hombros con un chal. «¿Te parece bonito lo que has hecho?».

No tenía conciencia de haber hecho nada, pero no protestó. Estaba acostumbrado a sus reproches. Al contrario que Pirkheimer y la anciana, Magdalena parecía sentir hacia él una profunda repugnancia cuya causa ignoraba. Lo que le preocupaba en ese momento era el hecho de que todo acabara poniéndose en

movimiento. ¿Por qué no se detenía el mundo en un instante de belleza y se quedaba quieto como en los cuadros? Dio media vuelta y echó a correr.

EL ÚNICO AMIGO DE AMADOR era Volpino, hijo de un rico carnicero. Compartieron pupitre durante los años de formación. Quien los veía juntos no podía por menos de preguntarse qué les unía, siendo tan diferentes. Volpino, algo mayor, más fuerte y vigoroso, no muy inteligente pero sí astuto y resuelto, había adoptado al frágil Amador como quien recoge a un cachorro abandonado. Le defendía de la brutalidad de los otros muchachos y le hacía compartir algunas aventuras.

Un día le llevó a espiar a las lavanderas. Los dos amigos estuvieron un buen rato contemplándolas ocultos entre unos arbustos mientras ellas se bañaban en el río antes de entregarse a su trabajo. El agua esculpía la tela de sus camisas sobre sus cuerpos robustos. Luego se despojaron de las prendas mojadas y fueron poniéndose sayas y vestidos con alegre impudor. Volpino las señalaba con el dedo y hacía comentarios jocosos que Amador no comprendía. Realmente, no había motivo de burla; la ruda belleza de aquellas anatomías llenas de redondeces como las de las ninfas de los cuadros, le parecía admirable. Pero una cosa le turbaba, por diferir de las pinturas y estatuas en que cifraba su aprecio de la belleza femenina: el vello negro que manchaba algunas partes de su piel como el residuo de un desollamiento. Ni la Procris ni la Psiquis lo tenían. Los conejos y cabritos que Demetria despellejaba en el patio lo conservaban en las patas; las lavanderas, entre los muslos y debajo de los brazos, y algo en las piernas también, aunque más suave.

«Aquellas tres están de buen año. Son como cerdas bien cebadas, ¿no te parece?», preguntó Volpino con los ojos encendidos, señalando a unas hermanas llamadas las Alondras, que se peinaban mutuamente un poco apartadas del resto. «Como cerdas. Pudiera ser», pensó, pero no dijo nada. «¿Te ponen caliente?», insistió el muchacho, y alargó la mano hacia la entrepierna de Amador, que procuró evitar el contacto, espantado por lo insólito de aquella acción. «¿Qué haces? ¿Estás loco?». «¿Loco? ¿Por qué, loco? A casi todos los hombres nos gustan las mujeres, aunque algunos prefieren a los chicos. ¿A ti, qué es lo que te gusta? Tendrás algo entre las

piernas, ¿no? ¿Crees que hemos venido a ver cómo lavan?».

Cuando las tres hermanas terminaron su aseo, las siguieron. Volpino había comprado en el barrio de los orfebres, para agasajarlas, unos collares de cuentas rojas que el maestro Mayer hacía traer de Bohemia. Encantadas con los regalos, las Alondras les permitieron presenciar sus trabajos. No lavaban en el río como las otras, sino al fondo de su casa, en un patio cubierto de cañizo y adobe, donde tenían los calderos de los mejunjes y las aguas. Lo suyo más que colada era una alquimia mediante la cual conseguían dar a la ropa del castillo, de la que se ocupaban sólo ellas, una blancura sobrenatural. Ciertamente, era curioso verlas afanarse en sus tareas: subidas en bancos, echaban la ropa a brazadas en una inmensa caldera donde hervía agua con lejía y cenizas. Removían con la pala, y luego sacaban las prendas chorreando, blandas como pieles maceradas, para trasladarlas de una tina a otra hasta meterlas en la transparencia fresca del agua con añil, de donde salían puras y azuladas como si las hubieran sumergido en el mismo cielo. Por último, dos de ellas iban a tenderlas en el romero, para que se impregnaran de su perfume calentado por el sol.

El vapor de las cubas, los hedores mareantes de las lejías y las cenizas, y el vaho de la ropa sucia espesaban el aire hasta volverlo irrespirable. A medida que transcurría el tiempo, la inquietud de Amador degeneraba en espanto. Hubiera dado algo por salir de allí, sobre todo cuando las Alondras empezaron a despojarse de algunas prendas que estorbaban sus movimientos, hasta quedarse en camisa y saya, con los pechos casi al aire y los alegres pezones marcándose en las telas pegadas al cuerpo por el sudor. Sin parar de moverse, reían y charlaban como cotorras, y cuanto más frenéticos eran sus movimientos y mayor su animación, menor parecía su belleza a los ojos del joven. Volpino, agarrando por la cintura a la que tenía más cerca, rodó con ella sobre un montón de ropa limpia, que inmediatamente manchó con los pies. La huella de sus zapatones en el lino recién lavado parecía la de una pezuña. Las otras hermanas no se molestaron al ver arruinado su trabajo sino que, uniéndose a la juerga, arrastraron consigo a Amador. Sin saber cómo, el joven se halló rodeado y envuelto en carnes sudorosas entre la ropa sucia, teniendo bajo la nariz una mancha dudosa en una sábana que ostentaba un escudo de armas primorosamente bordado. Y de

pronto donde estuvo fue entre los brazos de Volpino. Había dejado éste a su Alondra medio desnuda entre las telas mojadas para ocuparse del delicado amigo, que de pálido había pasado al rosa saturado de la fiebre. Le empujó brutalmente haciéndole caer de bruces sobre el montón más sucio, le bajó los calzones jaleado por las mujeres, y estaba a punto de conseguir sus propósitos cuando Amador reaccionó, se levantó de un salto y escapó a todo correr de aquel teatro de lascivias entre las risas de los otros.

«NI SE TE OCURRA», respondió Pirkheimer cuando Amador le pidió permiso para ir con Volpino a la fiesta de los pájaros. «Es diversión de villanos, y además te puedes hacer daño».

No es que el joven ardiera en deseos de acompañar a su amigo; hubiera preferido quedarse en el jardín trasero leyendo, con la gran gata rubia en el regazo, pero la negativa de su padre adoptivo le hirió, sobre todo por el tono en que fue pronunciada, entre protector y despectivo. Ciertamente no era un Hércules, de sobra lo sabía, pero tampoco un enfermo al que hubiera que guardar entre algodones. La idea de que Pirkheimer no confiaba en él ni le consideraba capaz de cuidar de sí mismo le ofendió hasta el punto de decidirle a ir a la fiesta con permiso o sin él.

Cuando los muchachos llegaron a la iglesia, ya estaba abarrotada. Entraron abriéndose paso a codazos y se arrimaron a un pilar. «Es peligroso ponerse aquí», dijo Volpino. «Nos pueden aplastar como a chinches». Pero Amador necesitaba apoyar la espalda en algo sólido, ya que no podía permanecer en pie mucho tiempo sin sentir dolores y estirones en todo el cuerpo.

Un revuelo en el gentío les hizo mirar hacia la tribuna. Acababan de llegar los duques y su familia, tan pálidos y estirados que no parecían de este mundo. La atención de Amador quedó prendida de la hija menor, una muñequita de trece años empaquetada en un vestido de pedrería con puñetas de encaje que la oprimía como una coraza.

Tras unos breves oficios de los que nadie hizo caso, comenzó a caer desde la cúpula una lluvia de aves que, atontadas por haber permanecido muchas horas en sacos, remontaban el vuelo a media altura y revoloteaban por las bóvedas entre píos y graznidos de desesperación. Nevaron con sus plumas el aire y con sus excrementos las cabezas del concurso. Fue tal la suciedad que

produjo en la atmósfera su aleteo que hubo que sacar a dos mujeres casi asfixiadas.

Amador seguía con la vista puesta en la niña ducal. Mientras permaneció inmóvil, muy tiesa en su asiento, le fascinó con su apariencia de retrato sobre el fondo de sombras, hasta el punto de sufrir un ligero sobresalto cuando la vio agacharse y reaparecer con algo palpitante entre las manos: un ave más blanca que la leche. «¡La paloma de la duquesita!», gritó desde la nave una mujer, coreada por el aullido de entusiasmo de la masa. La pequeña soltó la paloma, extendiendo los brazos y abriendo las manos cuajadas de diamantes cuyas luces chispearon entre el humo y el polvo. El ave voló, aturdida al principio, hasta posarse en el capitel de una pilastra que le ofrecía un refugio en la piedra florida de acantos. «Voy por ella», dijo Volpino con una resolución temeraria pintada en el rostro. Y ni corto ni perezoso, se abrió paso a empujones y empezó a trepar por el fuste, apoyando los pies en las junturas de los sillares. Su cuerpo robusto y ágil era más bello en acción que cuando estaba quieto, pensó Amador. Probablemente la hermosura de la inmovilidad sólo correspondía a las mujeres.

La gente aplaudió, gritó y en seguida jaleó la escalada, mientras la niña y los duques seguían con interés los movimientos del joven, que logró atrapar la paloma, colgársela del cinturón y, agarrándose a la cadena de una lámpara, volar hasta la tribuna y devolverla con gracioso ademán a su dueña. Jamás había visto Amador en un rostro una sonrisa como la que florecía en el de la pequeña al recibirla. Por primera vez en su vida envidió a otro hombre. Él no hubiera sido capaz de realizar una proeza que encendiera una sonrisa como aquélla. Su cuerpo no era como el de Volpino. Pero, ¿en qué se diferenciaban? No lo sabía. Cuando su amigo regresó, aplaudido por la plebe y luciendo en un dedo una sortija que le dio la duquesita, traía la cara arrebolada por el esfuerzo y unos trémulos plumones prendidos de las pestañas y pegados a los labios. «¿Lo ves?», dijo mientras escupía para librarse de ellos. «No es difícil. Tú también podrías hacerlo si no fueras tan perezoso».

El espectáculo continuó. Desde lo alto de la linterna comenzó a descender, amarrada con una maroma, una cerda colosal. Los que la sujetaban iban alzándola y dejándola bajar a su albedrío. Pronto salieron a relucir cuchillos y armas cortantes, que se hundieron en

el enorme cuerpo. Amador no podía soportar el hedor de la sangre, el griterío, los gruñidos de la bestia furiosa. Se apoyó en el hombro de Volpino, sintiéndose enfermo y miserable, tanto que sudaba de vergüenza preguntándose si la niña centelleante notaría su debilidad desde las alturas. Por fin, alguien cortó la cuerda. La marrana cayó al suelo con repulsivo estrépito de carne, furia y estertores, y los hombres se abalanzaron sobre ella para hundir en sus carnes lo que fuera: facas, navajas, cuchillos y punzones. Ebria de sangre, la masa onduló y el joven perdió el conocimiento.

Despertó sentado en unos escalones, sostenido por Volpino que le ataba un pañuelo a la frente. Sentía un dolor agudo en la ceja izquierda. «¿Qué ha pasado?», preguntó llevándose las manos a las sienes. «Nada, te han empujado y te has hecho un corte, pero no hay que preocuparse. A mí me han abierto la cabeza miles de veces. Será por eso por lo que dicen que tengo poco seso. Oye, yo creía que debajo de la piel teníamos hueso y tú tienes oro», dijo riendo, y Amador creyó que bromeaba.

«¿QUÉ TE PASA? ¿Te has lastimado?», preguntó Pirkheimer durante la cena señalando la ceja partida de Amador; y, sin esperar su respuesta, añadió: «Te lo advertí. Eres un muchacho terco. Ven, tú y yo hemos de hablar».

Era una novedad que quisiera hablar con él. Le siguió con alegría aunque fuera, como sería seguramente, para recibir una reprimenda por su escapada. Visitaba poco el laboratorio, celosamente defendido por Pirkheimer de toda intromisión. Sólo un doctor más joven y un criado, que le servían de ayudantes, lo frecuentaban, silenciosos y evasivos como fantasmas. Incluso tenían una palidez cadavérica, sin duda a causa de lo poco que les daba el aire. En aquel momento estaban ausentes. Pirkheimer fue abriendo puertas y encendiendo lámparas a su paso hasta que llegaron a la parte más recóndita, donde tenía su cavernoso estudio. Se sentó ante su escritorio y llenó de vino dos vasos, uno de los cuales tendió a Amador. «Pero, padre, si nunca bebo. Me lo tiene usted prohibido», protestó débilmente, como si sospechara una trampa en aquel gesto, que en el fondo le emocionaba. «Bebe. Ya no eres un niño. Es inútil tratar de impedir que abandones la infancia».

Probó el vino. Era sangriento y fuerte, muy agradable. «¿Te gusta? Es italiano. Lo usan para levantar el ánimo a los condenados,

porque tiene mucha carmandulina. ¿Sabes qué es la carmandulina?». «No, padre», respondió avergonzado. «Eres muy mayor ya y no sabes nada. Es una vergüenza. Te pasas el día durmiendo y zascandileando como una vieja. Eso ha acabado con nuestra estirpe y hará que desaparezcamos de la faz de la tierra. ¿Sabes a qué me refiero? Me refiero a nuestras debilidades: a la ociosidad, a la melancolía y a andar todo el día entre las faldas de las mujeres. Y en tu caso, además, a esas novelas que lees y esos amigos que sólo quieren divertirse con el populacho. Te dije que no fueras a la iglesia hoy. ¿Qué has sacado de desobedecerme? Una ceja partida y mucha amargura. Lo veo en tus ojos. Tú crees que no me ocupo de ti, pero te equivocas. Durante años no he hecho otra cosa que cuidar de tu cuerpo y de tu espíritu. Ahora voy a enseñarte lo que sé. Ya va siendo hora de que aprendas algo útil».

Hablaba despacio y poniendo mucho énfasis en cada una de sus palabras, dichas en tono sentencioso. A pesar de su dureza, estaba enternecido por la fragilidad de su criatura. Secó de un zarpazo cariñoso una lágrima que se deslizaba por la suave mejilla que ocultaba un mosaico de oro y hueso, diciendo: «Que sea la última vez que lloras. Yo no puedo ser tu amigo porque soy tu padre, pero debes tener confianza en mí».

PIRKHEIMER ENCOMENDÓ AL JOVEN algo que era capaz de hacer, dada su afición a los papeles: llevar los archivos de la casa y sus dietarios. La tarea, algo tediosa, consistía la mayor parte de las veces en copiar listas de remedios y trasladar ordenadamente a cuadernos las notas que el sabio tomaba sobre la marcha en hojas sueltas o en los puños de sus camisas cuando estaba llevando a cabo algún experimento delicado. Amador no llegaba a comprender ni la mitad de lo que escribía, pero pronto renunció a preguntar, en vista de que nadie estaba dispuesto a darle explicaciones.

Al poco de estar trabajando con Pirkheimer en el laboratorio, éste compró a un vagabundo una muchacha para estudiar su complexión. Era una joven loca que gozaba de una salud de hierro. Amador la odió desde el primer momento. No podía soportar el desorden de su mente, sus gritos y su voracidad de perra. Hasta la cal de los muros se comía, arrancándola con las uñas. A veces se desnudaba y corría en cueros por los pasillos, golpeando las paredes con la cabeza y las manos, porque quería aire y luz. Era como un

cuerpo abandonado por el alma, pero estaba tan viva que bullía toda ella, se movía sin cesar y sin objeto. Sus ojos también se movían, ayunos de mirada como canicas de cristal. Un día desapareció. Amador pensó que Pirkheimer le ordenaría asentar su fallecimiento en los libros como era costumbre, pero no fue así. No dio importancia al suceso, que para él nada significaba. Al cabo de algún tiempo le llamó la atención en el laboratorio el contenido de un tarro de cristal lleno del fuerte vinagre que se usaba para conservar los preparados anatómicos. En el turbio fluido, como un pez en su pecera, flotaba una máscara cuyas facciones le recordaron vagamente a la desaparecida. Cuando, tomando el recipiente entre las manos y tras observarlo detenidamente, llegó a la conclusión de que se trataba de un rostro humano, se quedó petrificado por la sorpresa y estuvo a punto de dejarlo caer al suelo. Luego, su estupor se trocó en maravilla. Era, en efecto, un rostro recortado limpiamente desde lo alto de la cabeza hasta el mentón. Por detrás faltaba la bóveda craneana. En su lugar sólo había un corte liso y puro como un dibujo, que dejaba ver los entresijos del cerebro a través del líquido rosado. El hallazgo le fascinó hasta el punto de que a partir de entonces aprovechaba la menor ocasión para deslizarse hacia las entrañas del laboratorio, donde se entregaba a las delicias de una contemplación que se hubiera prolongado eternamente como la de Narciso de no ser porque los mil requerimientos de sus obligaciones le hacían, bien a su pesar, interrumpirla.

Hubo en el transcurso del tiempo otros indicios de un horror que no llegaba a turbarle sino que, por el contrario, despabilaba su letargo: algún alarido en la noche, hogueras en el jardín trasero, de las que se desprendía un fuerte olor a cordero asado, los perros comiendo grandes trozos de vísceras en los patios, y gentes que entraban de vacío y salían con frascos y bultos envueltos en telas embreadas. Se hallaba a gusto en ese ambiente. Se familiarizaba con la idea de que la ciencia tenía que abrirse paso a través de montañas de carne y huesos, y colmaba además un ansia secreta de estar cerca de las fronteras últimas de la vida y de asomarse, siquiera fugazmente, al otro lado a través de las miradas que se apagaban, de la sangre y del espasmo. No había en él, sin embargo, ni un ápice de crueldad. Por el contrario, tenía un alma limpia y

caballerosa hasta extremos casi ridículos.

DURANTE LARGO RATO estuvo percibiendo ruidos metálicos que procedían de algún lugar a sus espaldas, como un arrastre seguido de un claro tintineo. Se resistía a mirar. Estaba ocupado y temía perder el hilo del trabajo, pero finalmente sucumbió a la curiosidad, y al volverse vio que uno de los gatos de la casa jugaba con el reloj de oro de Pirkheimer, arrastrándolo por el cordoncillo de seda con el que el sabio lo prendía de un ojal de su casaca. Muy extrañado de que su padre lo hubiera perdido, se levantó a cogerlo para devolvérselo. Pero el gato, que con el zarandeo se había enredado el cordón en el cuello, salió huyendo asustado. En pos de él, se internó en las profundidades de la casa hasta llegar ante una puerta que siempre estuvo condenada. Ahora se hallaba entreabierta. El animal se deslizó por el hueco entre la hoja de madera negra y la jamba. No sin cierto recelo de explorador que se aventura en una región peligrosa, lo siguió con una luz. Estuvo a punto de caer por la empinada escalera que se abría como un foso a sus pies, y bajó con mil precauciones los escalones irregulares, tortura para sus piernas deformes. El gato había desaparecido, pero la curiosidad hizo que siguiera descendiendo hasta llegar a una estancia muy grande, tanto que las paredes se diluían en las tinieblas y el techo era invisible como el fondo del firmamento. A pesar de la amplitud de aquel espacio, el aire estaba viciado, no sólo por la ciega hondura sino por unos olores animales como de establo o de cloaca que hubieran hecho retroceder a cualquiera que no tuviese, como él, la nariz reconstruida y la membrana pituitaria arruinada.

Entonces lo vio.

Surgiendo de las sombras, avanzaba a su encuentro, enorme y giboso, con los brazos colgantes. Su cabeza monda acaparaba la luz difundida en el aire por la antorcha y la condensaba en una bola informe. No era animal ni persona ni cosa. Amador intentó huir, pero no pudo. Pensó que dormía y soñaba, y se dejó llevar por el sueño. La criatura estaba ya muy cerca, mirándole, con una mano tendida hacia él. Del agujero de su boca brotó una voz ronca, imposible como la de los muertos: «Buenas noches, señor…», dijo. Amador retrocedió unos pasos. Como los pies volvían a obedecerle, echó a correr, pero no encontró el camino de vuelta sino que fue a parar a un espacio aún mayor, iluminado por luces distribuidas a lo

largo de unos muros que parecían de piedra. Unas criaturas pálidas, pesadas y harapientas como la que acababa de abordarle, se dispersaron al advertir su presencia. Sus cuerpos habían impregnado el aire de un fuerte olor a leche corrompida. En el centro del corro que formaban hasta entonces yacía un bulto oscuro. Se acercó a él temblando. Sobre el suelo envilecido de humores, estaba el cadáver del sabio, el padre muerto y casi destrozado, Pirkheimer sacrificado como un dios por las criaturas nocturnas a las que había dado o devuelto la vida.

No sintió dolor, sólo un raro brote de conformidad con todo, y el deseo y el temor de saber en qué coincidía lo suyo con lo de aquéllos. Una mano se posó en su hombro. Supo sin volverse que se trataba del coloso, a la vez blando y mineral, que le había dado las buenas noches con tanta urbanidad. Ahora que podía verlo bien, le pareció menos terrible. Era un hombre de unos cincuenta años, grande y pálido, de ojos saltones y orejas peludas despegadas del cráneo como soplillos.

Al recorrer en su compañía los pasillos iluminados por la antorcha, que el monstruo le había quitado de las manos con el gesto servicial de un criado que libra a su señor de una carga, contempló sus sombras en el muro. La del guía parecía proyectada por un simio; la suya, por un ángel. Pero era el animal quien portaba la luz y él quien lo seguía casi a ciegas en aquella tiniebla, gran misterio que tuvo ocupada su mente hasta que llegaron ante la puerta negra que ponía en relación los infiernos de la casa con sus partes conocidas.

Antes de franquearla, la criatura se detuvo y, apoyándose en la jamba de piedra como si formara parte de ella, habló de nuevo. «Yo aquí no me quedo. Voy con usted», dijo, y como viera pasar por el rostro del joven una sombra de rechazo, añadió a toda prisa: «Alguien tiene que cuidar de usted, señor. Usted necesita un perro. Yo seré su perro, señor. No dejaré que nadie le haga daño. Nunca». Amador no estaba dispuesto a cargar con el fardo de un imbécil del tamaño del san Cristóbal de la catedral. Pero, pensándolo bien, quizá fuera bueno tener un compañero, si debía seguir viviendo sin su padre. «¿Quién eres?», preguntó. «Me llamo Custodio Santángel, señor. Soy un náufrago. Estuve entre la vida y la muerte. El anciano me cuidó y he vivido mucho tiempo ahí abajo, con los otros».

El primer trabajo que hicieron juntos como hito inaugural de una nueva andadura redujo el número de monstruos de Pirkheimer a dos: sólo ellos sobrevivieron.

TRAS EL INCENDIO que consumió la Casa del Diamantista aquella noche memorable, Amador se vio en la necesidad de ganarse la vida por sí mismo. Probó algunos empleos. Sus artes de escribano le permitieron subsistir, pero la monotonía y vileza de los trabajos asalariados repugnaban a su espíritu. Finalmente, decidió aprender el oficio de embalsamador en el tanatorio de la Universidad con un amigo de Pirkheimer, el catedrático Arcadio Losada, de quien había oído maravillas.

Losada le recibió en su estudio del depósito de cadáveres de la Facultad de Medicina. Era una pieza pequeña y confortable. Los muebles ingleses de roble, la estufa de porcelana holandesa y el cuadro con un barco del que salía el fulgor y el humo de un cañonazo hacían que pareciera el despacho de un hombre de leyes. A través de la ventana, que se abría a la calle de las Tres Hermanas, vio Amador tres niñas pálidas y despeinadas saltar a la comba ante la puerta del jardín de enfrente, sobre cuyos muros espumeaba una llamarada de buganvillas. Tuvo la impresión de que las flores iban a desbordar aquella barrera de un momento a otro, sepultando la calle bajo una avalancha de pétalos de encendida púrpura.

«¿Así que es usted el hijo del doctor Leonardo Pirkheimer?», le preguntó Losada mientras estrechaba su mano. Aunque rigurosamente contemporáneo de su padre, al que nombró con admiración y respeto, aquel hombre de aspecto elegante, casi atildado, parecía pertenecer a un mundo regido por leyes férreas pero comprensibles. Un mundo moderno. «He oído hablar de usted como de un joven extraordinario. Me alegro mucho de conocerle, se lo aseguro. Y lamento no haber podido despedirme de Pirkheimer antes de que emprendiera el viaje. Hacía tiempo que no dejaba la ciudad. En su juventud fue muy viajero. Le debo algunos de los instrumentos más finos que poseo, adquiridos en Persia». Le examinaba con un interés y una curiosidad que sin duda hubiera querido disimular, como hombre educado, pero que afloraban a las aguas grises de sus ojos. «Me agrada que haya pensado en trabajar conmigo. Debe de tener usted experiencia, dado que su padre…», dejó morir la voz, ahogada por una sonrisa seductora. Su mirada

había perdido frialdad y ahora parecía expresar una simpatía que rejuvenecía su noble rostro. «Para trabajar aquí, además de los conocimientos que sin duda usted posee, se requiere cierto talante o actitud. Tratar con muertos no es fácil. Hay chiflados que tienen una idea grotesca de lo que es un cadáver. Hablan con ellos y se hacen amigos suyos… ¿Me comprende? Así no se va a ninguna parte en esta profesión. Yo necesito cabezas frías y temperamentos artísticos. Mi trabajo en el depósito es secundario. A lo que en realidad me dedico es a embalsamar cadáveres de personas… de cierta relevancia. Éste es mi laboratorio de experiencias, aquí mejoro mis métodos, porque cuento con un material abundante y de primera calidad. Los establecimientos públicos tienen esa ventaja. No hay nada reprobable en ello, al contrario: proporciono un embalsamamiento gratuito y de lujo a desgraciados que, de otro modo, se pudrirían en dos días y serían pasto de los asquerosos huéspedes de las tumbas».

«Comprendo», dijo Amador sacudiendo la cabeza afirmativamente, un tanto alarmado por las últimas palabras de Losada, que le hicieron pensar en gules, vurdalaques y otros muertos vivientes devoradores de cadáveres. Pero el pulcro catedrático y embalsamador no se refería a muertos comedores de otros muertos, sino a los insectos necrófagos, pertenecientes en su mayoría a los órdenes de los coleópteros, lepidópteros y ácaros; es decir, a las vulgares cucarachas enanas, polillas y arañas que tapizan las fosas con huevecillos y excrementos llamados el caviar de la muerte.

«Me interesa tener aquí una persona de confianza que sea capaz de continuar mis trabajos cuando yo me ausento. No puedo encargar a cualquiera la vigilancia de las reacciones de un miembro en el que he inyectado una solución nueva, pongo por caso. Usted podría hacerlo». «No sé si estoy preparado…», protestó Amador tímidamente, impresionado ante lo que consideraba una responsabilidad que superaba sus conocimientos. Ser ayudante de Pirkheimer le había familiarizado con el cuerpo y con la muerte, pero nada sabía de la conservación de los cadáveres, ya que su padre se limitaba a tirar o quemar los restos inservibles. Recordó que en la biblioteca del laboratorio sus ojos habían tropezado a menudo con el lomo de un libro titulado *Amenidad de la Estigia.*

Tanatopraxia o del decoro en la muerte. Deploró no haberlo hojeado nunca.

«Todo esto puede parecer complicado al principio», dijo Losada sonriendo tranquilizador, «pero lo único que debe hacer es estar atento a mis enseñanzas. La técnica se aprende fácilmente: lo difícil es el arte. Y lo primero que ha de tener presente un artista de esta especialidad es la naturaleza del muerto. ¿Comprende? Porque, vamos a ver, ¿qué es, según usted, un cadáver?». «Una persona que ha fallecido», respondió Amador inmediatamente, ufano de su capacidad de síntesis.

«Mal, querido amigo, mal. Para empezar, un cadáver no es una persona. Y no ha fallecido. No ha hecho nada. No es nadie. Un cadáver, joven Pirkheimer, es un objeto putrescente que, si no se hace nada por impedirlo, se corrompe en pocos días como cualquier pedazo de carne. ¿Percibe usted la diferencia entre mi definición y la suya?».

«Desde luego que sí, señor. Está claro como la luz del día». Maravillado de la sutileza de Losada, se felicitó por haber hallado alguien de quien aprender conocimientos tan útiles y honestos. «Un cadáver», prosiguió el embalsamador mirando al infinito y levemente exaltado, prendado quizá de su propio discurso, «es una cosa inerte sobre la que se puede trabajar, como el bloque de mármol en manos del escultor o el lienzo en las del pintor —al conjuro de estas palabras acudieron a la mente del joven las obras inolvidables de Sustris y Borelius—. Usted es el artista; el cadáver, su material. Si algo alienta en la obra acabada es su propio espíritu, no el del muerto, que ha volado ya muy lejos. No lo olvide nunca, porque es la primera lección. En este oficio más de uno se ha descarriado por falta de discernimiento».

Antes de despedirse, Losada le acompañó al sótano para mostrarle la entrada del depósito. Era una estancia muy profunda, helada, grande como un almacén, con los muros encalados. Sobre bancos corridos junto a las paredes y otros exentos en el centro, se apilaban bultos de lona gris: el cargamento de la barca de Caronte. Al verlos, Amador experimentó una emoción que puso en estado de alerta todo su ser, como cuando se hallaba ante el cuadro de un maestro. Parecían larvas a la espera de la metamorfosis, pero bien se veía que de tales capullos no iban a brotar mariposas irisadas o

libélulas de nerviosas alas cristalinas, sino a lo sumo fantasmas polvorientos, insignificantes, que se disolverían en el aire sin asustar a nadie. Ahí estaban los caparazones, duros a la mirada y quizá también al tacto, reales, ocupando sin lugar a dudas un espacio e interrogando al contemplador. No a Losada, desde luego, que con la familiaridad les había perdido el respeto, pero sí a él. No podía apartar los ojos de ellos. Los sentía próximos, familiares como viejos amigos largamente añorados. Procuró ocultar su emoción para no defraudar a su mentor, que le iba dando explicaciones mientras mostraba cuerpos, sacos, instrumentos y garrafas de líquido, tocándolo todo con sus manos largas y sensibles. Cada bulto llevaba cosida una etiqueta de tela blanca con signos. En unos casos eran nombres completos trazados con esmero de escribano, y en otros puro garabato para controlar cuerpos que ya ni nombre tenían. Limpiar, investigar, clasificar y luego deshacerse de los restos para evitar la contaminación de las miasmas: Amador reconoció en el orden reinante las ideas de los higienistas. Pirkheimer nunca había sido tan escrupuloso con los muertos. Ni con los vivos.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse sobre la cava, con su cortejo de ecos húmedos, sonó en los oídos del joven como la más exquisita música. ¡Qué bien debía de dormirse en aquella frescura, ahora que el verano maduraba y el calor comenzaba a ser un tormento! Cuando abandonó la morgue aquel primer día, lo hizo con el ánimo alegre del náufrago que ha avistado una franja de tierra verde y comprueba que le quedan fuerzas suficientes para alcanzarla, sin preguntarse si no estará habitada por caníbales. Pocas veces se había sentido tan lleno de vida. Había conseguido un trabajo magnífico para él y también, en el último momento, para Custodio, porque Losada dijo que necesitaba alguien que lavara los cuerpos y ayudara en las tareas viles, y Amador pensó inmediatamente en su compañero. Era medio lelo, pero poco melindroso, y estaba acostumbrado a los sótanos por su larga permanencia en el subterráneo de Pirkheimer. Un topo como él se sentiría a gusto manejando carroñas en las profundidades.

SEGUNDA PARTE

PRIMAVERA. La ola de vitalidad que corría por las venas del mundo contrastaba gratamente con los duros trabajos de la muerte. Cuando salía de la morgue tras una jornada dedicada a experimentar en el cadáver de un anciano hallado en un estercolero, Amador reparó en un joven apoyado en la puerta del jardín de enfrente. Las niñas que jugaban a la comba se habían retirado unos pasos para dejarle sitio, privilegio que jamás les había visto conceder a nadie. Con cierto sobresalto, advirtió que el desconocido le saludaba y cruzaba la calle con el propósito evidente de reunirse con él.

Era Volpino, el amigo de la infancia, al que no veía desde hacía años. Cuando estuvo a su lado lo reconoció en seguida, más por su sonrisa y su expresión que por su aspecto. Había cambiado mucho. La fuerza, la vivacidad y la poderosa presencia de su cuerpo, que antaño le había seducido, parecían borradas. Estaba redondo e hinchado como una vejiga de Carnaval, y la chispa alegre que antaño embellecía su rostro se había apagado. Ahora era un hombre vulgar. Le tomó del brazo con alegre familiaridad, como si volvieran a encontrarse tras una corta separación. Dijo que había estado ausente mucho tiempo, pero que había regresado y trabajaba en el matadero. Amador no se alegró de verle. Pertenecía a un mundo que había dejado atrás, dorado ya por la pátina del tiempo más que por la nostalgia, sentimiento que desconocía.

A partir de entonces, Volpino acudió a menudo a buscarle a la salida del trabajo para tomar juntos un vaso de vino, de modo que acabó por acostumbrarse a su compañía y casi le echaba de menos si estaba muchos días sin dar señales de vida. Pero la fascinación de antaño no llegaba a renacer, y no sólo porque Volpino hubiera perdido brillo y gracia sino sobre todo porque Amador no se sentía querido por él como cuando eran estudiantes. Le parecía que su amigo le observaba, que estaba al acecho como un cazador.

«Si tienes tiempo», dijo el joven carnicero en una ocasión, «me gustaría llevarte a un lugar en el que seguramente no has estado. Lo hago porque eres mi amigo y en memoria de los viejos tiempos, cuando visitábamos a las lavanderas de los Caños. ¿Te acuerdas?». Sí, se acordaba, y no tenía el menor deseo de recomenzar aquellas aventuras amorosas que tanto le habían avergonzado durante la adolescencia, pero se dejó llevar sin hacer preguntas. Se hallaba en uno de estos días melancólicos en los que todo le daba igual. Su

bienestar presente y la felicidad de practicar un arte que amaba no habían logrado cegar la fuente de amargura que manaba de la grieta abierta en el centro mismo de su ser.

Cuando habían avanzado unos pasos calle abajo, les salió al encuentro desde las sombras de un callejón la florista Ángela, que solía merodear por el barrio con su dudosa mercancía. El sucio capote que le cubría los pies borraba el movimiento de sus pasos. Parecía desplazarse flotando. Cuando estuvo junto a Amador, le miró con descaro y le tendió en silencio su canastillo de flores. Estaban menos marchitas que de costumbre y eran bellísimas. El joven cogió un ramito y depositó una moneda en la sucia mano de la chica. «Hoy haremos una excepción, pero que no te vuelva a ver por aquí. Ya sabes que al doctor Losada no le gusta. Y dile a tu perro que no se frote contra mis piernas. Me va a poner perdido de barro», dijo.

Aquel chucho, que la acompañaba siempre como la sombra al cuerpo, parecía haber resucitado después de ahogarse en un charco de lodo. Era un perro de cementerio que había abandonado al sepulturero Bastián para seguir a Ángela en sus correrías. «El doctor Losada, el doctor Losada… No sé por qué le tiene usted tanto miedo», replicó la pequeña con la carita enfurruñada. Sus ojillos verdosos lanzaban chispas entre las rubias pestañas. «No es miedo sino respeto, algo que seguramente tú no entiendes…».

Por toda respuesta, la niña le sacó la lengua haciendo una mueca, y echó a correr.

«Vaya, tú también la conoces», dijo Volpino cuando la perdieron de vista. «Yo la veo todos los días cuando cruzo la plaza del Mercado. Hace poco asistí a una buena trifulca. Robó un broche a una mujer, pero hay que ver la habilidad que tiene para escabullirse, la condenada. No pudieron atraparla. Da pena pensar que crecerá y perderá ese aire de zorrilla tan gracioso que tiene. Cuando le pese más el culo, no podrá correr y acabará en la horca y, a la postre, en vuestra morgue».

Las palabras de Volpino, pronunciadas entre risas más crueles que alegres, pintaron en la mente de Amador la estampa de la muchacha tendida sobre una de las mesas del depósito para ser lavada por Custodio. La imagen de las blandas manazas peludas del monstruo recorriendo con esponjas húmedas la piel de su cuerpo le

horrorizó. Losada decía que un cadáver no era nada. «Se equivoca», pensó, «un cadáver puede ser mucho. Un cadáver puede ser el amor».

Tomaron un coche que les condujo a lugares ambiguos donde la ciudad perdía su nombre y se confundía con huertas y marjales. La tarde se henchía de un oro claro que aumentaba el tamaño del cielo antes de morir. Se detuvieron delante de una villa roja rodeada por una verja de hierro. Al abrirse rechinó, y crepitó la gravilla bajo las botas ortopédicas de Amador. Grandes perros negros salieron a recibirles, seguidos por un par de criados, que les hicieron pasar a una sala en penumbra. Allí dentro olía a almizcle.

«No te esperaba hoy, Volpino», dijo una voz de mujer acatarrada y aguda, casi infantil. No se veía a su dueña, pero, aunque no podía ubicarse en un lugar preciso, se adivinaba su poderosa presencia.

«No pensaba venir. He traído compañía, un amigo al que quiero que conozcas. Sal, Olimpia, no seas maleducada». Se oyó una risita impertinente y luego unos pasos que parecieron sonar por encima de las cabezas de los recién llegados. Una sombra malva aligeró las tinieblas de un rincón, bajo una cortina recogida que separaba aquella estancia de otra más secreta.

«Todo el mundo se ha ido. Estoy sola. Me temo que no podré ser muy hospitalaria. Acabo de lavarme la cabeza». De nuevo el extraño timbre, que era al mismo tiempo chillón y gutural, mezclado con risas cristalinas y suspiros enfermos. Un doloroso deseo de ver a la dueña de aquella voz enervó a Amador, casi como si temiera haberse quedado ciego y le urgiera comprobar que las ventanas de sus ojos seguían abiertas al mundo exterior.

El olor se había acentuado. Le recordaba el dulce aroma de saliva seca que exhalaban los moribundos y hacía aullar a los perros, y el más intenso de los muertos recientes, justo en el límite de la putrefacción. Había en él una mezcla de esencias animales: el ámbar que guardan en los testículos las bestias almizcleras y otro perfume más violento, oriental como el de las momias de novicias rellenas de pétalos de clavel que Losada le había mostrado en las criptas del Consuelo como ilustración de una de sus teorías.

«Te tengo dicho que no te laves la cabeza por la noche», dijo Volpino con cariñosa reconvención a la invisible anfitriona. «Vas a coger una pulmonía». «Pasad, queridos, pasad. Al menos beberemos

algo», ordenó la voz. Cuando entraron en la estancia oculta tras el cortinaje, Amador vio por fin a la mujer llamada Olimpia. Se dejaba caer en ese momento sobre una otomana, en una penumbra tan íntima y temible como la de una alcoba. El olor debía de proceder de ella, porque su presencia lo acentuaba. Apenas era visible algo más que la larga cabellera húmeda, que ahuecaban junto al fuego unas manos como garras, cuajadas de pedrería. Lo que mojaba aquella cabeza no parecía agua sino una gelatina grasienta que no se secaría jamás, pensó Amador, por más que la agitara al calor de las brasas. Cuando le miró, relampaguearon unos ojos negros que ardían a la luz de las llamas con el brillo interior de las pupilas de los gatos. Su mirada era tan intensa que se cuajaba en el aire como el hilo de baba que segrega el abdomen de la araña. Amador sentía deseos de escapar, pero estaba paralizado por la fascinación que ejercían sobre él la cabellera húmeda y los ojos de la mujer.

«Éste, Olimpia, es mi amigo de la infancia, Amador Pirkheimer, un auténtico caballero: la clase de amistad que te conviene». «Que es un caballero, salta a la vista», dijo ella. «Me alegro mucho de que haya venido a mi casa, señor Pirkheimer. Volpino me ha hablado tanto de usted que empezaba a enfermar de ganas de conocerle». No hablaba como las mujeres del pueblo, pero tampoco como las de los barrios altos. Era más educada que aquéllas, y carecía de la frialdad de éstas; a medio camino entre unas y otras, Olimpia tenía algo especial que Amador no sabía definir aunque lo percibía claramente: un desenfreno que impregnaba hasta el menor de sus movimientos. Cuando se irguió para servir el vino, pudo ver el cuerpo magnífico, grueso y esbelto, enfundado en seda verde, y el centelleo de las amatistas de su cinturón, que descendía por el vientre dejando caer sobre el pubis un grueso pinjante. La luz del hogar hizo brotar chispas violeta de su gema. Al pasar junto al joven, la seda del vestido silbó como una sierpe y una de las caderas de la mujer le rozó un hombro. Olimpia escanció el vino negro en copas de cristal tan grueso e impuro que parecía cuarzo. «Está enferma, pero no lo sabe», pensó Amador, recordando hermosos cadáveres que, al ser abiertos, mostraban un interior desorganizado, como si hubieran enloquecido por dentro.

«Deme, que las pongas en agua», dijo tomando las flores que habían comprado a la pequeña florista. «Son muy hermosas».

«Flores de cementerio», explicó Volpino con sonrisa maligna. «Dicen que traen suerte. ¿O es muerte?».

El semblante de Olimpia se demudó. Dejó caer las flores al suelo y se frotó las manos en los muslos. Su movimiento acentuó el brillo de la tela. «¿Se las habéis comprado a Ángela?», preguntó irritada. «Pues, sí», murmuró Amador. «Pero no hay nada que temer. Yo las compro a menudo para mi casa…»; era verdad que la muchacha las robaba en los cementerios y las revendía, pero no por ello eran nocivas para la salud. «Pues no tenías que haberlo hecho. Esa chica… debería estar entre rejas».

Arrebolada por el disgusto, le acometió un ataque de tos que hizo aparecer una gota de sangre en sus labios. Se la limpió con una leve caricia de la punta de los dedos.

CONOCER A OLIMPIA no hizo sino aumentar los sufrimientos de Amador. Cada vez que recordaba su olor, las formas de su cuerpo abultando en la tensa seda de su vestido o las oscuras lumbres de sus joyas, se apoderaba de él un violento malestar. Ignoraba que ella también se había sentido impresionada, no tanto por su persona como por las cosas que Volpino le había contado sobre su cuerpo, sobre lo que se decía que él era, sobre el oro que había debajo de su piel.

En su inocencia, el joven creyó que el siguiente encuentro se debió al azar. Cuando, al cruzarse en la calle de las Tres Hermanas con una hermosa mujer, ella se alzó el velo y le sonrió con los ojos encendidos, olorosa al almizcle, la saliva y las raíces húmedas que le turbaban hasta en sueños, y supo quién era, sintió un ansia que ya conocía: le había asaltado a menudo aquellos días cada vez que su imagen se interponía entre los cadáveres y su atención. Sin apenas darse cuenta ni recordar luego nada del viaje salvo que el interior del coche le había hecho pensar en una ratonera, se halló con ella en la casa roja, ante una mesa en cuyo centro había un jarrón con flores marchitas. De su agua, turbia tras el cristal, surgía un olor pútrido que se mezclaba con el de los pétalos y los pesados perfumes del grasiento cabello de la mujer. La cena transcurrió lenta como un rito. El tiempo parecía haberse estancado, cuajado y convertido en alimento. «A partir de ahora lo único que haremos será comer aquí estas delicias», pensó, y la idea de la eternidad del simposio, lejos de molestarle, le hizo sentirse más tranquilo.

Después del caldo espeso y oloroso, sirvieron carne mechada, hígado, dorada fritura de sesos, pedacitos de bofe rosados. Bajo el aroma que dejaban en el paladar las especias, surgía otro persistente, dulzón, desconocido; ni el vino lograba arrastrarlo. Arrojó una piltrafa a uno de los feroces perros de Olimpia, que merodeaban por la sala. El animal se acercó, olfateó la carne y reculó, enseñando los dientes. «Olimpia, ¿qué es lo que estamos comiendo?», preguntó, sin darse cuenta de que había sido alcanzado por las aprensiones que había creído percibir en la bestia. «Carne», dijo la bella, indiferente. «¿No te gusta?». «Mucho. Está muy tierna. Pero, ¿qué es?, ¿cordero? No sabe a cordero, pero no es grasienta como el cerdo».

«Cuánta filosofía», replicó Olimpia, que comía con los dedos, en silencio, sonriendo con los ojos mientras la boca se afanaba en desgarrar, triturar, amasar pulpa y grasa con la saliva y el vino. Bebía con la boca llena, atragantándose, hasta el punto de que en una ocasión tuvo que escupir en el plato una tajada a medio masticar. A los postres, su regocijo de borracha se volvió insoportable. Amador la contemplaba fascinado. Y ella, consciente de su poder, jugaba a incomodarle con la mirada intensa de sus ojos, que parecían taladrar la cabeza del joven, penetrar en su interior y descubrirlo todo. Los perros, sentados como esfinges, jadeaban con las lenguas fuera y las orejas tiesas, como si percibieran algo que no podía verse pero que flotaba en el aire cargado de aquella pieza sin ventanas.

«¡Tengo un calor!», exclamó finalmente Olimpia tras una eternidad de silencio, y apartó el pañuelo de gasa verde que le cubría el pecho, dejando al descubierto los senos, opulentos y frescos, de oscuros pezones. Amador sintió que un fuego terrible le corría por el cuerpo. Algo entre sus piernas pugnaba por encontrar un camino natural, que estaba cerrado por algún obstáculo, de modo que lo que en circunstancias normales hubiera sido una gloriosa erección ante tanta carne, quedaba reducido a un dolor lacerante. «Dicen que eres especial», susurró la mujer poniéndole una mano sobre el muslo, cerca del sexo, y llevando la del joven a su pecho desnudo, «que eres un muñeco maravilloso y que tienes de oro las entrañas. Muchos corazones me han amado, pero nunca uno de oro».

Cerró los oídos a aquellas insidias que le obligaban a retroceder en el tiempo hasta la mesa de operaciones de Pirkheimer. No quería saber. El peso, la redondez y el calor del seno de ella en su mano era un tormento delicioso, un repulsivo placer, inevitable como si su piel se hubiera adherido a un metal al rojo. Por distraer su deseo con un objeto menos peligroso, con la mano libre acarició la cabellera húmeda, que le dejó en los dedos una especie de grasa o melaza. «¿Qué tienes en el cabello?», preguntó. «Yo también soy especial, corazón mío. Pero tú no te preocupes por nada. Tú ámame, simplemente», respondió ella, y dejó caer el vestido o salió de él como una serpiente de su piel vieja, liberando el esplendor de un cuerpo que era como los de las diosas de los cuadros, pero con algo que ellas no tenían: el sudor, el olor, el vello, el calor y todo lo que nunca pintaron los pintores y que tampoco estaba en los cuerpos de las bellas tuberculosas del depósito. Algo se parecía el olor de su regazo al de los cadáveres frescos antes de corromperse, pero era poderoso y vivo, sin la asquerosa insipidez que impregnaba la sala de mujeres de la morgue.

Huyó hacia la frescura de la noche, avergonzado porque no podía amarla aunque la deseaba. No tenía a su padre para aconsejarle ni había nadie en el mundo que pudiera decirle lo que debía hacer, cuál era el mecanismo de su cuerpo en el amor, aunque se sabía capaz de amarse a sí mismo. Regresó a su casa. Deseaba más que nunca morir, pero no con el anhelo sereno de descanso y quietud de otras veces sino con un ansia dolorosa de aniquilación.

En el portal encontró a Custodio esperándole. Tenía entre sus manazas la sucia garrita de la florista Ángela y parecía estar diciendo algo tierno. Ella rió y se apartó. Cuando Amador llegó junto a ellos, la muchacha no le devolvió el saludo. Parecía disgustada con él.

«Va usted a sitios peligrosos. Tenga cuidado, no vayan a pegarle algo malo», dijo, y echó a andar calle abajo, balanceando su cesta vacía, seguida por su perro, que cojeaba.

Custodio tenía un clavel marchito entre los dedos.

«CREO QUE ESTO ES lo que buscábamos», dijo Losada, agitando un frasquito que contenía un líquido lechoso.

La piel del cadáver que yacía sobre la mesa de trabajo presentaba un aspecto fresco, casi radiante en los lugares donde el

maestro había inyectado la pócima, mientras el resto aparecía marchito y sucio de cardenales a causa de los derrames. Había estado trabajando en aquel espécimen mucho tiempo y en condiciones adversas, pero, a juzgar por el resultado, el esfuerzo había valido la pena. La hermosura de la restauración parecía haberse extendido al embalsamador por efecto de la euforia que el trabajo bien hecho producía en su temperamento.

«Lo vamos a utilizar con la condesa», declaró. «Muy bien», asintió Amador maquinalmente. Nunca le había oído hablar de ninguna condesa, pero en aquel momento no estaba prestándole atención. Se hallaba fascinado por el raro efecto que producían las dos mitades de la cara del muerto, una bella y la otra horrible, y sobre todo por el pensamiento de que ya habían acabado el trabajo y quedaría así, a medio arreglar, dentro del saco de lona gris en el sótano.

«La condesa de Ávalos», dijo Losada, cubriendo el cuerpo con la sábana como si lo borrara, «está agonizando y debemos permanecer atentos para intervenir en cuanto deje de respirar. Va a ser una obra maestra. Tiene que serlo, porque van a pagárnosla muy bien, hijo mío. Es gente refinada, que sabe apreciar la calidad. Quieren unos funerales por todo lo alto, de tres días, y hay que conseguir que el cuerpo se mantenga fresco. Es más: tenemos que devolverle el esplendor de la salud y la juventud que ha perdido durante su enfermedad. Sus parientes quieren guardar un buen recuerdo de ella». «Pero, si no he entendido mal, todavía no ha muerto», replicó Amador. «En efecto, pero morirá. Lo que ella tiene no se cura ni se demora, llegado al punto en que se halla en estos momentos. Ha estado gestando la muerte como a un hijo durante un par de años, alimentándola con sus jugos vitales, sintiéndola crecer y moverse en sus entrañas. No va a ser fácil darle un aspecto agradable». «Parece una crueldad hacer los preparativos de su funeral cuando aún está con vida…», comentó el joven. «Los escrúpulos no deben ser un obstáculo para el progreso», replicó Losada. «Usted, que es hijo de un hombre audaz, lo sabe mejor que nadie. En la vida hay que andar ojo avizor, porque si no todo se pasa; se pasan las ocasiones, se pasa la fruta, la carne se pasa. Por suerte, la familia Ávalos es previsora. Si nos ponemos en camino ahora, llegaremos a tiempo de trabajar con un cadáver reciente. Esta vez vendrá usted conmigo.

Voy a necesitar su ayuda; además, podré enseñarle algunas cosas que es imposible estudiar con el material que tenemos aquí. Está usted de suerte».

Cuando, tras un largo e incómodo viaje, llegaron a la mansión, la condesa aún no había muerto. Incluso le quedaban energías para parir aquella muerte suya, dolorosísima, con gritos como los de una mujer en el trance del alumbramiento. Losada pidió que les acomodaran en estancias lo más apartadas posible de la moribunda, y en efecto, a él le situaron en el ala opuesta, pero la casa estaba llena de parientes que habían venido al duelo con depravada puntualidad, de modo que Amador tuvo que contentarse con un cuartito por cuya chimenea le llegaban los alaridos. Toda la noche estuvo oyéndolos, lleno de terror y maravilla al considerar que el pecho, la garganta y la boca de donde salían no tardarían en ser objeto de las brutales manipulaciones del maestro.

Murió al amanecer. Sus médicos certificaron la muerte y recomendaron que, por prudencia, se retrasara el embalsamamiento hasta el día siguiente. Pero la condesa estaba muerta y bien muerta, comida por un tumor que gozaba de excelente salud y que, junto con el útero, fue lo último que dejó de vivir en su cuerpo. La familia decidió que no había por qué esperar. Una turba de parientes y damas quiso estar presente en las operaciones de Losada, como era costumbre, pero éste pidió que le dejaran solo con Amador y una vieja nodriza, muy curtida en los trabajos del cuerpo, que les ayudaría con las toallas y los barreños.

Lo primero que hizo el artista de la muerte cuando se hubo retirado de la estancia el último curioso, fue acercar una vela a la cara interna de uno de los brazos. En la zona quemada se formó una gran ampolla que estalló ruidosamente, dejando escapar aire pero ni una gota de humor. «La piel de los cuerpos muertos, por recientes que sean», explicó a su discípulo, «está seca por dentro. Recuérdelo, porque éste es un método infalible para comprobar un deceso».

Aquél fue un verdadero embalsamamiento como los que describían los manuales que Losada hacía estudiar a sus alumnos de anatomía. Pero, comparado con aquello, a Amador le pareció que lo que había aprendido hasta entonces en las aulas y en la morgue era un juego de niños. Nunca había visto extraer el cerebro a la manera de los antiguos, por la nariz, con ganchos de hierro parecidos a los

que se emplean para sacar guindas en aguardiente de los frascos de cuello largo y estrecho. Tampoco había asistido a la extracción de las vísceras aún tibias por los costados, para no dañar el pecho y el vientre, ni al relleno del hueco con fina paja de hierbas aromáticas y bolas de resina caliente, cuyo intenso perfume llenó el cuarto de un hálito como de pinar en verano bajo el sol del mediodía. Lo único que le resultó familiar fue la succión de la sangre con grandes jeringas de cuero semejantes a fuelles y su sustitución por vinagre y trementina. Un cubo lleno de sangre espumosa, del que se desprendía un olor a matanza, estuvo a punto de volcarse en un descuido. Su bamboleo salpicó el suelo de gotas que se cuajaron rápidamente.

Losada extirpó los ojos negros, ya velados, de la condesa y los puso en la bandejita que ésta usaba para dejar las joyas al acostarse. Gruñó un poco porque el recipiente no le parecía adecuado, pero, ¿podía haber algo más propio de la alhaja de aquellos globos de nácar y azabache que un joyero?, pensó Amador, divertido por la mueca de desagrado del maestro al tenderle la nodriza el lindo objeto de plata. Quedaron sobre un repostero, clavados en la nada como los de santa Cecilia, bajo las rosas marchitas de un jarrón de cristal, que lloraron sobre ellos pétalos ajados. El maestro los sustituyó por bolas de algodón empapadas en esencias y cerró los párpados, cuyas comisuras y las de la boca suturó finamente para darles un aspecto risueño, cuidando que el rostro no pareciera una máscara de regocijo o ironía. Amador, que le secaba el sudor de la frente con un paño para que no le cayera en los ojos y nublara su visión, nunca le había visto tan bello. Tenía la noble y concentrada hermosura del hombre que se entrega en cuerpo y alma a un trabajo que ama, decidido a arrebatar al caos de la materia una obra perfecta.

Cuando la muerta estuvo embutida en materiales asépticos, cosida, impregnada y vestida con su traje de novia como había dejado dicho que deseaba ser enterrada, comenzó una tarea mucho más agradable y no tan dura como la otra, aunque no menos delicada. La nodriza ayudó al maestro a aterciopelar el cutis de su señora con polvos de arroz, a alegrar la boca y las mejillas con cera encarnada y a borrar las sombras de las ojeras. Todos dijeron lo que suele decirse en tales ocasiones: que parecía dormida. «Sí, sí,

dormida… Si la hubieran visto dormir como la veía yo día a día en los últimos tiempos, despeinada, sudorosa, los ojos hinchados de llorar porque no quería morir y con aquella mueca de desánimo en la boca, no dirían eso», comentó la anciana. «Nunca ha estado tan hermosa, ésa es la verdad, ni dormida ni despierta, ni enferma ni sana». «Es que no está dormida. Está bien embalsamada», replicó Losada con orgullo. «Aderezada para asistir a sus funerales, a su última fiesta».

Los restos de su esposo, muerto hacía algunos años, la aguardaban. Y siguiendo la costumbre de la familia, el ataúd de éste fue abierto por última vez antes de que el sarcófago de mármol se cerrara sobre ambos para siempre. Al levantar la pesada tapa de roble, una nube de algo que bullía, aleteaba y volaba cegó de pronto a la concurrencia. Eran pequeñas mariposas plateadas, polillas que anidaban entre las ropas del conde aguardando un momento como ése para emprender su vuelo nupcial. Lo inesperado del suceso sembró la confusión. Hubo gritos, carreras y empujones, y se perdió la compostura, pero finalmente las polillas cayeron muertas al suelo, que quedó cubierto de sucia y resbaladiza nieve: las fulminó el aire fresco y la luz, como les sucede a muchos habitantes de las tumbas.

Comentando luego el lance en la diligencia, al regreso, Amador trataba de disimular con nerviosas risitas la turbación que le había producido todo aquello. «No hay que tomárselo a broma», dijo Losada de buen humor. «La eclosión de las polillas no es frecuente pero a veces ocurre, y origina terrores supersticiosos y leyendas. Presencié en cierta ocasión un episodio parecido al de esta mañana, pero mucho más dramático. Había que exhumar el cuerpo de una dama cuyos parientes sospechaban que había sido envenenada. Al abrir el féretro, y en medio de un hedor de mil demonios, se levantó de los encajes que adornaban la pechera de la muerta no una nube de polillas como la que hemos visto sino una sola mariposa grande y oscura, peluda, de las que llevan una calavera pintada en el coselete, llamadas Thanatos por los naturalistas. ¿Y qué cree usted que hizo? ¿Caer muerta discretamente como las huéspedes del conde, que parecen haber salido sólo para dar la nota pintoresca? No: este lepidóptero colosal se dirigió sin vacilar hacia el marido de la difunta, al que rozó en la frente. Luego escapó por una tronera de

la cripta y no volvimos a verlo. Pero eso no es todo: el hombre murió al día siguiente entre horribles espasmos y exhalando el mismo hedor que la presunta envenenada. Todos estuvieron seguros de que su muerte había sido causada por la picadura del insecto como venganza de la esposa. A nadie le cupo duda de que la había asesinado». «Y usted, ¿qué pensó?», preguntó Amador, que había seguido la historia sin parpadear. «Yo, hijo mío, no soy amigo de creer lo que no ven mis ojos o no encuentran mis escalpelos. La trompa de las mariposas no puede horadar la piel humana, sólo libar las entrañas de flores. Pero es una bonita historia, buena para contarla en los viajes, sobre todo en este medio de locomoción arcaico y polvoriento que padecemos. Cada vez que tengo que tomar una diligencia, deploro que el divino Da Vinci no perfeccionara sus máquinas voladoras. Nos ahorrarían muchas molestias».

«Quizá no le picó. Tal vez el hombre, obsesionado por la culpa de su crimen, se castigó a sí mismo infligiéndose una enfermedad terrible…», aventuró el joven. Pero el momento mágico del relato había pasado. Losada dormitaba.

«SI NO FUERA PORQUE ES USTED quien lo dice, no podría creerlo. Custodio siempre me ha parecido un imbécil, pero no un criminal», dijo Amador jugando con el abrecartas de cuerno que reposaba en el borde de la mesa.

Losada acababa de confiarle que había sorprendido al hombre abusando de una muerta. Sostenía que no era la primera vez. No dijo «abusar» sino «maltratar». Aquella palabra resultaba extraña en un doctor para quien los cadáveres eran objetos inertes y sin humanidad.

«Ésta es una institución pública y está a mi cargo. No puedo permitir que se manche su reputación ni la mía, fruto de tantos años de trabajo y honesta investigación, que, como usted ha visto recientemente, está dando sus frutos. Voy a despedir a ese cafre, pero antes quería oír su parecer. Al fin y al cabo, fue usted quien me lo recomendó, y no crea que se lo reprocho. Si le digo esto es porque tengo confianza en usted. Le haría un flaco favor si encubriera a su protegido».

Amador se sentía unido a Custodio por oscuros y profundos lazos desde la noche de la muerte de Pirkheimer en el subterráneo,

y además le asustaba la posibilidad de tener que prescindir de los servicios de un trabajador tan útil y apasionado, que no escatimaba esfuerzos ni hacía ascos a las tareas más repugnantes. «¿Y quién le sustituirá?», preguntó. «Eso ahora es lo de menos. No puedo quitarme de la cabeza lo que vi la otra noche. ¿Usted no había notado nada en todo este tiempo?».

El joven negó con la cabeza, pero la pregunta del maestro le inquietó. Le hizo recordar algo que casi había olvidado. Salían Losada y él del depósito después de preparar el cadáver de una joven que había que enviar al día siguiente al aula de anatomía. Iban respirando el aire perfumado de la tarde, mientras charlaban sobre las últimas novedades bibliográficas en tanatopraxia recibidas de Flandes. Se despidieron a la puerta de la casa del doctor, y Amador se encaminó a la suya. Al llegar, le extrañó no ver luz en las ventanas. Echó mano de su llave, pero no la encontró. Como apenas la utilizaba, solía dejarla olvidada en el depósito, en el cajón donde guardaba sus cosas. Desanduvo el camino. Aquel cambio en su rutina no sólo le produjo fastidio sino también un nerviosismo repentino, como si se dispusiera a hacer algo reprobable.

Cuando llegó a la morgue era ya de noche. Sin la alegría del sol, el edificio parecía abandonado o muerto, y en la calle de las Tres Hermanas reinaba una quietud siniestra que no era la del descanso sino la de la ausencia. El aroma dulzón de las flores de la tapia triunfaba sobre el hedor a meados de perro habitual en el callejón. Sobre las copas de los árboles, que susurraban agitadas por la brisa, brillaba una luna redonda como el vientre de una mujer, iluminando a las niñas que jugaban a la comba silenciosas como espectros. La que saltaba tenía los ojos cerrados y sus pies descalzos burlaban diestramente la cuerda, que no tocaba el suelo. «¿Qué harán aquí éstas a semejantes horas?», se preguntó. La puerta estaba entreabierta. Dentro no parecía haber nadie, pero al fondo del corredor percibió el latido de oro de una luz que venía del sótano y se reflejaba en el techo. Oyó ruidos. Sin duda Custodio trajinaba allá abajo. De pronto su inquietud se convirtió en miedo. ¿Qué podría estar haciendo aquel hombre en las entrañas de la casa? El trabajo del día había acabado y nada justificaba su presencia entre los cadáveres. Recordó a la hermosa muchacha que descansaba desnuda e inerme sobre la mesa de mármol, y un sucio comentario

que había oído murmurar al monstruo mientras lo lavaba aquella misma mañana. Aunque quizá sólo habían sido figuraciones, un ruido cualquiera convertido en blasfemia por sus escrúpulos.

Algo vergonzoso estaba ocurriendo, algo que no debía saberse ni decirse ni pensarse, porque podía corromperlo todo. Su corazón comenzó a palpitar violentamente, y su frente y su espalda a destilar los humores de la angustia. Dio media vuelta y se marchó. Fue casi una huida. Una de tantas; él siempre se retiraba, incapaz de encarar la brutalidad de lo que escapaba a su control, que era casi todo.

«Veo por la expresión de su rostro, hijo mío», dijo Losada con cierta brusquedad, «que no me sigue usted o que no está de acuerdo conmigo en la decisión que he tomado». Amador regresó de su paseo interior al oírle, con un sobresalto que no pudo disimular. «Sí le sigo, señor. Y estoy totalmente de acuerdo, pero yo por mi parte no he notado nada extraño en Custodio». No mentía: su único recuerdo era tan vago que no podía convertirlo en testimonio. A fin de cuentas, no había visto nada. Por otro lado, quizá fuera suficiente llamar a Custodio al orden y pedirle una explicación.

«Una explicación…», replicó Losada. «Esas cosas no tienen explicación. La afición que siente hacia los muertos ese animal debía acabar así tarde o temprano. Pero, vamos a oírle. Quiero que compruebe usted por sí mismo qué clase de razones tiene un hombre para comportarse como una bestia. Qué digo, pobres bestias. Una bestia jamás haría eso. Eso sólo puede hacerlo un degenerado».

Custodio acudió a la llamada de la campanilla de Losada con tal celeridad que Amador pensó que estaba escuchándoles detrás de la puerta. Entró en el despacho cabizbajo, con evidentes síntomas de borrachera, y permaneció en pie, restregándose las lujuriosas manazas como si se las lavara.

«Esto», dijo Losada, tendiéndole una bolsa de dinero, «es lo que se te adeuda. No quiero verte por aquí nunca más». «Pero, señor», replicó el monstruo, cuya presencia había llenado el reducido espacio del estudio de un olor repugnante a vino agrio, «yo siempre he sido un buen trabajador. Bien sé que tengo mis vicios, pero no me gusta violentar a las mujeres ni obligarles a hacer lo que no quieren. En cuanto a esas pobrecillas del sótano… las trato bien.

Nunca he hecho daño a un cuerpo, siempre lo he dejado como estaba. Jamás se ha recibido una queja». «¿Y qué queja se va a recibir, animal, si cuando acabamos con ellas van a parar al horno o a la fosa?», gritó Losada, rojo de ira por primera vez desde que Amador le conocía.

«Pero, ¿por qué lo has hecho, Custodio? ¿Por qué?», le preguntó el joven, apremiándole al ver que se iba a quedar sin saber absolutamente nada, como solía ocurrir con todo lo que le interesaba de verdad. «Por nada, señor, ¿por qué va a ser?», respondió Custodio. «Bueno, basta de charla», cortó Losada. «Tú, márchate si no quieres que dé parte a las autoridades, y procura ser más juicioso en tu nuevo empleo, si lo encuentras».

El hombre miró al suelo y dijo, como si acabara de ocurrírsele, aunque era evidente que lo traía muy meditado y que había pensado cada una de sus palabras: «Hay un trabajo que puedo hacer si usted me ayuda, señor, que es llevar los cadáveres de los ajusticiados al pudridero de la puerta de la Carne y luego, cuando están secos, conducir la carreta con sus restos hasta el camposanto de la Misericordia el día de santa Brígida. El que lo hace ahora está muy viejo, medio ciego y renco. Alguien tendría que sustituirle. No es trabajo fácil, porque algunos cuelgan de las horcas durante meses y apestan, pero no me importa. Necesito una carta de recomendación para los cofrades de la Misericordia. Si usted, que es tan bueno y se ha portado tan bien conmigo, quisiera…».

«Yo bastante he hecho teniéndote aquí todo este tiempo. Ahora debes arreglártelas por ti mismo», respondió Losada, dando por concluida la entrevista.

A la salida, Amador se vio abordado por el monstruo, que parecía muy turbado. Cuando le hizo sentarse en un banco cerca de la ventana que daba al río, su rostro embrutecido se iluminó con una sonrisa de gratitud en la que el joven creyó advertir un punto canallesco de complicidad. Desde que lo encontrara en los infiernos de la Casa del Diamantista, adivinaba en él una afinidad secreta, quizá porque ambos estaban al otro lado del cristal tras el que se celebraba el festín de la vida. Sentía una profunda simpatía hacia aquel espejo deformante, aunque sólo se lo confesaba a sí mismo en momentos de extrema melancolía, cuando descendía hasta las simas en las que nada importaba salvo la sombra del fondo y lo que ésta

ocultaba. Al menos el desdichado Custodio se conocía a sí mismo, sabía qué clase de amor convenía a su naturaleza, y que su verdad era la muerte de los otros; pero, ¿cuál era la suya?

«Tengo que pedirle a usted lo que me ha negado don Arcadio», dijo el necrófilo mirándole con mansedumbre. «Pero yo no podría conservarte aquí aunque quisiera…», replicó Amador. «Ya lo sé, señor. Lo único que pido es la carta de recomendación para la Misericordia. Si usted la firma, servirá igual». Parecía resultarle más fácil hablar de aquello con él que con Losada. «No creo que sirva. Ni siquiera me conocen», dijo el joven. No quería saber nada de aquel asunto ni verse envuelto en los trapicheos del monstruo. «Huy, ya lo creo que le conocen, señor. Ellos nos conocen a todos los que trabajamos en cosas de muerte. A usted también. Usted es muy conocido en esta ciudad, más de lo que se figura. La gente se interesa por el hijo del gran Pirkheimer. Sí que servirá, sí. Y también puedo decirle que no se arrepentirá si me recomienda, porque yo soy un buen trabajador y además casi nunca ajustician a mujeres, así que no me veré tentado ni arrastrado por mi vicio».

La cínica candidez de estas razones desarmó a Amador. «¿Y qué es lo que la gente sabe de mí?», preguntó. «Oh, no me haga mucho caso, señor. Sólo quería decir que el hijo de un hombre con poder sobre la muerte como su padre tiene que interesar por fuerza a los cofrades de la Misericordia». Parecía buscar desesperadamente un pretexto para cambiar de conversación. Su rostro se iluminó al hallarlo. Señalando por la ventana abierta, exclamó: «Mire, mire, señor Pirkheimer…».

Ángela, la florista, volvía de alguna de sus correrías con el perro, que saltaba a su lado alegremente. Se deslizaron por un agujero de la muralla y desaparecieron.

«La pequeña…», dijo Custodio, soñador. «Qué bonita y graciosa es. Una perla fina, digna de un señor aunque esté manchada de barro. Bajo la suciedad está el esplendor».

Amador pensó que un individuo capaz de decir eso no era un canalla. «Te ayudaré si puedo, pero se está haciendo tarde». «Sí, señor. Lo único que ha de hacer es poner unas palabras en un papelito diciendo que tengo experiencia en el manejo de cadáveres. Ellos ya lo saben, pero necesito que alguien de calidad lo certifique. Usted siempre se ha portado bien conmigo. Me sacó de aquellas

tinieblas, y eso no lo olvidaré jamás, que yo seré imbécil y pecador, pero no desagradecido. Y tal como están las cosas en estos tiempos, todos vamos a necesitar que nos echen una mano tarde o temprano».

EN EL ATRIO DE LA CATEDRAL se había establecido un vendedor de estampas, que se hacía llamar don Atanasio Hillel y era hombre misterioso, seguramente huido de algún peligro grave, porque brillaban en su sonrisa todos los matices del dolor. Nadie se atrevía a desalojarle del rincón donde, colgando sus ropones en los salientes de las arquivoltas, había formado una especie de nido que cobijaba un mostrador hecho con dos caballetes y una tabla. El tapete de brocado que la cubría daba al conjunto cierto aire veneciano. Sobre la tabla se amontonaban grandes carpetas con láminas, grabados, estampas y recortables. Algunos decían que sus mercancías eran los restos del naufragio de su propia biblioteca y le atribuían una biografía fantástica, en la que no faltaban lances de magia y sangre. Según otros, su bota izquierda escondía una pezuña hendida. Pero todos convenían en que su trato era de una amabilidad extrema.

Amador solía entretenerse hojeando los álbumes de estampas. Las que más le gustaban eran una serie de grabados a buril segados de un libro de viajes con hábil cuchilla. Ilustraban los sacrificios y banquetes de unos indios de la Amazonia. Estaban fuera de sus posibilidades, pero a menudo las contemplaba una a una, bajo la mirada enigmática del vendedor. «Si tanto le gustan, llévese alguna, señor Pirkheimer», le había dicho Hillel en varias ocasiones. «Son caras. Me conformo con mirarlas, si no le importa». «¿Qué ha de importarme? Para eso están, para mirarlas. Usted lléveselas, que ya me pagará cuando pueda». Pero la honda ironía de los ojos en contraste con la bondad abismal de la sonrisa del judío, impedía a Amador caer en la tentación de apoderarse, como hubiera querido, de la más cruel de las láminas: la que mostraba la siesta de los caníbales.

Un domingo, al acercarse al puesto de Hillel, vio a Ángela, que examinaba una estampa sosteniéndola desmañadamente, como quien no está familiarizado con el manejo de papeles. Representaba un ángel coronado de rosas, vestido con túnica corta y apoyado en una lanza. Debajo de la figura se leía un nombre que Amador no

había oído nunca: URIEL. Tan absorta estaba la niña en su contemplación que no se dio cuenta de la presencia del joven a su lado.

«Eso no es cosa de críos ni está a su alcance, rapaza», dijo Hillel cuando ella preguntó el precio. «Tendrías que vender cien ramos de tus flores para pagármelo, y eso son muchos entierros. Además, ¿para qué quiere un grabado de Goltzius una diableja como tú? Ten cuidado, que me lo vas a manchar». «Es cosa mía para qué lo quiero», replicó ella. «Tú dámelo y tendrás todos los días un ramo». «No me interesan tus flores. Anda, lárgate y llévate de aquí a ese chucho, que me lo está llenando todo de babas», ordenó Hillel con voz cordial mientras cambiaba una mirada de inteligencia con Amador.

Ángela temblaba. Amador vio rabia y el brillo de una lágrima en la carita sucia y contraída. «Me lo llevo yo, don Atanasio», dijo el joven, tendiendo al hombre una moneda de oro. Le producía un placer especial sacrificarse para satisfacer aquel raro capricho. Mientras el judío guardaba el grabado en una carpeta y se lo tendía meneando la cabeza con suave reconvención, la niña echó a correr. Amador corrió tras ella entre la gente hasta darle alcance en un callejón sombrío, justo a tiempo de detenerla antes de que entrara en el portal de una vieja casa, en cuyas entrañas hubiera desaparecido sin remedio. «Es para ti, mujer», dijo jadeante, sujetándola por un brazo. Ella se desasió con violencia y permaneció mirándolo unos instantes de hito en hito, como si no comprendiera. Luego: «¿Para mí?», preguntó señalándose el pecho, resplandeciente de una felicidad súbita que hizo brillar sus ojos verdes arrasados en lágrimas. «Le daré las flores que le había prometido a ese cerdo. Usted no les hace ascos. Más de una vez me las ha comprado». «Lo único que quiero es que me digas por qué te gusta tanto este dibujo». «Bueno, venga conmigo, si no tiene nada mejor que hacer. Hoy libra con los muertos, ¿verdad?».

Le condujo hasta el hueco de la muralla bajo el depósito de cadáveres, a la entrada de un bastión arruinado y enterrado entre malezas. A primera vista parecía impracticable, pero agachándose un poco entraron fácilmente. Era una especie de cueva de cuyas paredes de piedra rezumantes de humedad, colgaban tapices y numerosos espejos, que componían un mosaico centelleante a la luz

de un candelabro. No había muebles, pero sí muchas telas riquísimas, alfombras y almohadones, sin duda robados. Amador tuvo la impresión de haber penetrado en el nido de una urraca.

Ángela le hizo sentarse mientras se afanaba de espaldas a él ante un destartalado repostero. Cuando se retiró para mostrarle el resultado de sus trajines, el joven vio una especie de altarcito coronado por el grabado de Uriel. A un lado había un cáliz de plata abollado por misteriosos golpes y al otro un cráneo humano y un búcaro de cristal esférico que contenía una sola vara de azucenas; al pie del grabado, en una bandejita de cobre, descansaba una pluma blanca. El conjunto no parecía obra del azar o de un capricho infantil, sino un emblema con un significado tan concreto como misterioso, como un poema escrito en una lengua desconocida.

«¿Qué es eso?», preguntó el visitante señalando el cráneo. «La cabeza de mi padre. Murió en el cadalso. Yo misma la cogí del pudridero de la puerta de la Carne, gracias a la bondad de Pedro Alamillo, que hizo la vista gorda cuando entré una noche a por ella. Tuve que hervirla un día entero para limpiarla, y luego le di aceite de ortiga blanca; por eso está tan lustrosa». «¿Y tu madre?». La niña se encogió de hombros y golpeó el suelo con el pie. «No tengo madre ni la he tenido jamás. Ya soy mayor, me basto y me sobro. Cuando era chica estaba con unas monjas, pero cuando me hice grande quise vivir mi vida y que nadie me atosigara. Me escapé del convento. No creo que me echen de menos. No me querían. Muchas veces me encerraban en la alacena porque decían que era mala. Luego viví con la ensalmadora Crisanta, pero es una vieja roñosa que me hacía trabajar sin pagarme. Cuando aprendí todo lo que ella sabía, me fui. Ahora estoy aquí con el perro. Mierda de chucho, también él me sobra, pero no hay quien le haga marcharse y me da pena matarlo. ¿Tiene usted sed? Yo, sí».

Y sin esperar respuesta, se puso a revolver el fondo de la cueva en unas cajas y trapos hasta que encontró una botella. Escanció para Amador un vino de color rubí en un vaso de estaño. Era un licor excelente, que calentaba las entrañas y sembraba la alegría en el corazón. El joven se sentía a gusto en aquel lugar. «¿Y la estampa?», preguntó. «Me has dicho que me contarías por qué tenías tanto empeño en comprarla». «Pues porque cuando lo de las monjas me aficioné a san Uriel, que es un arcángel que está en el

dibujo. Ellas eran muy devotas suyas y le pedían cosas. Suele concederlas. La Crisanta me enseñó una plegaria que hace efecto si se tiene su retrato. No la puedo decir porque no es usted del oficio». «¿De qué oficio?». «Del oficio de las ensalmadoras como mi maestra y yo. La pluma es de las alas del ángel. La cogí del convento. Estaba en la capilla en una urna de cristal entre otras reliquias. Seguramente no les gustó que me la llevara, porque hay que ver el apego que le tenían. Se la había regalado, según ellas, una reina antigua que vino de visita, y decían que antes estuvo en una iglesia de Constantinopla que es de oro por dentro y por fuera, pero a las monjas no hay que creerles todo lo que dicen, porque son muy romanceras».

Amador se acercó al altarcillo y contempló el místico despojo. Era largo y blanco, con los extremos de las barbas dorados y una sutilísima nubecilla de plumón en la parte del astil que entra en la carne. «Si bien se mira», prosiguió la niña, «lo del arcángel Uriel es un misterio, porque yo vi un cuadro en la capilla de las monjas con un letrero en el que ponía su nombre bien claro, y allí no tenía alas y era macho, barbudo y con aire de soldado. Su mirada terrible me asustó tanto que no fui capaz de llevármelo, aunque no era grande y hubiera podido con él. Seguro que tenía más virtud que la estampa ésta. Aquí se le ve un poco flojo, me parece a mí». A Amador también se lo parecía. Con aquella cara de pánfilo, pensó, no eran de esperar muchos milagros. Las risas de ambos jóvenes sonaron juntas entre las paredes de la cueva. Era la primera vez en su vida que se reían viendo su regocijo reflejado en otro rostro.

Para Amador fue una sorpresa no sentirse inquieto en compañía de una muchacha. Al contrario que la amarga y ardiente Olimpia, Ángela no le acobardaba; era él quien dominaba la situación como si fuera su hermano mayor. Podía contemplarla tranquilamente. Envuelta en su capote, parecía no tener cuerpo, sólo una frágil apariencia revistiendo el espíritu para hacerlo visible. La mirada de sus ojos verdosos, sembrados de chispas de oro, casi siempre estaba más allá de los objetos. Algo del angelismo alucinado de las monjas se le había quedado impreso en las entretelas del alma, fundiendo anhelos celestes con una codicia que le hacía lanzarse sobre cualquier cosa brillante que se hallara al alcance de su mano. Acariciaba los objetos preciosos de su extraña morada como si

pudiera llevarse hacia adentro algo de su esplendor con la punta de los dedos. El mismo Amador se sentía objeto de su deseo, y no le desagradaba.

«Bueno, señor, tendría usted que volver a su casa», apuntó, juiciosa. «Le agradezco su regalo. Si necesita algún favor del ángel, aquí tiene la estampa. Ahora es de los dos». «¿Qué clase de favores hace?». «Muchos. Proporciona tesoros. Revela dónde hay oro, por escondido que esté». «Como los gnomos…», comentó el joven. «No, como los gnomos, no. Los gnomos son espíritus de la tierra, y el señor Uriel es celeste y del aire. Sus joyas son de luz», explicó la pequeña con una suficiencia que ni Losada hubiera igualado.

Cuando Amador se disponía a salir, Ángela le tocó ligeramente el rostro, como si quisiera cerciorarse de que era de carne y hueso. «Creo que el verdadero señor Uriel», dijo con expresión alucinada, «no es como el del cuadro de las sores, que se parecía más bien a mi difunto padre, ni como el de esta estampa relamida. Debe de ser como usted, todo de oro por dentro». Se miraron a los ojos y se regocijaron de ver lo que cada uno vio en la mirada del otro.

Tras haber avanzado unos pasos por el camino entre matojos y escombros, el joven volvió la cabeza. Ella estaba en pie ante la puerta de su madriguera, envuelta en el capote. Parecía flotar a la luz cruda del mediodía. Se dio la vuelta con la gracia de un animal y entró en la gruta de los espejos seguida por su perro sarnoso, al que algún bromista había bautizado con el nombre de Lupo.

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE

SE HABÍA HECHO MUY TARDE mientras repasaba unos registros en el despacho del maestro ausente. No había nadie más en el edificio. Unos golpes violentos como pedradas sonaron en la puerta de la calle. Cuando abrió, no vio a nadie, pero a sus pies yacía un bulto oscuro. Era sin duda un cuerpo humano lo que envolvía la manta. Se apresuró a arrastrarlo hacia el interior mientras se preguntaba confusamente cómo pedir ayuda, en un trance tan extraño y quizá peligroso, a Losada, que estaba de viaje, al acecho de una de aquellas muertes anunciadas que le proporcionaban un material de primera calidad para sus obras más finas. No era fácil llegar hasta él

ni mandarle recado.

Lo que vio al deshacer el fardo sobre una de las mesas de trabajo le hizo retroceder, espantado. Los ásperos pliegues de lana gris ocultaban a Olimpia, la cortesana, la hermosa, la cerda. Y estaba muerta. ¿No estaría él, por su parre, soñando?, se preguntó para tranquilizarse. Quizá se hallaba dando cabezadas en el sillón del maestro, en el estudio. La noche anterior había dormido mal a causa de una pesadilla. Se vio a sí mismo como si fuera otro, atacado en las galerías del matadero por el arcángel Uriel, que tenía la apariencia de un toro con rostro humano. Ladridos de perros invisibles le enviaban un mensaje que no podía descifrar. «¡Es mentira!», gritó una voz a su espalda. Despertó sobresaltado y no pudo volver a conciliar el sueño. Un perro aullaba a la luna sin descanso. El latido monótono de su lamento se superponía al rumor del río. Tal vez era Lupo plañendo su imposible amor hacia su dueña.

Creyó oír risas al otro lado del tragaluz y entrevió unas sombras que se deslizaron por las paredes de la estancia, transparentes en los lugares iluminados por la lámpara. Luego todo quedó en mortal silencio y quietud. Ante él, sobre la mesa, yacía Olimpia. Si era un sueño, no encontraba el camino de salida hacia la vigilia. Sin embargo, no sólo estaba tranquilo sino que sentía una extraña elasticidad en las articulaciones y un inesperado bienestar, que debía de parecerse al que proporcionaba una salud de hierro como la de Volpino. Una oleada de excitación le perló la frente de sudor. No sabía qué hacer con la cortesana muerta. Con la seguridad del delirio, se dijo que debía lavarla como hacía con todos los cadáveres desde la marcha de Custodio. Tenía que mantenerla fresca durante aquella noche espantosamente cálida.

No había rigidez en el cuerpo de la mujer y pesaba poco. Pudo moverla con facilidad. La recordaba mayor y más corpulenta. Toda su brutalidad de hembra en plena sazón, que tanto le asustara, había desaparecido, sustituida por una expresión plácida, casi espiritual. Era la vida con sus cambios y sobresaltos la que robaba la belleza a los cuerpos, pensó una vez más. Según desnudaba sus miembros, que no oponían la menor resistencia ni le enlazaban con el ansia de la carne que quiere perpetuarse, iba sintiéndose cada vez más seguro y feliz ante aquella hermosura totalmente pasiva y

entregada.

La cabellera grasienta, que tuvo que sostener amontonada en la nuca para levantar la cabeza del cadáver, le produjo una ligera turbación parecida al asco, pero le encantó la pureza del cuello, no alterada ya por la deglución de la saliva. El pecho apareció fresco entre encajes más marchitos que la carne, con los pezones blandos pero floridos. Un cuerpo tan hermoso no merecía la infamia de la corrupción. Tenía que beneficiarse de los primores del arte de Losada. Se dijo que debía convencerle a su vuelta de que la embalsamara como a una reina, como a la condesa de las polillas. Todo el mundo debía poder contemplarla en un sarcófago de cristal. Ante este pensamiento, trató de recordar algo que pugnaba por abrirse paso hasta su memoria y una vez allí golpeaba contra las puertas de oro, pero no pudo.

¿Y por qué no hacerlo él mismo? Sí, tenía que hacerlo. Quizá Losada estuviera ausente mucho tiempo, y era un delito dejar que aquel tesoro se marchitara. Él comprendería cuando volviera. Sin duda estaría de acuerdo en que había sido necesario. Podía, además, sorprender al maestro con un trabajo exquisito; sabía lo bastante para ello, había ido aprendiendo todos los secretos de su arte, desde los más sutiles hasta los más canallas.

Llenó un cubo de agua fresca y vinagre de una de las tinas del sótano, y preparó los ganchos, las navajas y las jeringas gigantescas de extraer humores. Pero algo empezó a distraerle de las consideraciones propias del oficio que ocupaban su mente. El amor.

Olimpia estaba a su merced como nunca lo había estado mujer alguna, ni siquiera ella misma cuando se le ofreció con tanta desvergüenza en su casa después de atracarle de carnes tiernas y vino. Su deseo había encontrado al fin un objeto puro, que no se resistía a ser poseído ni por hallarse en otro universo como el cadáver de Procris pintado por Borelius, ni por estar hecho de un material resistente al amor humano como la Psiquis de Sustris, o contener un espíritu ajeno al suyo como la propia Olimpia cuando estaba viva. Y entonces se abrió a unas bodas que quizá iban a ser las únicas de su vida y, arrebatado por un huracán de urgencias que no admitían dilaciones, se libró de las ropas que obstaculizaban las acciones del amor y, abrazando a Olimpia en el incómodo y frío lecho de la mesa de disección, penetró en su cuerpo mientras su

alma vagaba por una región de delicias que otros hombres no conocen ni en sueños. Él mismo no había llegado a alcanzarlas en sus placeres solitarios, los únicos que hasta entonces le había permitido su naturaleza monstruosa.

Cuando se hubo derramado en ella —y creyó morir y lo deseó para que los hastíos del mundo no borraran aquellos deleites—, se dejó caer sobre el cadáver y acarició su rostro y unió a la boca de la amada la suya en un beso devorador. En ese instante, bajo sus ojos extraviados por la pasión, se abrieron lentamente los párpados que entrecerraban las negras pupilas de la hermosa, y las aletas de su nariz se dilataron y toda ella pareció florecer, pero él estaba ya en un planeta de locura sin más leyes que las de su delirio, según las cuales era un deber sagrado preservar el cuerpo maravilloso de la destrucción; así que tomando uno de los instrumentos de torturar la carne para conservarla, lo hundió en el costado de la falsa difunta, que despertaba ebria de placer, entumecida y sin mando todavía sobre sus miembros. Se estaba disipando el efecto del brebaje que le había dado Volpino para hacer creer a Amador que estaba muerta y proporcionarle a ella la ocasión de apagar su caprichosa lujuria con el joven de belleza angélica, que tenía oro bajo la piel y sólo era capaz de amar cuerpos inertes.

Él mismo sólo volvió al mundo cuando, detenido por fuertes manos y espantado por gritos y luces como un sonámbulo al que arrancaran sin misericordia de su sueño en un lugar extraño, pudo ver el macabro espectáculo de Olimpia yaciendo palpitante en un charco de sangre, con los ojos desorbitados, y a sí mismo con su corazón entre las manos, espantosa encarnación de las metáforas de poetas que no supieron de la naturaleza profunda del oscuro amor, ese dulce caníbal.

LA NOCHE ANTERIOR a la ejecución se desató el pánico en su alma. Desalojada brutalmente la calma que le había valido la admiración de los carceleros, de pronto la vida se le aparecía en todo el esplendor de lo único frente a la muerte, que hasta entonces le había seducido bajo la forma deseable de un océano que ocultaba en su turbidez tesoros desconocidos pero seguros. Ahora ese gran regazo había desaparecido sin que nada viniera a sustituirlo.

Un hálito de hielo se desprendía de las paredes de piedra. Olía a orines. Fríos y hedores que antes halagaban sus sentidos de criatura

nacida del seno de las tinieblas, le hacían temblar de horror en la yacija. Aunque el hambre le atormentaba, no había podido tragar bocado de la suculenta cena que le habían servido en atención a Losada, cuyos compromisos de embalsamador le tenían ocupado aquel día lejos de allí, embelleciendo el cadáver de un anciano ilustre. El olor de la comida acentuaba la náusea, y se oía un goteo cuyas notas anónimas taladraban su cerebro encerrado entre los huesos soldados con oro como un pájaro enfermo en una jaula.

Cuando el dolor de esperar la muerte se hizo tan insoportable que casi estaba a punto de hacerle gritar, vio y oyó que la puerta se entreabría y que a través de la ranura penetraba una luz temblorosa. Una sombra se deslizó por el suelo hacia el interior. Se dibujó en el umbral una figurita delicada, cubierta con un gran capote oscuro, entre cuyos pliegues asomaba un perro hirsuto que gemía y jadeaba como si fuera a reventar. Amador se incorporó en el catre y contempló boquiabierto la aparición. «Ángela, ¿eres tú?», susurró como para sí mismo.

La niña llevaba entre las suyas una mano cortada, reseca como un muñón de vid, cuyos dedos ardían coronados por llamas azules y amarillas. Se acercó a él seria y decidida, y dijo sin preámbulos: «He venido a sacarle de aquí. No voy a dejar que le cuelguen como a mi padre. Mientras esta mano alumbre, nadie puede vernos. Custodio está esperándonos con su carreta».

El joven permanecía inmóvil contemplando los movimientos graciosos de la aparición, quizá tocado por la magia paralizadora del talismán. La niña le sacudió por un hombro. «Vamos, hay que salir de aquí. Esto no arderá eternamente». Pero no podía responderle. De nuevo sentía el inmenso cansancio de siempre, el dolor, el deseo de anegarse en el océano verde y transparente de sus sueños. No obstante, se puso en pie y siguió a la pequeña y al perro por los corredores.

Las rejas se abrían a su paso empujadas por manos invisibles con un chirrido que parecía una protesta por la violencia de que eran objeto. Vio muchos hombres y perros dormidos en posturas grotescas, como si Medusa hubiera pasado por allí petrificándolos a todos, presos y carceleros, y sonrió entre las brumas de su perplejidad al advertir en el suelo, a la luz fantasmal de la mano de gloria, algunas ratas y grandes cucarachas negras, no panza arriba

como cuando estaban muertas, sino detenidas en plena carrera. Algunas crujieron bajo sus botas con alegre ruido de nueces cascadas, que le recordaron las fiestas invernales en casa de Pirkheimer.

En la calle, efectivamente, aguardaba la siniestra carreta de Custodio, que le ayudó a subir y le tapó con una manta. El coloso trató de impedir que la pequeña y el perro les acompañaran, pero Ángela se desprendió de sus manos y se refugió junto a Amador, echándose con el perro bajo la manta en el asqueroso cajón del vehículo, encargado de transportar desde el pudridero al cementerio de la Misericordia los cadáveres de los ajusticiados. Custodio había conseguido el empleo que anhelaba y parecía tan feliz como pudiera serlo una criatura de Pirkheimer.

En aquel cobijo hediondo, con el cuerpo de Ángela pegado al suyo y el aliento de Lupo junto a su rostro, Amador tembló de deseo de vivir, más fuerte aún que en las horas de desesperación de la celda. Sintió también henchírsele el corazón de amor hacia la pequeña, y se creyó semejante a los hombres y formando parte de la humanidad. Ángela correspondió a su abrazo mientras el carro saltaba sobre las piedras del arroyo y salía por las arterias que desangraban la ciudad hacia los bosques cercanos, donde Custodio pensaba dejar su carga. Bastante se había arriesgado ya. Su deuda con el ángel de la morgue estaba saldada.

CONTEMPLABA LA TORMENTA en cuclillas a la puerta de la cueva donde se habían refugiado. La espesa capa de agua que borraba el mundo le daba la impresión de que sólo quedaban ellos sobre la faz de la tierra. Eso le tranquilizó después del largo viaje sin objeto en el que había ido haciendo planes para el futuro. Eran proyectos quiméricos, patéticos en su ingenuidad incluso para él mismo, pero al menos le infundían las fuerzas necesarias para seguir adelante en su huida de la muerte. El agua, al penetrar en sus botas, le hizo comprender que las suelas se estaban despegando. Para comprobarlo, echó un vistazo a las punteras. En efecto, las fuertes costuras se habían podrido. Si las botas le abandonaban, ¿qué iba a ser de él? ¿Qué podía hacer un fugitivo sin piernas, con una niña loca y un perro sarnoso como compañeros?

Ángela dormía arrebujada en el capote sobre un banco natural de la caverna, con el perro jadeando a sus pies. La prenda,

endurecida por el agua y el barro, la envolvía como una tienda de campaña. Había caído en un sueño tan profundo que un hilo de saliva se deslizaba de su boca entreabierta. Amador volvía de vez en cuando la cabeza para mirarla. A la turbia luz del crepúsculo tormentoso podía ver que la enfurruñada fiereza de su rostro delgado y pálido había rebrotado, borrando la expresión amorosa que traía durante todo el camino y que a él, en el fondo, le desagradaba. Porque su belleza consistía en su hosquedad de animal silvestre, y si la perdía se convertía en una muchacha vulgar.

«Vamos, Ángela —dijo—, ha dejado de llover». Ella abrió los ojos, que brillaban verdosos en su rostro triangular de gata, y se los frotó con los puños de nudillos blancos y sucios. El perro Lupo se puso en pie, excitado por la voz del joven. «¿Qué prisa tenemos?», protestó la muchacha. «Se echa encima la noche y hay que encontrar acomodo». «Ya tenemos acomodo aquí. Si encendemos fuego, se estará bien».

Ella había dormido en las entrañas de la tierra, en ocasiones en tumbas abiertas que no se utilizarían hasta el día siguiente, otras veces en un panteón cuando su trabajo se veía interrumpido por la fatiga de un expolio difícil, o en las cuevas de los bandidos, o en el sótano del bastión de las murallas. No veía inconveniente en pasar la noche en aquel lugar. Era tan bueno como cualquier otro. «Si tienes frío, te dejo el capote. Podemos taparnos los dos con él. Ya está casi seco». Su voz se había ido enterneciendo, como si recordara que le amaba. Ahora era suyo aquel Uriel lleno de oro por dentro y con los dientes de perlas finas. Lo había rescatado para sí. «Anda, vamos. No seas perezosa».

Ángela se puso en pie, se ajustó las ropas húmedas, se atusó las greñas y le siguió. Amador cojeaba más de lo habitual. «¿Qué te pasa en la pierna?». «Se me están estropeando las botas. Pero aguantarán». «¿Te duele mucho?», preguntó solícita. Y no siendo propia de su naturaleza la ternura, aunque era espontánea resultó falsa a los oídos del joven. «No, nada. No te preocupes. Lo único que quiero es salir de aquí».

Olía bien fuera de la cueva. El perro olfateó con placer la frescura del aire, que traía aromas mezclados con el olor de la tierra mojada. Quedaba un poco de sol, que iluminaba el camino y brillaba como oro líquido en las hojas. Deslumbrados por la belleza

del mundo lavado por la lluvia, caminaron de la mano. Amador, quizá debido a su naturaleza áurea, se sentía exaltado por una alegría nueva en medio del fulgor de la tarde. Quizá también por algo que presentía su alma aunque su mente lo ignorase. Lupo correteaba delante de ellos y luego volvía y les miraba con un mensaje indescifrable en los ojos pitarrosos, como si les ofreciera una presa recién atrapada. Pero no era más que la pantomima de una bestia demente.

Salieron a un camino grande y lo siguieron sin temor. Estaban muy lejos de la ciudad. El mundo se extendía ante ellos, pero la alegría iba amainando en sus corazones, desplazada por la angustiosa sensación de una pérdida que podía producirse en cualquier momento. Al cabo de un tiempo advirtieron que un vehículo se acercaba y les daba alcance. Era un carruaje negro muy alto, cuadrado, destartalado aunque no miserable. Se detuvieron a mirarlo con una mezcla de terror e indiferencia. Parecía surgir de una nube que crecía por oriente desde la tierra hacia el sol para tapar sus últimos esplendores. El cochero era un bulto embozado en una capa, con la cabeza cubierta por un sombrero cuyas alas sombreaban su rostro, impidiendo verle la mirada. Se detuvo a su lado. Una mano enguantada apartó las cortinas de la ventanilla, y asomó una cara borrada por los brillos del cristal. Una voz risueña, de mujer, les habló. «¿Qué hacéis solos en este descampado? Venga, amigos, subid —dijo—. Os llevo a donde vayáis».

El perro reculó. Arremangando el hocico, enseñó los dientes. Luego dio media vuelta y echó a correr. Ángela le siguió unos pasos llamándolo, mientras Amador entraba en el vehículo, ayudado por manos amorosas.

El interior, más oscuro y frío que una tumba, apestaba como la carne gangrenada. Y no había nadie allí. Estaba vacío. Desconcertado, trató de abrir la portezuela. No pudo. El picaporte parecía tallado en la misma materia de la puerta. Por la ventanilla vio a Ángela, que se dirigía al coche, pero éste se puso en marcha bruscamente sin esperarla. De nada sirvieron sus gritos ni los de la pequeña, que se quedó fuera, desolada, abrazando el cuerpo pustuloso de Lupo. Luego lo dejó caer al suelo y, agachándose, cogió una piedra y la arrojó contra el coche con un gesto de rabia impotente. Amador estuvo mirándola largo rato desde el fétido

interior hasta que sólo fue un punto en la lejanía.

Y al tomar la curva, el vehículo se salió de la calzada y se despeñó barranco abajo. Mientras caía, el cochero voló deshecho en pavesas a la luz de la luna, que se asomó un momento entre las nubes. Reventaron las maderas negras y los cristales contra las rocas del fondo. El cuerpo de Amador quedó roto para siempre entre los arbustos de carmándulas.

II

EROS MELANCÓLICO

ANFITEATRO

I

A PRINCIPIOS DEL VERANO, cuando las clases y los exámenes habían acabado y ya se respiraba en la Facultad un franco ambiente de vacaciones, el profesor Fabio Mur recibió una inesperada invitación a participar en un simposio en la ciudad de
X.

El curso había sido duro y Mur se hallaba al borde del agotamiento nervioso, de modo que pensó que un cambio de ambiente le vendría bien. Se sentía deprimido por problemas personales, atascado en sus investigaciones y, en suma, molesto con cuanto le rodeaba. El simposio le proporcionó una excusa para huir, cosa que de otro modo no hubiera hecho, porque el hastío y el cansancio mismo le tenían inmovilizado, amenazando con hundirle en un marasmo estival funesto para su cuerpo y para su espíritu. Se dispuso, pues, a partir con cierro alivio y con la euforia de quien se prepara para una pequeña aventura.

El hecho de ser incapaz de conducir un vehículo no constituía problema alguno en su vida cotidiana: vivía cerca de la Universidad y de la Biblioteca Nacional, y había logrado memorizar los números de los autobuses que podían llevarle a una y otra parte. Pero cuando se veía obligado a viajar, las cosas se complicaban extraordinariamente. Como odiaba realizar cualquier tipo de trasbordo, dilapidaba pequeñas fortunas en aviones de línea regular o trenes que le condujeran exactamente a su destino.

Desgraciadamente, eso era imposible en el caso del simposio, cuyos organizadores habían elegido la pintoresca
X.

con criterio cultural, artístico e incluso paisajístico, sin preocuparse de su lejanía de las vías de comunicación de primer orden. Yendo en autobús, había que hacer tres molestos trasbordos; en tren, sólo dos. Mur optó por el tren, no sin temblar al recordar que, en una ocasión semejante, hizo un cambio en Zúrich para ir a Múnich y fue a parar a Hannover. Durante la aventura había perdido un valioso neceser de piel, regalo de su difunta hermana Cornelia.

Esta vez, tomó el tren en su ciudad y bajó en la estación de Z., donde debía trasbordar. Faltaban aún tres cuartos de hora, así que se dirigió a la cantina y aplacó sus nervios con una copa de coñac. Luego, acuciado por una necesidad perentoria, se introdujo en el lavabo de caballeros, cargado con su portafolios y su pequeña maleta, que pesaba bastante por contener varios libros.

Cuando se disponía a salir, notó con espanto que el pestillo del retrete se había atascado. Forcejeó un momento, sudoroso y mirando el reloj a cada segundo, como si temiera que las manecillas fueran a saltar. Faltaban todavía diez minutos, pero el profesor Mur nunca confió en la marcha regular del tiempo, del que en general tenía mala opinión.

La puerta no se abría. Se sentó en la tapa del wáter para tranquilizarse, respirando penosamente el aire hediondo de su pequeña prisión, y en situación tan ridícula vio que una lustrosa cucaracha negra comenzaba a trepar por el portafolios, que contenía su ponencia sobre las relaciones entre el solipsismo y los sistemas estoicos. La empujó con el pie y la hizo caer al suelo, pero no la aplastó. La idea de matar, aunque fuera al más vil de los insectos, le producía una especie de hondísimo mareo.

Forcejeó inútilmente, y se dio por vencido. Nunca saldría de allí por sus propios medios. Sin duda, había llegado el momento de pedir ayuda. Se preguntó qué convenía gritar en una ocasión como aquélla; *socorro* le pareció excesivo.

Miró el reloj otra vez; cinco minutos. Golpeó la hoja de la puerta, primero tímidamente, como si llamara, y luego con más fuerza, manchándose los nudillos con cascarilla de pintura reseca. Finalmente lanzó un desmayado *¡Por favor, sáquenme de aquí!*, que le sonó muy poco convincente, y la puerta se abrió por sí sola de par en par.

Loco de alivio, corrió hacia su andén y subió al tren, que no tardó en ponerse en marcha. *Las cosas están cambiando en este país: ahora los trenes salen con adelanto*, se dijo, consultando su exactísimo reloj y viendo que faltaban aún dos minutos para la salida anunciada cuando el tren corría ya a toda velocidad. Estaba satisfecho. Había logrado salir airoso del absurdo trance del retrete sin ayuda de nadie, y ahora se dirigía cómodamente a
X.
, la recóndita ciudad medieval donde le esperaban sus colegas. El alivio y el vaivén le dejaron traspuesto.

Cuando el revisor le despertó, Mur mostró su billete, que llevaba a mano para no hacer esperar al funcionario. Éste, hombre de aspecto eficiente y simpático, miró perplejo el cartoncito y luego al pasajero.

—¿Adónde se dirige usted, señor? —preguntó cortésmente, inclinándose un poco hacia él.

—¿Cómo dice? —exclamó el interpelado, con un punto de alarma en la voz—. ¡Ah, sí, perdone! Voy a
X.

—Entonces, siento decirle que se ha equivocado de tren. Éste va a
B.

—Pero, ¿cómo es posible? He salido de
W.
, he bajado en
Z.
, para hacer trasbordo y ahora voy a
X.
No puede haber error. Andén número tres…

—Este tren se hallaba en ese andén antes de que llegara el suyo. Ha debido de tomarlo por error. Pero no se preocupe. Baje en la próxima estación y vuelva a
Z.

Mur se sintió ridículo y desvalido. Dominando como nadie los laberintos de alta especulación y conociendo al dedillo todas las ramificaciones del solipsismo, era incapaz de alejarse de su domicilio un centenar de kilómetros sin darse a sí mismo el penoso espectáculo de su ineptitud para vadear el río hostil de la realidad.

El revisor le instó a que se apeara.

—Si no se baja, cada vez estará más lejos de su destino.

Bajó. La estación, pequeña y sucia, estaba poco concurrida. Un empleado le informó que no podría regresar a
Z.
hasta el día siguiente, y el profesor creyó notar en su voz cierto tono de malevolencia; parecía alegrarse de dar una noticia tan poco alentadora. Pero no se dejó desanimar y se dijo que, a fin de cuentas, el simposio no comenzaría hasta dos días más tarde. Respiró hondo para darse ánimos y se dirigió a la cantina en busca de otro coñac.

El siniestro aspecto del cantinero, que le recordó vagamente los demonios de feria de su niñez, estuvo a punto de hacerle renunciar a preguntarle si en aquel pueblo había algún hotel. Finalmente lo hizo, en voz tan baja que tuvo que repetir la pregunta.

—Sí, el de mi hermana —masculló el hombre sin el menor entusiasmo—. Se llama Las Sirenas y es bastante bueno.

—¿Está muy lejos de aquí?

—¡Qué va! A cinco minutos en coche. Si va andando, tardará más. Vaya carretera adelante, y luego a la izquierda.

Provisto de la preciosa información, Mur salió al crepúsculo, que ya comenzaba a ceder el paso a la noche, y buscó inútilmente un taxi. Aguardó. Cuando se convenció de que no vendría ninguno, echó a andar en la dirección que le indicara el cantinero.

No tardó en encontrarse ante un edificio de tres pisos que ostentaba un rótulo de neón con el nombre del hotel que estaba buscando. Halló la puerta abierta y entró. No se encontró ante el acostumbrado mostrador de recepción, sino a punto de caer por el hueco de una escalera oscura y sin barandilla, que parecía hundirse en las entrañas de la tierra. Nadie acudió a su tímido *Buenas tardes*, pronunciado en la penumbra con voz apagada. Retrocedió hasta la puerta, por ver de llamar la atención de algún otro modo y, habiendo dado con el timbre, lo pulsó y volvió a entrar. Vio subir por la escalera a un gato, que por ser negro apenas se distinguía entre las sombras, un perro pequeño que le ladró aviesamente, y un hombre con una linterna. Este último le escrutó de un modo tan impertinente que Mur se puso a balbucir, algo azorado.

—Buenas tardes, señor. ¿Es esto un hotel? Bueno, ya sé que lo

pone en el cartel; lo que quiero decir, preguntar más bien, es si tienen habitación. Sólo por esta noche.

—Está completo —fue la obscena respuesta del individuo, que bizqueaba de un ojo y parecía medio lelo. El profesor sintió que el mundo se desplomaba a su alrededor, y cuál no sería su urgencia de encontrar acomodo que insistió, cosa absolutamente ajena a sus costumbres y a su apacible talante.

—Pero, algo habrá, ¿no cree usted? Una pequeña habitación, el cuarto de una sirvienta… Me arreglaría con cualquier cosa.

—Ya le he dicho que está completo —repitió con bárbaro aplomo el bizco, hurgándose los dientes con un palillo y trazando arabescos en el suelo con el disco de luz de la linterna. El gato lanzó un maullido agudísimo e inesperado, que rozó los nervios tensos del profesor como el filo de una navaja.

—¿Sabe usted de algún otro lugar en el que pueda alojarme? —preguntó sin esperanzas.

—Aquí no. Váyase a

P.

, que está sólo a 10 kilómetros: allí hay dos hoteles. En este pueblo no encontrará nada.

Pensando que de aquel hombre no lograría sacar en limpio más que sandeces, Mur cogió sus bártulos y decidió dar una vuelta por el centro. Se dijo que no era imposible que alguna casa particular alquilara camas.

«Maldito sea el simposio y quienes lo inventaron —iba pensando mientras recibía en la calva las primeras gotas de lluvia y tropezaba a cada paso con los adoquines del pavimento—. Mamá ya habrá cenado y estará dando cabezadas frente al televisor con Espinoza ronroneando en su falda, mientras yo doy palos de ciego en este pueblo de fantasmas. La verdad es que considerar todo esto como pura apariencia no reporta el menor consuelo —al llegar a este punto de su meditación, emitió una siniestra risita de especialista—. ¡Lo que daría por encontrar un cartel que dijera en hermosas capitales romanas, o incluso en humilde cursiva, *Habitaciones*!».

Apenas hubo formulado este pensamiento, alzó los ojos y se halló ante la confirmación de que el mundo y él eran la misma cosa. La casona que tenía delante ostentaba sobre la puerta el cartel que acababa de imaginar. Su alegría no conoció más límite que el

recuerdo de lo acontecido en Las Sirenas.

Pero las diferencias no se hicieron esperar. Allí no había timbre. Un recio llamador de bronce, en forma de mano femenina sosteniendo un corazón, era el arcaico sistema que al parecer continuaba vigente en aquella morada. Mur lo empuñó —*mano de muerta*, pensó al sentir su frialdad— y dio tres golpes. Esperó unos instantes y volvió a golpear, esta vez con mayor firmeza. Una luz se encendió en el primer piso, abrióse una ventana, y una voz femenina gritó:

—¡No estamos sordos! ¿Qué quiere a estas horas?

Un gran trueno puntuó la interrogación. El profesor se apartó un poco de la puerta, con el fin de que su ángulo de visión se adecuara a la posición de su interlocutora.

—Buenas noches, señora. Usted perdone, pero ¿tienen habitación? —preguntó con voz conciliadora.

—¿Quién le ha dicho que alquilamos habitaciones? —fue la inhóspita respuesta.

—En realidad, nadie. Lo pone en el letrero de la puerta.

—¡El dichoso letrero! ¡Nunca me acuerdo de quitarlo! Aquí no hay habitaciones. Vaya usted al hotel.

—Por Dios, señora —insistió Mur, viendo naufragar su última esperanza—, es sólo por una noche. El hotel está completo, no tengo coche y hay tormenta. Hágame usted el favor…

La mujer desapareció de la ventana, y la esperanza del corazón del profesor. Pero, cuando se disponía a dar media vuelta, la puerta se abrió y apareció en su umbral una dama anciana de aspecto distinguido, que le dijo amablemente:

—Pase usted, señor, y disculpe la rudeza de María. Si es por poco tiempo, puede quedarse. Da no sé qué ver a una persona como usted bajo la lluvia.

—No sabe usted cómo se lo agradezco —musitó él con devoción—. Estoy de paso. Me he confundido de tren… En fin, sólo la molestaré por una noche.

—Bueno, bueno, venga conmigo y veremos lo que se puede hacer. Tenemos que quitar el cartelito, pero como está clavado y además por aquí no pasa casi nadie, nos da pereza. ¡Ay! A mis años, ya no puedo tener huéspedes. Me canso demasiado, ¿sabe usted?, y me duelen las piernas si trajino mucho. Pero a un señor no puedo

negarle la hospitalidad, a estas horas y con la noche que hace…

Lo condujo por un dédalo de pasillos, salones y escaleras. La casa era hermosa y antigua, amueblada con un gusto excelente, pero acusaba señales de decadencia. Tenía la suciedad elegante de las mansiones que no cuentan con la servidumbre adecuada a su tamaño: polvo en las lámparas, la plata opaca, la tapicería deslucida, los espejos empañados, los techos ennegrecidos. A Mur todo aquello le resultó gratísimo y se felicitó por haber ido a parar a un lugar tan atractivo cuando ya lo daba todo por perdido.

II

CUANDO HUBO DEJADO SU EQUIPAJE en la habitación, pensó que era hora de comer algo. Abandonó a regañadientes su refugio, se metió en el primer bar que le salió al paso, y cenó unas salchichas que rezumaban aceite sobre un lecho de escarola marchita regadas con una cerveza floja y dulzona. Pensó que su estómago no se revolvería mucho más de lo que preveía si remataba el asqueroso condumio con un coñac, que al menos tuvo la virtud de entonarle y darle fuerzas para regresar. No le costó mucho encontrar el arruinado palacio, si bien se extravió un par de veces y fue a parar primero a una especie de muralla, y después a un callejón sin salida cuyo hedor le recordó su aventura en el urinario de la estación.

Se sintió feliz al penetrar en el amplio zaguán de la casa. Cuando subía las escaleras, creyó oír un lejano rugido, que atribuyó a algún desorden de su imaginación, provocado por el silencio ensordecedor en que la noche había sumido a la ciudad.

La ventana de su cuarto daba a un jardín trasero que sin duda debía de ser hermoso, pero que tenía el inconveniente de atraer a los mosquitos. Varios de ellos, enormes y zancudos, que zumbaban ya por la habitación cuando entró, le produjeron un terror desmedido. Cultivaba la creencia de que tales insectos pueden penetrar por la oreja humana y llegar al cerebro, causando la muerte o la locura de su víctima. En previsión de semejante accidente, se ató un pañuelo alrededor de la frente, sobre las orejas, anudándoselo en la nuca, inestable posición que hizo que la prenda resbalase de inmediato. Dejó entonces de lado todo prejuicio y se lo

ató bajo la barbilla, como una cofia, y de esta guisa se metió en la cama, que era blanda y cuyas limpias sábanas tenían un grato olor a espliego.

El temor a los mosquitos, la digestión de la cena desapacible y el miedo a no despertarse a tiempo al día siguiente, le hicieron estar dando vueltas en el lecho hasta altas horas. Por fin, un sopor de plomo cayó sobre él, anegándole. Se vio en su aula habitual de la Facultad, vigilando un examen de sus alumnos. Pudo leer la pregunta que él mismo había formulado en la pizarra, y se espantó ante su inextricable sintaxis, su absurdo planteamiento y sus faltas de ortografía. Oyó risitas y vio que los muchachos, a pesar de hallarse muy separados unos de otros, se daban codazos. Una nube de mariposas blancas revoloteaba sobre sus cabezas, y una densa yedra trepaba por las paredes. Estuvo largo rato vigilando desde su mesa de la tarima hasta que, aburrido y sintiendo que los pies se le dormían, se puso a dar paseos por entre los pupitres. Se detuvo ante el extintor de incendios, hermoso artefacto de un rojo brillante, rodeado de mariposas rosadas, y se preguntó qué sucedería si lo ponía en marcha en aquel momento. Al pensamiento siguió un deseo incontenible, y a éste su realización: apretó un resorte y brotó una cascada de espuma que se extendió por toda la clase, cubriendo las mesas. Los estudiantes se apresuraron a sacar libros y apuntes, y a copiar frenéticamente. Mur estaba fuera de sí. Gritó: *¡Las mariposas no les dan derecho a comportarse de este modo!*, y se despertó sudando, presa de una tremenda angustia.

El reloj, que agarró con mano crispada, le hizo saber que faltaba media hora para la salida de su tren. Se levantó como una flecha, recogió sus cosas y salió corriendo, sin afeitarse. En el pasillo se dio cuenta de que todavía llevaba el pañuelo anudado bajo la barbilla.

Llegó a la estación a punto de ver al tren ponerse en marcha. Hubiera podido correr un poco y cogerlo, pero se quedó clavado en el andén, desolado. El siguiente no salía hasta las seis de la tarde.

Se sentía mal. El estómago le dolía, le ardía y le pesaba. Estaba mareado y lleno de irritación contra sí mismo. Viéndose incapaz de pasar el día dando vueltas sin rumbo por la ciudad, decidió que lo mejor sería volver a la pensión y quedarse en su cuarto leyendo hasta que fuera la hora. El mero hecho de haber tomado esta resolución le llenó de júbilo, y comenzó a sentirse algo mejor.

A la luz del día, el caserón donde había pasado la noche se le reveló en toda su belleza. Era curvo y, dando la vuelta a su fachada, se llegaba a una calle en cuesta desde cuyo punto más elevado se ofrecía un panorama insólito: palacio, calle y casas adyacentes formaban una elipse perfecta que encerraba un jardín ubérrimo. Debía de ser un anfiteatro romano, que el paso de los siglos había enmascarado sin borrar su huella.

El hecho de hallarse alojado en un anfiteatro, regocijó a Mur hasta el punto de que su malestar y sus preocupaciones se esfumaron. Se apresuró a descender, a entrar en el edificio y a volver a alquilar su habitación a la amable señora. La cama no estaba hecha ni el cuarto arreglado, pero dijo que no le importaba, puesto que pensaba marcharse esa misma tarde.

Al quedarse solo de nuevo, advirtió con sorpresa que alguien había dejado un sobre entre el espejo del lavabo y el vaso del cepillo de dientes. Lo tomó con mano trémula, como hacía con todo tipo de correspondencia y con el auricular del teléfono, ya que cualquier intrusión del mundo exterior, por insignificante que fuera, le aterraba secretamente. El sobre llevaba su nombre, escrito de un modo incorrecto y con una caligrafía algo ruda, aunque hermosa. Lo abrió, extrajo una cuartilla manuscrita y se sentó en la cama a leerla, con el corazón palpitándole de temores inciertos. Decía así:

> Estimado profesor:
>
> Sé que volverá (o al menos lo espero), y que si vuelve y encuentra esta carta, se extrañará, naturalmente. Usted no me conoce, pero yo a usted sí. Le he visto apenas un momento y sin embargo sé que es un caballero; diría más: un poeta, un espíritu delicado. Por eso me dirijo a usted.
>
> Es obvio que tiene cosas que hacer, ya que está aquí de paso, pero mi situación es tan apurada que me atrevo a pedirle que se quede unos días, querido amigo, sólo unos días.
>
> No le pediría esto si mi situación no fuera verdaderamente angustiosa. Ahora no puedo explicarle más. Pero un poco más adelante, tal vez dentro de unas horas, comprenderá lo insólito de mi caso y el beneficio que su ayuda puede reportarme. Será tan grande que también se beneficiará usted; mejor dicho, su espíritu. Pero usted es todo espíritu.
>
> Si decide irse, adiós. Si se queda, será usted mi salvador. En cualquier caso, puede escribirme. Entregue su carta a Ana,

la hija de la sirvienta. Ella sabe dónde encontrarme.
Gracias por todo.

Y

El profesor Mur permaneció sumido en la mayor perplejidad, preguntándose si la misiva era una broma de mal gusto o el comienzo de la aventura de su vida. Daba por sentado que quien la había escrito era una mujer, aunque nada en el texto apoyara esta conclusión. Su primer impulso fue salir corriendo en busca de la mencionada Ana y aclarar aquellos misterios, pero luego pensó que no debía precipitarse, que su tren salía a las seis y que no podía arriesgarse a perderlo.

Una ducha le tonificó. Se afeitó, peinó cuidadosamente sus escasos cabellos rojizos, y se sintió mejor, aunque fuera incapaz de tomar una determinación respecto a la carta, que yacía sobre la cama deshecha como un signo de interrogación.

A través de la ventana vio pasar por el jardín a una niña morena que llevaba un cubo lleno de carne, pero su propio nerviosismo le impidió prestarle atención.

Con el fin de calmarse y hacer tiempo para la comida, se puso a repasar su ponencia, que había mecanografiado cuidadosamente. Una primera lectura le aterrorizó: no lograba entender nada de lo que había escrito pocos días antes. Releyó, párrafo por párrafo, sin mejores resultados. Al tercer repaso, pensó que aquello era un galimatías no sólo incomprensible sino escrito en un estilo propio de un estudiante de primer curso. Dudó de haber agotado la bibliografía, temió que sus colegas se burlaran de sus conclusiones y acabó extendiendo una nube de negros pensamientos sobre el resto de su obra y sobre su vida entera. La sensación de fracaso que le acompañaba desde la adolescencia y a la que estaba acostumbrado como al latido de una llaga incurable, le asaltó con violencia, situándose en la boca de su estómago y pesándole como una esfinge de plomo.

La niña volvió a pasar ante su ventana, ahora con el cubo vacío y ensangrentado. Con los ojos bajos, le dijo de un tirón, como si temiera olvidar algo:

—Buenos días, señor. Dice la señora que si comerá con ella. Que hay crema de verduras y pescado.

De momento, no supo qué responder, ya que no esperaba esa invitación y pensaba comer fuera.

—Sí, guapa. Dile que comeré con ella encantado. Y dale las gracias —dijo por fin.

—Ha dicho que a la una —informó la pequeña.

Mur se acercó a ella, y pudo verla mejor. Era delgada y oscura como una hormiga, y tenía tristes ojos bizantinos: una criatura sin brillo, pero profunda como un pantano. Sus manos estaban manchadas de sangre. Había dejado el cubo en el suelo y jugueteaba con una rosa raquítica que acababa de arrancar.

—Oye —dijo Mur, iluminándose de repente—, ¿no serás tú Ana, la hija de la…?

—Sí, de la criada, ¿por qué? —en su voz y en su actitud había un leve tono de insolencia—. ¿Por la carta? Me la ha dado para usted una persona hace mucho rato. ¿Hay respuesta?

—Puede que la haya… Dime, ¿quién te la ha dado?

—No puedo decirlo, así que no me lo pregunte —Mur vio en sus ojos el brillo de una resolución obstinada, inaccesible al soborno, y no insistió.

La niña se fue, balanceando torpemente el cubo sangriento, y la rosa quedó en el alféizar. Mur releyó la carta y suspiró. Comenzaban a gustarle los pequeños misterios de aquella casa, en la que flotaba una especie de difusa extravagancia. Decidió contestar y dejar la ponencia para más tarde.

> Mi desconocida amiga —escribió—:
>
> No le ocultaré que su inesperada misiva me ha sumido en la mayor perplejidad. En primer lugar, porque hoy en día nadie escribe cartas; y luego, porque para mí es novedad ser escogido para una misión tan alta como la que usted parece reservarme y cuya naturaleza, por otra parte, desconozco.
>
> Usted me pide que me quede, lo cual me halaga, pero como muy bien dice, tengo mis obligaciones. Estoy de paso y he de marcharme hoy en el tren de las seis a
>
> X.
>
> , donde se celebra un simposio de Filosofía al que presento una ponencia. Le doy todos estos detalles fastidiosos para que comprenda que, si desatiendo de momento su llamada, no es por capricho, sino por necesidad.
>
> Por otra parte, si al menos supiera qué desea de mí, o algo

más concreto sobre usted…, pero es tan poco lo que me dice… Tal vez, aunque me quedara, no podría resolver su problema, ni siquiera prestarle una ayuda apreciable. He permanecido siempre enfrascado en mis estudios y me temo que tengo poca experiencia de la vida.

Lo siento de corazón, querida amiga. A mi vuelta del simposio pasaré por aquí, por si todavía puedo serle de utilidad. Es lo más y lo menos que puedo hacer. Hasta entonces.

Suyo afectísimo,

Fabio Mur

Se dijo que la solución de compromiso que apuntaba en su último párrafo le haría quedar bien con su corresponsal, al tiempo que le proporcionaba una excusa para regresar a la ciudad y a la casa del anfiteatro. Apenas hubo metido el pliego en el sobre, vio pasar de nuevo a Ana, ligeramente doblada por el peso de otro cubo de carne.

—Oye, niña, ¿puedes entregar esto a la persona que te dio la carta?

Ella asintió gravemente con la cabeza y tomó el sobre con sus manitas sucias, dejando en él huellas de sangre seca. Luego le miró interrogante, como si quisiera penetrar en sus pensamientos. No aceptó la moneda que él le tendió.

—Vaya a comer ya, si quiere —dijo—. La señora le espera.

III

MUR DIO UN ÚLTIMO REPASO a su persona y se dirigió al comedor, en el que se halló solo y en penumbra. Pero no tardó en llegar la señora, que descorrió las cortinas y dejó penetrar la luz del día a raudales. La plata y el cristal relucían en la mesa, adornada con un búcaro de porcelana negra que contenía rosas del color del pergamino.

—Buenos días de nuevo, profesor —dijo gentil, inclinando coqueta la cabeza plateada y sonriendo como una muchacha. El paso por la vida la había pulido como el esmeril a una estatua, sin merma de su delicada hermosura.

—Lamento causarle tantas molestias, señora —se disculpó Mur—. Perdí mi tren esta mañana, como le dije. Espero no perder también el de las seis, aunque en realidad, si no fuera porque me reclamaran mis obligaciones, tal vez le pediría hospitalidad por más tiempo. Este lugar y esta casa son privilegiados.

El primer plato fue servido por una mujer que sin duda era la madre de la pequeña, sombría como ella y con los mismos ojos opacos, pero sin fuego.

—Ha sido muy amable permitiéndome comer con usted —dijo Mur a su anfitriona—. Le confieso que anoche cené francamente mal, supongo que por lo intempestivo de la hora, que me obligó a hacerlo en un lugar desagradable y nada limpio. En realidad, me siento perdido si no me cuida una mujer.

—¿Está usted casado? —preguntó ella, con cierta coquetería.

—¡Oh, no! Vivo con mi madre y una vieja sirvienta.

—Bueno, al fin y al cabo tiene suerte; aunque, si me permite la indiscreción, pienso que un caballero debe casarse. No hay apoyo comparable al de una esposa.

—Una esposa es siempre una extraña —dijo Mur sin meditar sus palabras, de las que se arrepintió al momento al ver la expresión maliciosa que asomaba a los ojos de la anciana—. Quiero decir que no puedo imaginar qué sería de mí sin mi madre. No creo que una esposa soportara con paciencia todas mis manías.

La criada retiró los platos y reapareció en seguida con una suculenta fuente de pescado. Mur, que sabía hacer honor a la buena mesa, expresó alegremente su satisfacción.

—He aprendido a vivir de las cosas del mar —explicó la señora—. En esta casa no probamos la carne.

Por la mente de Mur se deslizó el insidioso recuerdo de la pequeña Ana acarreando sus cubos sangrientos, pero no dijo nada, aunque sintió curiosidad por saber a qué o a quién iban destinados, ya que en la casa no parecía haber perros ni gatos.

—Yo —dijo ella con expresión soñadora— estuve casada muchos años con el hombre al que amaba. La primera noche que dormí sola desde mi boda fue la de la muerte de mi esposo. —Mur tuvo la impresión de que mentía.

—¿Tuvieron hijos? —preguntó, por decir algo.

—Una hija. También murió —respondió la anciana con voz

hueca, clavando la mirada en un bordado del mantel y siguiendo su complicado dibujo con un dedo. Luego alzó los ojos, extática y radiante, y exclamó:

—¡Era preciosa, mi niña! Demasiado preciosa… Le enseñaré su retrato.

—Me encantará, pero no quisiera despertar en usted recuerdos penosos…

Mientras tomaban el café en la polvorienta biblioteca, Mur pudo admirar un óleo que representaba a una jovencita lindísima, vestida de negro.

—Es ella —dijo la señora—. Tuvo el capricho de que la pintaran de luto, porque mi marido acababa de morir. Y todos sus caprichos eran ley en esta casa. Todos. Tal vez fue ése mi principal error. Los niños son seres humanos, no animales de lujo.

Mur se acercó al cuadro, que le pareció sabio y fresco. Sentada en un diván lila contra un fondo verde, la muchacha resplandecía. Su cabello era negro como el azabache, y sus ojos claros y ausentes le recordaron los de un gato ensimismado en la contemplación de una presa imaginaria.

—Tiene la gracia de un felino —comentó.

Habló de espaldas a la mujer y no pudo ver la expresión de su rostro, pero notó en su voz un matiz de espanto cuando preguntó:

—¿Por qué dice usted eso?

—¡Oh! —replicó—. ¡Lo he dicho con la mejor intención, se lo aseguro! No creo que haya nada en el mundo más gracioso y elegante que un gato. Pero, desde luego, tal vez no sea ésa la comparación más adecuada en el caso de una muchacha tan… espiritual.

En aquel momento, apareció en el umbral de la puerta la pequeña Ana. Tenía una expresión furtiva y de uno de sus bolsillos sobresalía un trozo de papel blanco.

—¿Puedo retirar las tazas, señora? —preguntó con humildad hipócrita, dirigiendo una mirada cómplice a Mur.

—¡No! —exclamó la anciana con aire contrariado—. Te he dicho mil veces que no aparezcas sin que te llame. Anda, márchate a jugar al jardín.

La niña dio media vuelta y desapareció tan silenciosamente como había llegado, dejando en el aire un leve olor a humedad.

—Esta criatura —explicó a Mur su anfitriona— me pone nerviosa. La pobre no tiene la culpa, pero no puedo remediarlo.

IV

ANTES DE EMPRENDER EL VIAJE, Mur se retiró a descansar a su cuarto. El sopor comenzaba a invadirle, cuando el rostro de Ana apareció enmarcado en la ventana y una manita sucia le hizo una seña.

—Tengo una cosa para usted —dijo, y le tendió un sobre blanco, sin duda el mismo que asomaba de su bolsillo cuando irrumpió en la biblioteca. Desapareció en cuanto se lo hubo entregado.

Mur se sentó en la cama, sacó la carta con mano temblorosa y leyó:

> Querido amigo:
>
> Agradezco su respuesta y le molesto de nuevo para rogarle una vez más que se quede y me ayude. No tengo otra alternativa. La solución que usted propone, y que desde luego estimo en lo que vale, es inviable, porque, o se hace ahora lo que hay que hacer, o todo está perdido para mí. Lo terrible del caso es que no puedo ser más explícita hasta que usted no se comprometa formalmente a prestarme auxilio. No se trata de una cuestión de dinero ni de honor: eso sí puedo decírselo. Es algo mucho más importante. DE VIDA O MUERTE.
>
> Sé que tiene intención de marcharse esta tarde. Hágalo, si quiere; al fin y al cabo, ¿qué pueden importarle a usted nuestros problemas? Pero si decide quedarse, me veo en la obligación de advertirle que lo que le voy a pedir es extraordinario y terrible. Y se lo advierto porque, por encima de mis intereses personales, deseo jugar limpio. ¡Jugar! En mi situación, emplear esta palabra es escandaloso.
>
> Atentamente. Desesperadamente,
>
> Y

La magia de la casa y el encanto oblicuo de las mujeres que había conocido hasta el momento en ella se unieron para hacer vacilar la voluntad del profesor, que no supo ya si romper la carta y repasar la ponencia, romper la ponencia y responder la carta, u olvidarse de ambas, volver a su mundo habitual y no complicarse

más la existencia.

Se hallaba sumido en estas dudas cuando se desencadenó la tormenta. La hora de la partida de su tren se acercaba, pero la lluvia, cuya intensidad aumentaba por momentos y que era empujada en distintas direcciones por locas rachas de viento, reforzaba su deseo de quedarse y dejarse arrastrar a la aventura que con tanta insistencia se le proponía. Unos golpes en la puerta le sacaron de su ensimismamiento.

Era la criada, que venía de parte de la señora a recordarle la hora, por si se había dormido. El estallido de un trueno que les hizo temblar a ambos, le decidió.

—Dígale que le agradezco su aviso, pero que me gustaría quedarme esta noche, si no tiene inconveniente. El tiempo no invita a viajar —dijo, como si hablara en sueños. La mujer le miró despavorida y susurró:

—Por favor, señor, márchese. Aquí tenemos muchos problemas, y usted seguramente también tendrá los suyos. Siga su camino.

La penumbra comenzaba a borrar los detalles del cuarto. De las entrañas de la casa pareció brotar un tremendo rugido, seguido de unos pasos apresurados. La mujer se persignó. Estaba clavada en el umbral y se mantenía aferrada a la puerta entreabierta, como si temiera que Mur fuera a cerrarla bruscamente.

—No comprendo qué quiere usted decir, pero no tema que le cause molestias: sólo permaneceré aquí esta noche, y cenaré fuera. Y crea que no es mi intención inmiscuirme en los asuntos de la casa. Yo…

La mujer no le escuchaba. Miraba fascinada los sobres y las cartas que Mur conservaba en su mano, escritas con tinta escarlata. Las señaló, exclamando:

—¡Ya ha empezado! Señor, si no se marcha usted, no le dará ocasión de arrepentirse siquiera de sus pecados. ¡No le dará ocasión! ¡No le dará ocasión!

Se echó a llorar muy cerca de Mur, presa de un terror convulso cuya causa él desconocía. Pero su abandono a aquella violenta emoción fue interrumpido bruscamente por la aparición de su ama, que, serena y sonriente, emergió de las tinieblas del corredor, la apartó de un empujón y se metió en el cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué ocurre, profesor? ¿Le ha molestado esa estúpida? —preguntó, echando un vistazo a su alrededor.

—No —respondió Mur—. Le he dicho que probablemente no me iría esta tarde y se ha puesto un poco nerviosa. Eso es todo. Si no le molesta, me gustaría pasar la noche aquí. Llueve demasiado y no me encuentro del todo bien.

—No haga caso de esa pobre mujer, señor Mur. Puede quedarse todo el tiempo que quiera. La verdad es que me encanta volver a tener un hombre en casa, sobre todo un hombre educado, como usted. Cenaré a las ocho; si quiere, puede acompañarme.

Cuando la anciana le dejó solo, Mur pensó en la conveniencia de telefonear a los organizadores del simposio para excusar su asistencia, y a su madre para darle cuenta de su paradero, pero lo dejó para más tarde y se puso a redactar la respuesta a la última carta de su misteriosa corresponsal.

> Querida:
>
> He decidido quedarme y ayudarla, sea lo que sea lo que vaya a pedirme usted. Me temo que la tormenta de esta tarde tiene algo que ver con mi decisión, aunque no sea muy galante que se lo diga.
>
> Esta noche dormiré aquí. La señora de la casa me ha invitado a cenar y creo que no saldré. Espero noticias suyas, porque ardo en deseos de conocerla.
>
> Suyo afectísimo,
>
> Fabio Mur

Como si hubiera sido llamada, Ana apareció en la ventana en cuanto Mur hubo introducido la carta en un sobre. Estaba empapada y tenía las manos sucias de barro. Le miró en silencio, pegando su naricilla al cristal. Mur se apresuró a abrir.

—¿Qué haces ahí? Vas a coger frío.

—Se queda, ¿verdad? ¿Tiene algo para…? —y se calló bruscamente.

—¿Para quién? —preguntó él, perentorio—. ¿Para ella?

La niña asintió, solemne, con la mirada vacua.

—¿Quién es ella? —insistió Mur—. ¿La conozco yo?

—Deme la carta, si la tiene. Yo no sé nada.

Mur se impacientó. Nunca le habían gustado los niños, y

particularmente aquélla le resultaba odiosa. Cuando ella alargó la mano para coger la carta, él le aferró la muñeca y la apretó brutalmente.

—¡Dime de una vez quién te manda!

La niña le miró con los ojos chicos de odio, como una pequeña harpía. Mur tuvo miedo de la lucecita salvaje que brillaba en el fondo de sus pupilas.

—¡Viejo de mierda! Si no me sueltas, grito y verás la que se arma. Ella está equivocada… tú no la puedes ayudar, no la vas a ayudar. Tú no entiendes nada y eres un cobarde.

Impresionado por su expresión y sus palabras, la soltó. Ella cogió la carta, sobre la que cayó una lágrima de rabia, y salió corriendo bajo la lluvia. De algún sitio brotaban apagados rugidos que se fundían con truenos ya lejanos.

Mur se vio asaltado por un ataque de angustia. Eran las seis y media, había perdido el último tren que podía conducirle al simposio a tiempo de leer su ponencia, y sin duda iba a quedar mal con sus colegas y con los organizadores, a los que todavía ni siquiera había telefoneado. Por otra parte, aquella casa, aquellas tormentas, aquellas mujeres, el anfiteatro, las cartas, tenían algo de fantasmagórico y de tramposo que intuía, pero cuya naturaleza no podía precisar. A su mente acudió un tropel de imágenes y pensamientos inconexos: hombres chapoteando en aguas movedizas de algún film olvidado, miríadas de errores y erratas de sus libros, vergonzosas escenas domésticas, el olor de un cadáver familiar pudriéndose en agosto en una estancia penumbrosa. Su frente se perló de sudor y decidió que necesitaba una copa.

Había dejado de llover. En el cielo crepuscular aparecían grandes claros anaranjados, que se reflejaban en los charcos haciendo resplandecer la calle. Entró en un bar y pidió un coñac y cambio para telefonear, pero finalmente renunció a hacerlo, vencido por una lasitud infinita. Un segundo trago le hizo sentirse repentinamente dueño de sí mismo, pletórico de fuerza y de afán de aventuras. Se encogió de hombros ante el recuerdo del simposio, de sus colegas y de su madre, y se dijo que su compromiso con ellos no era mayor que el que el destino le había reservado con su desconocida corresponsal, que tal vez le necesitara realmente. Al fin y al cabo, nadie hasta el momento había solicitado su ayuda de

manera tan directa y perentoria.

Pero a esa euforia efímera siguió una nueva punzada de dolorosa desorientación. Una voz interior le acusó de faltar a sus compromisos y le hizo preguntarse si no estaría tratando de eludir la vergüenza de exponer sus vanas teorías y sus embrolladas conclusiones ante una audiencia más exigente que la de los estudiantes. Cuando se llevaba a los labios la tercera copa, recordó sonriendo amargamente una muletilla que su padre solía repetir cuando le enfadaba con sus tribulaciones de adolescente. Ahora, en una madurez que estaba ya más cerca del ocaso que de la plenitud, continuaba ahogándose, pero no en un vaso de agua, sino en un líquido turbio y viscoso que cada vez se parecía más al aceite en el que se han frito alimentos una y otra vez.

V

LA CENA FUE TAN EXCELENTE como la comida, y Mur dijo en broma a su anfitriona que pensaba quedarse a vivir con ella. Una sonrisa pícara y juvenil acogió sus palabras.

—¡Recuerde que ya tiene usted una madre! —exclamó la señora, no sin malicia. Pero él no comprendió su intención y movió la cabeza afirmativamente.

Mur se preguntó por primera vez si ella tendría algo que ver con la mujer que solicitaba su ayuda sin darse a conocer, y no halló respuesta. Por una parte, estaba seguro de que no se trataba de la misma persona, aunque no tenía pruebas de ello; pero eso no quitaba que se hallara implicada de alguna manera en el asunto, y de hecho su actitud de aquella tarde, irrumpiendo en su cuarto y arrojando de él casi a la fuerza a la criada, parecía indicarlo. Sin embargo, ella no hacía nada por precipitar los acontecimientos, y lo único extraño de su actitud era su excesiva amabilidad con un huésped intempestivo, al que no conocía pero con el que derrochaba delicadezas sospechosas. Como de costumbre, Mur no veía clara la situación y se sentía inerme.

Cuando, tras una corta sobremesa, se dirigía a su cuarto con la intención de leer un rato y esperar los acontecimientos, Ana salió a su encuentro.

—Venga usted —le dijo secamente—. Ella quiere verle.

—Perdóname lo de antes —repuso él ruborizándose, avergonzado de su conducta de la tarde—. Estaba muy preocupado, pero no quería hacerte daño. No creas que soy una mala persona.

—Sé lo que es usted, y también que ella hace mal confiando en un hombre tan cobarde —fue el seco comentario de la niña, que le dio la espalda y echó a andar rápida y silenciosamente delante de él.

Salieron al jardín y lo cruzaron bajo la húmeda luna gris. Frente a la casa, en lo que antes fuera graderío del anfiteatro, se alzaba la mole oscura del antiguo hospital de la ciudad, ahora semiabandonado. La muchacha abrió una puertecilla de madera, casi oculta por un rosal silvestre.

Una escalera estrecha y muy empinada, de construcción reciente, les condujo a un largo corredor quebrado, pintado de blanco e iluminado con tubos de neón, que evocaba la limpieza patética de las granjas y los sanatorios. En un rincón, Mur vio argollas y cadenas de metal brillante, grandes cubos de zinc y algo que le pareció un aparato ortopédico de caucho. No tardaron en hallarse ante una puerta blindada, que la niña abrió sin dificultad, dando paso a Mur a un ámbito oscuro y perfumado, muy diferente de lo que dejaban atrás.

Dulce y ronca, una voz femenina resonó suavemente desde el rincón más sombrío de la estancia.

—Pase, Fabio, ¡Dios mío, por fin se ha decidido! —dijo cordial y recriminatoria—. ¡Le estoy tan agradecida! Pero, por favor, no se acerque a mí. Siéntese en ese sillón y hablemos.

Mur tropezó con el mueble. Se sentó y clavó la mirada en el lugar del que provenía la voz. Al irse, la niña había cerrado la puerta tras de sí y reinaba una oscuridad profunda. No logró discernir más que la mancha clara de unas manos, que debían de ser blanquísimas, y el fulgor dorado de unos ojos. Puesto que apenas podía ver, intentó al menos descifrar la naturaleza del olor que impregnaba el ámbito, una mezcla de laurel, alcanfor y almizcle que poseía una cualidad bestial, como si emanara de carne viva o de una piel recién arrancada. Nada de lo que había olido hasta entonces se le parecía, y nunca le había causado tanto placer un aroma.

—Aquí me tiene, querida. Estoy dispuesto a ayudarla en lo que pueda. Al fin y al cabo, mis obligaciones no eran demasiado importantes.

—En eso se equivoca, generoso amigo —replicó la voz—. Todas las obligaciones son importantes, y dejarlas para acudir a la llamada de lo desconocido puede resultar peligroso. Tal vez ha cometido usted un error, pero ¿qué importa? Yo amo el error. Soy un error. Escuche, Fabio, ¿cree usted que yo, dada la forma en que me expreso por escrito y ahora de viva voz, poseo un alma inmortal?

Golpeado por lo inesperado de la pregunta, Mur permaneció vacilante unos momentos. Luego, sencillamente, no supo qué contestar, y por último optó por una declaración de principios poco comprometedora.

—No creo que tenga usted un alma inmortal, señora, por la sencilla razón de que no creo en la inmortalidad del alma. De todos modos, se me escapa el sentido de su pregunta; mejor dicho, no sé a qué se refiere.

—Yo sí creo en esas cosas, y lo mejor será que usted lo sepa desde el principio. Creo que tengo un alma inmortal y deseo salvarla. ¿Le parece… ridículo?

—No —replicó categórico y sincero—, no me parece ridículo en absoluto. Respeto todo tipo de creencias, aunque no las comparta. Lo que quisiera antes que nada, aunque le parezca que desvío la conversación, es saber quién es usted.

—Ha visto mi retrato esta tarde, según me ha dicho la niña. Y al parecer le ha gustado mucho. Me ha comparado con un gato, ¿no es así?

—¿Es usted la hija de la dueña de la casa? —preguntó él, sorprendido—. Ella dijo que estaba…

—… muerta. En cierto modo, es así. Estoy… En fin, todos preferimos jugar a que no existo. Confío en que eso no será pecado aunque a veces lo dudo. Usted no lo puede comprender, pero yo no deseo manchar mi alma inmortal ni siquiera con la sombra de un pecado. Quiero salvarme.

—Si es usted la criatura que vi en el cuadro, sin duda se salvará, crea yo lo que crea. El cielo al que usted aspira debe de estar lleno de bellezas como la suya, y no piense que se lo digo por vana galantería. Estoy íntimamente convencido de que lo bello y lo

bueno son la misma cosa.

—No es como filósofo que yo le necesito, sino como hombre capaz de llevar a cabo un acto valeroso, querido amigo —dijo la voz ronca y dulce, imperiosamente—. Es preciso que me mate usted esta noche. Ahora.

Permanecieron largo rato en silencio. Mur no sabía cómo responder a un reto que le parecía el fantaseo de una mente enferma. Sintió miedo. Estar encerrado a solas con una loca en plena oscuridad resultaba poco tranquilizador.

—Usted cree que estoy loca —dijo ella, adivinando sus pensamientos—, pero lo verdaderamente espantoso es que no lo estoy. Mi enfermedad es del cuerpo, no del alma, aunque afecta a todo mi ser y pone en peligro la supervivencia de mi espíritu. Mi cuerpo, Fabio, está cambiando. Desde pequeña fui diferente, pero todos consideraban eso como una especie de graciosa peculiaridad. Unos ojos poco comunes, un talle demasiado flexible, la agilidad, el olor de la piel, el cabello sedoso, el vello… Fui una niña rara y preciosa, y una adolescente un poco siniestra. Después, todo fue en aumento, y pronto el proceso se consumará irreversiblemente y perderé mi auténtica naturaleza. Ahora es el momento justo, pero mi madre se niega a ayudarme, movida por un amor que yerra: me prefiere viva y perdida a muerta y salvada. Sólo puedo confiar en la niña, que es la única que comprende mi drama en todo su horror, porque también ella es distinta.

—¿La ha visto algún médico? —preguntó Mur, arrastrado por el espíritu de la banalidad, e inmediatamente arrepentido de su torpeza.

—Los médicos no entienden estas cosas. Tampoco los sacerdotes. Fabio, dejémonos de rodeos. Tengo una pistola. Era de mi padre. Quiero que me mate usted con ella. ¡Tenga compasión de mí y máteme! Sé que si es usted quien lo hace, me salvaré.

—Si está usted convencida de que la muerte acabará con sus sufrimientos, ¿por qué no se mata usted misma? —preguntó Mur brutalmente, fascinado y desorientado por las palabras de ella y por el tono, cada vez más grave, de su voz.

—Le creía generoso, pero veo que es usted capaz de golpes bajos. No importa. Yo ya no tengo orgullo. Se lo suplico, Fabio, se lo suplico. Podría decirle que no tengo valor para matarme, pero

mentiría. No lo hago porque eso pondría en peligro la salvación de mi alma.

—¿Y no la pone el hecho de pedírmelo a mí?

—No. No queda mucho tiempo para explicaciones. Le suplico que me mate. Es muy sencillo: sólo tiene que apretar el gatillo —una mano salió de la penumbra y le tendió el arma, fría como el hielo—. No se le perseguirá por lo que haga conmigo, porque estoy oficialmente muerta y nadie fuera de la casa conoce mi existencia. Mi madre no dirá nada; al contrario, se sentirá aliviada. Me emparedarán en este sótano y el mundo lo ignorará todo.

—Escuche, querida, desconozco la naturaleza de su enfermedad y estoy dispuesto a creer que sufre mucho más de lo que puedo imaginar, pero convenga en que traza usted planes sumamente extravagantes para sí y para los demás. Planes… fantásticos. Hablaré con su madre esta misma noche y trataré de ayudarla a mi manera.

—Al parecer, me he equivocado con usted —dijo ella con voz terriblemente ronca.

—Sin duda, y crea que me resulta odioso decepcionarla, pero lo que me pide está fuera de mis capacidades. No soy un personaje de novela fantástica, sino un profesor bastante convencional, en cuyo plan de vida no entra disparar con balas de plata sobre personas atacadas por males misteriosos.

Bruscamente, se encendió una luz intensa, y Mur la vio ante sí, tan bella y monstruosa, tan torturada, tan humana y tan bestial que ni siquiera sintió repugnancia. Sólo un estupor glacial y una ardiente compasión.

—Tal vez ahora comprenda y se decida —dijo ella con una voz en la que ya se adivinaba el gruñido—. ¡Dispare, por Dios! ¡Sálvese usted, al menos!

—No puedo —balbució—. No puedo. Perdóneme.

La miró tiernamente, porque la amaba, porque la estaba perdiendo por momentos.

Los ojos de oro, la piel sedosa, los colmillos, la esbeltez elegantísima, el olor, dejaron de fluctuar entre una y otra naturaleza, y se fijaron en una forma ya perfecta, sin rasgo alguno de monstruosidad. La criatura saltó sobre Fabio Mur con un movimiento fastuoso, al tiempo que la pistola se disparaba.

Al día siguiente, Ana encontró en la estancia dos cadáveres. Se arrodilló junto a la que había sido su ama y la acarició tiernamente. Se acabó el ir y venir con los cubos. Del hombre daría cuenta ella misma poco a poco.

BALNEARIO

A Ángel G. del Val

¡BUENOS DÍAS, SEÑOR! Acomódese como pueda, pero, por favor, no empuje. Cabemos todos, aunque estemos un poco apretados: se lo digo yo, que conozco el paño. Tiene usted el codo como una piedra y me lo está clavando. No es que me duela, no, ni siquiera me molesta. Además, ¿qué puede hacer usted?

No se preocupe ni ponga esa cara, hombre. Su estancia aquí no será larga; como mucho, dos semanas. Se lo digo por experiencia. A estas alturas del curso, nos necesitan más que nunca, y los que tienen la suerte de estar tan delgaditos como usted, no duran nada. Pronto descansará y se librará de estas apreturas y, sobre todo, de este olor. Yo ya ni lo noto, pero comprendo que un recién llegado… Cuando me trajeron a mí, me mareé muchísimo. ¡Creí que me moría! ¿No es gracioso?

No se apene, señor; uno acaba por acostumbrarse. Dígamelo a mí, que llevo aquí dos años. Se dice pronto ¡dos años! Y ya me ve, tan fresca. Bueno, es un decir: de fresca, nada. Estoy muy correosa, cada día más. A veces me desespero, ¿sabe? Me gustaría tumbarme y sobre todo estar seca. Este caldo es mi desesperación, pero, ¿qué voy a hacer? Ni puedo salir, ni me sacan. A ratos pienso que me han olvidado, pero ¡quia! Sé que tarde o temprano les seré útil, y la espera me da una ansiedad. Si al menos supiera que me han olvidado para siempre, tal vez yo también me olvidaría de mí misma y dejaría de sufrir.

Cuando me trajeron, me sentí tan incómoda y tan asustada como usted, hasta que un señor me puso al corriente de todo y esperé que acabaran conmigo y me dejaran en paz. Por fin, un día me sacaron.

No se crea que fue fácil: peso mucho, y estaba aún más hinchada que ahora. Me puse muy contenta cuando vi que, después de muchos tirones y entre dos hombres, conseguían izarme. Me dije que pronto acabaría todo y que, al fin y al cabo, iba a ser útil a alguien. Pero cuando me destaparon en la sala de prácticas y vi la cara que ponía el ayudante, me temí lo peor. Y así fue. Dijo que estaba muy gorda y que no servía, y por si fuera poco tuve que aguantar bromas del peor gusto por parte de los muchachos. Una chica vomitó y se fue llorando, diciendo que no volvería más. Era finita como una caña. Los otros le dijeron que sí volvería, y que con ella podrían hacer un ejercicio realmente bueno.

El caso es que me devolvieron aquí. ¡Qué mal lo pasé! Yo soy una mujer sencilla y sin estudios, pero tengo mi dignidad. No podía protestar, ni quejarme, ni siquiera llorar. Pero lo peor no fue la humillación, no señor: lo peor fue caer de nuevo en el caldo, volver a estas apreturas, a este frío, a esta oscuridad.

Antes cuidaba de nosotros un señor muy amable, que se llamaba Hidalgo. Tenía la costumbre de hablarnos. A veces me decía alguna chanza cariñosa, y un día me prometió que, aunque estuviera gorda y no sirviera para los ejercicios corrientes, me utilizaría para otras cosas y luego me enviaría a descansar. Era un caballero y llegué a creerle, pero desde que se jubiló, nadie ha vuelto a mirarme a la cara. Es más, creo que sus compañeros me están tomando manía. Claro, me tienen tan vista… Me llaman La Barrila y me vuelven la espalda cuando busco conversación. ¿No le estaré molestando? ¡Gracias! ¡Ojalá mañana piense lo mismo y no haga como ellos!

A veces creo que la culpa de todos mis males la tengo yo, pero luego me digo que no, que si estoy así de gorda no es porque comiera mucho o por el alcohol. Es de nacimiento. Nací gorda y torpona. Hay gordas simpáticas y guapas, o ricas y muy listas, que se abren camino en la vida y lo pasan tan divinamente. Algunas ganan concursos y salen en las revistas, pero ésas son las gordísimas, las verdaderas reinas de la grasa. Yo era una gorda normal y nací sin ningún don y con poco seso, aunque sin ser tonta, eso no. Al menos, yo creo que no era tonta, aunque la verdad es que hasta mi madre me lo decía; y mis hermanos, para qué le voy a contar… Mi padre, como se pasaba la vida borracho, ni se daba cuenta de mi existencia. Era el único de la familia que no se metía

conmigo, pobre hombre.

En las escuelas de barrio las niñas gordas lo pasan fatal, créame. Mis maestras me tiraban del pelo, y las compañeras decían que olía mal. Tenían más razón que un santo. Los humos de la cocina del bar se me agarraban a la ropa y al pelo y, como no teníamos cuarto de baño, apenas podía lavarme salvo en el verano, en el río del pueblo. ¡Ya ve lo que son las cosas: ahora me paso los días, las semanas y los años con el líquido hasta la coronilla! Claro que tampoco este olor es el de las rosas, pero de todas formas…

Los granos que cubrieron mi cara a partir de los doce años no contribuyeron precisamente a hacerme más bonita, ni tampoco el bizqueo de mi ojo derecho. Ahora que ya nada me importa y que no deseo más que descansar, puedo decirle sin sentir vergüenza que, cuanto más crecía, más repugnante me volvía. Todos lo gritaban a los cuatro vientos; y no es que fueran malos: es que pensaban que mis sesos de mosquito me impedían sufrir. Hablaban de mí como de una piedra que ni siente ni padece, como los muchachos cuando me tuvieron en la mesa de disección y se pusieron a hacer chistes a mi costa. ¿Cómo iban a saber ellos el daño que me estaban haciendo? Hidalgo sí sabía, por eso me hablaba amablemente y me consolaba. Pero Hidalgo era un caso aparte, algunos decían que estaba loco porque hablaba con nosotros como si estuviéramos vivos.

Cuando tenía quince años me violó un borracho en un solar abandonado, pero no una vez sino todas las que le dio la gana durante más de un mes. A mí me daba vergüenza y no decía nada a nadie. Pero, claro, me quedé embarazada. Estaba tan gorda de natural que el embarazo ni se me notaba, pero yo me desesperaba, porque no sabía qué iba a ser de mí. Aquí trajeron una vez a una embarazada. ¡No vea usted qué revuelo! Todos querían estudiarla, porque tenía el niño dentro. ¡Muerto, claro! La habían encontrado en la calle, más tiesa que un palo, y nadie la reclamó.

Un día aborté. Nada, que se me cayó la criatura solita, de cuatro meses. Me puse fatal, pero nadie se enteró, porque lo que es yo, si hay que aguantar, aguanto lo que sea. En el fondo, estaba muy contenta. Lo peor fue deshacerme de aquello. Temía que si lo tiraba a la basura, lo encontraran. Al final, lo metí en una bolsa para el pan con una piedra y lo tiré al río. Si me hubiera tirado yo también, ahora no estaría aquí fastidiándole a usted. Ya sé que soy una

pesada, pero es que nunca hablo con nadie. Nunca me han hecho caso, ni en vida ni después.

Tiene usted razón, así entretenemos la espera. Total, no tenemos nada que hacer; y es seguro que a por usted ya no vendrán hoy, con la hora que es. No se preocupe tanto, yo creo que no sentirá nada. Ahora, eso sí, no es como antes. Antes el señor Hidalgo hacía maravillas con nosotros, con aquellas manos de artista… ¡Y las cosas que nos decía! ¡Qué hombre! Algunos días venía y se pasaba las horas muertas con nosotros, sobre todo en verano, cuando aprieta el calor y aquí se está fresquito. Le respetábamos y le queríamos, aunque no podíamos decírselo. Pero creo que él lo notaba, porque eso se nota, ¿no cree usted?

Lo que ocurrió con el borracho me hizo ir por la vida con más ojo. Bueno, eso creía yo, pero ¡ca! Ya le he dicho que nunca fui un lince: todas me las daban en el mismo carrillo. Me harté de mi familia y me puse a servir en una casa bastante buena. Tenía que cuidar de una vieja y de un par de criaturas, además de cargar con todas las faenas pesadas. La compra y la comida las hacía mi compañera, que era más presentable; aunque, no se crea usted… ¡Vaya pendón que estaba hecha! Sisaba y robaba por las dos, porque yo nunca fui capaz, pero cuando la pescaban me echaba la culpa a mí, así que acabé en la calle. Hasta que encontré trabajo con las monjas, hice lo que pude para ganarme los garbanzos, teniendo buen cuidado de que no volvieran a preñarme.

Con las monjas, la cosa no mejoró. No es que fueran malas, eso no, pero yo no les caía bien, aunque me esforzaba por hacer todo lo que me mandaban. ¡Y anda, que los mandados eran finos! Me pasaba la vida vaciando orinales y limpiando la mierda de los viejos. Y luego, que si comes demasiado, que si estás como un tonel… ¡Claro! ¿Qué gusto le iba yo a sacar a la vida, sino el de atiborrarme siempre que podía? Tampoco crea usted que aquello era el paraíso por ese lado. La verdad es que se comía fatal, porque las cocineras eran unas petardas que no echaban sal ni a los huevos. Yo siempre me quedaba con hambre y me comía las sobras de algunas ancianitas; señoras muy limpias, eso sí.

¿Usted viene de un asilo? ¡Entonces, qué le voy a contar! Ya sabe usted lo que es eso. Con la edad la gente se agría, como la fruta, y aunque hay de todo, se encuentra uno con cada elemento…

Yo tenía bien controlados a los viejos, pero así y todo no crea, me decían a veces cosas muy sucias, y si me descuidaba me metían mano. No le hacían remilgos a mi gordura, no.

Un día me harté y me fui. Viví un tiempo como una perra, y a veces tuve que rascar algo en los mercados para poder comer. ¿Cree usted que adelgacé? ¡Ni un gramo!

Acabé juntándome con unos que vivían en unas chabolas, por La Espina. Fue una buena época. Vivíamos de recoger papeles y trastos de las basuras y de los tallercillos de por allí, y al menos comíamos todos los días y nos hacíamos compañía. Tampoco aquéllos me hacían ascos, ni tenían por qué hacérmelos: éramos tales para cuales. Fue entonces cuando me aficioné a empinar el codo, pero no por vicio, sino para entrar en calor, porque hay que ver el gris que se cuela por las ventanas tapadas con hojas de periódicos y por los tejados de uralita.

Creo que fue el aguardiente barato lo que me nubló un poco el seso. El caso es que me dio por hablar a gritos por la calle yo sola, y por meterme con los chavales. Al principio, me huían. Cuando me veían aparecer por los solares, con mis sacos y mis andrajos, echaban a correr como gallinas. Yo les insultaba y les mentaba la madre. Ahora que he tenido que pensarlo despacio, metida dos años en este caldo, me he dado cuenta de lo imbécil que era. ¿Qué gusto le sacaría yo a aquello? ¡Vaya usted a saber! Ya no me acuerdo.

Pero dicen que a cada cerdo le llega su San Martín. Una noche que volvía de recoger cartones, me salieron al paso cuatro o cinco chicos bastante mayorcitos. Estaba todo oscuro y no se veía un alma por aquellos andurriales, porque hacía un frío que pelaba. La botella de vinacho que llevaba en el cuerpo hizo que no sintiera miedo. Me levanté las faldas y les enseñé el trasero. En vez de reírse, se asustaron, ya ve lo que son las cosas, pero no se movieron del sitio y uno me dio un puñetazo en el pecho. Luego, otro cogió un pedazo de lavabo de un montón de desperdicios y se vino derecho a mí, como si quisiera estampármelo en la cara. ¡Ya no supe más del mundo! Me desperté, rodeada de muertos tiesos, en esta fosa de formol.

Yo también estaba muerta, pero no acababa de creérmelo, porque… no sentí la muerte. Me vino como me había venido todo en la vida, sin darme cuenta cabal de las cosas. Un muerto me tuvo

lástima y me explicó dónde estábamos y qué iban a hacer conmigo. Me consoló diciéndome que, cuando acabaran, me enterrarían y por fin podría descansar. Me habló del señor Hidalgo y de lo bien que se portaba con los cadáveres, y no tardé en comprobarlo.

¡Tener que estar en el otro mundo para conocer a una persona decente! Los médicos y los estudiantes nos tratan como si fuéramos puro palo, pero él no. Él era especial, tenía usted que haberle conocido. Cuando nos hablaba, nos hacía sentirnos vivos. Nos llamaba con nombres que se inventaba, ¡y se le ocurrían algunos muy graciosos! A mí me puso Bolita de Sebo, y decía que era su preferida. Claro, como estaba aquí tiempo y tiempo, llegó a tomarme afecto. Yo iba viendo entrar y salir muertos, y nunca me llegaba el turno, después de haber sido desechada la primera vez. Él me lo explicó con mucha educación. Me dijo que la capa de grasa hacía difícil trabajar conmigo, y que los estudiantes no se aclaraban con tanto tocino. No lo dijo así, pero no puedo acordarme de sus palabras; era un hombre muy sabio y siempre llamaba a las cosas por su nombre.

Tenía razón, pero, fíjese, me lo tomé muy a mal. Me dio por pensar que ni en la muerte me trataban como a los demás. No sólo no me enterraban, como a cualquier cristiano, sino que me metían en este pozo y además no me daban el uso que a mis compañeros, como harán con usted. En fin, quejarse no sirve de nada, ya se sabe, y por eso he acabado por aguantarme. Sigo esperando que alguien se acuerde de que todavía estoy aquí y me entierre.

A veces pienso que estaré siempre aquí, y entonces me entra una congoja que para qué. Preferiría el infierno: al menos allí estaría caliente. Un día se me ocurrió que esto era el infierno, pero no. Si lo fuera, no habría tantas idas y venidas. Esto es la Facultad de Medicina: me lo dijo el señor Hidalgo y lo sé de sobra por experiencia.

Pero ¿qué dice usted, hombre? ¿Cómo va a tener cada uno un infierno particular? ¡Pues vaya derroche! Oiga, si lo que quiere es asustarme, lo va a conseguir. ¡No, no! Un día me sacarán con el gancho, me meterán en una caja y, al cementerio. ¡Ojalá no tarden!

¡Oh, ya se lo llevan! Adiós, señor.

¡Eh, llévenme también a mí! Es inútil, no pueden oírme. Bueno, por lo menos he podido hablar con alguien. ¡Qué señor tan

agradable!

Tal vez mañana. Aquí van quedando pocos y estamos en plenos exámenes. Seguro que mañana… o pasado. Al fin y al cabo, ¿qué prisa tengo yo? ¡Eh, oiga, córrase un poco hacia allá! ¿No ve que me está clavando el codo en el estómago?

EL MEJOR ABONO

EN MUCHAS OCASIONES me han preguntado, como usted ahora, si mi infancia fue feliz. ¡Dios mío, como si entonces alguien hubiera tenido infancia! Pero sí, gocé de cierta felicidad, especialmente cuando nos visitaba la muerte.

Yo tenía una hermana gemela, llamada Blanca, idéntica a mí en todo salvo en el entendimiento y el carácter. A su belleza rubia un poco sosa unía una total ausencia de malicia. Creo que se debía a su falta de vitalidad, porque de la porción que nos correspondió, yo me quedé con la mayor parte. La verdad es que el mundo no esperaba a Blanca. Mi abuela solía contar que cuando yo nací, todos dieron el parto de mi madre por concluido… ¡Y entonces, ante el asombro general, llegó ella! Naturalmente, mi abuela bromeaba; pero algo había de cierto en su chanza. Blanca siempre estuvo de más, aunque la quisimos mucho y su muerte dejó en nuestras vidas un hueco indoloro, como el de una amputación. Cuando pienso en ella, la asocio con las rosas descoloridas y sin perfume que languidecen en los jardines públicos, y también con los bombones olvidados en el cajón de una cómoda.

Mi padre se había arruinado por su poca cabeza y vivíamos modestamente en el barrio antiguo, en una casa que había sido de la familia de mi madre, cerca del manicomio y de un antiguo convento convertido en asilo de huérfanos. El viento solía traer jirones de las cantinelas de los niños y los alaridos de los locos. La casa era hermosa y sombría, muy húmeda y, como todas las del barrio, de dos plantas, con un profundo zaguán y un patio central. Nosotros ocupábamos el piso de arriba, ya que desde tiempo inmemorial la familia había cedido, a cambio de casi nada, la parte de abajo a gentes pobres y trabajadoras que carecían de vivienda propia. En aquel momento la habitaban una familia y una señorita soltera, que compartían un retrete en el hueco de la escalera.

Durante mucho tiempo el patio fue el único horizonte de mi hermana Blanca, que se negaba a salir a la calle porque la asustaban el ruido, las caras extrañas y el viento. Estaba pálida como la cera. Se sentaba en un silloncito de mimbre junto a la ventana de nuestro cuarto, que daba al patio, y miraba hacia abajo eternamente con sus ojos azules de pepona. A veces la veía tan interesada que también yo miraba, sin llegar a ver otra cosa que el suelo de baldosas blancas y negras, la palmera que crecía en el inmenso barril, los tiestos de geranios y el aljibe. Entonces le preguntaba:

—¿Qué miras, Blanquita?

—La señorita Martina ha entrado en el retrete —contestaba radiante, como anunciando un acontecimiento jubiloso de alcance universal.

—¿Y qué? ¿Es que cuentas las veces que mea esa cursi?

Ella se reía, me sacaba la lengua —la tenía siempre limpia y rosada como un pétalo— y no contestaba, porque en ese momento salía del retrete la señorita Martina, muy modosa con su rebequilla por los hombros, alisándose la falda, y mi hermana se abismaba en la contemplación de tan interesante fenómeno.

Blanca sentía por la señorita Martina una pasión que yo no compartía. A decir verdad, a mí me caía muy mal, a pesar de que la pobre era una bellísima persona, discreta e inofensiva como un ratón. Al parecer, estaba sola en el mundo. Se ganaba la vida como costurera subalterna de la modista del barrio, que le encargaba tareas tediosas y de poco lucimiento, como pegar botones y hacer ojales y bodoques. En sus ratos libres confeccionaba su propio vestuario, de un estilo que yo llamaba *línea tristeza* y que convenía a su figura asexuada y a su aspecto de desánimo incurable. Cuando no hacía frío, sacaba al patio una sillita y un cesto y trabajaba canturreando unas coplas muy melodramáticas; entonces mi hermana abandonaba su voluntaria reclusión y bajaba a hacerle compañía. Le gustaba jugar con los reales, los carretes vacíos y los alfileres con cabeza de cristal. Pero lo que en realidad le fascinaba de la señorita Martina eran sus uñas, largas y cuidadas, siempre pintadas de un rojo violento que en aquellos tiempos autárquicos se llamaba *Sangre de Toro*. Hablaban poco, porque la costurera era algo dura de oído y a mi hermana le daba vergüenza alzar la voz. ¡De todas formas, para lo que tenían que decirse…!

A mí me hubiera gustado que la señorita Martina se cayera en medio de la calle y se quedara coja, y un día se lo dije a Blanca. No comprendió la razón de mi deseo, pero le vino a la memoria una canción infantil que comenzaba:

Desde pequeñita me quedé, me quedé,

algo resentida de este pie, de este pie.

Disimulad que soy una cojita…

Y la estuvo cantando toda la tarde, una y otra vez. La amenacé con amordazarla si no se callaba, y como no me hizo caso le até una media sobre la boca y la amarré a la silla. Me gané con ello un par de bofetadas de mi padre que me dejaron las mejillas como la grana.

Mi madre no veía con malos ojos la amistad de Blanca con la señorita Martina, aunque no aprobara su forma de arreglarse las uñas. Decía que aquel color era propio de mujeres de vida alegre.

Pero lo que no podía soportar era el apego de mi hermana hacia Esmeralda, la niña de los otros inquilinos. Eran éstos una familia pobre, fea y desdichada, aunque muy honrada y cumplidora. El padre trabajaba en una carbonería dos casas más abajo. ¡Dios mío, qué antro tenebroso! La recuerdo como un enorme semisótano, que a mí se me antojaba caverna, infernalmente negro por dentro y por fuera. Me encantaba ir allí con la chacha a por carbón y sabía distinguir el picón, el carbón de encina y el carbón de piedra, que era el más interesante por parecerse a los collares de azabache de mi abuela. Mientras pesaban el carbón a María en la balanza romana, me entretenía contemplando a los hombres remendar las espuertas con leznas y hebras de esparto, y por la noche soñaba que la señorita Martina bordaba flores diminutas en un pañuelito de batista con uno de aquellos instrumentos descomunales.

El nombre de nuestro inquilino parecía inventado para su escuálida personilla: se llamaba Marcelino. Todas las tardes llegaba a casa sucio y agotado, pero no tardaba en reaparecer en el patio hecho una rosa y se sentaba un rato entre los geranios a toser tranquilamente. Su mujer, Eduvigis, abultaba el doble que él: era tan gorda como el barril de la palmera, aunque no tan armoniosa.

Recorría diariamente varias casas de la vecindad en calidad de fregona. Todo el mundo la apreciaba, porque era muy fiel, y se decía que podía dejarse a su alcance oro en polvo, que no lo tocaba. Hablaba a gritos y carecía de educación. Su ordinariez era proverbial en el barrio, no sabía leer ni escribir, ni siquiera firmar, y decía que nadie necesita de esos lujos para vivir como Dios manda. Yo, cuando se acercaba la época de los exámenes, le daba la razón en mi fuero interno y la tenía por gran filósofa natural. Tenía un hijo mayor, que era aprendiz de ebanista, y Esmeralda, una niña de quince años retrasada mental.

Bueno, no es que fuera retrasada mental, sino meramente un monstruo. Chiquitita y raquítica, jorobada de pecho y espalda, parecía encogida, con los brazos y piernas como cerillas, manos y pies inmensos y la cabeza gorda y hundida entre los hombros. Le crecía en la cabeza una mata de pelo ralo y negro, duro como la crin. Tenía una cara espantosa, con ojillos muy pequeños y una boca enorme, inagotable fuente de babas. Se reía continuamente y no podía hablar, pero hay que ver cómo gritaba la condenada. Sobre todo cuando el tiempo andaba revuelto. Su madre la adoraba y hubiera dado su vida por ella. La cuidaba con esmero y la sacaba al patio para peinarla. Solía ponerle un lazo de terciopelo rosa y unos calcetines blancos de ganchillo, obra y obsequio de la señorita Martina, sin duda en un intento, que no se veía coronado por el éxito, de darle un aspecto humano.

La Bailarina y el Chimpancé llamaba yo al grupo formado por mi hermana y el monstruo. En su inocencia, Blanca jamás supo explicarme la naturaleza del impulso que la movía a cultivar con tanto empeño la amistad de aquel vegetal chillón. Y eso que la sometía a frecuentes interrogatorios.

—Pero, por lo menos, ¿sabe jugar? —le preguntaba maliciosamente, pues demasiado sabía yo que Esmeralda era incapaz de mover un dedo.

—No sabe —respondía Blanca con los ojos chicos de risa—, pero no me importa. Me mira jugar a mí y se entretiene.

—¡No me hagas reír!

Y mi madre terciaba, muy nerviosa:

—No quiero que juegues con esa niña. ¡Te va a pegar algo malo!

Vivía con nosotros mi abuela materna, que era reliquia de

pasadas edades. No contenta con leer asiduamente a Voltaire, se esforzaba en parecerse a su retrato por Houdon, y lo conseguía a fuerza de malicia. Se maquillaba mucho y se perfumaba con una esencia francesa carísima, incluso en los tiempos en que nuestra decente indigencia rayaba en la miseria. Le gustaban las cosas brillantes y finas, y la única razón por la que no acababa de arruinarnos yendo al teatro era que la artritis la mantenía pegada a su sillón de terciopelo granate. Cuando no leía, hacía solitarios, comentando en voz alta sus propias trampas. Siempre tuve la impresión de que no quería a nadie. No obstante, sentía cierta debilidad hacia Blanca, a la que dedicaba algún tiempo y atención, esforzándose por seguir el consejo del médico de hacerle hablar para sacarla de su marasmo.

—Nena —solía decirle—, ¿has jugado hoy con la tontina? —ella, llamaba así a Esmeralda; el resto de la casa se refería a ella, más crudamente, como La Monstrua.

—Sí, vaya —contestaba mi hermana, radiante.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada. ¡Si no sabe hablar…!

—Pero algo dirá, aunque no hable, ¿no es verdad? —preguntaba la anciana, cuya experiencia de la vida le permitía acercarse al universo de los niños utilizando su misma lógica.

—¡Oh, sí! Cuando se ríe como un caballo, es que está contenta. A veces me pregunta qué hay en el aljibe.

—Y tú, ¿qué le dices?

—Que todo es negro y que en el fondo hay como un espejo. Y lo que sale de él por la noche.

—Vaya, vaya… ¿Tú puedes ver desde tu ventana lo que sale de él?

—¡Claro!

—¿Y qué es?

—No sé decirlo —pero inmediatamente sabía, y se lanzaba a explicaciones vertiginosas que me llenaban de zozobra—. Veo a la princesa negra y su corte de monos, todos montados en burros negros rodeados de chispas. Luego salen los diablos, ponen la mesa y dan un gran banquete. Comen huesos y después se vuelven al pozo.

—Me imagino que huesos negros —intervenía yo, fascinada por

la contundente simplicidad del relato.

—No, no —decía, abriendo mucho sus ojos alucinados—: huesos corrientes.

A estas alturas de la conversación, mi abuela solía pretextar jaqueca y nos rogaba que la dejáramos sola. Un día la oí murmurar:

—Estas niñas son imbéciles. ¡Vaya futuro que les espera! Menos mal que yo no lo veré.

Aquellas palabras me dolieron en lo más hondo, porque comprendía confusamente que estaban cargadas de razón, sobre todo por lo que tocaba a Blanca, ángel perdido sin remedio. Según crecía, su espíritu volaba más lejos, y esa ausencia se reflejaba en su cuerpo. Cada día controlaba menos su expresión, que se iba volviendo extraña y afeándose; y el movimiento de sus miembros, antes ágil y gracioso, se entorpecía.

Yo, por el contrario, medraba. Crecía fuerte y derecha, sacaba buenas notas en el Instituto y, aunque era tímida y retraída, comenzaba a conocer las fatigas del amor. Estaba trágicamente enamorada de mi profesor de Literatura, un señor viudo, sombrío y bien parecido, que se llamaba Juan Gómez Sánchez, pero a quien yo daba en mi fuero interno el nombre de Gustavo.

Creo que mi apasionada devoción por Gustavo era bastante artificial, y que si la provoqué y la fomenté, fue para crearme un estado de ánimo que me permitiera ver la vida bajo un prisma distinto al de la infancia. Naturalmente, fracasé, porque yo era por entonces tan niña como Blanca. Lo que sí alcancé fue una alta cota de cursilería. Llegué a perfumar mi librito de las *Rimas* de Bécquer con la esencia de la abuela, a escribir desmelenados poemas en francés —francés de bachillerato—, que yo titulaba genéricamente *Tristesses*, y a tratar de influir en los sentimientos de Gustavo enviándole por las noches mi cuerpo astral.

La intensidad de mis emociones y el cultivo de semejantes disparates, apenas me dejaban ver la realidad. Tuvo que ser mi madre quien me abriera los ojos, sin querer, sobre algo que estaba ocurriendo dentro de la casa y de lo que yo no me había percatado. Un día sorprendí una conversación entre mi abuela y ella en la habitación de al lado. La puerta estaba entreabierta y pude oírlo todo claramente.

—Es un escándalo —decía mi madre con el tono de voz de quien

disfruta a conciencia chismorreando, lo cual me extrañó, porque ella nunca fue particularmente cotilla—. ¡Ayer les sorprendí besándose en el portal!

Mi corazón emprendió una loca carrera. Era imposible que me hubieran visto besándome con Gustavo, por la sencilla razón de que semejante escena solía tener lugar en mi sola imaginación. Agucé el oído. La abuela se rió y exclamó:

—¡Vaya escándalo! ¿Qué tiene eso de malo? ¡Hija, por Dios, qué antigua eres!

—Pero, mamá, las niñas pueden verlo. Hasta ahora ésta ha sido una casa decente, y quiero que siga siéndolo. Ya es suficiente que tengamos que soportar a la Monstrua. Si no se lo dices tú a Eduvigis, se lo diré yo. ¡Al fin y al cabo, la casa es tuya!

—Pobre Eduvigis, bastantes problemas tiene ya. El chico es mayor y no veo… Además, si se casa, habrá uno menos.

No entendí gran cosa hasta el día siguiente, cuando vi al hijo de nuestros inquilinos muy amartelado con una muchacha morena y hermosa, aunque algo rústica. Estaban paseándose por la acera de enfrente, ajenos a lo que les rodeaba. Yo volvía del cine con una amiga. Cuando me despedía de ella, entró en el portal la señorita Martina, que también había visto a la pareja. Pasó por mi lado sin verme, con los ojos llenos de lágrimas y un puño crispado junto a la boca, y se metió en su vivienda corriendo como si alguien la persiguiera. Mi amiga, que tenía dos años más que yo y mucha más experiencia en asuntos del corazón, se hizo una idea perfecta de lo que allí sucedía y me la comunicó. Entonces caí en la cuenta, y por primera vez vi al muchacho con ojos de mujer. Era bastante guapo, bajito como su padre y con un no sé qué en el rostro que le hacía parecerse a Esmeralda y lo estropeaba todo para mi gusto, aunque al parecer no para el de otras.

Cuando acabó el curso y nos dieron las vacaciones, perdí de vista a Gustavo. Mi corazón quedó solitario y vacío. Para entretenerme, me entregué apasionadamente a la lectura: leía tanto que a menudo no podía distinguir la realidad de la ficción, y vivía en perpetuo éxtasis. Mi abuela fomentaba estas aficiones regalándome novelas francesas y rusas, actitud que mis padres no veían con buenos ojos, porque temían que aquellas quimeras acabaran sorbiéndome el seso. Teniendo en cuenta el número de

lunáticos de la familia, sus temores eran disculpables.

Mi hermana estaba desolada: la señorita Martina se había mudado y ya no podía jugar con ella en el patio. Yo sabía que en realidad no se había mudado, porque vi cómo la sacaban una noche en una camilla, con una manta encima, y la metían en una ambulancia que desapareció en un santiamén. Pero eso fue lo que mamá nos explicó, que se había ido a vivir con unos parientes a otra ciudad. Los chismosos del barrio, que eran legión, decían que se había cortado las venas, pero la abuela me contó que se había tomado demasiadas pastillas para dormir y no pudieron despertarla.

Me alegré de que muriera, porque eso rompía la monotonía, pero Blanca sufrió mucho. A veces se quedaba a la puerta de la pobre vivienda cerrada y escuchaba atentamente, o bajaba su sillita al patio y se ponía a coser en el lugar donde solía hacerlo su amiga, hablando continuamente con ella en voz baja, porque ya no existía el obstáculo de su sordera.

El calor y la «mudanza» de la costurera tenían a mi hermana muy desmejorada. Se quejaba de dolores de cabeza y le entraban sofocos. Aunque hacía esfuerzos patéticos por comer, no lograba tragar más que líquidos y alimentos triturados, y no servía de nada administrarle calcio y vitaminas. Estaba muy pálida, ojerosa, con los labios descoloridos y las pupilas dilatadas. «Esta niña no prospera —decía la abuela—. No prospera». Y pese a todo, aún era capaz de iluminarse toda entera con una sonrisa, como una antorcha.

Tampoco prosperaba la Esmeralda del carbonero, pobre monstrua, sino todo lo contrario. En pleno agosto, cogió un catarro que la hacía toser y escupir continuamente. Su cara se arrugaba, el sarro de sus dientes se hacía cada vez más amarillo, sus mocos y babas más abundantes, sus gritos más estridentes. Dentro de su casa, en el infierno oscuro y caliente de aquellos cuartos sin ventilación, se ahogaba, de modo que su madre la dejaba en el patio todo el día, entre las plantas, y allí se quedaba, golpeando el suelo con las botas que calzaban sus pies deformes, hipando y berreando. Mi hermana solía hacerle compañía, la acariciaba, le contaba disparates y la llamaba Doña Esme. ¿Qué sacaría en limpio La Monstrua de todo aquello? Prefiero ignorarlo. Un día, muerta de risa, Blanca me dijo:

—¿A que no sabes qué se ha empeñado en regalarme esta mañana Doña Esme?

—No sé, cariño. ¿Qué?

—¡Una cucaracha! La tenía guardada en el cacillo del desayuno. La ha cazado en la cocina para mí.

—¡No me digas! —repliqué, dándole un cachetito en la mejilla—. Como mamá se entere de estas porquerías…

Y entonces abrió la mano y dejó marchar pacíficamente a la gorda y lustrosa cucaracha. Yo la aplasté, y Blanca reaccionó como si le hubieran pisoteado el corazón: se quedó mirándome fijamente, haciendo pucheros, y tuve que acunarla entre los brazos largo rato para calmarla. Por eso digo que prefiero no haberme enterado de todos los pormenores de aquella amistad.

Por mi parte, ese verano me aficioné a utilizar el retrete de nuestros inquilinos sin que mi madre se enterara. Era, como dije, un diminuto rincón del hueco de la escalera del patio, cerrado por una puerta de madera despintada y llena de grietas, que no llegaba al suelo ni al techo. Dentro sólo había un wáter, una bombilla polvorienta y un clavo roñoso en el que aquellas pobres gentes enganchaban pedazos de papel de periódico. Allí dentro el olor a humedad era fortísimo y me encantaba: tenía un raro parecido con el de las aceitunas en salmuera. Durante los meses de calor, se convertía en una especie de nevera natural, de modo que todo el mundo se demoraba en él más de lo necesario. ¡Mire qué lujos! Yo, cuando veía que el carbonero y su familia se habían ido a trabajar, me introducía con un libro y, sentada en la taza, leía durante horas hasta quedarme medio ciega o jugaba con las arañas.

Había casi siempre dos o tres arañas, que se alimentaban de las moscas que penetraban por el hueco de arriba. Se instalaban en los orificios de la pared, que era muy rugosa, y tejían unas telas pequeñas y miserables en torno a su morada. Las telas eran grises, por el polvo, porque allí nadie limpiaba, y parecían pequeñas flores oscuras. Yo me entretenía rompiéndolas con la punta de un lápiz. Cuando la araña, furiosa y perpleja, salía de su caverna a averiguar qué ocurría, la perseguía con el lápiz, la empujaba y acababa empalándola, teniendo cuidado de que sus patas quedaran intactas, para observar sus movimientos. Todos aquellos manejos me procuraban muy poco placer, pero no podía dejar de celebrar una y

otra vez el triste ritual de acoso y muerte, que me producía una sensación parecida al hastío.

También utilizaba el retrete para fumar a escondidas rollitos de papel de estraza, que me hacían toser y me dejaban en la boca un sabor nauseabundo y en la ropa un olor que sólo mi abuela percibía, porque era mujer de finísimo olfato.

—Ya has estado fumando otra vez —decía, regañándome benévola—. Te vas a poner mala, pero por mí no lo dejes. Fumas por fumar, sin esperar siquiera a tener tabaco: buena señal. Llegarás muy lejos, más de lo que yo creía.

A ella le gustaba hacer predicciones y no le importaba cambiarlas de un día para otro. A veces decía que la contradicción es el principio del universo, agudo pensamiento que no llegaba a entender ni ella misma y que nadie le discutía.

Una tarde que estaba en el retrete, atormentando a una arañita diminuta que corría como un diablo, oí que alguien entraba en el patio: un hombre y una mujer que discutían de forma cansina, como si dieran vueltas a un asunto definitivamente irresoluble. Por la voz identifiqué al hijo del carbonero y, mirando por una rendija, vi que ella era su novia. Se apoyaron en la pared, cerca de donde yo estaba, y pude escuchar su conversación.

—¡Ya lo sé —decía ella, con voz ahogada—. Y yo también, José, pero no puede ser! Tú le caes bien y saben que tus padres son buena gente, pero no les da la gana.

—Eres tú la que se casa, no ellos. Tienes que decidirlo tú sola.

—Somos menores de edad.

—Mejor: esperaremos y así tendremos más ahorrado. A mí me va bien en la ebanistería. Mi patrón está contento conmigo y pronto me subirá la paga. Podremos alquilar un piso pequeño.

—Sí, pero mi madre dice que los niños serán como tu hermana, y yo eso no quiero ni imaginarlo. ¡Me gustan tanto los niños…!

—¡Pero qué tontería! ¿Soy yo como ella? ¿Eres tú como ella? Los niños serán como nosotros, ya lo verás. No te dejes engañar, Dolores. ¡Es nuestra vida!

—Y aunque sea así, ¿y ella? Cuando tus padres falten, ¿quién se hará cargo?

—La mandaremos a un asilo. Tenemos que pensar en nosotros, yo no puedo dejar que mi vida se estropee por su culpa. ¡Ayúdame!

Tú dices que me quieres… ¿En qué se nota? Razonas como una vieja.

—¡Sí, como una vieja…! Tú debías haberte hecho novio de la Martina, que a ésa, con tal de pescar marido, no le hubiera importado nada. ¡Bien que lo demostró, la mosquita muerta!

Oí el golpe seco de una bofetada y un sollozo. Por la rendija vi que la chica se separaba de él y echaba a correr. Él no la siguió. Se quedó quieto un momento, y luego se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo, con la cara entre las manos. Lloró largo rato, con un llanto ronco como la tos, que me dio miedo. Nunca había visto llorar a un hombre y desde entonces no puedo soportarlo, aunque en el fondo me gusta.

El verano tocaba a su fin. Blanca no mejoraba, y para colmo la abuela empezó a perder el juicio. Se pasaba el día metida en la bañera: decía que los viejos huelen mal y que ella no quería molestarnos con su olor. Mi padre se hallaba más abatido que nunca. Al parecer, los escasos negocios que emprendía no le reportaban más que pérdidas y descrédito. Mi madre lo sobrellevaba todo lo mejor que podía, pero a veces perdía los estribos y se ponía a gritar por cualquier menudencia.

Abajo la situación no era mejor. La Monstrua tosía como una condenada y su nariz parecía una fuente de mocos verdes: se diría que se estaba licuando por dentro. Una noche, el carbonero volvió a casa muy tarde. Como nuestra alcoba daba al patio, le oí llegar. Canturreaba y murmuraba. Tropezó con un par de tiestos y se estampó contra la palmera. Su hijo tuvo que salir y llevárselo adentro como un fardo.

La gorda Eduvigis ya no hacía faenas por las casas, porque el cuidado de Esmeralda ocupaba todo su tiempo. Una mañana que salió a comprar, la dejó sentada en el patio, atada a la sillita para que no se cayera. Pero se cayó y permaneció de bruces en el suelo, con la silla encima, más de dos horas. Otro día, agarró un geranio, lo arrancó y se lo comió.

Cuando el curso comenzó, el frío se hizo sentir de nuevo, primero suavemente y luego con una crudeza inusual. Los locos del manicomio solían gritar mucho en otoño y aquel año sus berridos llegaron al colmo. Yo les oía por las noches y me entretenía en distinguir los gritos de los hombres de los de las mujeres. Mi

hermana también prestaba atención.

—¡Son los locos! —decía, riendo—. ¿Por qué chillan? ¿Les pegan?

—Les torturan con jeringas así de grandes —explicaba yo—. Les queman las pestañas, les clavan astillas bajo las uñas y les rompen los dientes a martillazos.

Dejé de decir tales sandeces el día que encontré a Blanca llorando porque había oído decir a la chacha que la abuela estaba loca, y ella pensó que no tardaría en aplicarle el rudo tratamiento cuyos pormenores le había yo enumerado.

Aquel frío causaba estragos, y no sólo entre los locos oficiales, sino también entre todos los demás. Mi abuela, con su manía de los baños, cogió una pulmonía y pasó el invierno en la cama, haciendo solitarios. Mi madre estaba cada vez más apagada y comenzaba a ser presa de extrañas obsesiones. Un día me dijo:

—Nena, procura no cruzarte siquiera con el chico de Marcelino. Y que no te vea yo hablando con él.

—Nunca hablo con él. Pero, ¿qué pasa? Es muy buen muchacho.

—Se ha estropeado. Desde que le dejó la novia, se cuentan cosas en el barrio. Se ha metido con algunas chicas y anda en malas compañías.

—Eso es mentira —dije yo por contrariarla, no porque supiera palabra de aquel asunto ni me importara una higa.

—¡Mentira o verdad, tú haces lo que se te mande!

La chacha, un día que estaba pelando un pollo y sacándole las tripas, comentaba con ella:

—Yo, señora, no soportaría ni un día más a esa pandilla de borrachos y degenerados. Pero la peor es ella: por su culpa van todos como van. Si fuera hija mía, iba de cabeza al aljibe. ¡Para lo que sirve! Deberían nacer muertos —y sacaban las entrañas del pollo, dando grandes tirones.

—Mujer, pobrecilla —decía mi madre, la muy hipócrita—, es una criatura de Dios, al fin y al cabo. Cada uno debe cargar con la cruz que Dios le ha dado.

—Dios, Dios —murmuraba la chacha—. Dios no hace más que cargar de cruces a los pobres.

Efectivamente, a menudo Dios exageraba. Estaba apretando y ahogando sin miramientos a nuestros pobres inquilinos. El

carbonero se pasaba el día borracho y ya no iba a trabajar. La mujer cuidaba frenéticamente a su retoño y no se movía de su lado. El chico se marchó y no volvimos a verle. En el barrio se decía que se había ido al extranjero.

La Monstrua no consentía que la metieran en casa, aunque se helara. Sólo se sosegaba en el patio, y allí se pasaba las horas muertas con su madre, que parecía ir perdiendo el poco seso que tenía. Estaba como ausente y sólo salía de su apatía para limpiar los mocos o las babas a Esmeralda. Mi madre solía mandarle algo de comida, porque le daba lástima, aunque en el fondo estaba deseando que una catástrofe barriera del mapa a unos inquilinos tan molestos, teniendo ella misma en casa problemas para dar y vender.

Un día dijo a la chacha:

—María, deberíamos hacer algo. Se van a congelar. Esta noche La Monstrua ha chillado tanto que han tenido que sacarla al patio. Ha amanecido en él, y yo creo que hasta le brillaba encima la escarcha.

—Usted, déjelos, señora. Ya se apañarán. ¿Sabe qué le digo? ¡Que si se hielan, favor del cielo!

—¡Qué cosas tienes, mujer!

El frío que Esmeralda pasaba en el patio sin sentirlo, lo sentía mi hermana Blanca, en la cama, tapada con mantas y edredones y rodeada de botellas de agua caliente. El médico decía que tenía lo de siempre: que funcionaba, como si dijéramos, a medio gas.

—¡Estoy helada! —decía, tiritando y sonriendo—. Tengo los pies como polos de menta.

Eduvigis amaneció un día en el patio más tiesa que un palo. Estaba sentada en su silla y tenía a La Monstrua en brazos. La niña estaba muerta, pero ella recobró en seguida el conocimiento, con friegas de alcohol y un trago de coñac caliente. ¡Cómo lloró a su hija! El médico dijo que llorar le haría bien, porque le estimularía la circulación.

Yo me colé entre la gente que se congregó a la puerta y vi a la Monstrua muerta. Estaba echada en la cama, encogida y sonriendo de oreja a oreja. No daba miedo ni compasión: parecía una muñeca vieja. El carbonero anunció que, en cuanto la enterraran, se iría de aquella casa, lo cual alegró a todo el mundo menos a mí. A mí me daba lo mismo.

Al día siguiente, el extraño mal de mi hermana se agravó. Preguntó por la señorita Martina y por Esmeralda, y para mí aquello fue una señal de que ya estaba más en el otro mundo que en éste. Y así era. Después de una suave agonía que no duró ni media hora, el pobre ángel quedó detenido en pleno vuelo. Hubo un precioso entierro blanco: vestido blanco para la blanca muerta Blanca, ataúd blanco, flores blancas… Tanta blancura no era de este mundo, y así como la muerte de La Monstrua me dejó indiferente, la de mi hermana me alegró sin saber por qué.

Al terminar el curso, vendimos la casa y nos marchamos de la ciudad, en la que nada nos retenía. La abuela había muerto también; se quedó dormida en la bañera y se ahogó. Y le diré una cosa: todos aquellos muertos fueron un buen abono para la vida de los demás. A mi padre comenzaron a irle bien los negocios, recuperó la energía y se convirtió en un hombre próspero, respetado y sin pasado. Mi madre conoció un largo momento de esplendor otoñal y tuvo una feliz aventura con un empleado de papá. En cuanto a mí, ya me ve, no me puedo quejar. Desde luego, no pierdo la esperanza de que muera alguien más.

¿QUÉ DEMONIOS…?

PRÓLOGO

—LAS ESPINACAS TIENEN HIERRO y son muy buenas para el crecimiento, ¡así que cómetelas! —exclamó, apremiante, la madre.

Pero la niña no parecía compartir sus criterios dietéticos con el entusiasmo suficiente como para engullir el amasijo verde que se apilaba en su plato; pertenecía, por otra parte, a una generación totalmente desconocedora del mito de Popeye. Hizo oídos sordos, y fingió hallarse absorta en la contemplación del anuncio de bronceadores que expelía en ese momento el televisor.

Viendo a su vástago tan poco dispuesto a entablar la habitual trifulca que amenizaba las comidas, la joven se encaró con su esposo.

—Bueno, cariño, ¿qué hay de eso?

El interpelado levantó la vista de su plato de verdura, sujetándose la montura de las nuevas gafas, que tenían una molesta tendencia a deslizarse nariz abajo, y preguntó alarmado:

—¿De eso? ¿Qué es eso?

El tono de su voz atrajo la atención del niño mayor. Cuando la conversación comenzaba así, no solía resultar aburrida.

—Lo que hablamos ayer, cielo. La escuela de éstos ha terminado, tus clases también, incluso mi cursillo de cerámica. Tenemos que pensar adónde vamos. ¡Nos divertimos tanto el verano pasado en el monte! Además, a los niños el aire libre les sentó de maravilla: no se han constipado en todo el año.

Los rostros de la audiencia se contrajeron en un rictus que expresaba un sentimiento unánime: el pánico. El padre odiaba el cámping, que no favorecía en absoluto sus actividades; la sola idea de que el viento arrebatara sus fichas o que las carpetas se le

llenaran de hormigas, le sacaba de quicio. En cuanto a los pequeños, lo que al niño le gustaba hacer en el verano era ir a cines-terraza a ver largas sesiones de películas de terror, actividad imposible en los páramos en que su madre gustaba de acampar; la niña no era exigente, y en realidad lo mismo le daba, pero siempre que había división de opiniones se colocaba del lado de su padre, no tanto por solidaridad hacia él como por irritar a su madre.

El niño resumió el sentir general en un discurso tan breve como transparente.

—¿Otra vez cámping? ¡Vaya fastidio! ¿Es que no podéis inventar algo más divertido?

La madre desoyó la impertinencia e insistió, dirigiéndose al padre.

—Tenemos que decidirlo, porque la semana que viene nos vamos. A donde sea, pero nos vamos. No pienso pasar el verano entre estas cuatro paredes.

—Por Dios, cariño, nadie ha dicho eso. Pero no nos precipitemos. Llevo unos días pensando que tal vez sería conveniente cambiar de programa y pasar unos días en la casa de campo. Hace siglos que no vamos.

—¿En la casa de campo? —preguntó, maliciosa, la joven—. ¿A qué casa de campo te refieres?

Sabía perfectamente a qué se refería su esposo, pero detestaba aquel lugar con todas sus fuerzas.

—Me refiero a la casa de campo de la Yaya, lo sabes muy bien. Está enferma y agradecerá una visita. Además, es un sitio estupendo para los niños.

—Cariño, la Yaya está siempre enferma. ¿Qué te hace pensar que va a morirse precisamente ahora?

—Yo no he dicho que vaya a morirse. Yo…

El niño se deslizó de la silla y apagó el televisor. La conversación era más interesante que el telediario, que siempre daba noticias de gente que uno no conocía.

—Tú has dicho que hay que ir a verla porque está mal, ¿no? —dijo la madre, encendiendo un cigarrillo y dirigiendo el humo hacia el rostro del padre.

—Sí —contestó éste, carraspeando y tosiendo ligeramente. Explicar a lo largo de nueve horas semanales historia medieval

durante diez años había convertido su garganta en un tubo de papel de lija, y la menor hilacha de humo le ponía al borde del ahogo.

—Pues yo te digo que ésa no es razón para ir a verla, porque siempre está mal.

—Bueno, de acuerdo: está muriéndose y quiero despedirme de ella.

—¡Bonito espectáculo para los niños!

Los aludidos permanecieron en silencio, pero estaban encantados con la perspectiva de ir a ver morir a alguien. Por otra parte, una vieja casona prometía placeres aún más excitantes que el cielo sobre *sombies* del cine Ateneo o la lectura de tebeos viejos en la terraza durante la siesta. Y, desde luego, puesto que alejaba la sombra amenazadora del cámping, la propuesta del padre gozaba de las simpatías de ambos y de su apoyo incondicional.

1

LA CASA LE PARECIÓ A LA MADRE un barracón destartalado y pretencioso; al padre, más pequeña de lo que recordaba y bastante menos interesante que en sus sueños, a pesar de las pintorescas torrecillas y de las chimeneas; a los niños, un castillo encantado cuya sola vista aceleró los latidos de sus corazones. La niña no estaba en condiciones de sentir gran cosa más, pero el niño, que ya era un lector, la pobló en el acto de personajes prestigiosos y no del todo inocentes. Creyó ver brillar ojos encendidos en algunas ventanas e incluso oyó carcajadas malévolas, o al menos deseó haberlas oído.

La enfermedad de la Yaya había atraído a tres de sus hijos con sus respectivas familias y a dos hermanas solteronas, de modo que en aquellos momentos la casa se hallaba superpoblada. El niño y la niña fueron acomodados juntos, con uno de sus primos, en una habitación del segundo piso que normalmente servía de trastero.

Grande y seca, una corona de muerto colgaba de la pared, con las letras de oro de la cinta medio borradas. También había un arcón de ropa blanca, un palanganero de la época de Maricastaña, una vitrina que contenía muñecos de porcelana y una guitarra con las cuerdas flojas. La ventana, de visillos amarillentos, daba al

jardín trasero; y una ventanita con cristales de colores, a una escalera que se abismaba en las profundidades de la gran cocina. El cuarto olía a alcanfor y laurel, mezcla que resultó insólita y casi narcótica a los pequeños.

También les extrañaba el tamaño de las camas, la blandura de los colchones de lana y de las almohadas de miraguano, y el raro tacto de las colchas de gruesa seda azul bordadas con pavos reales y lirios. La niña echó de menos al principio su camita rosada y los muñecos que la acompañaban en su cuarto y se sintió un poco desamparada, pero el niño no hubiera cambiado aquel dormitorio improvisado por nada del mundo. *La corona es genial* —pensaba—. *Cuando volvamos a casa, me compraré una parte de mi habitación*. Se negó a dar paso a la idea de que su madre no se lo permitiría, como no le había permitido aceptar el cráneo de mono que iba a regalarle aquel alumno de papá que trabajaba en el Zoo. Ése era el tipo de cosas que hacían que ella exclamara: *¡Estáis enfermos!*, sin que nadie supiera a ciencia cierta a quiénes designaba aquel plural.

En cuanto al primo, al parecer estaba de vuelta de todo. La primera noche arrancó unas hojas de la corona fúnebre y se las puso a la niña entre los rizos, exclamando: *¡La Muerte no tardará en llevársete, pequeña oruga!* Ella hizo pucheros, se las arrancó y las tiró por la ventanita, pero la risa no tardó en hinchar de nuevo sus mofletes de melocotón.

Aquel primo era todo un personaje. Robusto, pelirrojo, de poco seso y buen natural, su vitalidad era tanta que sus innumerables pecas amarillas parecían estar en constante movimiento, como pequeños planetas. Carecía de imaginación y de cualquier tipo de temor, y le encantaba gastar bromas tontas a todo el mundo. En el mes que llevaba en la casa, no había dejado rincón por explorar, de los desvanes al sótano y de la vivienda del guarda a las porquerizas de la colina. Incluso se había aventurado dentro del pozo, lo que le valió una buena tunda. Su última hazaña conocida había consistido en cortar las uñas a un halcón que le regaló un pastor y pintárselas con laca escarlata. Semejante tratamiento había sumido al noble predador en un estado de postración al parecer incurable. También había recibido lo suyo por aquello, pero los golpes y rapapolvos no hacían mella en su ánimo emprendedor.

La Yaya se encontraba más en el otro mundo que en éste. Parte de su espíritu —memoria y entendimiento— se hallaban allí hacía tiempo y amenazaban con no regresar. Recibió a la familia en su alcoba, hundida en almohadones de hilo blanco, muy peinada y compuesta y oliendo a Chanel número cinco. No sólo no les reconoció, sino que les trató de usted y anunció que el fin del mundo se aproximaba y debían preparar sus almas para el acontecimiento. Durante la breve visita, el padre no se sintió emocionado, ni siquiera interesado. Más que por la salud o el estado de su madre, se sentía íntimamente inquieto por el recuerdo de las muchas erratas que estaban advirtiendo en la corrección de las pruebas de su libro sobre el feudalismo. No es que fuera duro de corazón; sencillamente, las ancianas, fueran quienes fueran, habían salido inexorablemente del campo de sus intereses más profundos. En cuanto a la joven —aunque no se lo confesaba a sí misma—, aborrecía a los enfermos, y en particular a aquélla, a la que en su fuero interno deseó un rápido tránsito de este mundo cruel.

A los niños les encantó aquella alcoba grande, penumbrosa, cuyas zonas más oscuras eran desmentidas por un helado esplendor de espejos ovales; el inmenso armario de caoba, que tenía algo de carroza fúnebre; el tocador poblado de frascos de formas caprichosas; el cuadro en que un joven se miraba en un tranquilo remanso; la Virgen con el manto de seda madrileña cuajado de piedras amarillas y malva que parecían caramelos. Pero les asustó el aspecto de la anciana, y sobre todo su vozarrón, que contrastaba con la fragilidad de su cuerpo, reducido a finos huesos, floja piel y tendones tirantes. Cuando se acercaron a besarla, les aferró con sus garritas, llenas de manchas oscuras, y gritó:

—¿Qué tenemos hoy para cenar?

Se asustaron mucho, sobre todo el niño, que se enfrentaba por vez primera con la incongruencia. A su despierto espíritu se reveló la turbadora verdad de que los mayores podían perder el rumbo e ir a parar a la ciénaga de la locura. Percibió dolorosamente la sonrisa maliciosa con que su madre acogía las palabras de la Yaya, y la perplejidad borrosa de su padre. La niña se limitó a echarse a llorar, asustada por la voz de trueno de la abuela. Y así acabó la primera visita a la dueña de la casa encantada.

Había en ella otra persona notable: la nodriza, a cuyos pechos se

había criado toda la familia. Tenía casi cien años y estaba, como su señora, algo lela, pero conservaba dentro y fuera de la mansión un aura mítica. Siempre fue gorda y buena, mansa, dulce, de leche cremosa y abundante. No era capaz de distinguir una letra de una cagada de mosca, pero sí de contar estupendos cuentos de ánimas y apariciones. Nunca pudo atrapar un marido, pese a lo cual tuvo cinco hijos, que se le murieron de viruela y tos ferina. La pasión de su vida era amortajar. Amortajaba gratuitamente y con exquisita pericia a propios y ajenos, y hasta el momento habían pasado por sus manos más de cincuenta cadáveres de la vecindad. Ahora esperaba la muerte de su señora para entrar de nuevo en acción. *Ésta* —se decía— *será la última. Luego me moriré yo*. La atormentaba la idea de no poder amortajarse a sí misma.

Todos se esforzaban por convencerse de que querían a la nodriza. Todos, menos los niños. El primo no cesaba de proclamar que la vieja estaba chocha y que se tiraba pedos en la capilla mientras cambiaba el agua de las flores. La niña experimentó hacia ella un pánico instintivo desde el primer día; le daba asco dejarse acariciar por sus manos correosas. El niño era más indulgente, aunque no le tenía simpatía. De ella sólo le interesaban los cuentos de aparecidos y lo que decía de los muertos cuando uno la sonsacaba.

II

LA LENTA AGONÍA DE LA YAYA ofreció a los niños unas vacaciones deliciosas. Corretearon por los campos, mataron escorpiones, montaron a caballo, ayudaron a ordeñar a las vacas, persiguieron a las gallinas y sorbieron huevos recién puestos.

Lo de los huevos tenía cierto misterio. Al niño le daba aprensión sentir en la boca aquel calor animal, que intensificaba el sabor de la yema. La niña, para expresar el placer que le producía notar el fluido espeso pasar de la cáscara a su garganta, exclamaba riendo: *¡Qué asco!* Todavía no tenía claros los límites en determinados conceptos. En cuanto al primo, engullía sin mayores introspecciones; para él, un huevo no era más que un huevo.

Solían bañarse en la alberca del huerto, sombreada por una

higuera que embalsamaba el aire. Meterse en el agua turbia y espesa, y pasar la mano por las paredes musgosas, procuraba sensaciones raras. Aquello, sin duda, era mejor que las piscinas corrientes, aunque también fueran divertidas, con su agua limpia que olía a lejía. Al principio la niña tenía miedo de los insectos acuáticos, pero pronto se acostumbró y retozó como una pequeña foca.

En aquella región las lluvias veraniegas se producían de noche. Al amanecer, salía un sol espléndido y brillaba sobre los campos y la casa empapados, refrescando el color de las cosas. Luego, todo se secaba, pero conservaba una especie de ternura perfumada.

Esta bondad invariable del tiempo les permitía comer al aire libre, en una gran mesa a la que sólo faltaban la Yaya y la nodriza, que lo hacían en sus habitaciones. En aquellas comidas se bebía un vino rojo, espeso y áspero, que hacía estallar risas y chistes bajo las ventanas de la moribunda. Al oírlas, solía comentar, en su chochez: *¡Ya están los operarios con la dichosa máquina!*

Los niños se vieron privados de aquel néctar hasta que el primo se subió un día a la silla y gritó:

—¡Yo también quiero vino, John!

Su madre le hizo bajar a estirones, pero su padre vertió un chorrito rojo en su vaso de gaseosa. La bebida se tornó rosada y el primo se dio por satisfecho de momento. En cuanto al niño, miró implorante a su tío y luego a su propio padre, en demanda de igual trato, y recibió su correspondiente ración. La niña fue obsequiada con una gota, para atajar su incipiente protesta, que sin duda iba a consistir en un monótono y tal vez infinito aporreo del plato con la cuchara.

Aquella gaseosa fresca, enriquecida con el vino, constituía para el niño el colmo de la delicia, junto con las ciruelas maduradas al sol y el olor de las lilas blancas que rodeaban la casa. Deseaba que la anciana que agonizaba pacíficamente tras las persianas verdes no muriera jamás, para poder gozar todos los veranos de su paraíso.

Su entusiasmo aumentaba a medida que conocía la casa. Un día descubrió la biblioteca. Habitualmente se hallaba cerrada, pero aquella mañana la criada había olvidado echar la llave, y él se dio cuenta. Sabía que no era correcto entrar de ese modo en habitaciones ajenas, pero la tentación fue más fuerte que sus

escrúpulos de pequeño caballero. Cerró tras de sí, asumiendo el riesgo de que la mujer le dejara encerrado sin darse cuenta y se viera obligado a salir por la ventana.

Tres de las paredes estaban ocupadas hasta el techo por estanterías de roble acristaladas, en las que se apretaban miles de volúmenes. En la cuarta, la ventana y unos cuadros coronaban un ámbito ocupado por muebles antiguos de aspecto imponente. Permaneció en el centro de la estancia sin saber qué hacer, aspirando el complejo aroma que la impregnaba. Luego se acercó al escritorio y tomó en sus manos, con infinito cuidado, un pisapapeles de cristal en forma de bola achatada. Era muy pesado, pero tan transparente que sólo los reflejos y la refracción permitían verlo. Junto a él yacía, en un hueco de la rica madera de la mesa, un abrecartas con mango de marfil, y más allá un tintero de amatista y bronce, con los pocillos de color rubí. Los plomos y los cristales azulados de la ventana dibujaban una extraña figura geométrica de bordes curvos, flanqueada por tallos traslúcidos verde pálido y lirios blancos y morados.

Entre los cuadros había uno más pequeño que los otros y mejor conservado, sin duda el retrato del dueño de aquellas maravillas. Representaba a un hombre joven que se parecía ligeramente a su padre. Pero había en él cierta altanería, y en su expresión resplandecía la luz de una seguridad que el niño no había visto en ningún otro rostro. Se sintió humillado, como si alguien hubiera insultado a su padre, pero la vista de unos grabados de barcos le devolvió a su anterior estado de encantamiento.

III

LA SIESTA SOLÍA SER HORA de retirada universal, excepto para los dos primos y el padre, que aprovechaban la tregua para repasar sus notas o sus fichas, o releer algunas pruebas. El niño también leía. Había pegado hábilmente las cubiertas de *Veinte mil leguas de viaje submarino* sobre *Vampiros entre nosotros*, porque sus padres no le permitían ciertas lecturas, y se abismaba con delicia en aquellos horrores indecibles, cómodamente instalado en una tumbona, rodeado por varios de los gatos de la casa, que dormían

ovillados sobre las frescas baldosas del porche.

Aquella tarde, el primo se deslizó sigilosamente por detrás del apasionado lector y lanzó un rugido que logró su propósito de darle un susto de muerte. El agredido cerró el libro y expresó su indignación por la brutal interrupción de su apacible recreo.

—¿Qué lees? —preguntó el pelirrojo sin inmutarse. Y añadió—: Te vas a quedar ciego. Déjame ver.

Le arrebató el libro y leyó en voz alta.

—«Mientras sus labios acariciaban su cuello de nácar, sintió que los colmillos le crecían, y que una sed de sangre invadía su corazón atormentado…» Oye, ¿esto es de Julio Verne?

—Pues claro. ¿No lo conoces?

—No, pero si tú lo dices… ¿Qué has hecho esta mañana? No se te ha visto el pelo hasta la hora de comer.

—He estado por ahí.

—¿Por dónde?

—En la biblioteca. Pero no se lo digas a nadie. La chacha se había dejado la puerta abierta y he aprovechado para curiosear. ¡Es preciosa!

—Ya sé que es preciosa, he estado en ella miles de veces. ¿Has visto la pistola?

El niño negó con la cabeza, mortificado por la popularidad de lo que él consideraba poco menos que una estancia secreta.

—Está en un cajón del escritorio —informó el pelirrojo.

—No está bien abrir cajones.

—Ya, pero si no los abro, ¿cómo voy a saber lo que hay dentro? Es una pistola pequeña, de plata y nácar, me imagino que de señora. Está al lado de unos gemelos de teatro que hacen juego con ella. ¿Tú crees que antiguamente iban al teatro con pistola?

El niño se encogió de hombros. Podía ser.

—¿Y en el desván, has estado? —inquirió el primo—. Seguro que no.

—No —confesó.

—Está cerrado, pero yo sé dónde encontrar la llave. Hay cosas interesantes, aunque se pone uno perdido de polvo, y además te expones a que te zurren. Lo más raro es un muñeco enorme que hay en una caja de madera. Está tan bien hecho que da miedo. ¿Te gustaría verlo?

—Claro; pero, si subimos, seguro que nos descubren.
—Hum… Ya veremos.

IV

LA OCASIÓN DE VISITAR EL DESVÁN no tardó en presentarse. Un día, toda la familia decidió ir al pueblo vecino a comprar provisiones y divertirse un poco. En la casa sólo quedarían la moribunda, su enfermera y la nodriza. El niño y el primo pretextaron tener diarrea y pidieron que les dejaran allí con ellas.

—Claro —dijeron las madres—, os hincháis de fruta verde y de porquerías de la huerta, y así os va.

La del niño aprovechó para recordar que el verano anterior todo había marchado a las mil maravillas en el cámping y que nadie había enfermado. Olvidaba sus propios dolores de riñones y de cabeza, y la ansiedad que experimentaba después de desayunar tostadas envasadas y margarina. Y la faringitis de la niña, cuando llovió y se inundó la tienda. Tampoco contó entre las enfermedades la depresión que acometió a su marido al tercer día de acampada.

En cuanto a éste, envidió la indisposición de los niños y estuvo a punto de pretextar también él algún achaque, pero su sentido de la dignidad se lo impidió, aparte de que nadie le hubiera creído. Dejó muy bien ordenadas sus fichas y se despidió de ellas con pesar, viendo extenderse ante sí un día ajetreado y vacuo, plagado de pequeños desastres y de conversaciones estúpidas. En general, y aunque no se lo confesara a sí mismo, despreciaba a la gente que no se interesaba por el feudalismo, y les veía arrastrar por la vida un montón de falsas preocupaciones que al lado de las suyas resultaban irrisorias.

Cogidos del brazo, el niño y el primo asistieron desde el porche a la salida de la caravana. Los mayores les recomendaron una y otra vez que se portaran bien, que no hicieran barbaridades y que cuidaran de las ancianas; y los más pequeños les sacaron la lengua por la ventanilla de los coches y les hicieron burla. La niña dio un beso a su hermano y le dijo, muy solemne:

—Quiero que vengas con nosotros. ¿No tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

—De la abuela. A lo mejor se muere hoy…

—¡Niña, no digas estupideces y entra en el coche de una vez! —gritó su madre, deseando en su fuero interno que la predicción se cumpliera.

Cuando todos hubieron partido, dejando tras de sí una nubecilla de polvo, los dos niños se miraron radiantes: tenían por delante una mañana preciosa y una espléndida tarde para hacer lo que les viniera en gana, puesto que la familia no regresaría hasta el anochecer.

—Lo primero —dijo el primo— es ver la pistola.

Pero la biblioteca estaba cerrada con llave. Previendo que el fenómeno fuera general, el niño preguntó:

—¿Dónde está la llave del desván?

—La tiene la nodriza —respondió el pelirrojo—, pero no te preocupes: nos la dejará, ya lo verás.

La puerta del cuarto de la nodriza también estaba cerrada, y a través de ella se percibía el ruido de sus ronquidos. Entonces recordaron que solía dormir hasta la hora de comer, porque pasaba gran parte de la noche rezando y contándose historias de muertos a sí misma. Prosiguieron la inspección de la casa, que resultó completamente inútil, porque todas las puertas estaban cerradas, salvo las de las habitaciones que ya conocían.

No sabiendo qué hacer, decidieron ir al huerto a coger fruta y bañarse en la alberca, pero, por un extraño capricho del tiempo, un batallón de nubes grises se reunió sobre sus cabezas y el día se tornó opaco y agrio. Unos truenos desmesurados dieron paso a un furioso aguacero.

Los niños acogieron todas aquellas calamidades estoicamente. Se apoderaron de una pipa y fumaron juntos en el porche, contemplando cómo caía la lluvia.

—Yo creo que aclarará —aseveró el primo, tosiendo el humo holandés avainillado—. Y si no aclara, no pasa nada; comemos y luego le pedimos la llave del desván a la nodriza. No creo que se pase el día durmiendo.

—No sería la primera vez —apuntó el niño.

—No, pero no seas gafe, hombre. Hoy se levantará.

En eso estaban cuando oyeron unos pasos tardos en el piso de arriba y luego en la escalera. Escondieron la pipa en un tiesto de

geranios napolitanos. La nodriza salió al porche renqueando, envuelta en una bata de franela color fucsia. Olía a colonia y a mentol, y sus viejos ojos azules brillaban serenos. Sonrió a la lluvia sin ver a los niños y eructó levemente.

—Hola, nodriza —dijo el niño—. ¿Ya te has levantado?

La anciana dio un respingo, pero en seguida recobró el aplomo.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? ¿No os habíais ido todos al pueblo?

—Nosotros, no. Estamos malos.

—¿Malos? ¿Qué os pasa?

—Tenemos diarrea: de comer fruta verde —explicó el pelirrojo con aire compungido.

—¡Ah, pues eso tiene fácil arreglo! Ayuno y agua de limón.

Los niños se miraron alarmados. No entraba en sus planes seguir semejante régimen. El primo se apresuró a explicar:

—Mamá nos ha dicho que podemos comer pastel de queso y jamón de York. Lo ha dejado en la nevera.

Pero la nodriza se mostró tercamente aferrada a su receta. En general, desconfiaba de las madres modernas.

Los chicos estaban desolados. Sus idas y venidas por la casa les habían abierto el apetito, y sus estómagos rugían. Hubieran cambiado la llave del desván por un buen plato de lo que fuera y un vaso de vino con gaseosa, pero no estaban en condiciones de exigir y decidieron de tácito acuerdo no malhumorar a la nodriza. Cuando ella hubo comido y ellos bebido el agua de limón sin azúcar, la acompañaron a su cuarto.

—Bueno, ¿sabéis qué vamos a hacer? —preguntó, arrellanándose en su sillón y sirviéndose su copita diaria de Agua del Carmen—. Leeremos algo.

El espanto se reflejó en el rostro de los primos. Demasiado bien sabían lo que se les venía encima.

—Acercadme ese librito negro. Ése. Tú, bonito, busca la vida de San Juan Silenciario y lee. Veréis qué hermoso.

El pelirrojo buscó el principio y el fin del capítulo, para hacerse una idea de su extensión, y empezó a leer de muy mal talante, porque era largo y había pocos puntos y aparte.

La historia del santo obispo y confesor no interesó a nadie: la misma nodriza se quedó dormida a la segunda página. Entonces el

primo tosió con fuerza y dijo, casi gritando:

—«Imitemos su ejemplo. Amén». Se acabó —y cerró el libro de golpe.

—¿Tan pronto? —preguntó la anciana, despertándose sobresaltada.

—Bueno, nodriza, ahora que hemos hecho lo que tú querías, tienes que hacernos un favor a nosotros.

—Si está en mi mano… —musitó temblorosa, sabiendo hasta qué extremos podía llegar la intrepidez de aquel frenético.

—Más que en tu mano, donde está es en tu bolsillo —dijo, pícaro, el pelirrojo—. Quiero coger un libro del desván: *Jesús entre los doctores*. ¿Me dejas la llave?

—Jamás he visto ese libro en el desván ni en ninguna otra parte de esta casa, y mira que llevo años en ella.

—Pues está. Debajo de unas cajas de zapatos, en la parte de la ventana —el niño admiró el aplomo con que mentía su primo—. Luego te lo enseño, si quieres. Todas las tardes subiremos y te leeremos un capítulo. Venga, no te hagas de rogar…

—La Yaya no quiere que se ande hurgando en el desván.

—Si no se va a enterar…

—Se enterará cuando esté en el cielo, y no tardará mucho, la pobre; y se me aparecerá a pedirme cuentas.

El pelirrojo permaneció un rato en silencio, enfurruñado, y luego dijo, con voz alta y clara, pronunciando cuidadosamente cada palabra.

—Nodriza, eres mala. Estamos enfermos, queremos distraernos rescatando ese libro y tú nos condenas a aburrirnos toda la tarde. Y en ayunas.

El niño, que apenas había abierto la boca, añadió una infamia más refinada a las inventadas por su primo.

—San Francisco no actuaría así. A él le gustaba que la gente se sintiera feliz en este mundo, siempre que fuera con entretenimientos honestos.

El primo le miró con admiración. A él jamás se le hubiera ocurrido decir algo tan estupendo. De hecho, la nodriza se dejó intimidar o seducir por el argumento, porque suspiró y dijo:

—Como queráis, pero no está bien meter a los santos en estas cosas. Devolvédmela en seguida y que no se entere la Yaya. Y no

hurguéis más que lo imprescindible. Hay cosas ahí que no se deben tocar.

V

EL NIÑO NO HABÍA VISTO nada igual. El techo de vigas creaba un espacio extraño, que la luz de miel que penetraba por la claraboya de vidrios de color ámbar dotaba de una apariencia irreal. La suciedad no era mucha, pero reinaba cierta confusión a causa de lo heterogéneo de las cosas que se amontonaban por todas partes: viejos armarios, mecedoras, relojes de pie, baúles, jaulas, pilas de libros atados con cuerdas, cestos… El primo abrió uno de los baúles y ambos se asomaron a sus olorosas profundidades.

Sacaron de él disfraces de colores brillantes, de seda y raso, de damasco y tul, con bordados de oro y plata ennegrecidos, lentejuelas, moneditas y abalorios de cristal y azabache. El niño no se cansaba de admirar el esplendor de aquellas telas un poco ajadas y la fantasía de los disfraces. Le cautivó especialmente un turbante de raso azul en cuyo centro un gran zafiro falso sujetaba una pluma de pavo real. Recordó las preciosidades que había visto en la biblioteca y pensó que los antiguos sabían rodearse de cosas hermosas, y que cuando él fuera mayor…

—¡Menudas antiguallas! —exclamó el primo, cortando bruscamente el hilo de sus pensamientos—. No sé cómo podían soportar estos ropones tan pesados y todas estas baratijas.

—A mí me parecen muy bonitas… —protestó débilmente.

—¡Bah, como el vestuario de una película! Pero, ponte algo de esto y sal a la calle, verás cómo se desternilla la gente. Ven, voy a enseñarte el muñeco, si lo es, que no estoy seguro.

Le condujo al rincón más sombrío y le señaló una caja oscura de madera, medio oculta por un montón de trastos polvorientos. Los fueron quitando uno a uno, con la perseverante laboriosidad de la infancia, indiferentes a la suciedad y ajenos a temores adultos tales como clavarse una astilla o herirse con un clavo. Al fin consiguieron liberarla y, aunando esfuerzos, levantaron la pesada tapa. Ante sus ojos apareció el esplendor de un forro de raso escarlata, en el que yacía la figura, oscura y pequeña —como si se hubiera encogido en

su lujoso encierro— de un hombre anciano, de cabellos grises ásperos y rizados. Tenía la piel del color del marfil viejo y las manos juntas sobre el pecho, como un difunto. La expresión de su rostro era plácida, casi feliz. Estaba vestido con gran elegancia, con levita negra, camisa que fue blanca y chalina malva con un alfiler de rubíes. En uno de los dedos lucía un anillo de amatista y en el otro una alianza. Olía a naftalina, a canela y a sándalo.

—¿Qué? —preguntó el primo en voz muy baja, como si temiera despertar al yacente—. ¿A que está bien?

—Sí, pero, ¿qué es? En mi vida he visto cosa igual. ¡Parece un muerto!

—¿Tú has visto algún muerto?

—Yo, no. Bueno, en las películas…

—¡En las películas! —exclamó el primo con una mezcla de fastidio y suficiencia—. Hasta los niños de pecho saben que en las películas todo es mentira. Además, ¿en qué película has visto tú un muerto como éste?

Tuvo que reconocer que en ninguna. En el cine los muertos parecían muertos, mientras que aquello tenía todo el aire de una falsificación. El primo alargó una mano y tocó una mejilla de la cosa, soltando una risita.

—¡Qué duro está! —comentó—. Toca, toca y verás.

Venciendo una repugnancia profunda, le tocó la punta de la nariz. Era dura, pero flexible como la piel de un guante. Desde luego, no se trataba de madera.

—¿Sabes? Yo también voy al cine —dijo el primo—, y en una película vi a unos antiguos construir muñecos de madera y metal muy parecidos a las personas, que…

—Robots —interrumpió el niño.

—¡Qué robots ni qué narices! Era la época de las pelucas y de las faldas huecas. Bueno, pues construían muñecos y les daban cuerda, como a los relojes, y los muñecos bailaban y hacían cosas divertidas en las fiestas. Me parece que los llaman autómatas.

El niño sabía aquello perfectamente, pero escuchó la explicación con fingido interés, avergonzado de su precipitación anterior.

—Pues a mí me parece —prosiguió el primero, mientras tocaba aquí y allá al ocupante de la caja— que éste es uno de esos autómatas. Debe de tener el agujero de la llave en algún sitio, tal

vez en la espalda. Si conseguimos ponerlo en pie y encontrar la llave, le daremos cuerda y seguro que hará reverencias o caminará; a lo mejor, hasta mueve los ojos.

—En la película, los movía así, mira —y se puso a revolver los suyos de un modo tan cómico que el niño lanzó una carcajada, pese a que se encontraba algo incómodo. Desde luego, la perspectiva de dar la vuelta al pequeño señor no le seducía en absoluto, pero sabía que una negativa haría pensar al primo que era un cobarde.

Fue providencial para él el hecho de que, al disponerse a coger por los hombros al objeto, se oyera en la lejanía ruido de motores y una alegre algarabía de cláxones. La familia regresaba. Los niños taparon la caja a toda prisa, amontonaron diversos trastos sobre ella y pusieron pies en polvorosa. Poco después se hallaban en el porche, peinados, limpios y oliendo a lavanda, dispuestos a recibir a los viajeros. El hambre, olvidada durante la aventura, volvió a punzar sus estómagos, pero afortunadamente, pensaron, la cena no iba a retrasarse mucho.

—¡Ay, tesoro! —dijo la madre del pelirrojo, al besarle—, menos mal que no estáis bien de la tripa y no vais a cenar, porque nosotros, entre que hemos comido muchísimo y muy tarde, y que venimos agotados, nos vamos derechos a la cama. Tomaremos un vaso de leche. ¿Queréis vosotros uno? Aunque creo que os sentará mejor un agua de limón con sacarina.

VI

AQUELLA NOCHE, el hambre y el calor no dejaron dormir al niño con la profundidad habitual, y su insomnio se pobló de preguntas acerca del anciano del desván. No le parecía un autómata. Si no fuera porque sabía que los muertos se corrompen, hubiera apostado a que aquél lo era. Aunque había muertos que… Podía ser una momia o un vampiro. Pero recordó que en los libros que había leído sobre vampiros se decía una y otra vez que conservaban en el ataúd un aspecto fresco y sonrosado, mientras que el señor aquél era una pura mojama. Claro que, si no había bebido sangre desde hacía mucho tiempo, tal vez se hubiera puesto así…

Se dio la vuelta ruidosamente y despertó al primo, que preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿No duermes?

—¡Qué va! Tengo hambre y estoy desvelado.

—Yo también tengo hambre. ¿Quieres que vaya a la cocina, a ver si pesco algo?

—No, déjalo. Ya falta poco para que amanezca. Oye, ¿tú qué crees que le pasaría a un vampiro si ayunara mucho tiempo?

—¿Ahora te crees vampiro? Pregúntaselo a la nodriza, que es la que sabe de esas cosas. Oye, estará a punto de amanecer y todo lo que tú quieras, pero yo me bajo a por un paquete de galletas.

Al día siguiente, el niño anduvo todo el día pegado a las faldas de la nodriza. Era difícil mantener una charla en privado con ella, porque, como estaba más sorda que una tapia, había que hablarle a gritos y todo el mundo se enteraba de la conversación. Y lo que él tenía que preguntarle era sumamente delicado. Al fin halló una oportunidad, cuando la anciana acercó su hamaca a un macizo de crisantemos en la parte más aislada del jardín, junto al velador de los jazmines, dispuesta a descabezar un sueñecito o a sumirse plácidamente en sus recuerdos.

—NODRIZA —le dijo, sentándose a sus pies y jugueteando con una flor del color del fuego—, ¿qué les pasa a las personas cuando mueren?

—Si han sido buenas y decentes —contestó ella, alisándose los pliegues de su inmaculado delantal—, van al cielo y son felices para siempre.

—No, me refiero al cuerpo… —insistió el chico.

—El cuerpo se queda como dormido, se pone tieso como un palo y lo entierran. Al cabo de los años, no es más que polvo.

—Oye, nodriza, te voy a hacer una pregunta que a lo mejor es una tontería, pero no te rías de mí. ¿Tú crees que los vampiros existen?

—Sí que existen, sí. Cuando yo era joven, había uno muy peligroso en esta comarca. Conozco gente que fue atacada por él, pero a mí no me hizo nada ni le vi jamás.

—¿Y qué fue de él?

—Ya no está —dijo la vieja con nostalgia, como quien echa de menos una costumbre pintoresca.

—¿Murió?

—No sé. ¿Por qué no te vas a jugar con tu primo? Tengo sueño,

y hace tanto calor…

Cerró los ojos y se quedó dormida, envuelta en el perfume de las flores. Un jazmín cayó y se quedó prendido de sus cabellos plateados, poniendo en ellos una nota de tierna opacidad. El niño colocó el crisantemo de fuego en el regazo de la anciana, se levantó y se perdió entre las masas verdes del jardín.

Un repaso a la *Antología del vampiro* —forrada con la tapa de *Robinson Crusoe*— no le sacó de dudas, ni tampoco la consulta a su padre, que le informó de que el vampirismo es una metáfora del feudalismo. En aquellos días perdió las ganas de jugar, de bañarse en la alberca e incluso de leer, y comenzó a hacer frecuentes visitas a su abuela moribunda, cuyo interesante estado —entre la vida y la muerte— le parecía lo más afín a sus propias preocupaciones que podía hallar en la casa.

Finalmente, ya que no podía esperar ayuda de nadie, decidió enfrentarse con el problema por su cuenta. Y puesto que la aventura que proyectaba era excepcional y arriesgadísima, creyó justificado dejar a un lado su habitual compostura y actuar a tenor de las necesidades del momento. Por lo pronto, se las ingenió para robar a la nodriza las llaves del desván, aprovechando su sueño bajo un tilo. Luego despistó a su primo contándole un tremendo embuste, para que no le siguiera, y por último escamoteó un alfiler de oro del joyero de la moribunda y una cucharita de postre del aparador. Con todo ello se encaminó al desván, aprovechando la hora de la siesta.

Se encerró con llave por dentro y quitó rápidamente los trastos de encima de la caja. Abrir la pesada tapa sin ayuda le supuso un tremendo esfuerzo, pero al menos sirvió para descargar parte del terrible nerviosismo que se había apoderado de él, y que se materializaba en un molesto temblor de piernas y en el sudor que corría por su espalda y perlaba su frente.

Allí estaba el anciano, tan seco y peripuesto como la otra vez, lindo como una muñeca y siniestro como un cadáver. El niño se arrodilló junto a la caja y se colocó en el regazo el alfiler y la cucharilla. Luego se oprimió fuertemente el índice de la mano izquierda con la derecha hasta que su extremo estuvo amoratado, y se pinchó profundamente. Apretando la pequeña herida sobre la cucharilla, fue llenándola de sangre, gota a gota.

La acercó al rostro del yacente y dejó caer su contenido dentro

de su boca. Preso de una excitación aún mayor que la que le acometiera durante los preparativos, observó con atención las facciones rígidas del objeto de sus cuidados, ansiando que aquél entreabriera los ojos y le mirara, pero también temiendo que se levantara de repente y le estrangulara, o que sus colmillos se alargaran y se clavaran en su cuello.

Nada de eso sucedió. La sangre desapareció en las profundidades del apergaminado anciano sin que se produjera en él la menor señal de cambio o el más mínimo movimiento. No obstante, el niño no consideró fracasado su plan, porque no esperaba que un ser que había estado así durante sabe Dios cuántos años, reviviera en cinco minutos. En realidad, se sentía orgulloso de su hazaña y deseoso de contársela a alguien, pero de su primo no se fiaba, y los mayores, salvo tal vez la nodriza, no hubieran entendido nada; de modo que optó por guardar silencio y esperar acontecimientos.

VII

AQUELLA NOCHE NO LLOVIÓ. Las pesadas nubes aplastaron el aire caliente contra la casa, de la que se apoderó un bochorno húmedo, preñado de insomnios y pesadillas. El niño no podía dormir. Oía con cierta envidia, pero también con desdén, la respiración de su hermana y de su primo dormidos.

El olor de las lilas entraba por la ventana abierta, y a ratos el de los lejanos jazmines. Pensó que esos perfumes se parecían al de la carne, mientras que el de la yerbabuena y el de la melisa pertenecían al reino del agua. Poco a poco, le fue invadiendo la sensación de flotar en un fluido inconsistente, que iba espesándose y le impedía moverse. Un raro aroma, como de naftalina y sándalo, fue imponiéndose al de las flores. Sintió junto a la cama una presencia ligera y amable, y su conciencia sufrió un eclipse, como el fundido en negro de una película. *Ya está aquí.*

Estaba y no estaba, pero iba acercándose y él notaba sobre su rostro un aliento frío y fétido que le producía infinito placer. Se estiró voluptuosamente bajo la sábana húmeda de sudor. *Ven.* Y de repente, un miedo espantoso le impulso a huir, pero ya era demasiado tarde. Un zumbido le traspasó el oído derecho y llegó

hasta el centro de su cabeza, y un dolor agudo le taladró la garganta.

Abrió los ojos en las tinieblas y distinguió vagamente la corona de hojas muertas y la cortina de encaje de la ventana, movida suavemente por el viento. Se llevó la mano al lugar donde había sentido el dolor y la retiró mojada, y entonces se asustó de verdad. *Me estoy desangrando*. Se estaba desangrando mientras su primo roncaba dulcemente y su hermana emitía ligeros soplidos. *¿Qué hago ahora, Dios mío?*

Encendió la luz de la mesilla de noche y se sentó en la cama. Al mirarse la mano, no halló en ella ni rastro de sangre, pero volvió a tocarse el cuello húmedo y la retiró brillante, empapada de sudor. Todo él estaba empapado. En la almohada había una mota negra: una hembra de cúlex enorme y perfecta, como sacada del libro de zoología del curso anterior. La aplastó con un dedo, y dejó una mancha roja sobre la blancura de la tela. Fue entonces cuando pronunció la primera gran blasfemia de su vida. Y también por primera vez, se rió amargamente de sí mismo. La voz de su primo le sobresaltó.

—¿Qué rayos pasa?

—Nada. Me ha picado un mosquito, eso es lo que pasa.

—¿Le has matado?

—Sí.

—Pues cierra la ventana y duérmete de una vez. ¡Vas a despertar a la niña!

VIII

—Hijo mío, ¿tú crees que ser vampiro es interesante? Pues no lo es. Pasada la primera euforia, resulta un fastidio.

—Pero debe de ser estupendo estar al mismo tiempo en la vida y en la muerte. Y, sobre todo, ver pasar años y siglos desde la orilla, sin entrar en la corriente.

—Tal vez desde fuera se vea así, pero te aseguro que es una situación incómoda. Un caballero nunca se plantea la existencia como una mera caza de alimento; un vampiro no tiene más remedio. Sólo búsqueda y depredación.

—*Y el sueño diurno.*

—*El sueño es la muerte. No hay nada en él.*

—¡Eh! ¿En qué diablos piensas? Estás como pasmado.

El primo zarandeó al niño, que, sentado en el pretil de la alberca con los pies en el agua y los ojos clavados en el infinito, parecía dormir despierto.

—Pensaba en mi chica —dijo.

—¿En tu qué? ¡Tú estás loco de remate! ¿Por qué no has venido al charco a por renacuajos? He cogido un montón.

—¿Dónde están?

—En el gazpacho, vivitos y coleando. ¿Qué te parece?

—Me parece una porquería y una barbaridad.

—¡Bah, son pequeños y escurridizos! Nadie se atragantará con ellos. La última vez que lo hice, hubo simples vómitos. Y además es divertido, ya verás. Hablando de diversiones, mira.

Sacó del bolsillo de sus vaqueros la llave del desván y la hizo girar en un dedo. El niño la miró codiciosamente. Desde el incidente del mosquito, anhelaba volver a echar un vistazo a la caja.

—Si quieres, cuando se hayan calmado los ánimos y la gente duerma la siesta, vamos y le damos la vuelta al muñeco. ¿Vale?

—¡Vale!

Las mujeres pusieron la mesa bajo los árboles, entre sol y sombra. El limpio mantel a cuadros, los frascos del vino, los cestillos de fruta, hacían pensar en una estupenda comida. Pero los niños tenían los ojos clavados en la gran sopera de porcelana azul, y temblaban. La madre del pelirrojo comenzó a servir. Todos alargaban sus cuencos, mirándose entre sí y charlando: nadie parecía reparar en los puntos negros que caían del cucharón. El niño contempló con atención sus propios renacuajos y los de su primo, y luego vio con horror que su padre, abismado en algún problema medieval, se tragaba aquel caldo asqueroso. La niña dijo:

—Mamá, mamá, ¿qué es esto negrito que se mueve?

Aquello fue el principio de la gresca. El pelirrojo recibió un par de bofetadas y la promesa de que el verano siguiente pasaría sus vacaciones en un internado alemán. Nada de aquello hizo mella en su impavidez de bromista curtido, pero lo que no pudo soportar fue el discurso de su padre pidiendo «explicaciones racionales» de su conducta. Rojo como la grana, se levantó de la mesa, miró a la

concurrencia con ojos de basilisco, y murmuró muy audiblemente:

—Sois unos idiotas.

Y echó a correr, seguido de su primo. La niña se apartó los rizos de oro de la frente y preguntó muy seria:

—¿Por qué os enfadáis todos tanto?

—¡Tú, a callar! —gritó su madre—. A ver, ¿qué quieres de postre?

IX

UN ATRACÓN DE SARDINAS en lata y aceitunas que escamotearon de la despensa, les devolvió la moral. Cuando la modorra se apoderó de la casa, subieron al desván y ¡cuál no sería su sorpresa al hallar la caja del anciano completamente vacía!

—¿Qué te parece? ¡Nos lo han robado! —exclamó el pelirrojo. Y añadió, cerrando los puños como había visto en los telefilms—: ¡Maldita sea!

Por la cabeza del niño pasó un torbellino de ideas, que se resumían en un triunfal *¡Se ha ido!* Luego pensó que su primo le estaba gastando una broma pesada y que, si era así, no se saldría con la suya. No iba a seguirle el juego.

—Alguien le ha dado cuerda y se ha largado —comentó, irónico.

—¿Me tomas el pelo o qué? —replicó el otro—. Nadie sabía que estaba aquí. Nadie más que nosotros dos.

—¿Insinúas que he sido yo? Te juro que no. Te juro…

—Bueno, no tiene importancia, ya aparecerá. Vamos a la alberca. Hace un calor de todos los demonios. ¡Vaya día!

ESTUVIERON CORRETEANDO por el jardín y el huerto. A media tarde vieron al jardinero haciendo una gran hoguera junto a la vieja piscina seca. El hombre removía entre las llamas, con una horquilla, un montón de ramas y de trastos viejos. Se acercaron a él y miraron un rato, en silencio.

—¿Qué está usted haciendo? —dijo por fin el pelirrojo.

El hombre se pasó la mano callosa por la frente cubierta de sudor y respondió con voz ronca:

—Ya lo veis, quemando esto. ¿Por qué no os vais a dar una vuelta? Aquí hace mucho calor.

—¿Qué es lo que quema?

—Nada, ramas y maderas, y unos trastos que le estorban a la nodriza. Parece que a vuestra abuela se le ha metido en la cabeza hacer del desván un cuarto de huéspedes… Ella sabrá.

—¿Del desván, eh? —volvió a la carga el pelirrojo—. ¿Y no había por casualidad un muñeco entre esos trastos? ¿Un muñeco grande, como un maniquí?

—Pues, no lo sé. Lo ha traído todo mi hijo y lo ha amontonado antes de marcharse al pueblo. Pero no había nada de plástico: lo habría notado por el olor.

—No era de plástico, sino de madera y vestido de tela.

—Yo no he visto nada, pero mañana puedes preguntar a mi hijo, o mejor a la nodriza, que es quien ha organizado todo este barullo.

El hombre continuó atizando el fuego. El niño pensó que no tenía el aire de quien cumple la terrible misión de exterminar a un monstruo, pero no había que fiarse de las apariencias. Por su parte, el primo estaba convencido de que aquellas llamas devoraban al *autómata*, y se esforzaba por atisbar entre ellas algún indicio de su presencia. Se acercó tanto a la hoguera que recibió un manotazo del jardinero, pero no se desanimaba fácilmente: la rodeó una y otra vez, hurgando con un palo. Al fin, gritó:

—¡Un ojo! ¡Un ojo! ¡He visto un ojo! ¡Allí, allí! —y señaló con el índice tieso un punto del centro del fuego. El hombre se impacientó.

—¡Pero qué ojo ni qué narices! ¡Oye, niño, por lo que más quieras, vete a ver la tele y déjame trabajar! Si ese muñeco está ahí dentro, que no está, ya no te servirá de nada. La hoguera lleva encendida más de media hora.

—Está bien —dijo acalorado y furioso—, pero sepa que, si lo ha quemado, ha destruido un autómata que valía muchísimo, muy antiguo, que podía andar y mover la cabeza y los ojos, y bailar y…

—Venga —le cortó su primo—, déjalo. Este señor no tiene la culpa. Vamos a merendar.

—Vaya con los chavales —refunfuñó el jardinero viéndoles alejarse—. Muñecos. ¡A su edad!

Aquélla fue para todos una mala tarde, calurosa y agria. El bochorno produjo angustia a unos y desesperación al resto. El único habitante de la casa que impuso su propia temperatura a la del ambiente fue el padre del niño, cuya redacción de cinco cuartillas

satisfactorias le hizo completamente feliz, a pesar de que su estómago tuvo que luchar contra varios renacuajos vivos. Su esposa no fue tan afortunada: en su interior no había un solo renacuajo, pero el calor y el tedio la pusieron al borde del ataque de nervios. Tuvo que ingerir un puñado de tranquilizantes y permanecer en la cama, completamente desnuda, porque no soportaba el menor roce sobre la piel. La niña, abandonada por todos, se entretuvo jugando en el porche con Saki y Plexiglás, los dos gatos persas preferidos de la abuela, con los que congenió desde el primer día.

X

AQUELLA MISMA NOCHE murió Yaya, probablemente de calor y del agobio que le produjo la visita masiva de todos los familiares, entre los que al final de la tarde había corrido la voz de que agonizaba.

—Enfermera, ¿qué hace aquí toda esa gente? —gritó poco antes de entregar su alma—. Voy a morirme y quiero hacerlo en la intimidad. ¡Deme un cigarrillo!

—Pero, señora —dijo la enfermera, muy confusa—, el doctor se lo tiene prohibido…

—¿Ah, sí? ¡No me haga reír!

Uno de los hijos se acercó a ella y le susurró algo al oído.

Entonces volvió a gritar, como si quisiera dejar constancia de la fuerza de sus últimos deseos por medio del tono de su voz.

—¡De eso ni hablar! Siempre me he arreglado muy bien sin ellos, y ninguno ha pisado esta casa mientras yo he vivido en ella. ¡Ninguno! ¡Y nada de funerales! Enfermera, despeje este gentío. Tú, nodriza, quédate, tengo que darte instrucciones.

A regañadientes, todos fueron saliendo, y ella aprovechó para morirse como quería hacerlo: saboreando sus últimas sensaciones. La salida del alma por la chimenea provocó una espantosa tormenta seca, de viento y relámpagos, y todos los animales de la casa se erizaron e hicieron un ruido infernal.

La nodriza lavó el cuerpo con jabón de miel, le recortó las uñas y se las pintó con esmalte transparente, le rizó el pelo, le maquilló el rostro ligeramente y le puso un hermoso vestido de seda negra. Estaba elegantísima. Los niños, escondidos detrás de una cortina, no

perdieron detalle de la insólita *toilette*, y más tarde el pelirrojo comentó que había sido lo mejor del veraneo.

Aquella noche nadie se acostó, excepto la madre del niño, a la que el válium hizo ignorar el paso de la anciana a mejor vida y que durmió quince horas seguidas. Los demás velaron a la muerta, dieron vueltas por el jardín, discutieron sobre la herencia y se emborracharon. El niño perdió a su primo entre la gente y, cogiendo un canapé y una
coca-cola
del improvisado bufé que las mujeres habían instalado en la planta baja, salió a tomar el aire.

En la parte más solitaria del jardín, vio sentado en un banco a un anciano, cerca de los rescoldos de la hoguera de la tarde. La tormenta se alejaba sin haber descargado y la luna llena salía de entre las nubes. A aquella luz fantasmal, la magra silueta le pareció siniestra. *Ahí está*, pensó con terror y deleite. No supo si huir o acercarse, pero fue el mismo caballero quien le sacó de dudas, pues volviendo el rostro hacia él, le dijo:

—Buenas noches, jovencito. ¿No deberías estar en la cama?

—No tengo sueño —contestó con una seguridad forzada que ocultaba un complicadísimo estado de ánimo—, con todo este jaleo. Quiero decir que la muerte de la Yaya nos ha afectado a todos.

—Así es, tú lo has dicho, en tu inocencia: ¡jaleo! Ahora la muerte es una especie de verbena. No me parece mal, después de todo… Siéntate y hazme compañía, ya que no tienes sueño. Parece que ahí dentro nadie me necesita.

El niño se dijo que aquellos seres eran realmente seductores. *¿Me atacará? ¡Parece tan simpático!*

—¿Tú no tienes miedo de la muerte? —le preguntó el anciano, mirándole con ojos centelleantes.

—De la mía, creo que sí. Pero la Yaya no parece haber sufrido. Creo que ni se ha enterado de lo que le ocurría.

—¡Oh, sí que se ha enterado! Te diré más: se ha divertido. ¡Qué mujer! Toda una señora; terca como una mula, que Dios me perdone, pero inteligente y de carácter. Confío en que se haya arrepentido de sus pecados, que, por otra parte, no debían de ser muchos. ¿Tú sabes que al Señor le agradan las naturalezas fuertes, aunque no sean muy piadosas?

El niño estaba maravillado: nunca pensó que *ellos* tuvieran sentimientos religiosos; a menos que se refiera al *otro* Señor… Decidió no desaprovechar la ocasión e indagar algunos extremos que le interesaban.

—Dígame, ¿ustedes… mueren?

—Claro, hijo, como todas las criaturas.

—Ya, bueno, lo que quiero decir es que si pueden sobrevivir sin…, sin su alimento particular, ya sabe.

—Sí, sé a qué te refieres. Sin ello, languidecemos y nuestro espíritu se reseca, por decirlo así; pero el cuerpo sobrevive, y el alma compensa su carencia con el amor y la esperanza. ¿Has oído hablar de la *noche oscura*? Seguramente, no. ¡Eres tan jovencito! ¿Quieres hacerme un favor? Bájame un librito que he olvidado sobre la consola del pasillo del segundo piso. He de irme ya y no me apetece entrar en la casa. Hay demasiada gente.

El niño salió corriendo a cumplir el encargo de su interesante amigo, cruzándose sin advertirlo con uno de sus tíos, que abandonaba la casa en ese momento. Acercóse éste lentamente al banco e inclinándose sobre el anciano, dijo con dulzura:

—Reverendo, acompáñenos al menos a tomar un bocado, ya que se ha molestado en venir. Y no le tenga en cuenta a mi madre su actitud.

—No me corresponde a mí tener o no en cuenta esas cosas, hijo. De todas formas, sé que era una buena mujer y que ahora está donde le corresponde. Me he retirado aquí un momento para orar por su alma, pero lo cierto es que he de irme ya. Mañana diré una misa por ella.

—Ha olvidado usted su devocionario —dijo el hombre, tendiéndoselo con una sonrisa.

—Sí, gracias. Precisamente acabo de enviar en su busca a un jovencito muy simpático. Por cierto, es de una espiritualidad nada común en los tiempos que corren.

—Mi sobrino, sin duda. Sí. Es un chico muy leído.

—Despídame de él, por favor, y dígale que me visite alguna vez.

—Así lo haré, padre. Buenas noches y gracias por haber venido.

EPÍLOGO

LA MUERTE DE YAYA coincidió con el final de las vacaciones. Cuando la enterraron, comenzó el éxodo de los familiares y la casa se fue quedando vacía.

El joven profesor recogió sus carpetas, reagrupó sus fichas, enfundó su máquina de escribir y se dijo que, a pesar de todo, había sido un buen verano, mientras su esposa murmuraba que el año próximo irían de cámping aunque se hundiera el mundo. La niña se despidió con pena de sus amiguitos persas; llevaba consigo el firme propósito de conseguir que le compraran un gato y estaba dispuesta a hacer huelga de hambre si encontraba la menor resistencia.

Un trocito del forro de seda de la caja del desván fue introducido por el niño entre las páginas del *Drácula* de Stoker antes de empaquetar su selecta biblioteca camuflada.

—Era un autómata y se quemó —susurró a su oído el primo al darle el abrazo de despedida—. Es una lástima, porque seguro que sabía bailar.

El niño sonrió con cierta suficiencia. Él *sabía* que el pelirrojo estaba equivocado, pero reconocía que la suya era una equivocación hermosa. Por eso le apreciaba tanto y, al partir, sintió que le echaría mucho de menos.

DÍAS DE PERROS

A Dani
B.
Goerlich

DÍA 23 DE MARZO

Hoy he madrugado mucho. Estaba acatarrado y de muy mal humor, pero dispuesto a aprovechar la mañana en la Biblioteca Universitaria, porque, al paso que voy, se me acabará la beca y no habré hecho ni la mitad del trabajo al que me comprometí.

Como siempre, he tomado café con leche en El Reloj: es una reparación que debo a mi estómago por tener que soportar el aguachirle de la pensión. A las nueve menos cinco aún permanecían cerradas las puertas de la iglesia que hay frente a la entrada principal de la Biblioteca. Se habría dormido el sacristán, que además de ser cojo y llevar siempre un guardapolvo mugriento y seguramente apestoso, tiene como atributo perpetuo un plumero que me saca de quicio. En los escalones estaba sentado un hombre, un pedigüeño, a juzgar por los objetos que le rodeaban como el despliegue de talismanes de un brujo: una caja de puros que contenía tres monedas —sin duda de reclamo—, una vieja bolsa de deportes y un cartel de cartón en el que una mano torpe había pegado sin orden algunas fotos de niños, unas cartas manuscritas y un letrero pidiendo ayuda.

Pero su aspecto no era el de un mendigo corriente. Joven y robusto, iba bien afeitado y vestía un abrigo marrón que en su día había sido elegante y que todavía conservaba cierto buen ver. Yo diría que era mejor que el mío, heredado de mi hermano y que me

sobra por todas partes. Cuando pasé por su lado, no extendió la mano para pedir limosna, como lo hacen los de su oficio; se limitó a mirarme intensamente y a abrir la boca, para cerrarla en seguida sin pronunciar palabra.

A pesar de que suelo socorrer a los pobres, no le di nada, sin duda por timidez. Y no contento con eso, fingí que no le veía, aunque era obvio para él que le había visto y para mí que él sabía que yo le había mirado con interés. Molestísimo por mi propio comportamiento y por la incongruencia de mis reacciones en una situación tan banal, apreté el paso y entré en la Biblioteca a toda prisa, como si acabara de cometer una acción vergonzosa y necesitara ocultarme en un refugio conocido y seguro.

La verdad es que no he adelantado gran cosa en mi trabajo. El bedel jorobadito que atiende la sala de investigadores, en la que solemos trabajar no más de cuatro personas, estaba de tan mal humor como yo mismo y tardaba siglos en traerme cualquier libro que le pedía. Además, en un par de ocasiones se ha despistado con las signaturas y me ha servido los libros equivocados. Yo, devorado por una timidez que conozco demasiado bien, en lugar de devolvérselos inmediatamente, he fingido que eran los que había pedido, y he estado perdiendo el tiempo repasándolos, para devolvérselos en un lapso prudencial y no excitar sus fáciles iras. Estos sofocos y la ausencia crónica de calefacción que padece la sala, han contribuido a agravar mi catarro. La garganta me ha dolido toda la mañana, al principio al tragar saliva y luego continuamente.

Según iba acercándose la hora del cierre, me torturaba cada vez con más fuerza una pregunta: ¿qué haría al pasar ante el mendigo de la iglesia, si aún se encontraba allí? Darle unas monedas era lo más simple y adecuado. Podía también salir por la puerta que da a la otra calle, pero aquello me parecía una cobardía, y yo, al menos eso puedo decirlo, soy un tímido patológico, pero no un cobarde. Así que me dije que iba a salir por donde siempre y que daría algo al mendigo y luego me despediría de él cortésmente, y esa resolución me confortó como una especie de perdón divino concedido a mis pecados diminutos y miserables del día.

Pero cuando llegó el momento, mi voluntad flaqueó. Al ver al hombre que permanecía en el umbral de la iglesia sentado

pacientemente ante la caja de puros, me atacó una especie de náusea, me ardieron las mejillas y tuve un miedo que no puedo explicar. Mortificado, loco de vergüenza, pasé por delante de él fingiendo de nuevo no verle y sintiendo clavada en mí su mirada ansiosa, que me taladró por delante y por detrás. Las piernas se me aflojaron tanto que estuve a punto de caerme al suelo. Cuando le rebasé, creí oír una risilla ahogada. Sin duda se trataba de una fantasía mía, porque aquel hombre hermoso y recio no tenía el aspecto de reírse de nadie a sus espaldas.

Una cosa está clara: si no soy capaz de desenredarme de la maraña de estas tonterías, seguramente lo voy a pasar muy mal. Tan mal como hasta ahora o más.

Día 1 de abril

El catarro me ha retenido en cama cuatro días felices, en los que, caliente y protegido bajo las mantas y alimentándome casi exclusivamente de ponches de huevo y coñac, he disfrutado de un sosiego incomparable. En la cama todo me parece maravilloso: es como estar muerto y al mismo tiempo vivo, sin necesidad de saludar a nadie, de dar explicaciones de mis actos, de tratar con toda esa gente que nunca sé a ciencia cierta qué espera de mí.

He podido pensar tranquilamente en mi trabajo, pero también he tenido tiempo de haraganear, de perderme en mis fantasías y, sobre todo, de leer, porque el médico me dijo que, además de los cuatro días de cama, debía permanecer otros tres sin salir a la calle si no quería que el catarro se me enconara. Con gusto hubiera dejado que se convirtiera en bronquitis, en pulmonía y hasta en tuberculosis, si eso me hubiera permitido no moverme de mi cuarto durante meses. Pero, naturalmente, uno está obligado a curarse y a volver a la vida de fuera, así que seguí al pie de la letra sus prescripciones y permanecí tres días en la pensión, leyendo a mis autores predilectos hasta que la cabeza me daba vueltas.

Mañana tendré que volver a la Biblioteca. Bueno, eso también me gusta, a fin de cuentas. Si al menos encendieran la calefacción en la sala…

Día 5 de abril

Mi estupenda enfermedad me había hecho olvidarme del mendigo, pero esta mañana su abrigo marrón se encargó de recordarme su existencia desde la puerta de El Reloj, y de hacer que el café con leche que acababa de tomar adquiriera en mi estómago la consistencia de un pedrusco.

Allí estaba el individuo, en los escalones de la iglesia, con su abominable cartel de pobre ocasional y su caja de puros. El sacristán charlaba con él mientras agitaba en el aire su plumero como una varita mágica. Puede que lo haya visto mal, pero juraría que la disposición de las tres monedas que había en la caja era la misma que el primer día.

Me ha parecido que su abrigo estaba más desaliñado que la otra vez y su camisa menos limpia. También, que un asomo de barba le oscurecía las mejillas y que su mirada se había apagado un tanto, aunque ha clavado en los míos unos ojos en los que brillaba un singular descaro. Hoy, sin embargo, no he tenido miedo. Hubiera podido pasar de largo ante él sin la menor turbación, pero me he detenido a arrojar en su caja una moneda insultantemente baja, con el único propósito de romper la siniestra simetría de las otras tres. No me ha dado las gracias. Se ha limitado a hacer un movimiento afirmativo con la cabeza un par de veces.

Mi trabajo no avanza. Decididamente, el bedel jorobado —creo que se llama Florencio o Floreal, no estoy seguro— la ha tomado conmigo. En medio del frío glacial de la sala, he tenido que soportar que confundiera mis signaturas tres veces, y que una de ellas me trajera las obras completas de Ambrose Bierce en lugar del tomo de Daremberg-Sa-glio que le había pedido. Es intolerable, pero no me he quejado, lo cual ha supuesto un retroceso con respecto a mi firme actitud con el mendigo.

Por si fuera poco, un vehículo ha atropellado a un perro bajo los balcones de la sala. Excuso decir el revuelo que se ha organizado. Lo peor ha sido tener que soportar los aullidos del animal durante más de diez minutos, hasta que se lo han llevado o ha reventado. Creo que, después del propio perro, quien peor lo ha pasado he sido yo, imaginando cada uno de los dolores por la intensidad de sus quejas, midiendo la duración de sus lamentos y deseando, con una vehemencia que me dejaba exhausto, que muriera de una maldita vez. El bedel y la Doctora Mendoza —que estudia zoología

precientífica— han estado todo el tiempo haciendo comentarios de lo más desagradable.

Lo del jorobado es tremendo. Cada día, cuando le pido que me devuelva mi carnet de investigador, me pregunta mi apellido. ¡El muy cretino! ¡Como si no lo supiera! Custodia a lo largo de la jornada cuatro carnets y no es capaz de recordar cómo me llamo… Por otra parte, ¿por qué me preocuparán estas tonterías?

He salido de la Biblioteca tan deprimido que ni siquiera me he fijado en el mendigo. Pero sí he visto el charco de sangre dejado por el perro en el asfalto, lo cual ha arruinado mi apetito, ya de por sí no muy boyante, y me ha impedido probar el hígado con cebolla que la patrona nos ha servido para comer.

Día 9 de abril

El mendigo, al que he seguido viendo durante todos estos días, se ha metido en mi noche. No recuerdo bien el sueño, pero sé que ha sido espantoso y que había en él monedas de plata, que tan pronto eran treinta como millares. Ignoro por qué me obsesiona ese individuo. No tiene nada especial, simplemente es robusto y hermoso, un pordiosero incongruente y ocasional, tal vez un parado con familia a la que alimentar. Pero, ¿por qué se sitúa delante de una iglesia frecuentada por cuatro beatas roñosas y que sólo se ve animada de cuando en cuando por una boda de poco rumbo? ¿Qué se traerá con el sacristán, con el que le veo hablar a menudo? ¿Irán a medias en las tres monedas sempiternas de la caja de puros?

La Doctora Mendoza me ha mostrado hoy en la Biblioteca una lámina de uno de sus librotes que representa a un hombre lobo. Es una hermosa bestia de fauces inmensas. Mi hermana Sole decía que el de Caperucita era en realidad un hombre lobo en busca de aventuras galantes, una especie de libertino hirsuto, amante de la carne rancia de las ancianas enfermas y de la dulzura picante de las niñas. Echo de menos a Sole: todavía no he asimilado completamente su muerte y creo que, si se me apareciera, no me causaría el menor asombro.

Lo de la Biblioteca va de mal en peor. Hoy he necesitado fotografiar las láminas de un libro antiguo y me han puesto toda clase de pegas. Finalmente, me han indicado que hable mañana con

el subdirector, por si él se dignara concederme un permiso especial. Soy educado y odio decir palabras malsonantes, pero haré una excepción: ¡MIERDA!

DÍA 10 DE ABRIL

El despacho del subdirector es totalmente incongruente con el resto de la Biblioteca, cuyo ambiente vetusto me gusta tanto. Tiene las paredes blancas y desnudas, sin un solo grabado, cuadro o estantería que las anime. Los muebles son funcionales, algunos de metacrilato, lo cual hace que los objetos que hay sobre ellos parezcan flotar en el vacío. Todo resulta banal, frío, inconsistente.

Cuando entré, el subdirector no se levantó de su sillón de hielo. Me recibió sin una sonrisa y sin tenderme la mano. Al fijarme en su rostro, el corazón me dio un vuelco y me quedé sin aliento: ¡era el mendigo!

Eso fue lo que me pareció, aunque, naturalmente, no lo era. Pero se parecía a él como una gota de agua a otra, salvo por unas gafas oscuras y gruesas que me impedían verle los ojos y convertían su rostro en una máscara. Pálido, robusto y moreno, tenía más el aspecto de un viajante de comercio que el de un bibliotecario —curiosamente, el mendigo tampoco parece un mendigo.

Me hizo sentarme en una silla gélida e incómoda y me preguntó con voz nada cordial qué se me ofrecía.

—Bueno, verá, señor —dije con cierto titubeo y un sonrojo que no venía a cuento—, perdone que le moleste, pero el bedel de la sala de investigadores me ha ordenado —al momento me arrepentí de haber dejado escapar aquella palabra— que solicite su permiso para hacer unas fotos…

Se quitó las gafas y pude ver que sus ojos eran claros y falsos, muy diferentes a los cálidos ojos negros del mendigo, que echan lumbre en la penumbra del atrio de la iglesia. Se me cortó el aliento y me temblaron las manos.

—¿Qué fotos? —preguntó el energúmeno, con voz indiferente.

—He de hacer unas fotos de este libro. Soy… investigador becario y… —le tendí mi carnet y el tomo en cuestión, abierto por uno de los grabados que me interesaba reproducir. Miró ambas cosas con desdén y dijo:

—¿Para qué quiere las fotos?

—Pues… forman parte del material de mi investigación.

—¿Va a publicarlas?

—Supongo… supongo que sí, cuando concluya el trabajo, y siempre que una editorial o un mecenas… je, je. Es un estudio sobre…

No me dejó explicárselo. Me interrumpió brutalmente para decirme:

—Se lo pregunto únicamente porque hay que pagar la tasa por derechos de reproducción, además del precio de las fotos. Cinco mil por unidad, y el negativo queda en nuestro poder, naturalmente.

Me entraron sudores fríos. Yo necesitaba diez de aquellas fotos, y la cifra a que ascendía todo aquello era catastrófica en ese momento para mi economía.

La voz helada del subdirector me sacó de mi triste ensimismamiento.

—¿Se las hacemos o no? —preguntó.

—Pues, verá —respondí, trémulo—, yo de momento no tengo intención de publicar el trabajo…, pero necesito las fotos. Si pudiera aplazarse el pago de esa tasa hasta que vaya a publicarlo efectivamente…

—No lo tome como cosa personal, joven —dijo, con cierta socarronería—, pero recapacite y convendrá conmigo en que si concediéramos a todos lo que usted pide, nunca cobraríamos una tasa… Todos tenemos tendencia a olvidar nuestras obligaciones cuando nadie nos las exige directamente. Al cabo del tiempo, ve y busca…

Aquello fue un mazazo para mi dignidad de investigador, de universitario y de persona humana. Ardí en un rubor de ira y de vergüenza, y me sentí como un mendigo al que se niega ayuda alegando que finge pobreza para emborracharse con el dinero ajeno. ¡Un mendigo! Pero yo no estaba pidiendo limosna, sino reclamando mi derecho a contar con los medios indispensables para llevar a cabo mi trabajo, mi honrado y penoso trabajo.

De nuevo, la voz impersonal, ya algo impaciente, me sacó de mi temporal ausencia.

—Bueno, ¿qué hacemos? Creo que tengo una visita esperando.

Me estaba echando de allí como a un perro. Dije:

—Verá, yo necesito las fotos y las pagaré. Seguramente mi beca cubrirá este gasto de material. ¿No sería posible que me las hicieran y esperaran a que mi Universidad les abonara la cantidad?

—No. Usted las paga, nosotros le extendemos un recibo y usted reclama el dinero a su Universidad. Es lo más sencillo y eficaz. Ya sabe: *solve et repete*.

Evidentemente, aquella especie de robot sin pudor ni educación no se fiaba de mí. Tal vez le ponían contra mí mi aspecto apocado, mi rubor, el sudor que me empapaba las manos y la frente. Era un sudor de vergüenza por mi cartera vacía, de impotencia por no estar en condiciones de arrojar los billetes sobre aquella odiosa mesa transparente; pero él sin duda lo interpretaba como un signo de que en todo aquello había algo poco claro.

Sacó un cigarrillo de una pitillera de piel falsa y lo encendió con un mechero ostentoso, que luego dejó sobre la mesa, muy cerca de mí, tal vez para impresionarme. Luego, me lanzó el humo a la cara y se caló las gafas negras. Supuse que aquel despliegue de impertinencias señalaba el final de la entrevista, de modo que dije, tartamudeando ligeramente:

—No llevo encima el dinero, pero lo traeré, se lo aseguro. ¿Podrían al menos, reservarme el libro hasta entonces?

—No se preocupe —repuso, sonriendo por primera vez—. El libro no se escapará de la biblioteca. Usted devuélvaselo al bedel y reclámelo cuando guste. Estamos aquí para servirle.

Entonces tuvo lugar en mi cabeza, un tanto confusa ya, uno de esos deslizamientos que tanta gracia hacen a mi madre, pero que me han acarreado bastantes disgustos y me han dado fama de sarcástico, cuando en realidad mi inocencia en tales casos es absoluta. Le pregunté, con una voz en la que sonaron a mis propios oídos notas estridentes:

—¿No tendrá usted por casualidad un hermano mendigo?

No se inmutó. Preguntó distraídamente:

—¿Perdón?

Enrojecí hasta la raíz del cabello y deseé caer muerto allí mismo. Gané la puerta como pude y la cerré tras de mí con precauciones infinitas, para no molestar más a aquel caballero. Al salir, creí oír a mis espaldas una risita que se prolongó en una especie de ligerísimo aullido, como el de un lobo discreto e irónico.

Después de una experiencia semejante, ¿quién es capaz de seguir trabajando? He salido de la biblioteca, esta vez por la puerta trasera para no tener que cruzarme con el mendigo de la iglesia, y he estado vagando al azar por las calles, encendido de vergüenza y dolor.

A veces envidio el coraje que demostró Sole al abandonar este mundo absurdo como lo hizo. Como una reina. Ahora duerme tranquilamente, ajena a los mendigos, los perros, las tasas y todas las cosas que hacen de la vida un infierno gris y viscoso.

Día 30 de abril

Al fin he podido hacerme con el dinero de las fotos. He vuelto al despacho del subdirector, orgulloso de poder demostrarle que no soy un don nadie. Pero tengo la impresión de que mi caso le importa una higa; mejor dicho, creo que ni siquiera se acordaba de mí.

Me ha enviado a pagar la tasa a un cubículo contiguo, en el que he tenido la satisfacción de hallar algo de calor humano. Su única ocupante, una vivaracha auxiliar, se las ha arreglado para infundir vida al desierto de funcionalidad y plástico, colocando varias macetas con flores y unos cuantos objetos gratos a la vista, aunque de poco valor. Pero lo mejor es ella: pequeña, casi diminuta, con el rostro rosado iluminado por unos grandes ojos claros, tiene los labios y el cabello de un mismo tono de rojo, lo que le da cierto aire irreal, como si fuera una muñeca. Un intenso perfume de clavel la envuelve como una aureola invisible.

No suelo fijarme en las auxiliares de las bibliotecas, ni en general en ninguna mujer que atienda un trabajo. No soy un donjuán. Pero después de mi experiencia con el árido subdirector, caer en los dominios de Estrella —así se llama, con nombre apropiadísimo— ha sido como llegar a un oasis. Eficaz y gorjeante, ha resuelto mi asunto en un momento y además me ha tratado como a un ser humano.

Cuando, unas horas después, me disponía a salir de la biblioteca, la he encontrado en el portalón, esperando que la lluvia cesara. Me he ofrecido a acompañarla con mi paraguas y ha aceptado. A mi lado es tan bajita que sólo me llega a medio pecho, la deliciosa

muñequita rococó.

DÍA 10 DE JUNIO

Hacía tanto tiempo que no escribía en este diario que incluso me ha costado trabajo encontrarlo entre mis papeles y libros. ¡Cuántas cosas han ocurrido desde la última vez que lo frecuenté! Mejor dicho: ha ocurrido una sola cosa, una historia banal de primavera. Me he enamorado y desenamorado, y ahora estoy —espero— igual que antes.

No voy a aburrirme a mí mismo contándome por escrito la grotesca crónica de mi aventura con Estrella. Sólo diré que habría tenido que repartir las culpas al cincuenta por ciento. A mí, por dejarme engatusar por una criatura vulgar y sin espíritu; a ella, por imaginar que yo soy un superhombre y al mismo tiempo un necio.

Supe que no la amaba el día en que se empeñó en hablar con el mendigo. Se acercó a él con varias monedas en la mano y, mientras las depositaba en la caja de puros, le dijo con su vocecita de pájaro:

—Buenas tardes, señor.

Él la miró con total indiferencia por entre los párpados semicerrados a causa del humo de la colilla que colgaba de sus labios, y contestó, farfullando:

—Buenas —y me miró a mí, como diciendo: ¿A qué viene esto?

—¿Éstos son sus hijos? —insistió ella, señalando las fotos del cartel. Un «hum» malhumorado fue la única respuesta. Yo intervine:

—Vámonos, Estrella. Se está haciendo tarde.

Pero ella no cejó en su intento desesperado de hacer de hada madrina. Frunció las cejas, aspiró el aire ruidosamente con su naricilla respingona y continuó con el interrogatorio.

—¿Está usted en paro? A veces le veo, al salir de la biblioteca, y pienso que debería pedir ayuda al Ayuntamiento y no quedarse aquí sin hacer nada.

El hombre volvió a mirarme y creí ver en sus ojos sombríos lástima y desprecio. Luego sonrió a Estrella con aire de chulo y masculló muy despacio, sin quitarse el cigarrillo de la boca, una sola frase:

—¡Déjenme en paz!

La cogí del brazo y me la llevé de allí casi a rastras. Durante el

resto de la tarde tuve que soportar sus reproches ¡por no haber respondido como se merecía a aquel individuo ingrato, al que había colmado con el favor de su limosna y su interés! En un bar de mala muerte, entre el ruido de las máquinas tragaperras y de un televisor del que nadie hacía caso, discutimos sin ningún pudor y nos hicimos reproches viles y pequeñas heridas irreparables. Cuando se fue y me dejó delante del café con leche frío, sentí el tremendo alivio que siempre me producen las rupturas.

Rupturas, muertes… Sole lo metía todo en el mismo saco, y tenía razón. Irse, morir, dormir, olvidar, quedar en paz. Ella era experta en eso.

Pero todo aquello me afectó más de lo que yo hubiera deseado. Mi carácter no es el de Sole. Estuve enfermo dos semanas, sin apenas salir de la pensión y sin querer ver a nadie. Casi todas las noches soñaba con un ser peludo y de largos colmillos. Me abría la garganta y se bebía mi sangre. Luego, me arrojaba a un mundo de tinieblas en el que todo era felicidad.

Me encuentro muy débil. Casi no como. Los alimentos, incluso los más ligeros, me inspiran una repugnancia insuperable. La luz del sol me hace daño a los ojos. Los ruidos me producen dolor de cabeza.

A veces pienso en el mendigo. Parece un hombre tan fuerte… Me gustaría que me diera un consejo, o al menos que me mirara con simpatía.

DÍA 13 DE JUNIO

He recibido de la Biblioteca Nacional el microfilm que encargué este invierno y que casi había olvidado. Es espantosamente voluminoso: cuatrocientas páginas de un manuscrito del siglo XVII. Afortunadamente, está escrito en letra humanística, porque la paleografía nunca ha sido mi fuerte. He comenzado a leerlo sirviéndome del viejo aparato de la Biblioteca Universitaria, un trasto de metal negro de la época de Edison que me quema los ojos y deja en mi nariz una huella roja. Tengo que inclinarme tanto sobre el visor que acabo con la espalda molida.

Avanzo con una lentitud que me exaspera: hoy he tomado notas de diez de los cuatrocientos fotogramas que contiene la cinta. A este ritmo, me moriré de viejo antes de haber llegado al final. Y lo peor

no es eso, sino el importe de la factura que acompañaba el envío. Astronómica. Pagarla me ha supuesto quedarme a dos velas este mes. Tendré que pedir algún dinero a casa.

DÍA 15 DE JUNIO

Hoy no sólo hace un día espléndido, sino que el mendigo me ha sonreído; al menos eso me pareció. Escribo esto en un banco del parque, ante el estanque de los cisnes. ¡Qué animales! No pierden la compostura ni para picotearse los piojillos bajo las alas. Hay uno negro que me fascina: parece una princesa enlutada.

Me he tomado la tarde libre para celebrar algo estupendo que me ha ocurrido. Esta mañana, cuando estaba sentado ante el lector de microfilm como un galeote en su banco, se me ha acercado un anciano de aspecto extravagante, que se ha espantado de lo aparatoso de mi tarea y se ha reído de mis métodos.

—¿Pretende usted copiar a mano ese rollo inmenso, muchacho? —me ha preguntado, con un dejo de ironía en la voz amable.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —he respondido algo molesto—. No tengo dinero para ampliarlo y estudiarlo en casa; bastante me ha costado conseguirlo…

—¿Ampliarlo? ¡Querrá usted decir fotocopiarlo!

Yo no sabía que un microfilm pudiera fotocopiarse y, como siempre que me creo cogido en falta, he enrojecido. El anciano se ha inclinado sobre mi hombro y me ha dicho en un susurro, como quien comunica un importante secreto:

—En la calle Rosales encontrará usted al más barato y eficaz fotocopista de microfilms de la ciudad. Se llama Juan Garay. Dígale que va de mi parte.

Me ha dado su tarjeta, que tengo delante. En letra rarísima, pone: JACOBO COBOS *Phil Dr.* . Sólo eso: ni dirección, ni teléfono. ¿Qué significará *Phil Dr.* ? No me he atrevido a preguntárselo.

La patrona me ha dejado un plano de la ciudad y he visto que la calle Rosales está en el casco antiguo, pero muy lejos de la

biblioteca. Cuando sea la hora de apertura de los comercios, me acercaré y hablaré con ese tal Juan Garay. No sé el número, pero la calle es corta y creo que sabré dar con el establecimiento.

Se está bien al sol. Se me ha acercado un perro algo sucio, pero de ojos inteligentes, y se ha echado a dormir a mis pies en el suelo de tierra, a pesar de que tiene a su disposición grandes zonas de césped mullido por todo el parque. Sin duda, busca compañía. A lo mejor me sigue cuando me levante. ¿Cómo me lo quitaré de encima? De niño tuve un perro, llamado Salustio, que me seguía a todas partes. Un camión lo aplastó en mitad de la calle y sus vísceras se desparramaron en el asfalto, humeando, y se le salieron los ojos. Tal vez ese pobrecillo que ahora duerme tan confiado, acabe igual, echando las tripas por el ano. Creo que todos los perros mueren reventados. ¿Habré comido alguna vez carne de perro, sin saberlo? De gato y caballo, seguro que sí: en la pensión sin ir más lejos.

Se va. Anda y que te den morcilla, despegado.

De noche. Estoy agotado y de un humor que para qué. Todo era demasiado hermoso.

He ido a la calle Rosales, que es tan corta como me imaginaba por el plano, y he buscado una casa de fotografía o algo similar, sin encontrar nada, ni tampoco un letrero con el nombre de Juan Garay. En una esquina, he preguntado a una gorda que estaba a la puerta de una tienda de licores; no ha sabido darme razón, pero me ha dicho que tal vez supieran algo en el quiosco de prensa de la acera de enfrente. Allí me han encaminado a un comercio cercano, por error, porque el rótulo rezaba SURERA. A pesar de todo, he entrado y he preguntado si hacían copias de microfilm. La muchacha que me ha atendido, que llevaba un bebé baboso en los brazos, se ha quedado estupefacta. La rodeaba una constelación de fotos de bodas y comuniones, gatos de angora en cestas, y chicas en bañador. Evidentemente, el microfilm no era la especialidad de la casa. La joven no ha sabido siquiera decirme dónde puedo encontrar a Garay.

He vagado por el barrio al azar, confiando como un estúpido en encontrarme de manos a boca con lo que buscaba. Naturalmente, no ha sido así. Además, como no conozco las calles e iba pendiente de los rótulos de los establecimientos, casi me atropella un taxi. El

taxista me ha llamado *tarugo*. ¿Por qué? No puedo soportar los insultos. Es como si, por maldad, me llamaran por un nombre que no fuera el mío. O como si escupieran sobre mi tumba.

DÍA 19 DE JUNIO

Llevo una semana copiando a mano el microfilm, oscilando entre la desesperación y la euforia. No avanzo gran cosa, pero cuando logro quitarme de en medio diez centímetros de cinta, me entusiasmo y me digo que pronto acabaré.

Me duele mucho la cabeza, sobre todo a la caída de la tarde, y duermo mal. Anoche, temiendo pasarme las horas muertas dando vueltas en la cama, fui al cine después de cenar. No tuve que ir muy lejos, porque en el cine del barrio ponían *La ternura de los lobos* y *El hombre lobo americano en Londres*. Las había visto ya, pero no me importaba repetir.

Cuando regresaba a la pensión a las tantas de la madrugada, me vi asaltado por una especie de ataque de angustia. No era miedo ni terror, sino algo más viscoso, como si me faltara suelo bajo los pies. En contraste con mi estado de ánimo, el aire tibio traía ráfagas de delicioso olor a jazmín. Sole, Sole, tú que diste el salto, ¿cómo es el otro lado? ¿Se descansa, al menos?

Hoy no he podido levantarme antes de las doce del mediodía, porque entre unas cosas y otras, me acosté a las tres y tardé bastante en dormirme. Cuando me acercaba a la biblioteca, he visto a la puerta de la iglesia a un hombre que hablaba con el mendigo y le palmeaba la espalda. No era el sacristán. Al verme, se ha separado de él y ha salido a mi encuentro: ¡era el señor Cobos, el del microfilm!

Me ha saludado quitándose el sombrero y haciendo una graciosa reverencia. El largo cabello blanco, algo amarillento pero muy hermoso, le caía sobre los hombros. Con sus ojillos pícaros, su larga nariz y su estrafalario atuendo negro y raído, parecía recién escapado de un cuento alemán.

—¡Buenos días, jovencito! —ha gorjeado, contento, al parecer, de nuestro encuentro—. ¿Qué? ¿Le sirvieron mis indicaciones del otro día? ¿Tiene ya las fotocopias, o sigue copiando a mano como

un benedictino? Pero, venga conmigo: le invito a un trago.

Me ha tomado del brazo y conducido casi en volandas a un callejón que yo no conocía, en el que hay una taberna tenebrosa como una cueva, fresca, con vidrieras multicolores en las ventanas, mesas y sillas de madera oscura y un intenso olor a vinagre impregnándolo todo. Un tipo inmenso y peludo como un ogro ha dejado ante nosotros, sin preguntar qué deseábamos, una jarra de loza verde y dos vasos de vidrio grueso y tosco, y se ha retirado gruñendo. Mientras, don Jacobo Cobos ha llenado su pipa y la ha encendido, lanzando anillos de humo azulado que han flotado largo rato en el aire quieto, perfumándolo de vainilla. He llenado los vasos con el negro líquido de la jarra y me he quedado mirando al anciano, sin saber qué cara poner ni qué decir. Él se ha reído en mis narices y me ha repetido la pregunta que me había hecho en la calle. Mi respuesta ha vuelto a provocar su risa, lo cual me ha dolido casi tanto como el insulto del taxista.

—Querido niño —ha dicho, entre amable y sarcástico—, tiene usted los ojos de adorno. Habrá pasado siete veces por delante del establecimiento, como usted dice, de Garay, y ni lo ha visto… ¿Y eso por qué? ¡Porque no quiere usted ver! Prefiere, sin duda, romperse la espalda con ese trasto viejo de tiempos de Maricastaña a tener entre las manos, con toda comodidad, una pulcra copia del manuscrito.

—Si al menos supiera el número… —he aventurado, dando vueltas al vaso entre las manos.

—El número es el nueve, acera derecha, frente al quiosco —ha musitado él, poniéndose una mano ante la boca y achicando los ojos de malicia.

—Volveré esta misma tarde y seguro que lo encuentro. ¡Me es tan necesario! Le agradezco mucho la información y deploro mi torpeza. ¡Debe de pensar usted que soy un tonto!

—¡Ojalá lo fuera, hijo: se evitaría muchos sinsabores! Pero no lo es. Y, dígame, ¿qué investigaciones son esas que requieren tal despliegue de documentos?

—Estudio camafeos antiguos con una beca de la Universidad —he respondido muy petulante, pensando que al anciano le complacería mi trabajo y que tal vez lograría ganarme su aprecio por vía intelectual.

Pero el caso es que no ha manifestado el menor entusiasmo. Se ha limitado a fruncir las cejas, sacudir la pipa en el cenicero y musitar algo que no he entendido. Luego ha consultado su reloj y, sorprendido desagradablemente, al parecer, por lo tardío de la hora, ha cacareado:

—¡Cielos, hay que reponer energías! No le digo que coma conmigo porque estoy invitado a casa de una señora… ¡Hum! Ya sabe lo que son esas cosas. Espero verle otro día con más calma. Y no lo olvide: dígale a Garay que va de mi parte. Sin duda, eso redundará en el precio de su trabajo. ¡Je, je!

Dejó unas monedas sobre la mesa y salió como alma que lleva el diablo, sin esperarme. Desde la puerta me hizo una seña ambigua con su mano enguantada de negro, antes de ponerse el sombrero.

Después de comer, he ido a la calle Rosales, en busca del número nueve, que corresponde a una planta baja sin rótulo y con la puerta de cristal opaco. No había timbre ni llamador, así que he usado los nudillos, primero con timidez y luego con alguna energía. La hoja no ha tardado en abrirse, dejando entrever la testa de una harpía con ojos de lechuza, que me miraban desorbitados como si vieran un ánima.

—Perdone, señora —he balbucido, tragando saliva—, ¿fotocopian aquí microfilms?

La pregunta ha sonado en mis propios oídos tan ridícula que he temido que el vejestorio me agrediera, pero no ha sido así. Echándome en la cara un fuerte aliento de cebolla, me ha preguntado:

—¿Quién le manda?

Al oír el nombre del señor Cobos, su expresión se ha tornado radiante como la de un hada madrina. Me ha franqueado la entrada y me ha precedido escaleras abajo hasta un cuartucho pintado de gris, en el que había una mesa camilla con restos de comida y unas estanterías metálicas atestadas de carretes fotográficos, cubetas de revelar desportilladas y cajas de papel Xerox. Se ha sentado en la única silla del cuchitril, gimiendo y masajeándose las piernas varicosas, y me ha preguntado qué deseaba. Le he mostrado mi valioso rollo de celuloide, que me ha arrebatado de las manos y ha hecho desaparecer inmediatamente.

—¿Fotocopias? —ha preguntado sin mirarme.

—Sí, señora. Quisiera saber el precio, porque son cuatrocientos fotogramas…

—No sé. Yo no llevo esto. Cuando venga mi hijo, se lo daré y ya veremos. Pero no creo que se lo tenga antes de una semana. Ahora tiene mucho trabajo. Apúnteme su teléfono y ya le avisará él.

Le he anotado el número en una hoja de cuaderno surgida de un bolsillo de su bata guateada y que inmediatamente ha vuelto a él. Me ha despedido sin más explicaciones y casi empujándome. Al hallarme de nuevo en la calle, me he visto asaltado por una gran sensación de pérdida, como si el microfilm fuera mi mejor amigo y hubiera desaparecido tragado por unas arenas movedizas.

Esta noche, cuando me disponía a cerrar el diario y a acostarme, ha telefoneado Garay. Su voz es grata y perentoria como la de un médico de cabecera. Me asegura que tendrá fotocopiado el microfilm en cinco días y que me hará «un precio de amigos, en atención al señor Cobos», que al parecer es su mejor cliente. No he podido sacarle el precio, porque dice que depende del papel y de no sé qué otras cosas que tiene que encargar ex profeso: líquidos, o algo por el estilo.

En fin, espero no estar metiéndome en un lío. ¿Por qué resultará todo tan difícil? Cuando era niño, mi sueño dorado era convertirme en un gran investigador y vivir en un torbellino de viajes, microfilms, congresos en Alemania y amores con hermosas colaboradoras. Ahora, desearía ser un niño, comer helados hasta caerme muerto y leer las aventuras del Cosaco Verde en el hueco de la escalera.

Antes de abrirse las venas con la navaja del abuelo, Sole escribió en la pared del cuarto de baño, con rotulador rojo:

Oh, Muerte, madre acogedora,

cúbreme con tus mantos minerales.

No fue tan original como Jules Pascin, que escribió con sangre, en iguales circunstancias, «Pardon», pero estuvo bien. ¡Qué gran muchacha, la Sole! ¡Cómo se reirá de mis tribulaciones, corrompiéndose apaciblemente en su ataúd forrado de seda malva!

DÍA 28 DE JUNIO

Después de más de una semana de no dar señales de vida, Garay me ha sacado de la cama a las ocho de la mañana con una llamada telefónica que me ha hecho trizas los nervios para el resto de la jornada. Descalzo y mal envuelto en una bata, he tenido que hablar con él por el aparato del pasillo, en plena corriente de aire, espiado por María, que fingía quitar el polvo a los espantosos cuadritos de flores de ganchillo de la patrona. He quedado con él en pasarme a media tarde a recoger las fotocopias. Sigue sin decirme el precio. Allá voy, con el talonario de mi ruinosa cuenta corriente. Si las fotocopias resultan no ser tan baratas como me aseguró el señor Cobos, como me temo, y tardan en ingresarme la beca este mes, me veo desahuciado, haciendo compañía al mendigo de la iglesia. *Mon semblable, mon frère…*

Todo ha ido tan mal como era de esperar. Esta vez se ha abierto la puerta del nueve de par en par, y un barbudo gordo y jovial, en cuya voz he reconocido inmediatamente la de Garay, me ha hecho pasar, aturdiéndome con dicharachos incomprensibles. Triunfante, me ha mostrado un enorme paquete de fotocopias, me ha arrojado al rostro el humo de un cigarro apestoso y se ha felicitado a sí mismo por el trabajo —he de reconocer que ha quedado francamente bien—. Cuando me tenía engatusado con los resultados de su industria, me ha puesto bajo la nariz una factura mecanografiada en una simple hoja de papel y firmada con un garabato. La cifra, desmesurada, ha saltado a mis ojos como una araña carnívora y me ha dejado sumido en el más negro estupor. He tenido que sentarme. «Precio de amigos», ha vociferado el energúmeno.

He sacado el talonario y, en estado de trance, he rellenado el cheque con un bolígrafo que me tendía con la solicitud de quien ofrece un vaso de orujo a un condenado al garrote.

Estoy, como quien dice, sin blanca. Dios mío, haz que el maldito Jacobo Cobos no se vuelva a cruzar en mi camino y líbrame de la vergüenza de no ser capaz de decirle lo que se merece.

DÍA 1 DE JULIO

Hoy sí que ha ocurrido algo grande y digno de ser contado. He sido su testigo y casi su víctima mortal. Escribo esto a las pocas horas de

ser atendido en el Hospital Clínico.

Ya desde que salí de la pensión esta mañana temprano, los presagios distaban de ser buenos. Hacía un calor y un viento inauditos que invitaban a refugiarse en una iglesia. Tanto es así, que cuando me disponía a entrar en la biblioteca he visto que el mendigo recogía sus pertenencias y se metía en la suya, sin duda a instancias de su amigo el sacristán. Me ha parecido raro, porque se diría que el mendigo forma parte de los escalones de la entrada, después de tanto tiempo de no moverse de allí. Verle abandonar tenía algo de inquietante.

Hoy no he trabajado en la Sala de Investigadores, sino en un cuartito que hay sobre ella, en el que, en estanterías viejísimas, se amontonan varios centenares de libros sin catalogar. Una carta de recomendación del catedrático que me dirige el trabajo me ha facilitado el acceso a tan recóndito santuario, que es custodiado por un bedel ya mayor, sumamente sordo pero muy amable, y frecuentado por un sacerdote diminuto, siempre encorvado sobre volúmenes grandes y negros como baúles, y últimamente por mí. No me disgustaba el sitio, la verdad. Tenía la incongruencia de los sueños. Ninguno de sus ángulos era recto y el techo ostentaba enormes manchas de humedad y algunas grietas profundas. Desde la ventanita que lo iluminaba se veían las cúpulas y los tejados de la ciudad.

Hacia el final de la mañana, cuando el viento era más fuerte y el calor más intenso, el sacerdote y yo hemos levantado la cabeza de nuestros papeles al oír un inquietante crujido. El bedel, como es sordo, ha continuado leyendo el periódico beatíficamente. No hemos dado mayor importancia al ruido, porque en un lugar antiguo suelen producirse por los motivos más fútiles.

Mi trabajo no adelantaba. No acababa de encontrar en las estanterías lo que estaba buscando. ¿Quién puede hallar un legajo entre centenares que se le parecen, todos encuadernados en pergamino y con los títulos de los lomos desvaídos por el tiempo? Pero, al fin, ¡milagro! Allí estaba, como esperándome, enorme y liviano, cubierto de polvillo negro. Lo he tomado con manos amorosas, como una madre a su hijo recién nacido. Y entonces, desde el ángulo de la estancia en que me encontraba, he podido presenciar, en toda su magnificencia, el desplome del techo.

Las grietas se han agrandado diabólicamente, un enorme agujero humeante de polvo se ha abierto en el centro, y una lluvia de cascotes y de maderas podridas ha caído sobre las cuatro mesas que componían el mobiliario del cuarto, sepultando al pobre dómine y a su infolio. Un trozo de ladrillo ha dejado al bedel sin sentido, y varios fragmentos de yeso han caído sobre mí, que contemplaba estupefacto la escena sin dar crédito a mis ojos —y oídos: el ruido ha sido atronador—. El legajo ha resbalado de mis manos y he permanecido petrificado por la sorpresa hasta que ha empezado a acudir gente de la biblioteca y hemos sido auxiliados.

Al salir, del brazo de un amable señor, por encima de los escombros, he tropezado con un pedazo de viga y me he caído aparatosamente, torciéndome la muñeca izquierda y produciéndome unos dolorosos raspones en las rodillas. Los otros no han tenido tan buena suerte. El bedel está hospitalizado, y el pobre sacerdote ha muerto con la cabeza aplastada por los escombros. Los sesos se le han pegado, literalmente, al libro que estaba consultando con tanto afán. No es mala muerte para un investigador, después de todo.

Voy a dejar de escribir, porque no me encuentro nada bien. ¿Qué habrá sido de mi legajo? ¡Dios mío, con lo que me había costado dar con él!

Día 5 de julio

He estado enfermo cuatro días, sin salir de la pensión ni casi de la cama, pero hoy hace un día delicioso y, como me encontraba muy repuesto y casi alegre, he decidido levantarme y volver a la biblioteca. Mi beca expira el mes que viene y debo darme prisa si quiero presentar, para justificarla, algo que no sea ridiculamente pobre, aunque me temo que no voy a poder hacer gran cosa para recuperar el tiempo perdido.

No pensaba encontrar al mendigo de la iglesia, pero estaba en su sitio. Desde lejos pude ver el bulto de su abrigo marrón y la sombra del cartel. Me eché a temblar al considerar qué actitud debía adoptar después de lo de Estrella —pero, ¿por qué? Le he visto otras veces y he pasado ante él indiferente—. He pensado que lo menos llamativo y más decoroso sería un saludo ligero, y,

tranquilizando con esta idea, me he acercado al fatídico umbral. Lo que he visto me ha dejado atónito.

Allí estaba el hombre, pero sin su arrogancia habitual, arrebujado en el abrigo a pesar del intenso calor, encogido como si hubiera disminuido de tamaño físico y espiritual. Sus manos, antes hermosas y fuertes, enfundadas ahora en unos guantes de lana gris de suciedad repulsiva, parecían deformadas por la artritis. Una rala barba gris crecía en sus mejillas, afeando el rostro que yo recordaba tan agraciado, y las arrugas —sucias arrugas de viejo abandonado— surcaban una piel repentinamente flácida.

Pero lo peor eran sus ojos. No son suyos. Son los de una criatura antigua y malvada que se asoma a sus cuencas vacías desde dentro de su cuerpo devastado. Inundados de lágrimas turbias, legañosos y opacos, miran a través de los objetos de este mundo, y son los de un monstruo.

He sentido horror cuando ha alzado hacia mí su rostro obsceno y me ha suplicado con voz ronca, babeando:

—Señor, una limosna, por el amor de Dios.

He acelerado el paso, sintiendo la espalda taladrada por esos ojos malévolos y sufrientes. He penetrado en los lavabos de la biblioteca y me he mirado largamente en el espejo roto. Tengo mala cara y estoy blanco como el papel, pero al menos conservo una imagen que se parece a mí mismo.

Día 8 de julio

He pasado una noche de perros, atormentado por el calor y el olor de las flores de la tapia que hay frente a la ventana de mi alcoba, pegajoso e insípido como un perfume barato.

Pero eso no era nada comparado con lo que me esperaba esta mañana en el quicio de la puerta de la iglesia. El mendigo tenía el cuello del abrigo alzado hasta las orejas y temblaba violentamente. Los hirsutos pelos grises de su barba han crecido, se han extendido por su rostro y han alcanzado la altura de sus ojos. ¡Sus ojos!, flotan vagos en un moco rojizo, como si sus capilares se estuvieran reventando, y giran sin cesar, con una expresión entre lela y solapada. ¡Dios mío!, ¿qué le está pasando a este hombre?

Se había quitado un guante, pero al advertir mi mirada de

horror a lo que ha llegado a ser su mano, la ha escondido en las profundidades de sus ropas desaliñadas. Ha llegado hasta mi nariz un intenso hedor a podrido y a rancio, como el del vestíbulo de mi pensión multiplicado por mil.

En la caja de puros brillaban tres monedas enormes y desconocidas, de metal rojo como el cobre, dispuestas con la misma regularidad de siempre. Las fotos de cartel ya no eran de niños, sino de perros, y las letras me han resultado completamente ilegibles.

Esta vez me he detenido frente a él y he sentido el impulso de tenderle la mano, pero no lo he hecho. Yo también temblaba. El mundo se ha vuelto tan irreal que he creído estar muerto. Le he dicho:

—Hermano, ¿puedo hacer algo por ti? —porque de pronto le he amado, hubiera dado mi vida por la suya.

Ha intentado sonreír, pero sólo ha conseguido alargar el hocico y mostrarme unos enormes dientes amarillos y unos colmillos de fiera, que brotaban de encías en carne viva. Luego, me ha señalado las monedas con gesto impaciente, haciendo señas, con las garras enguantadas, de que las cogiera. Lo he hecho.

Estaban calientes y blandas. Mientras escribo esto, las tengo ante mi vista, formando el sempiterno triángulo de la caja de puros, porque si las coloco de otra forma reclaman de algún modo mi atención para que las vuelva a disponer como ellas desean, o tal vez como exige su naturaleza.

Día 10 de julio

No sé qué está sucediéndome, pero seguramente no es bueno. No soy capaz de trabajar ni de descansar, ni siquiera de leer mis libros favoritos. Comer me cuesta un esfuerzo terrible. Me ducho tres veces al día, pero noto que de mi cuerpo se desprende un olor que llega a desesperarme, porque me es completamente ajeno.

El mendigo ha desaparecido. Hoy sólo he hallado en su escalón su abrigo, arrugado y hecho trizas, su caja de puros volcada y restos del cartel. El sacristán ha salido de las profundidades de la iglesia con una bolsa de basura en la mano, lo ha metido todo en ella y ha desaparecido en las tinieblas.

Tremendos ladridos y aullidos me han atormentado en la

biblioteca. He pedido un libro de mi materia y el bedel jorobado me ha traído, por error, uno sobre cría de perros de raza. La señora Mendoza, en una mesa cercana a la mía, ha estado toda la mañana hojeando parsimoniosamente un infolio del siglo XVIII con abundantes grabados de lobos. ¿Qué habrán hecho con el libro manchado con los sesos del pobre sacerdote? Lo tendrán las de restauración en el sótano.

A las doce, no he podido aguantar más y me he encerrado en los lavabos. Me he sentado en la tapa de un wáter y he llorado en silencio durante largo rato. Cuando me he calmado, he logrado llegar a unas conclusiones y he tomado una decisión.

De camino hacia la pensión, he dudado. Pero ahora estoy seguro de lo que voy a hacer. No hay otra salida para mí, ninguna otra salida. A fin de cuentas, siempre he imitado en todo a mi querida Sole.

ARTÍCULOS DE PIEL

EL LIBRO CON TAPAS DE PERGAMINO siempre estuvo en el anaquel más alto de una vitrina que contenía, entre otras antiguallas, lo que mi familia llamaba «la colección». Si alguien hubiera tenido que confeccionar el inventario de ésta, no habría muerto de fatiga. Se componía de un cuadrito con una araña pintada sobre un soporte amarillento y algo arrugado, más denso que el papel; una especie de maza forrada de algo que a simple vista parecía pergamino, y el libro. Durante mucho tiempo sólo supe que aquellos objetos maravillaban a las visitas y se deslizaban en mis sueños cuando tenía fiebre. «Ahí no hay nada, cariño», me tranquilizaba mi madre. Pero yo los veía flotar a los pies de la cama, fruto del delirio.

Los olvidé hasta el día en que el sol abrasó el cuerpo rubio de Ismael —Ismael es mi marido, le amo—. Largas tiras de piel como papel de seda se desprendieron dejando al descubierto otra más fina, la suave piel de un niño, como si hubiera renacido. Pero en realidad no renació. Fue una simple muda como la de las serpientes, que borró por el momento de su pecho la cicatriz que tanto me gustaba.

La cicatriz de Ismael no era una huella heroica como las que dejan las garras de la fiera en los hombros del domador o la de una navaja enemiga en la mejilla del chulo peleón, sino la marca que certifica que su corazón latió al aire ante la mirada de médicos y enfermeras. La huella malva de la uña de la muerte, entrevista por la abertura de la camisa sobre su pecho blanco y lampiño despertó mi pasión la primera vez que le vi. Aparecía y desaparecía al albur de los movimientos de la tela, y yo, presa de un ardiente deseo de besar aquella piel distinta, delicada como la de los labios, angélica, purpúrea, que había suturado la herida restableciendo la continuidad de la envoltura de Ismael, no podía apartar mis ojos de ella. La consideraba, por capricho, misteriosa, a pesar de que

conocía su origen. Durante días y lluvias y fiebres estuvo mi imaginación recreando su tacto en mi lengua y jugando con sus posibilidades amorosas.

El sol del verano borró aquel esplendor. Con las uñas embotadas por las tiras de piel que se desprendían del cuerpo en carne viva de mi amado, mientras refrescaba sus ardores con vinagre y agua helada, me saltó el deseo de entrar a saco en la colección. «Voy a abrir la vitrina —me dije—, voy a sacar ese libro y voy a leerlo». Ya que mi abuelo, dueño absoluto de la biblioteca y de sus tesoros, había muerto, creí que nadie me lo impediría. Me equivocaba. Mi abuela se opuso. Deseé que muriera para lograr mi propósito y, en efecto, como sucede siempre que deseo una muerte, murió, al mismo tiempo que la piel de Ismael se cubría de una erupción nacarada que me repugnaba. El médico habló de hongos, pero yo no concibo unos hongos tan pequeños que no los puedan ver mis ojos. Aquello era más bien una metáfora, aunque Susan Sontag no estuviera de acuerdo. Pero, ¿una metáfora de qué?

Fuera lo que fuera lo que le estaba ocurriendo, lo cierto es que Ismael se hallaba paralizado por la angustia. Por la noche se quedaba en mis muslos como una larva tibia. Le aborrecí. No por la enfermedad de su piel ni por su pasajera impotencia. Tampoco su falo joven, hermoso, duro y suave, me daba mucho placer cuando estaba en plena forma. Yo le amaba, pero quien de verdad colmaba mis deseos era la muchacha que yo misma había sido y que ahora aparecía ante mí bajo la forma de la hermana menor de Ismael, que a la hora de la siesta me conducía por los corredores, acuchillados por la luz que penetraba a través de las rendijas de las persianas, hasta su alcoba rosada para ofrecerme el regalo de una piel limpia como la de una niña y unos placeres que acudían sin falta como acude la música al conjuro de los dedos que tañen sabiamente un instrumento.

Una de aquellas noches de los hongos plateados, el libro forrado de pergamino me visitó en sueños. Al abrirse ante mí, yo también me abrí y el placer me hizo estirarme como en un potro de deliciosa tortura entre las sábanas húmedas de sudor mío y de Ismael, que roncaba con la inocente felicidad de un fauno. Por un prurito de urbanidad amorosa tuve cuidado de no despertarle y, cuando mi goce libresco concluyó, besé sus párpados cerrados como si quisiera

hacerme perdonar aquel extraño desliz.

No había podido leer una sola palabra de sus páginas, pero ¿qué no contendría el volumen si su mero fantasma contaminaba el torrente de mi sangre en sueños, avivando deseos que flotaban dormidos hasta entonces en sus aguas?

Decidida a averiguarlo, al día siguiente entré en la biblioteca y trepé por la escalerilla de madera, venciendo el terrible vértigo que me asalta cuando levanto los pies del suelo. Sólo al alcanzar la cerradura de la vitrina me di cuenta de que no llevaba la llave. La vi brillar tras el cristal. Mientras bajaba en busca de algo con que romperlo, me pregunté cómo demonios podía estar una llave en el interior del objeto que se abría con ella. Sin duda existía otra, me dije, que alguien había escondido dejando dentro su gemela. Dando un tirón de mi ropa, que se había enganchado en la cabeza de un clavo de bronce, pisé por fin la alfombra.

Volví a subir y rompí el cristal con un pisapapeles de piedra verde que reposaba en el escritorio. Las esquirlas de vidrio saltaron a mi alrededor. Una de ellas me hizo un corte en una mejilla cerca de un ojo. Algunas gotas de sangre me mancharon el pecho, como cuando Ismael me reventó los capilares de la nariz de un bofetón por haberle clavado, según él, las uñas en la piel de los riñones mientras retozábamos bajo los rosales. No había sido yo quien le dañó sino las espinas de las rosas, pero mis protestas de inocencia no me libraron del castigo, al que siguieron muchos besos sazonados con la sal de los humores más prestigiosos del cuerpo: sangre y lágrimas.

Metí la mano derecha por el hueco, tratando de no cortarme y, agarrada con la izquierda a las estrías de una columna del mueble, cogí el libro, que me manchó los dedos con un polvillo oscuro. Lo dejé caer sobre la alfombra mientras me apoderaba del resto del botín: el cuadro de la araña y la maza de color carne. Sólo me hice un rasguño insignificante en la cara interna de la muñeca, donde late el pulso, lugar escandaloso por lo sangriento: la sangre se escurrió primero brazo abajo hasta el codo y luego por la palma de la mano y los dedos. Me reí al considerar que si alguien entraba en ese momento, pensaría que había librado una batalla con algún enemigo que habría salido luego por la ventana abierta, dejándome como recuerdo de su ataque aquella humedad roja y viscosa, que

hice desaparecer lavándomela con el agua de un florero.

Encendí un cigarrillo y me senté en el sillón del escritorio con los objetos y el libro por fin a mi disposición sobre el tapete de cuero verde de la mesa, pero apenas tuve tiempo de recrearme en ellos porque en ese momento llegó el tasador, al que había llamado para que les pusiera precio. Escondí el libro en un cajón. Había decidido quedármelo y preferí que no lo viera. Examinó el resto de las cosas, maravillado, con brillos de codicia en la mirada de unos ojos redondos, cubiertos con unas gafas que por su antigüedad y hechura merecían el nombre de quevedos. Cuando le pregunté qué le parecía la maza forrada de piel, graznó:

—¡El consolador! ¡Qué reliquia tan venerable! Es del siglo XVIII —sacudí la cabeza afirmativamente, como si lo supiera desde siempre—. Un juguete francés —continuó—. ¿Ha leído usted las memorias del señor de La Palisse? Era amigo de su familia —volví a asentir, esta vez con menos seguridad—. En ellas se le menciona. Es éste, no hay duda. ¿No ve usted? —insistió, mostrándome una señal apenas visible en el cuello del artefacto—. Como recordará, allí se dice claramente que su forro es de piel humana. ¡Nada menos! Es la más suave para los menesteres a los que fue dedicado, y usted perdone, señora.

Dios mío, pensé, qué raras picardías las de las damas de antaño. Pero en seguida decidí no creerle. No porque dudara de él ni del señor de La Palisse, fuera quien fuese este último, sino porque la obsesión de los hombres antiguos por fabricar falos y fantasear sobre su uso por parte de las damas siempre me pareció producto de un delirio colectivo, como el vuelo de las brujas y la salubridad de la vida campestre. Consoladores… ¿Cuándo han necesitado las mujeres esos grotescos auxilios? Ya es dudoso incluso que las de antes de la Gran Guerra tuvieran cuerpo. Puede que lo tuvieran, después de todo, bajo los hábitos, velos, justillos, tontillos, corsés, tocas, pelucas y cofias, pero dormido y con roña.

Preguntado por la pintura de la araña, el perito dio un ligero respingo ante el abismo de mi ignorancia. Por su fisonomía de autómata de los tiempos de Robert Houdin vi deslizarse la sombra de una duda. ¿Cómo era posible que de la fina raza de mi abuelo procediera un espécimen tan ordinario, tan insensible e indocumentado como yo?

—Lo de este cuadro, como bien sabe usted sin duda —recalcó malicioso— no es pintura sino tatuaje. Una araña tatuada en la espalda de una cortesana.

—¿Le arrancaron la piel estando viva? —pregunté dejándome llevar por una fantasía inocente y cruel como la de una niña que hunde los ojos de su muñeca para luego, agitándola, convertirla en sonajero.

—Qué cosas tiene usted. Muerta, naturalmente, mientras la embalsamaban. Solía hacerse cuando eran jóvenes, si lo tatuado tenía valor artístico. La piel arrugada de las viejas se comía entre los pliegues el motivo ornamental y su precio era menor, aunque procuraban plancharla y a veces conseguían buenas piezas de pieles maduras.

Las palabras del hombrecillo trajeron a mi memoria el cuento de Junichiro Tanizaki del artista cuyo mayor deseo era encontrar una mujer digna de su talento, de cuerpo hermoso y alma grande, para tatuar en su piel su obra maestra. Una obra maestra del arte sobre un soporte vivo, proporcionado por la naturaleza: advierto en ello un peligroso coqueteo con el mal gusto, como en los paisajes realizados con conchas marinas o en las flores imitadas con plumas de aves exóticas o alas de mariposa. Un día el tatuador se enamora de un piececito que entrevé en un palanquín; cinco años después ve a su dueña y la reconoce —por el pie, como el príncipe a Cenicienta—. Consigue grabar en su espalda la imagen de un animal que la tendrá apresada entre sus patas para siempre: una gran araña, coágulo de la maldad oculta hasta entonces en el alma de la muchacha, revelada en su piel por el talento del artista como una fotografía que va haciéndose visible en la cubeta. Convertida en mujer fatal por la manipulación de su piel, la bella hace de su iniciador su primera víctima.

—¿Y el libro? —preguntó finalmente el tasador de maravillas—. En el lote había un libro, según tengo entendido.

—Debieron de venderlo —dije. Pareció consternado.

—Lástima. Era la mejor pieza de la colección.

—Supongo que estaba encuadernado en piel humana —aventuré, consciente ya del nexo que unía aquellos objetos aparentemente dispares.

—Pues sí. Piel de mujer, parece ser. Se menciona en el catálogo

de Hesperius y en la *Bibliología secreta* del marqués de Sustris —y estornudó como si fuera alérgico a este apellido.

Cuando me quedé a solas, me entregué de nuevo con delicia a la aventura que el tasador había interrumpido. Abrí el cajón y saqué el tomo. Era delgado, de pocas páginas escritas a mano con letra viril en un papel poroso, en el que la tinta negra se había corrido, dotando a cada línea de un halo de finos capilares. El tacto dulce, suave en unos puntos, en otros quebradizo, de su encuadernación me gustó. Lo acerqué a mi nariz. Olía como los otros pergaminos de la biblioteca. Un tímido contacto con la punta de la lengua no me proporcionó nuevas sensaciones, aunque sí suscitó en mi imaginación algunos movimientos de una crueldad tan leve como la quemadura de una pavesa.

Lo mejor estaba dentro y era otra piel: la historia de una piel dentro de otra.

Me dispuse a leerlo, cómodamente instalada en un sillón cerca de la ventana que daba al jardín trasero. Escrito por un hombre —pensé—, pero en boca de una mujer, su texto era un lamento lacerante emitido desde un interior cilíndrico de piedra, una torre quizá. No era antiguo ni ingenuo sino moderno, opaco, trabajoso a ratos, a ratos fluido. El sentido se desprendía de las frases de abajo arriba como un vaho de agua hirviendo.

Me veo a mí misma en su lectura aquella tarde mientras recorro de nuevo el encaje de letras negras y estoy a punto de rozar el misterio del tiempo.

Los ojos de ella —no sé si prisionera o refugiada en esa arquitectura delirante que es como la chimenea de una fábrica— no ven, los ciega el humo de los incendios y el dolor del espíritu. De la ciudad saqueada sólo le llegan ruidos, y del mar de ruidos, del océano de estruendos, sólo las notas monótonas del redoble de un tambor. Las palabras que lo describen percuten por sí mismas en mi cerebro lector, creando un espacio batido, violado por los sones que arrancan las mazas al parche de piel tirante.

Es la hija de un curtidor, supongo, a tenor de lo que dice haber visto en su infancia: bolsas hechas con pellejos de gato y escrotos de toro, cinturones, látigos, correas, bridas, vergajos. Todo ese cuero, toda esa piel, todo ese pellejo sangriento dando vueltas en su cabeza, que golpea contra el muro de su encierro al ritmo del

instrumento de guerra, me enerva. Es como si alguien estuviera estimulando con artificios mi sentido del tacto, hasta el punto de que noto en mi propia piel el roce del aire quieto y me duele el contacto de la ropa.

Sigo leyendo, y sigo, y me invade una angustia que es cada vez más parecida a la suya. Pero no sé qué ocurre, por qué está tan desesperada y al mismo tiempo hay tanta pasión en esa mujer de cabellera hirsuta, que tiene la lengua seca de amor y que hiere con las manos y las uñas las paredes, y se lleva la cal a la boca sin darse cuenta, babeando.

Pero sus sufrimientos no tardan en irritarme. Me impaciento. ¿Por qué tanta adoración hacia el cuerpo de su amante, por qué la evocación amorosa de cada centímetro de su anatomía, de sus cabellos «como racimos de jacinto»?, símil absurdo tomado de antiguas traducciones homéricas; a qué viene la delectación morosa, obsesionada y putañera de esta falsa sulamita en los hombros del amado, en su vientre, en su falo, en sus testículos «del color de las ciruelas», en sus piernas como columnas, en sus pies, en cada parte de su cuerpo miserable, cuerpo de hombre y por lo tanto lampiño y feo, que no resistiría la comparación con el de las bestias ni con el de las bellas muchachas como la hermana de Ismael, a la que yo amaba honesta y francamente entre sábanas de raso, en las cuadras sobre la paja y el heno bajo el ojo lascivo del cuadrero, o entre las flores del jardín primaveral frecuentado por las avispas.

Había tanta piel en aquel texto que podría fabricarse con ella la tienda de campaña del emperador hiperbólico que tenía leopardos como tú tienes gatos, lobos en vez de perros, elefantes en lugar de caballos y diosas por concubinas.

Yo no podía compartir su obsesión aunque amara la piel de Ismael, que no era bronceada como la de los atletas antiguos sino cruda, manchada de marrón cuando tomaba el sol, blanquirrosa en los sitios donde la capa superficial se desprendía. Sí, a mí me gustaba la piel de Ismael, sabía a sal, estaba tierna y era una tentación para los dientes, pero jamás la hice objeto de adoración. Bastante tengo con adorarme a mí misma.

La mujer de la torre clamaba por una piel de héroe o traidor o verdugo, y era tan visceral su clamor, salía de tan hondo que pensé que no era un hombre quien escribió el texto como había creído al

principio a causa de los rasgos largos y duros de su letra, sino una mujer, quizás una madre. Porque las madres, como han dejado resbalar de sus cuerpos otros cuerpos como un árbol sus frutos, saben de las cosas relativas a las entrañas con oscuro saber. Era una hembra la que plañía en el cilindro de piedra.

Y he aquí que en la última página me entero del motivo de tanta y tan ardiente pasión, y aplaudo ya sin reservas el dolor y el amor. Incluso los comparto, porque la piel del tambor que suena en la ciudad saqueada y cuyas notas puntean todo el lamento no es una piel cualquiera; es la piel de su amante, traidor y espía, que ha sido arrancada del cuerpo aún caliente y curtida en secreto por su padre.

Una frase mal construida pero cuya deformidad posee la turbia fascinación del absceso, sugiere las operaciones de soles y humedades que ha debido de sufrir el despojo hasta volverse un cuero que resiste los golpes y ladra notas aterradoras por encima de la ciudad ahogada por el humo y el polvo de la devastación.

Compartí el horror de los placeres de esa mujer, a la que mi capricho hacía estremecerse en un goce agónico y retorcerse como una posesa en lo alto de la torre, y jugar con el juguete infame forrado de otra piel o de la misma, tal vez obra del taller familiar, salida de las manos de aquel padre que ya se configuraba en mi imaginación como un energúmeno, ya como supremo artista de la corambre.

Creí asimismo ver tatuada en su blanquísima espalda de reclusa un moscardón que aleteaba con sus espasmos hasta que una muerte piadosa se extendió sobre la plañidera como un manto y apagó el último gemido. Tal vez fuera una araña y no una mosca de la carroña.

Y sólo me faltó, para completar el melodrama de la piel de Eros, arrancar la suya en los desolladeros de mi mente, curtirla en las tenerías de mi alma y forrar el libro de sus desdichas con ella. Para entonces ya todos los venenos depositados en las páginas por la pluma bisturí de la pasión se habían extendido hasta la yema de mis dedos, dejándome feliz y sofocada como si hubiera galopado hasta los confines últimos y reventado al caballo celeste.

Luego vino Ismael. Me rescató, me llevó al mar, me hizo beber vino blanco muy frío, nos divertimos. Yo sentía la sed de su presencia y el deseo de tocarle hasta que mi carne se fundiera

chirriando en la suya como la grasa en el hierro candente; desnudarle de su piel tan pálida y vulnerable al sol, a la fatiga de las vísceras, a todo lo de fuera y a todo lo de dentro. Pero algo más que el abismo que separa a los amantes se abría entre nosotros. Yo estaba lejos. Incluso cuando le abracé llena de amor, no fui capaz de fingir un placer que no sentía, y supe que todo mi cuerpo y todo mi espíritu estaban entregados a los juegos del libro, a la mujer que se consolaba exacerbando su desesperación al oír la voz de la piel del amado resonar en redobles marciales más allá de la muerte.

Ya ni siquiera mi dulce cuñada, que me ofrece los botones de nácar de su blusa para que desabroche y descubra y me maraville de tanta pureza, es capaz de interesarme. Los juegos con la piel me han llevado muy lejos.

Ismael no lo sabe. Tampoco que a veces sueño con un rebosante barril, en cuyo interior hurgo con un palo y hago salir hasta la piel del agua una blanda y empapada piel de hombre, ni que cuando su cara queda flotando hacia arriba, es la suya, la cara de Ismael, la que ondula con los párpados echados piadosamente sobre la ausencia de sus ojos como una planta de los fondos marinos. Pero así como es el sueño el que me hace jugar con la piel del amado, con la piel literal que no se acaricia puesta sobre el soporte o percha del cuerpo sino arrancada y floja, al espejo se asoma el esqueleto cubierto de músculos como sangrientos bulbos y abanicos de lámina anatómica. Y ya no sé si es Ismael desollado quien me llama y me hace señas —a veces delicadas, a menudo obscenas— o el amante de la mujer del libro y de la torre, que sirvió de materia para el parche del tambor cuyo sonido trae el viento nocturno hasta mi oreja, Me aparto el cabello para oírlo mejor y sonrío al pensar en los festines que me aguardan en la biblioteca, donde el amor acecha en cada sombra afilando sus armas.

MASCARILLA

ME METÍ EN LA CAMA A LAS CUATRO de la madrugada, pero no importaba: podía levantarme cuando quisiera; tenía por delante dos días libres. Tal vez debería haberme quedado a dormir con él. ¡Había insistido tanto! Pero no quería ponérselo fácil; a fin de cuentas, desvió la conversación cuando le insinué lo del contrato con su agencia de publicidad.

Lo mucho que habíamos bebido me tenía desvelada. Dudé si tomarme un somnífero, pero lo dejé: con tanto whisky en el estómago, podía pasarme lo que a Ester. De todos modos, no tardé en dormirme.

Me despertaron unos timbrazos. El maldito teléfono. Me di la vuelta y no hice caso, pero el cabrón que llamaba parecía dispuesto a batir su propio récord. Insistía, insistía, taladrándome la cabeza. Miré el reloj: las ocho y media. Mierda. Me senté en la cama y descolgué con la insensata esperanza de que fuera René, que tal vez hubiera reflexionado sobre lo del contrato. Pero no, claro. Una voz afeminada que conocía muy bien me saludó, llenándome de arrullos que no presagiaban nada bueno.

—¿Cómo estás, bonita? ¿Te despierto? ¡No sabes cómo lo siento, cariño, pero es importante!

—Oye, Luisón, déjalo para más tarde si no te importa. Me encuentro fatal. Creo que hoy no me levantaré. Te llamo luego, cuando me despeje un poco.

—¿Pero qué os pasa a todos hoy? ¿Es que se ha declarado la peste?

—Luisón, por favor…

—No cuelgues, nena. Óyeme. Tienes que echarme una mano. Raquel se ha puesto enferma y hay que ir al *stand* de Lauder. Pero ya.

¡Raquel se había puesto enferma! Conocía su enfermedad: era idéntica a la mía. Habíamos estado en la misma fiesta, y sin duda a ella le dio más fuerte, porque se perdió a las tres con un individuo y ya iba como una cuba.

—Es mi día libre, hijo. Y mañana también.

—Ya sé que es tu día libre, por eso te lo pido como favor personal. Te digo que estoy en un apuro, cielo. Anda, sé buena.

—Que vaya Nacho.

—Nacho está maquillando para una sesión fotográfica y no volverá hasta la noche, si es que vuelve. Oye, nena, te juro que no lo lamentarás. Habrá una sorpresita para ti.

—¡Ya! Un lote de Margaret Astor, como la otra vez…

—No, algo mucho mejor. ¡En la nómina!

Suspiré de fastidio. Aquellas sorpresitas de Luisón eran siempre limosnas que hubieran hecho blasfemar a una chica de barra. Pero había en su voz un tonillo de amenaza que también conocía, así que me resigné a sustituir a Raquel. La muy zorra.

El *stand* resplandecía de luces inadecuadas, en el centro de la planta baja de los grandes almacenes más horteras de la ciudad. Carteles de diseño impecable anunciaban las marcas, y una voz aterciopelada y ambigua, con falso acento extranjero y afectada lentitud, invitaba por los altavoces a las clientes a dejarse maquillar gratuitamente «por nuestro personal especializado, verdaderos artistas que tratarán su rostro como el de una estrella».

Luisón me recibió hecho unas mieles y me tendió una bata rosada.

—Toma, cariño. Ponte esto y retócate un poco el maquillaje. Esta mañana tienes cara de muerta.

—¿Y de qué quieres que la tenga? Me acosté a las cuatro. *Como Raquel.*

No dio señales de haber oído lo último. Me empujó hacia el diminuto camerino improvisado y me ayudó a arreglarme el pelo y los labios.

—Total —dije—, a estas tonterías del maquillaje gratuito nunca se anima nadie. Podías haberme dejado descansar, maldita sea. Siempre estáis inventando mamonadas.

—No soy yo quien las inventa, tesoro. Si por mí fuera, sabes perfectamente que nos lo montaríamos de otra manera. Pero el que

paga, manda. Venga, sal. Yo tengo que hablar con los de Administración, a ver qué saco. ¡Ay, hija, estás monísima! Y, por si te sirve de consuelo, yo me acosté a las seis, y ya ves: como una rosa.

Sí, como una rosa que hubiera estado sobre una lápida durante una semana.

Saludé a las dos pequeñas que me habían adjudicado como ayudantes. Una era filipina, probablemente para dar al asunto algún exotismo. La otra, una rubita teñida con cara de zorra, joven de cuerpo pero con muchas horas de vuelo y unas ojeras que ni el lápiz corrector podía disimular. Me sonrieron como lo hacen las de su clase, con una muequecilla insolente. No llegarían muy lejos.

Durante más de una hora permanecí ociosa y aburrida. Nadie se decidía a ponerse en mis manos, lo cual me parecía natural. El sillón de la víctima era como el de los dentistas, a pesar de su tapizado ultramoderno de plexiglás rosa. Y se elevaba sobre una plataforma lo suficientemente alta como para convertir en un espectáculo a cualquiera que osara sentarse en él. Aquellos tinglados siempre me traían a la memoria los tenderetes de los barberos y sacamuelas de feria que había visto en algunas películas. Y la voz aterciopelada que invitaba a probar nuestro arte y la bondad de los productos que aplicábamos no sonaba muy diferente de la de un charlatán callejero.

Muchas mujeres paseaban por delante de nosotras sin detenerse, mirándonos furtivamente. Yo sonreía con discreción, como una furcia de lujo, y alguna que otra vez señalaba el sillón rosado inclinando ligeramente la cabeza, que me dolía cada vez más, en parte por la resaca y sobre todo por culpa de la cantinela del locutor, locutora o lo que demonios fuera. La filipina y la rubita se habían sentado en un rincón del *stand* y estaban enfrascadas en el arreglo de sus propias uñas.

¿Por qué no había hablado René del contrato? Se hacía lenguas sobre mi valía y decía que estaba desperdiciando mis habilidades en trabajos insignificantes, lo cual era completamente cierto. Entonces, ¿por qué tanta invitación, tanta vacilación, tanto viajecito de fin de semana, si siempre estábamos igual? Harta de maquillar caras insustanciales, de tratar de dar alguna vida a ojos mortecinos, expresión a bocas sin forma, yo quería demostrar que podía hacer

cosas espectaculares, brillantes. Obras de arte. Él lo sabía. ¿Por qué me entretenía? ¿Por qué no me proporcionaba algo realmente bueno?

Vi entrar a una mujer alta y delgada. No vestía particularmente bien, pero caminaba con una elegancia insólita en estos lugares, aunque con desgana, como si estuviera muy fatigada. Desde donde me hallaba no podía distinguir su rostro, medio tapado por unas gafas negras desmesuradas. Vacilaba. Parecía asustada o perdida, y evitaba el roce de los muchos clientes que frecuentaban en aquellos momentos los almacenes.

Me miró. Lo supe a pesar de que no podía verle los ojos. Me dije que me gustaría maquillarla, pero no era de la clase de mujeres que se someten en público a una sesión. Sin embargo, se acercó al *stand* y se detuvo a pocos pasos de mí, mirándome como si no hubiera nadie más en el mundo. Le sonreí *personalmente*. Había algo en ella que me gustaba, aunque no hubiera sabido decir exactamente qué: tal vez su distinción. Ahora podía ver mejor su ropa: era negra, buena pero muy gastada, arrugada y rozada, como si hubiera pasado la noche al raso. Y el pelo le colgaba húmedo y enredado a ambos lados del rostro. Un detalle me extrañó terriblemente: no llevaba bolso.

—¿Sería tan amable de permitirme maquillarla, señora? —pregunté, algo intimidada.

No contestó, pero sonrió e hizo un ligero gesto afirmativo con la cabeza. La conduje al sillón y puse delante uno de los paneles del *stand*. Sabía que no debía hacer eso y que si Luisón pasaba por allí, tendríamos bronca, pero deseaba maquillar a aquella mujer con cierta intimidad.

Mis ayudantes torcieron el gesto cuando vieron que se les venía encima un trabajo, aunque su tarea consistía únicamente en proporcionarme toallas y los productos que les pidiera. Más lista que la otra, la filipina compuso inmediatamente una sonrisa misteriosa y se acercó en seguida, trayendo algunas cosas.

Me incliné sobre la mujer, que se había dejado caer en el sillón como si estuviera muerta de fatiga y apoyaba la cabeza en el cojinete, y le dije:

—Señora, lo siento, pero tendrá que quitarse las gafas.

Con ademán lánguido y maravillosamente delicado se las quitó y

las dejó en el regazo, permaneciendo con los ojos cerrados. La contemplé durante unos segundos, para hacerme una idea de cómo trabajar con ella. Su piel era blanquísima, un poco marchita, pero eso tenía arreglo. Su cabello debía de ser rubio, pero lo llevaba teñido de castaño oscuro, maltratado y con las puntas abiertas. Yo no podría hacer nada con él, aunque sabía lo que le convenía. Tenía la nariz y los pómulos tan bien formados que no iba a necesitar corrección con sombras, y la frente despejada, algo protuberante. Era un rostro de manual, el sueño de cualquier esteticista. Sólo me faltaba averiguar de qué color eran sus ojos para tener la idea del conjunto que me permitiera una creación perfecta.

—¿Le importaría abrir los ojos un momento, por favor?

Pareció no oírme, porque no los abrió ni realizó el menor movimiento. Repetí el ruego, con idéntico resultado. A través del espejo pude ver la sonrisa maligna de la filipina, a mis espaldas, y un gesto burlón de la rubita. No insistí. Cubrí el hermoso rostro con crema limpiadora y comencé a masajearlo.

Cuando mis manos entraron en contacto con la piel de la mujer, no pude reprimir un estremecimiento de asco. Estaba helada. Y no sólo helada: dura como el mármol. Nunca había tocado nada semejante. La crema no penetraba y mis manos resbalaban. Tardé un tiempo en conseguir que mis dedos volvieran flexible aquella especie de corteza y le trasmitieran algún calor. Los ojos continuaban cerrados. Una lágrima tembló en el borde de un párpado y se la enjugué con un klínex.

Había cruzado las piernas y tenía las manos también cruzadas. En uno de sus dedos brillaba un diamante montado de forma antigua y caprichosa, que lanzaba destellos azules. El hecho de que algunas de sus uñas estuvieran rotas y astilladas acentuaba la delicadeza y finura de las manos. Llevaba las largas piernas enfundadas en medias de seda de calidad excelente, pero con una carrera a la altura de las rodillas, y calzaba zapatos negros de tacón muy alto, gastados y sin brillo. La montura de las gafas era de carey de color miel.

Cuando retiré la crema, la extraña piel esplendió en su magnífica palidez, pero pude ver que bajo ella se extendían unas manchas azuladas que no había visto nunca en un rostro vivo. Eran como derrames internos cerca de la nariz, a un lado de la frente y

en la barbilla. Me acerqué mucho a observarlas, y entonces percibí por vez primera un olor como de cieno, muy intenso, junto a la raíz del cabello. Me hizo pensar en plantas acuáticas.

Disimular aquellas manchas constituyó un reto a mi habilidad, porque reaparecían bajo los maquillajes convencionales, incluso los más cubrientes. Únicamente pequeñas pinceladas de polvos dispuestas como escamas lograron taparlas. Invertí en la operación más de tres cuartos de hora. Mis ayudantes se reían con disimulo en un rincón y cuchicheaban. La mujer permanecía quieta, con los ojos cerrados, respirando con regularidad. Pensé que se había quedado dormida.

Los labios me dieron muchas satisfacciones. Su dibujo era tan hermoso y seguro que no tuve que hacer más que seguirlo con el perfilador, sin rectificar un milímetro su forma. Los cubrí con carmín granate satinado y parecieron pétalos frescos. Como se obstinaba en no abrir los ojos, me resigné a maquillárselos sin tener en cuenta su color: una sombra gris casi imperceptible sobre el párpado superior, un punto de luz en el centro, y rosa dorado suavizando las ojeras. Peiné ligeramente con rímel castaño sus cejas, espesas y bien formadas.

Parecía una hermosa máscara oriental. Una leve capa de polvos transparentes remató mi obra, de la que me sentí íntimamente satisfecha.

—Creo que ya hemos terminado, señora. Espero no haberla atormentado demasiado.

Sin abrir los ojos, se puso las gafas. Se miró en el espejo. Una amplia sonrisa sin alegría se dibujó en su boca. Sólo entonces dejó oír su voz, muy ronca, algo metálica, que me hizo estremecer como el primer contacto con su piel.

—Gracias. Ha sido usted muy amable. ¿Puedo peinarme un poco?

—Puedo hacerlo yo misma, si me lo permite.

Asintió sin dejar de sonreírme a través del espejo. Arreglé lo mejor que pude su cabellera húmeda y no muy limpia, de la que se desprendía aquel olor peculiar a agua estancada y que me dejó las manos viscosas.

Radiante de belleza, con el aire de quien se dispone a reemprender un camino agotador, se levantó, se alisó la falda y me

tendió la mano. Estaba fría y escurridiza como su rostro. El diamante se había deslizado hacia la palma: se clavó ligeramente en la mía, produciéndome un dolor intenso que la levedad del contacto no justificaba.

La seguí con la mirada hasta la puerta y la perdí en seguida entre la gente. Mis ayudantes trataron de enredarme en comentarios maliciosos e insustanciales sobre ella, pero yo estaba agotada. La llegada de Raquel para reemplazarme fue un alivio, porque, de haber permanecido en pie más tiempo bajo aquellas luces, con la cabeza doliéndome como si me fuera a estallar, me habría desvanecido. Ni siquiera tuve fuerzas para reprocharle que no hubiera llegado a su hora, ni humor para escuchar sus disculpas. Me marché a casa y me metí en la cama.

Dormí mucho tiempo. Cuando comenzaba a caer la noche, Luisón volvió a llamarme.

—Oye, nena, en primer lugar muchísimas gracias por haberme sacado del apuro esta mañana. Te debo un día de descanso.

—No tiene importancia, pero te cojo la palabra.

—¡Oh, sí la tiene! Eres un tesoro. Pero, espera: ahora viene lo bueno. Hay un trabajo estupendo para ti. Mucha, muchísima pasta, cariño.

—¿De qué se trata? ¿Publicidad? —en aquella época, la publicidad era mi obsesión.

—¡Nada de publicidad! Algo mucho más… descansado. Oye, mira, hay una familia amiga mía que nada en la abundancia. Tienen toda clase de caprichos y los pagan muy bien. Hay que hacer un maquillaje especial esta noche. Ahora.

—¿Un maquillaje especial? ¿A un caniche, o algo por el estilo?

—No bromees, nena. Es un asunto muy serio. La señora ha fallecido. Era preciosa y muy coqueta. La han vestido maravillosamente y parece dormida.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Pues que no te costaría nada hacer un buen trabajo con ella y…

—¡Luisón! ¿Estás insinuando que *yo* tengo que maquillar *a una muerta*? ¿Te has vuelto loco?

—No te será difícil, nena. Está fresca como una rosa. Su hija se empeña, querida. Dice que las pompas fúnebres hacen a los difuntos

unos maquillajes que les dan todo el aire de cadáveres. Y tiene razón. Quieren un especialista.

Quise creer que bromeaba, pero cierto temblor en su voz me advirtió de que aquello iba completamente en serio. La habitación me dio vueltas. Todavía me dolía la cabeza, y las horas que había dormido no habían conseguido que me recuperara del todo.

—Yo no he hecho eso en mi vida, Luis, y no voy a empezar ahora. Pídeselo a Raquel. Está antes en la lista de méritos.

—Ya se lo he pedido… —confesó, con voz desalentada—. No se atreve. Tiene… Le da reparo. Oye, nena, hazlo por mí. Pagan de maravilla y sólo será un momento.

¿De modo que Raquel no se atrevía a maquillar una cara? ¡Ella que tanto presumía de profesionalidad! Sonreí y me mordí los labios.

—¿Cuánto?

La cifra era realmente tentadora. ¿Y por qué no hacerlo, al fin y al cabo? Yo no tenía miedo como Raquel. Me hice de rogar un poco más, pero acabé diciéndole que sí.

—Eres un cielo, nena. Llegarás a donde te propongas.

—No sé si sabré hacerlo, Luisón. Es la primera vez que lo intento.

—No hay nada que uno haga por primera vez. Chao. Paso a recogerte.

Quizá Luis tenía razón. Quizá no iba a ser la primera vez.

III

LA MUERTE SOBRE RUEDAS

AMIGO DEL HOMBRE

LEÍA ENSIMISMADA LAS OFERTAS del satinado catálogo del free-shop de a bordo cuando una gota cayó sobre una de las fotografías, que mostraba un collar de perlas cultivadas extendido sobre un llamativo fondo de raso malva. La tocó cautelosamente con la yema del dedo medio, que luego frotó contra la del pulgar. El líquido verdoso tenía la fluidez casi etérea de los alcoholes. Se olió los dedos: era agua de colonia muy parecida a la que usaba ella misma. Miró hacia arriba. En el compartimento de los equipajes de mano, una nueva gota estaba formándose, a punto de caer como una lágrima.

—Me parece que se ha abierto un frasco de la bolsa de aseo —dijo a su marido, que trataba de concentrarse en la lectura de la prensa como remedio contra el malestar que le producía el vuelo. Eso, al menos, creía ella entonces; en realidad, pensó más tarde, debía de tener la mente ocupada en pensamientos que no podía compartir con ella.

El marido se desabrochó el cinturón de seguridad suspirando, se puso en pie y abrió el compartimento de color marfil. En efecto, la bolsa rezumaba. Al descorrer la cremallera, comprobaron que el tapón de un frasco se había desenroscado. Ella no lo volvió a guardar allí. En previsión de que volviera a ocurrir, se lo metió en el bolso. El olor era fuerte y seco, casi picante, de hierba bajo un sol de verano.

Más tarde, cuando se dirigían a recoger el equipaje de la cinta transportadora, vieron un par de apuestos policías con perros y se miraron sonriendo. No tenían nada que temer. Antes, cuando eran muy jóvenes, se habían arriesgado a veces a llevar encima algo para consumo propio, apenas una barrita, pero ya no fumaban aquello, nadie fumaba ya esas cosas. Sin embargo, uno de los perrazos se puso en guardia, se dirigió hacia ellos con gran seguridad, tirando

de su hombre, y empezó a dar vueltas a su alrededor, husmeando impúdico entre las piernas del marido. Luego se acercó a ella y pegó el morro húmedo a su bolso de charol, que al instante se empañó con el vaho de su aliento. En los ojos del policía se encendieron luces de colores. Aunque parecía un tipo serio y bien educado, no pudo evitar que se transparentara su satisfacción por el hecho de haber dado con algo después de una mañana de tedio. Una de esas mañanas o tardes o noches en que pasear interminablemente al perro por los corredores bajo la luz de neón, además de sumirle en un aburrimiento mortal, le hacía sentirse inútil.

—Hagan el favor de acompañarme —dijo, rehuyendo sus miradas de perplejidad.

No tenía la voz bronca pero cultivada de los policías de las películas y de las telenovelas —esas hermosas voces de los profesionales de la voz—, sino tan corriente, tan real que ella sintió un ligero temor, como cuando descubría un rasgo de profunda vulgaridad en su médico o en su peluquero.

—Pero, oiga… —protestó el marido con la indignación brillándole en los ojos.

Ella no dijo nada: en el fondo, aquel pequeño incidente le divertía. Repasó mentalmente el contenido de su bolso. No porque llevara drogas, desde luego —incluso se había olvidado de coger una caja de Valium y en el avión se había preguntado cómo se las iba a arreglar para conciliar el sueño aquella noche—, sino porque no recordaba si lo tenía en orden, sin pañuelos sucios y cigarrillos rotos. Pero, no. Había estado limpiándolo la noche anterior, justamente en previsión de casos como aquél. Suspiró aliviada.

El policía, siempre empuñando la correa del perro, que seguía olfateando los muslos de la pareja, los condujo entre las miradas curiosas de decenas de pasajeros ante un mostrador, donde un compañero los recibió torciendo el gesto. No dijo ni hizo nada ofensivo, pero en su expresión podía leerse que los consideraba presuntos delincuentes. También a él se le notaba la satisfacción del cazador al que han levantado una presa y está a punto de cobrarla. Ella, sobre todo, lo notó.

En la bolsa de viaje, que el del mostrador escrutó concienzudamente, no había nada sospechoso, ni tampoco en el bolso de ella, que al ver el frasco del perfume campestre y percibir

su aroma, comprendió.

—El perro ha debido de confundirse con el olor de la colonia —apuntó mirando sonriente a los guardias.

Pero el que estaba efectuando el registro no parecía dispuesto a aceptar conclusiones a las que no hubiera llegado por sí mismo. Le lanzó una mirada que la ofendió. Ella sólo pretendía ayudarle, no quería pasar por una sabelotodo, no era su intención enseñarle su oficio, sólo explicarle, porque ellos… Ellos no llevaban nada que pudiera interesarle. No sea usted idiota, amigo; se está confundiendo, está perdiendo el tiempo, pensó.

—Oiga, no nos haga perder el tiempo —dijo el marido como un eco de su pensamiento—. ¿No ve que no llevamos nada?

Pero ya se había puesto en marcha un mecanismo inexorable que afectaba al perro policía, al policía del perro y al del mostrador. Y era difícil detenerlo. El del mostrador volvió a sacar las cosas de la bolsa grande y a examinarlas de nuevo una por una, mientras el perro extendía el cuello y husmeaba con una aplicación y un celo verdaderamente maniáticos. Mi olfato no me engaña, parecía querer decir, he sido escogido entre muchos para este trabajo. El policía extrajo de la bolsa un grueso libro —una novela americana que estaba leyendo el marido—, lo miró, cerrado, por todas sus caras de paralelepípedo, y luego lo abrió, lo hojeó, escrutó la foto de la contraportada. Este tío es gilipollas, pensaron los dos viajeros al unísono. Ella presentía que la ira iba creciendo en el interior de su esposo, pero no podía calmarle con los comentarios irónicos que solían actuar sobre él como un bálsamo. No, porque aquellos idiotas podían tomárselo a mal y ella no deseaba empeorar las cosas, sólo quería que les dejaran marcharse cuanto antes. Necesitaba llegar al hotel y tumbarse un rato a descansar con las persianas echadas y una botella de agua mineral al alcance de la mano. Le dolía un poco la cabeza, tal vez a causa del olor del perfume derramado. «Cedro de Virginia», vaya nombrecito.

El libro que estaba leyendo ella era un ensayo sobre Felicien Rops profusamente ilustrado con sus grabados eróticos. Los dos policías menearon casi imperceptiblemente la cabeza, se miraron entre sí y miraron a la pareja. El perro, por su parte, parecía haber acabado su trabajo y se sentó, jadeando suavemente, con la lengua fuera, a esperar acontecimientos mientras seguía con la mirada el ir

y venir de la gente. Después del segundo registro, todos estaban muy aburridos. Pero ya a punto de dar por finalizada la inspección, el del mostrador pareció asaltado por una idea luminosa y dijo:

—Sáquense lo que lleven en los bolsillos, por favor.

Ella no tenía bolsillos en su vestido veraniego, pero su marido sí. Sacó las miserias habituales: monedas de distintos países, facturas de hotel arrugadas, viejos billetes de metro, carteras de cerillas de propaganda gastadas por el roce, una pequeña agenda, una cajita de pastillas de goma para la tos. En un momento dado, ella advirtió en él un titubeo y, en seguida, una palidez súbita que sólo unos ojos como los suyos, acostumbrados durante años a tener su piel como paisaje familiar, podían percibir. ¿Qué le sucedía? Seguramente nada, pero…

El marido dispuso todos aquellos objetos sobre el mostrador con una simetría que tal vez respondía a un intento inconsciente de darles un aspecto decente, sobre todo la agenda, en cuyas mugrientas tapas se veían adheridas briznas de tabaco y una pastilla de goma escapada de su caja. No puede ser este desorden lo que lo ha sobresaltado, pensó ella. Él ni siquiera se fijaba en esas cosas, y mucho menos se iba a preocupar por lo que pensara un policía sobre la pulcritud de sus objetos personales.

—¿Eso es todo? Pues deles la vuelta.

Él dirigió a su mujer una intensa mirada de soslayo, como si deseara comunicarle algo. O al menos eso pensó ella viendo su frente perlada de sudor. Estaba sofocado. ¿Por qué? No tenemos nada que temer. No llevamos nada. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Cuanto antes lo haga, antes acabaremos.

El marido dio la vuelta a sus bolsillos como se le pedía. Junto con virutas de tabaco, nuevas pastillas para la tos deformadas y polvorientas, y algunas bolas de pelusa del forro, cayó sobre el mostrador aquello. La mujer lo reconoció inmediatamente. En realidad, esperaba algo así. Pero el hecho de esperarlo no aminoró su dolor. La vista de aquel objeto, en el que se encerraba el secreto de una vida que le era ajena, le produjo una impresión tan espantosa, fue tal el cúmulo de sentimientos e ideas que la asaltaron de repente, que creyó morir allí mismo, a los pies del perro. Un perro policía siempre encuentra algo. El agente sonrió por vez primera y les dejó marchar.

LOS OJOS AZULES

EL TIMBRE DEL DESPERTADOR le produjo un ligero sobresalto. Malhumorada, encendió la luz y se dispuso a seguir durmiendo cinco minutos más. A su lado, él se agitó y murmuró algo, pero no se despertó.

Llegó a clase con el tiempo justo. Cuando abrió la carpeta, advirtió que había olvidado los apuntes. No recordaba nada de lo que tenía que explicar aquel día. Muy nerviosa, pero tratando de no perder el control de la situación, guiñó el ojo a uno de los muchachos de la primera fila, tal vez el Representante. El chico subió de un ágil salto a la tarima y se sentó junto a ella. Mejor dicho, en el mismo sillón que ella, que era muy ancho, y empezó a recitar el tema. *Lo haces muy bien, cariño* —pensó, mirando de soslayo aquella boca joven, de la que brotaba un torrente de erudición—, *muy bien. Sigue, sigue, no te detengas*.

Entonces se despertó definitivamente.

Aquel sueño idiota había durado más de media hora. Tenía otra media para arreglarse, coger el coche y aparcar, si quería llegar a tiempo a clase. Se sentía mal. Todo le dolía, especialmente la garganta. «No iré», pensó. Pero hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama tibia y fue alcanzando las prendas que el día anterior había dejado caer sobre una silla. Encontrar un zapato debajo de la cama le costó un minuto y le arrancó un par de maldiciones.

A pesar de que el tiempo apremiaba, extendió sobre el rostro, con mano torpe de impaciencia, una ligera capa de maquillaje, se peinó y se pintó los labios. No había tiempo para más. Tenía hambre y sabía el precio que iba a pagar por comenzar la jornada en ayunas, pero no podía ni hacerse un café. Cogió el bolso, la carpeta y los libros, y salió.

Había que cambiar aquel maldito ascensor. Era una máquina

malvada, que acudía con lentitud exasperante cuando uno tenía prisa y cuyas puertas tardaban una eternidad en abrirse.

El día era oscuro y desapacible. Un viento helado barría las calles todavía dormidas. Y llovía.

Ella era incapaz de soportar que le cayera encima una sola gota, de modo que, aunque tenía el garaje a dos pasos, volvió a subir, a por el paraguas. Cuando iba a abrir el ascensor para bajar, se le cayeron los libros y lo perdió, llamado por algún otro vecino. Se agachó a recogerlos. Una punzada de dolor le atravesó el costado izquierdo al incorporarse. Para no entretenerse más, emprendió el descenso a pie.

A partir del segundo piso la luz no funcionaba, lo cual la llenó de angustia. Bajar unas escaleras a tientas era todavía peor que soportar la lluvia: siempre temía que un abismo se abriera bajo el último escalón. Por otra parte, nunca estaba segura de cuál era el último.

Ante la puerta del garaje, advirtió con horror que había dejado las llaves del coche sobre la consola del vestíbulo al coger el paraguas. No había tiempo de volver por ellas. *Si tomo un taxi* —pensó—, *todavía llego*.

En aquella ciudad, la lluvia hacía desaparecer a los taxis. Tuvo que esperar en la parada por lo menos ocho minutos antes de que viniera uno. Se sintió salvada cuando vio su lucecita verde. La carpeta, el bolso y el paraguas no facilitaron la maniobra de abrir la portezuela y entrar, pero al fin lo logró. El reloj respondió a su mirada inquieta tranquilizándola: llegaría a tiempo.

Su nerviosismo no le impidió darse cuenta de que el vehículo no olía al habitual sudor de pies mezclado con ambientador de pino, sino a tabaco inglés y a cuero. Respiró hondo, reconfortada, y dio la dirección de la Facultad sin mirar al taxista. Se abismó en la contemplación de la marcha de las agujas del reloj. Llegaría, pero tendría que correr un poco cuando el taxi la dejara ante la puerta del edificio, porque para llegar al aula había que recorrer un dédalo de pasillos y subir algunas escaleras. El ascensor no solía funcionar.

Además, ¿llevaba cambio o tendría que soportar la mala cara del conductor si le daba un billete grande? Revolvió las confusas profundidades del bolso, entreabrió el viejo monedero y escrutó en su interior. Llevaba, menos mal.

Cada vez llovía con más fuerza y el tráfico se iba intensificando. Aburrida y nerviosa, miró distraídamente cómo las manos del taxista manejaban el cambio de marchas. Unas manos muy hermosas; algo rudas, pero bien formadas, generosas. Las imaginó recorriendo una espalda femenina y la imagen no chirrió. ¿A quién pertenecían?

El espejo retrovisor le devolvió unos ojos inesperados. Contemplándolos furtivamente, protegida por sus gafas oscuras, se olvidó del tiempo y de la lluvia. Bajo unas cejas rubias fuertemente contraídas, aquellos ojos azules, un poco enrojecidos, intensos, miraban fijamente ante sí, ajenos a ella y al resto del mundo. Ninguno de los taxistas que había visto hasta entonces tenía unos ojos semejantes. Ningún hombre.

La amplia avenida que conducía a la Ciudad Universitaria se hallaba colapsada, tal vez a causa de algún accidente. La lluvia caía con furia, en remolinos, golpeando los cristales y anulando la visibilidad. Si el atasco duraba sólo cinco minutos, llegaría. Su nerviosismo rebrotó, aunque algo dentro de ella había comenzado a poner un poco de orden.

¿Qué ocurriría, en definitiva, si llegaba a clase tarde? Absolutamente nada. Los pocos muchachos que hubieran conseguido llegar aprovecharían su ausencia para tomar un café y charlar. Eso era todo. Ella nunca llegaba tarde. Por un día… Siempre llegaba puntual a todas partes; incluso demasiado puntual. En las citas, generalmente debía esperar.

El coche amarillo que iba delante del taxi avanzaba centímetro a centímetro. Llegó a empujarlo con la mente hasta que la cabeza le dolió. Definitivamente, no llegaría a tiempo. Y, definitivamente, el coche amarillo se paró, y el taxi también.

Qué silencioso era aquel taxista. Eso le gustaba. Odiaba las conversaciones ocasionales sobre el tiempo —y aquélla era una gran ocasión— o los comentarios a lo que decía la radio. Supo que aquel taxi no llevaba la radio puesta cuando una de las bien formadas manos apretó una tecla e hizo saltar una casete, le dio la vuelta y volvió a introducirla en el magnetófono. Sólo entonces tuvo ella conciencia de qué clase de música había estado sonando hasta entonces. Ahora continuaba. Unas melodías que ella desconocía, cantadas con voz cascada, de letra incomprensible.

El parón amenazaba con prolongarse indefinidamente. Hacía diez minutos que debía estar sentada en la tarima ante el micro, explicando las peculiaridades del senado imperial. Respiró aliviada al pensar que ya no tenía arreglo y sus ojos volvieron a buscar la turbia mirada azul en el retrovisor.

Unos ojos tan claros debían de corresponder a un hombre rubio, y al pensarlo desvió los suyos por primera vez hacia la nuca de él. Sí. Era rubio oscuro. Tenía el cabello impecablemente cortado, muy cuidado, brillante incluso a la luz mortecina de aquella mañana gris. La nuca era fuerte pero no brutal, y el cuello bien proporcionado.

Exasperados por el atasco, los otros coches comenzaron un inútil concierto de cláxones. Pero allí dentro reinaban las notas desgarradas de la guitarra y la canción ronca. Vio cómo él sacaba de la guantera un paquete de cigarrillos. Sin volverse, le ofreció uno, que ella rechazó sintiendo que un rubor adolescente le hacía arder las mejillas. Molesta consigo misma, se reprochó dejarse llevar por emociones tan vulgares. La verdad es que deseaba fumar, pero la garganta seguía doliéndole. Aunque hubiera llegado a tiempo, probablemente no hubiera podido dar la clase. Cuando llegara a la Facultad, tomaría algo caliente.

Él fumaba con las manos aferradas al volante, sin quitarse el cigarrillo de la boca. El humo estaba acentuando el delicado enrojecimiento de los ojos y aclaraba su color azul. Ella intentó imaginar cómo sería su rostro. Sólo conocía sus manos, su nuca, sus ojos, su mirada. Se fijó en su cazadora, de excelente cuero. No llevaba anillo de casado ni reloj.

Los cláxones enmudecieron, impotentes. La casete llegó a su fin con un leve chasquido, y él no la renovó. Ella comenzó a ponerse nerviosa de nuevo. ¿Por qué el hombre no decía nada? Llevaban más de un cuarto de hora parados, en silencio. El taxímetro saltaba con enervante regularidad. Marcaba ya una cifra astronómica.

El coche amarillo continuaba parado. Bajó de él una muchacha cubierta con un impermeable rojo, que se quedó inmóvil a su lado, con los brazos en jarras, bajo la lluvia. Evidentemente, no sabía qué hacer. Los cláxones volvieron a sonar y la chica hizo un gesto de graciosa desesperación. El taxista apagó el motor, abrió la portezuela, bajó y se dirigió hacia ella. Hablaron un momento.

Luego, ella entró en el coche, y él lo empujó, para ayudarla a ponerlo en marcha. La pasajera no pudo verle la cara, pero sometió a un riguroso escrutinio su cuerpo. Lo encontró hermoso, armonioso. Empujaba con fuerza y suavidad, como jugando.

Por fin, el coche amarillo arrancó y él volvió al taxi. Cerró la portezuela suave y eficazmente.

Continuaba sin ver su rostro completo. Sólo sus ojos, sus cejas contraídas. Ojos jóvenes y experimentados. Aquellos ojos pensaban. Casi podía oír el rumor de sus pensamientos. Azules, pero no fríos: cálidos, febriles tal vez. Nunca había visto tanta vida concentrada en unos ojos. Probablemente, si llegaba a ver el resto sufriría una decepción. Su boca sería débil o cínica o vulgar. La línea de la barbilla, sin embargo, parecía bien formada, y las orejas eran perfectas.

El taxímetro no se detenía, y ella llevaba poco dinero en el bolso. Pensó en bajarse y continuar a pie, pero llovía mucho y le dolía tanto la garganta que renunció a todo y se hundió más en el asiento. Ahora avanzaban de nuevo, aunque muy lentamente.

—¿Quiere que cortemos por la otra calle?

La voz de él era como sus ojos: llena de pensamientos, aunque dijo tan poco que ella casi no pudo analizar sus calidades. Pero fue suficiente para saber que le gustaba.

—Sí, gracias.

Cambió ligeramente de postura y se vio a sí misma en el espejo. A pesar de la mala noche que había pasado, del somero arreglo y del dolor, estaba bien. Sintió expandirse por el vehículo su propio perfume. A aquellas horas podía olvidar cualquier cosa, pero no aplicarse unas gotas de su perfume, caro como una joya. Estaba tan habituada a él que ya no solía olerlo, pero ahora sí lo notó. O tal vez fuera que leyó en los ojos de él cierto deseo, una admiración furtiva.

Los ojos azules comenzaron a espiarla por el espejo, aunque sin perder de vista la ruta. Ella se sintió incómoda. Le desagradaba profundamente que unos ojos desconocidos la miraran.

Se desviaron por una calle paralela, limpia de tráfico. Para llegar a la Facultad, tendrían que dar un largo rodeo, pero cualquier cosa era preferible al avance lentísimo de antes.

Sí, ella estaba bien, y sin duda él la deseaba. Estaría mucho

mejor en primavera, cuando dejara de dolerle la garganta y durmiera más. Tal vez tendría una pequeña aventura. Pero las aventuras que ella imaginaba eran complicadísimas, nunca un escarceo de taxi. Un ligero escalofrío de repugnancia recorrió su espalda. El nerviosismo anterior dio paso a una especie de envaramiento. ¿Qué se habría figurado aquel hombre? Pero él se limitaba a clavar sus ojos azules en los de ella.

Se internaron por calles que no conocía. Ahora el coche volaba entre rachas de viento que arrastraban trombas de agua. Ella pensó que tal vez un charco los engulliría. Que se ahogarían en el lodo. Y, de pronto, lo deseó: el lodo, él y ella revolcándose en barro, en cieno, en lodo; él golpeándola, mirándola con aquellos ojos azules y rojos; abofeteándola con sus bien formadas manos, sin quitarse el cigarrillo de la boca. ¿Qué podía importar, lloviendo tanto? ¿A quién le importaba nada en un día como ése?

El dolor de garganta estaba desapareciendo, pero la punzada del costado comenzaba a ser tan aguda como una puñalada. Cada vez que respiraba hondo, sentía el dolor trepar por sus costillas como una enredadera. Consultó el reloj por rutina: ya ni siquiera llegaría a la segunda clase, pero qué más daba. Tampoco iba a poder pagar lo que marcaba el taxímetro.

Corrían a toda velocidad por una carretera estrecha, entre campos embarrados y jirones de niebla sucia. Una recta de excelente visibilidad se abrió ante ellos. Vio venir a lo lejos en dirección contraria un camión, pero no hizo caso. Tenía hambre y ganas de fumar. No encontró cigarrillos en el bolso. Le pidió a él.

El hombre, sin apartar la vista de la carretera, sacó la cajetilla y se la tendió por encima del hombro.

—¿Tiene fuego, por favor?

El camión se acercaba. O ellos a él. O es que aumentaba de tamaño, simplemente.

Él se volvió con el mechero encendido, y entonces ella pudo ver su rostro. El impacto que le produjo su visión se superpuso sin confundirse al tremendo choque del camión con el taxi: vivió las dos cosas con total independencia.

UN INSISTENTE REPIQUETEO del timbre del teléfono le sacó de su apacible sueño matutino. Ella estaba todavía a su lado. ¡A aquellas horas! Era una novedad, pero pensó que tal vez se encontraba mal y

había decidido quedarse. Se incorporó y contestó. Alguien se interesaba por ella desde la Facultad: no había acudido a clase y los estudiantes deseaban saber si debían esperarla a la segunda hora. Él no supo qué responder, pero farfulló una excusa, mirándola. Dormía como una piedra.

Antes de decidir si se levantaría o continuaría durmiendo unos minutos más, se inclinó sobre ella para darle un beso. Estaba fría, terriblemente fría e inmóvil. La sacudió ligeramente, luego con furia; la llamó por su nombre secreto; todo fue inútil. Desde donde se hallaba, no podía responder.

LA CHICA DE LA MOTO

BRUMOSA, RICA EN NEGROS PROFUNDOS y brillos centelleantes, la imagen resplandecía. Parecía tomada a través de un velo.

—Ya no hay gente así —pensó Leni, cerrando la revista que había hojeado mientras tomaba el primer café del día.

No se refería a la Dietrich sino al fotógrafo que la había inmortalizado durante el rodaje de *La Venus rubia* mediante fotos fijas. ¿Dónde estaban aquellos artistas, capaces de convertir en polvo de estrellas todo lo que tocaban? Pero no, era el mundo el que se había vuelto insulso y vulgar. Aquel día, ella misma tenía que hacer unos cuantos retratos, y no de diosas como Marlene o Louise Brooks sino del nuevo director del Instituto de Cinematografía y de una periodista que presentaba su primera novela en unos grandes almacenes. ¿Qué podía esperarse de semejantes modelos? Aplastó el cigarrillo en el fondo de la taza y salió. Al bajar por la escalera saltando los escalones de dos en dos, la bandolera de la bolsa negra que contenía la cámara resbaló sobre el cuero de la cazadora y se deslizó por el hombro hasta el antebrazo. Se la subió con un movimiento maquinal que era uno de sus ademanes característicos.

La moto estaba fría y tardó un poco en arrancar. Había llovido durante la noche. El asfalto brillaba. Alcanzó la ronda y no tardó en salir a la autovía. A esa hora el tráfico era denso. Le gustaba sumergirse en él como en la corriente de un río. Negra contra el cielo naranja, apareció tras una curva la torre de la Casa Canela, donde ya debían de estar con los ojos abiertos los hombres y mujeres que cumplían condena o esperaban el juicio. Ella había estado allí hacía un mes cubriendo una visita oficial. Hizo hermosas fotos, que entregó al periódico. Bueno, no todas. Algunas eran para su colección particular. Para una de sus colecciones: la de seres humanos. Tenía otra de animales y una casi secreta, la de los

muertos.

Preparaba una exposición de rostros en la galería de unos amigos. Debía tener listas cien fotos dentro de tres meses. En la cárcel, gracias a que formaba parte de la prensa que acompañaba al séquito, había podido hacerse con la cara de la Caníbal de la plaza de san Justo. Era la mejor de cuantas tenía, con aquel increíble cráneo de líneas exquisitas, una oreja perdida en una reyerta y los ojos como el mercurio. También atrapó el perfil de un tipo que se había cargado a media docena de niñas. Sorprendía, visto en persona, su aspecto rechoncho y bonachón de perro San Bernardo, que en las fotos desaparecía tragado por una especie de oscuridad como un aura siniestra. Ahora se dirigía a un campamento de refugiados, a la caza de algunos ejemplares más, aprovechando que los retratos que le había encargado el periódico para aquel día eran trabajo de tarde y tenía toda la mañana libre para dedicarse a lo que quisiera.

Los encargos que le permitían ir tirando no requerían mucho tiempo ni apenas atención. Era la exposición lo que le preocupaba cada vez más. Al principio tenía las ideas muy claras, pero llegó un momento en que no sabía lo que pretendía. *Rostros*. Aquella palabra había sido de gran ayuda para empezar, pero en realidad no decía nada. ¿Qué rostros?, se preguntaba ahora. ¿Rostros bellos, feos, expresivos, inquietantes; rostros de hombres, de niños, sombríos, luminosos, seductores, odiosos, terroríficos? Además de las tomadas en el penal, tenía un montón de fotos excelentes, unas nítidas y otras difuminadas, unas duras y otras blandas, pero esa misma diversidad constituía una prueba de confusión más que de maestría técnica. Cualquiera podía hacer una foto lenta o usar un difusor. Bueno, cualquiera no. Ni ella ni nadie era ya capaz de producir el fulgor sobrenatural del rostro de Lillian Gish fotografiado por Bitzer, y seguramente no por falta de práctica. Es que las caras de la gente parecían haberse convertido en máscaras de barro, la piel en pellejo, los músculos en carne. Quizá había que sacar partido precisamente de la falta de magia que lo empañaba todo. Algunos compañeros decían que el fotógrafo estaba obligado a dar cuenta del rostro de su época, aunque eso supusiera no captar más que imágenes fragmentarias y azarosas con una Polaroid. No dejaba de ser un criterio, pero ella no lo compartía.

Distraída con estos pensamientos mientras conducía a ciento cuarenta por hora, estuvo a punto de pasarse del desvío que debía tomar para llegar a su destino. La verdad es que no se hacía ilusiones. No sabía si la gestión que había hecho en su nombre su amigo Andrés Brotóns con un individuo conocido como el Rubio, habría dado fruto.

Al parecer lo dio, porque en el cruce la esperaba un joven que debía de ser el Rubio. Iba también en moto, sin casco, con la cabellera de oro al viento como la de un vikingo, y vestido de cuero negro de pies a cabeza.

—Vaya, qué pinta tiene —pensó Leni—. Éste parece ser algo más que un triste pringado.

—¿Eres la fotógrafa?

Leni vio que su pelo no era teñido como había supuesto sino de un rubio pajizo natural. Unas gafas de sol con la montura en forma de antifaz, le tapaban desde las cejas hasta media mejilla.

—Sí, soy la fotógrafa. Me llamo Leni. Tú eres el Rubio, supongo. ¿Te ha dicho Brotóns lo que necesito?

—Por encima, pero ya nos arreglaremos. Lo que está claro es que vale una pasta, y según dice tú estás dispuesta a pagar.

—¿Dónde están ellos?

—En las chabolas, hija. ¿Qué querías, que te los trajera aquí? Venga, en marcha. No vamos a pasarnos la mañana de palique. Sígueme, si es que esa moto tuya puede meterse en estos barrizales. Aquí es donde la espalda de la carretera pierde su nombre y se convierte en un culo mierdoso.

En efecto, al poco rato el asfalto parecía degradarse irremediablemente, como tocado por un dedo del diablo. Leni no recordaba haber circulado por un terreno tan infame en su vida. Rodearon enormes montones de basura de un vertedero municipal, un cementerio de coches, atravesaron campos baldíos con la tierra empapada por la lluvia de la noche anterior, y por fin divisaron el campamento.

—Están algo nerviosillos —dijo el Rubio—. Tienen una semana para largarse de aquí, pero nadie les ayuda a encontrar otro sitio, pobres desgraciados. Por cierto, fotógrafa, la pasta por adelantado. Yo le daré su parte a Nicolae Cuza. Vamos a parar aquí, que a esta gente no le gusta que entremos con las motos en su territorio.

Se detuvieron junto a lo que parecía ser la puerta de una valla improvisada con postes desiguales y tela metálica. Si alguna vez aquello había servido para encerrar algo, a juzgar por los boquetes era evidente que ya no estaba en condiciones de nada por el estilo. Leni sacó un sobre de un bolsillo de su cazadora y se lo tendió al Rubio. Se había quitado el casco y el pelo le caía sobre los hombros como a él. El Rubio alargó la mano para cogerlo y lo tomó con un tirón brusco, que a ella le recordó el movimiento de una serpiente picando a una presa. Sujetando la moto entre las piernas, el joven contó los billetes, volvió a meterlos en el sobre y lo hizo desaparecer en el interior de su chupa.

Tras dejar las motos al cuidado de un niño que se ofreció a ello a cambio de un cigarrillo, caminaron entre chabolas del poblado que había crecido alrededor de una fábrica de cerveza abandonada. Los refugiados las ocupaban provisionalmente desde hacía ya dos años, en espera de que su situación se arreglara. Los terrenos eran del Ayuntamiento, que pensaba aprovechar parte de la estructura de la fábrica para levantar un polideportivo, limpiar el solar de casuchas y unirlo con la carretera por medio de un camino asfaltado. Pero para eso era necesario librarse de aquella invasión de descamisados que pretendían huir de la miseria y la violencia por el procedimiento de aquí estoy y aquí me quedo.

—¿Qué hay en la fábrica? —preguntó Leni al Rubio.

—Un almacén clandestino. Esta gente se gana la vida como puede. La necesidad enseña mucho: en su tierra, antes del escape de la central de Arda, destripaban terrones pero aquí se han hecho chatarreros. Ahí dentro guardan y clasifican la quincalla, y hasta arreglan cosas para usarlas ellos mismos.

—Me gustaría hacer algunas fotos.

—Ay, ay, ay. Ya sabía yo que te ibas a poner pesada. Estaba cantado. Pero, vamos a ver, ¿lo tuyo no eran caras de gente? Ya te llevo yo donde las hay, mujer. Ahí dentro no vas a encontrar nada más que unos cuantos tíos trajinando con bidones y carcasas de electrodomésticos. No es interesante.

—Yo decido lo que es interesante y lo que no. Para eso pago.

—Ah, eso es otra cosa, reina. Si pagas, bien. Porque habrá que pagarles.

—Ya te he pagado a ti.

—Has pagado para que Nicolae Cuza se deje fotografiar con su familia. Ése fue el trato con Brotóns. Esto es diferente. Estos tíos no tienen nada que ver con Cuza ni conmigo. De haber sabido que te interesaban, me los habría trabajado, pero ahora no hay tiempo, y si te ven muy interesada abusarán.

—Ajá, con que era eso. No tienen nada que ver contigo… —protestó Leni—. Déjame. No creo yo que para hacer un par de fotos se necesite tanta historia.

Se soltó de la mano del Rubio, que la había cogido del brazo para impedirle el acceso a la fábrica y entró a grandes zancadas, mientras descorría las cremalleras de la bolsa de nailon y sacaba la cámara. El joven se quedó fuera.

—Haz lo que quieras, pero no tardes. Cuza nos está esperando —gritó.

—Que espere. En el sobre que te he dado hay buenos motivos para que tenga paciencia.

La nave estaba arruinada pero era hermosa. Tenía las paredes de ladrillo rojo, la parte superior de los muros cerrada por varias hileras de baldosines de vidrio y la techumbre sostenida con tirantes de hierro. La luz de la mañana penetraba ya a raudales por los huecos. Brillantes partículas de polvo flotaban en los rayos de sol contra fondos aterciopelados de sombra. Con el torso desnudo, los hombres se afanaban entre montones de hierros retorcidos, chapas, rollos de alambre y barras de metal que parecían una amenaza constante para su blanca piel sin protección. Cada movimiento producía un gran estrépito, pero Leni estaba tan fascinada por lo que veía que sólo oía el chasquido del obturador y el arrastre de la película. Se olvidó del mundo. Ni siquiera se le ocurrió pedir permiso o, al menos, saludar a los hombres. Uno de ellos se quitó la gorra y le dio los buenos días.

—Hola —dijo ella—. No les importará que haga unas fotos, ¿verdad?

—¿Es usted del Ayuntamiento?

—No, amigo. No se preocupen. No tengo nada que ver con el Ayuntamiento ni con el polideportivo ni con nada por el estilo. Por mí, pueden seguir trabajando aquí todo lo que quieran, que yo no les molestaré.

—¿Tampoco es de ningún periódico?

—Sí, pero ahora, no. Estas fotos las hago para mí.

—Pues es una lástima. Aquí no estamos por gusto, ¿sabe usted? Nos vendría bien un poco de propaganda para salir de esta situación. Los periódicos nos han abandonado. Al principio salíamos incluso demasiado, hasta hicieron un reportaje para la televisión, pero luego nada. Ya no se acuerdan de nosotros. Nos van a desalojar sin que nadie mueva un dedo, precisamente ahora que habíamos llegado a un acuerdo con los gitanos y empezábamos a ganarnos la vida con la ferretería.

Era una pena, verdaderamente. Leni asintió con la cabeza y en seguida se alejó en pos de un efecto de luz que no tenía nada que envidiar a los conseguidos por Eduard Tissé cuando rodó *La Huelga* para Eisenstein. Sólo que allí no hacía falta calcular los efectos de las luces de arco ni las de vapor de mercurio; allí la ruina y la mañana soleada proporcionaban, si bien sólo por unos instantes, una atmósfera ideal. Había que aprovecharla. «Les regalaré un paquete de tabaco —pensó—. Tengo uno sin empezar». Pero luego le dio apuro y no lo hizo, y salió un poco cabizbaja por haberse aprovechado de aquel espacio mágico, habitado por pacíficos titanes chatarreros, sin decirles ni adiós. Así era el arte.

No había nada comparable al calorcillo de felicidad que le proporcionaba el hecho de llevar algo realmente bueno en el primer rollo del día. El Rubio volvió a tomarla de un brazo, incluso la zarandeó.

—Estamos perdiendo el tiempo miserablemente, sobre todo yo. No tengo toda la mañana, tía.

—Vale, hombre, ya he terminado. Vamos.

No tardaron en hallarse en el corazón mismo del poblado. Tras las cortinas que cerraban las puertas de las chabolas asomaban ojos curiosos y algunas cabezas de niños con gorritos de punto. Una vieja de negro pasó haciendo rodar un neumático, ayudada por unos mocosos, y chicas con las mejillas rojas como manzanas transportaban en cubos de plástico tuercas oxidadas y espirales de cobre. Leni hizo algunas fotos sin dejarse intimidar por las maldiciones y blasfemias del Rubio, que al fin consiguió llevarla ante Nicolae Cuza. Éste tenía unos cuarenta años y un aire simpático y resignado. Era el líder. Vivía con su familia en una chabola construida con uralita sobre lo que quedaba de una de las

casitas de los antiguos cerveceros. Su mujer, Iula, vestía pantalones, un jersey y un anorak de color lila, y llevaba el pelo largo, recogido en una trenza. Unos bonitos pendientes de oro adornaban sus orejas. Dijo a Leni que eran los de su boda. Era muy guapa y sonreía continuamente. También lo eran sus hijos, dos mocetones rebosantes de salud.

Leni estaba sorprendida. Aquello no era miseria ni era nada. Ella había venido a fotografiar esqueletos con ojos de fuego y allí sólo se veía gente con pinta de campesinos, pero nada más. Ninguna de sus caras valía para la exposición. No hacían juego con las que ya tenía. Menos mal que los hombres de la fábrica habían servido, aunque sólo sus cuerpos. Los rostros le habían pasado desapercibidos, en parte debido a que las espesas sombras acuchilladas por la luz los fundían con el escenario. De todos modos, hizo algunas fotos mientras bebía la cerveza que le ofreció el señor Cuza y comía algunas aceitunas insípidas y patatas fritas revenidas, que sacó la mujer en un plato de duralex. Al mirarla no podía dejar de pensar que aquella cara redonda de ojos como pepitas de sandía debía de ser preciosa si se le sabía dar un sentido que la relacionara con la no menos bella de la Caníbal, pero ella no sabía cómo hacerlo ni a quién recurrir para que la enseñara.

ACCEDIÓ A ALMORZAR CON EL RUBIO en un bar de la carretera. También ella estaba hambrienta y no tenía nada que hacer hasta las cuatro.

—Estoy decepcionada —comentó—. Me habían hablado tanto del poblado y del tal Cuza que me hice ilusiones, pero la verdad es que no se diferencian de mi propia familia del pueblo, y así no hay quien haga nada que valga la pena.

—¿Y qué esperabas? ¿Al hombre lobo y su camada de monstruos? —replicó el Rubio sacando un cigarrillo del paquete que Leni había dejado sobre el velador, el mismo que ella debía haber regalado a los de la fábrica—. Claro que si quieres auténticos desgraciados, escoria total, déjalo de mi cuenta. Puedo proporcionártelos, ahora que ya sé para qué los quieres.

—¿Ah, sí? ¿Para qué te imaginas que los quiero? —preguntó ella, burlona pero también excitada, como si se hallara ante una respuesta inminente a las preguntas que la atormentaban.

—Si voy a darte ideas, te costará el doble. Pero, vale, te lo diré porque te veo un poco perdida y me caes bien. Creo que vas en busca de cosas raras, esa basura que tanto le gusta a la gente. El morbo, tía, el puto morbo.

—¿Y qué es para ti el morbo?

—Pues, por ejemplo, algo que vi hace poco en la portada de un diario. La cabeza cortada de un negro puesta encima de una mesa en medio de la calle. A los lados estaban de pie un par de chavales muy sonrientes mostrando al fotógrafo el machete con el que habían decapitado al pobre gilipollas. ¿Es eso lo que te va? ¿La mierda *gore*, que parece menos *gore* si alrededor tiene letra impresa que hable de guerras o terroristas? Yo creo que es eso, y claro, Nicolae Cuza es otra historia. Lo entiendo. Tampoco a mí me atrae demasiado su jeta ni el aire bobalicón de su familia, pero tú sabrás.

A ver si iba a ser eso. A ver si el primer rostro de la exposición, aquella mirada loca de la Caníbal, esa boca carnicera, era mierda *gore*. A ver si todo lo demás iba a tener que ser como aquello y por eso las caras limpias y saludables de los refugiados no servían, después de la pasta que había tenido que soltar para conseguir que el Rubio la condujera hasta ellos. En tal caso estaba perdida, efectivamente, porque la mayor parte del material no respondía a ese criterio y el tiempo se echaba encima. Y no había tanto *gore* en aquella ciudad como para que pudiera ser arrancado de donde creciera y colgado de las paredes grises de la galería El Globo de Nadar en la cantidad necesaria.

Por un momento vio el cielo abierto: podía echar mano de la colección de muertos que ya tenía, pero iba a resultar un pegote. Además, aquellas imágenes no eran fotos frescas. Las había sacado de libros y otras publicaciones para su disfrute personal y el de sus amigos los viernes por la noche, cuando organizaba en la sobremesa pases de diapositivas raras o muy fuertes. Ellos no se cansaban de admirar la instantánea de Marilyn tomada tras la autopsia o el retrato fúnebre del pequeño difunto sentadito en el regazo de su padre, ambos posando endomingados y formales, o el falso cadáver de Sarah Bernhardt en su ataúd *art déco* entre lirios y nenúfares como una Ofelia decadente pintada por Rossetti. Había también un adolescente rumano de turbadora belleza, con el tórax abierto y recosido con gruesas puntadas que parecían dibujar una cremallera

desde el cuello hasta el pubis. Pero la estrella de aquel montaje de atracciones era la niña Rosalba, que reposaba embalsamada en la cripta capuchina de Palermo desde hacía más de ochenta años, fresca como una flor y hasta un poco sudorosa, con el suave pelo castaño adornado con un lazo amarillo.

Cuando tanta belleza y tan abyecta empezaba a hastiar a los presentes y un ensueño como de miel borraba los matices de los horrores y convertía la crueldad en una placidez sin límites, ya en la frontera del aburrimiento, venía el plato fuerte: las fotos del *Suplicio chino de los Cien Pedazos*, pirateadas de un libro de Bataille. Nunca dejaban de hacer su efecto. Eso sí que era *gore*, compañeros. Eso golpeaba más, y con golpes más bajos, que la cabeza del negro sobre la áspera mesa de cocina en la foto de prensa de la revuelta zaireña. ¿Por qué? No sería por nada relacionado con el efecto de realidad, ya que ambas eran tomas directas sin trampa ni cartón. Sin duda había algo más, y ella se preguntaba el qué, porque, fuera lo que fuese, se relacionaba con sus problemas para definir el criterio que debía presidir y dar cuerpo a la exposición y consagrarla ante sus enemigos, y sobre todo ante sí misma, como una creadora, en un momento en que temía que lo suyo fuera simple cabezonería de aficionada.

El Rubio la miraba irónico, como si pudiera leer los pensamientos que estaban cruzando por su mente a toda velocidad. Era guapo, aquel demonio roquero con colmillos de animal de presa. Guapo y presumido. Todo estaba calculado en su indumentaria: la camiseta negra con la cornuda calavera heavy fosforescente, muñequeras como collares de perro, el cinturón tachonado de puntas de acero, los pantalones negros ceñidos a los potentes muslos, las botas militares, que descansaban en la silla más cercana siempre que podían. Seguro que dedicaba a su pelo más atención que una mujer. Lo llevaba largo, cuidadosamente trabajado por alguna hermana o amiga peluquera de barrio, con un par de mechones de color malva. Tenía bonita sonrisa y un diente partido que acentuaba su gracia arrabalera, pero su manera de hablar era inculta y cruel como la del pueblo llano. Y seguía con las gafas puestas. No se las había quitado ni para comerse la hamburguesa. Su peculiar atildamiento no incluía una limpieza como la que se estilaba en el mundo de ella, pero no importaba,

porque la mugre de su piel y de su ropa parecía aumentar su atractivo. No llegaba a ser la suciedad noble del viajero, pero tampoco tenía nada que ver con la cochambre de la miseria. Era roña de pirata suburbano, como la de los estudiantes okupas del barrio de Sederos, que se duchaban en sus casas antes de acudir a las ruinas del casco antiguo a hacer la revolución.

—Cuando quieras, te acompaño —dijo mirándola con expresión seria quizá por primera vez.

—Pero, ¿adónde? ¿Qué es lo que propones, exactamente?

—Una excursioncita nocturna, mujer. ¿Sabes cuántos mendigos y yonquis amanecen muertos por ahí? Te sorprenderías.

—¿Insinúas que habría que matar a la gente para conseguir lo que se supone que yo quiero? —replicó ella, tratando de dar a sus palabras un tono irónico que, en seguida se dio cuenta, era improcedente. El Rubio no hablaba en broma. Había puesto la proa hacia un posible negocio, y era todo seriedad y competencia.

—Que no, tía, que no. No lo pillas. Parece mentira, con tanta cámara y tanta leche. Se trata sólo de ir a donde están y sacar las putas fotos. Si quieres caras que den repelús, tienes que dejarte de chorradas. Caras espantosas las hay a montones, pero hay que saber dónde encontrarlas. Y yo lo sé. Aprenderlo me ha costado muchos *masters*, así que no es gratis, pero te haré un precio de amigos.

—Lo pensaré —dijo Leni—. Ahora tengo que irme. Empieza mi jornada laboral.

Se levantó de la silla y se agachó hasta la altura de la cara del muchacho para darle un beso en la mejilla. Se sentía osada. Pero él le volvió la barbilla con el dorso de la mano, pegó su boca a la de ella y le metió la lengua hasta la garganta mientras le apretaba un pecho por debajo de la cazadora. Caray. Leni tartamudeó al decirle adiós, tropezó con una mesa y todavía le palpitaba el corazón cuando puso en marcha la moto.

A JUAN MANUEL CIOMPI le gustaba ser el primero en llegar al lugar de la cita, para tener tiempo de trabar contacto con el entrevistado antes de que apareciera el fotógrafo con toda su parafernalia y les distrajera. Con Leni la precaución era inútil, porque la chica procuraba mantenerse en la invisibilidad y el silencio mientras se esforzaba por sacar partido de los ademanes y gestos del personaje

sin interferir en la marcha de la entrevista. Al menos eso pensaba ella. Pero lo cierto es que cuando llegaba agitando la melena de fuego, con el casco en una mano y la bolsa de las herramientas en la otra, enfundada en sus cueros negros, algo menos erótica que el Rubio pero casi tanto como él, el entrevistado sufría una distracción inevitable y el trabajo de Ciompi, o de quien fuera, se resentía durante unos momentos.

Ciompi era un hombre de peso en la redacción del diario. No solía abandonar su despacho a no ser por una buena razón. Cualquier pardillo que se creyera con patente de corso en las aguas turbias de la cultura suspiraba por ser entrevistado por él, a pesar de que el veneno que el sujeto destilaba era suficiente como para emborronar la entrevista y dejar al entrevistado en paños menores. Pero, en fin, era un lujazo que condescendiera a salir de su caparazón o que su jefe —pues hasta Ciompi tenía jefe— se lo ordenara de una forma que no admitiera delegación ni remoloneo. Por eso, cuando Leni supo que Ciompi en persona iba a entrevistar al nuevo director del Instituto Nacional de Cinematografía, llamado por sus enemigos Copito de Nieve y por el resto de los mortales Cándido Mur, tuvo a éste por persona muy principal. Al aparcar la moto junto a su casa, su previsión se vio confirmada, porque Mur vivía en uno de los edificios con más solera —puro estilo Sezessión— y mejor situados del Ensanche, con un ascensor de cristales biselados provisto de un banco tapizado de terciopelo granate por si alguien se fatigaba durante su trayecto de cuatro pisos, o quizá para preparar psicológicamente al visitante y advertirle con discreción de que allí había que seguir un mínimo de etiqueta si no se quería pasar por el primo de la cocinera.

La criada que abrió la puerta a Leni, tras escrutarla con rapidez y eficiencia mientras ella se identificaba como la fotógrafa del Mercurio, le franqueó la entrada al tiempo que una señora bien vestida y algo marchita asomaba por el otro extremo del pasillo. Esta dama, dotada de una terrible naturalidad, acompañó a la joven con muchos arrumacos en señal de confianza, como si se conocieran de toda la vida, hasta un despacho grande y claro donde Ciompi se hallaba sometiendo a interrogatorio al flamante Director.

Estaban sentados en un tresillo tapizado de damasco rojo. De las paredes colgaban cuadros regionalistas cuyo autor había tratado de

compensar la falta de inspiración con una gran generosidad en la aplicación de materia brillante y pastosa sobre el lienzo. Dos de ellos representaban algo relacionado con pescadores, y había uno habitado por muchachas ataviándose para una fiesta con mantillas y peinetas. Como de costumbre, el reportero ni siquiera miró a la fotógrafa: se limitó a lanzar un suspiro de fastidio como todo signo de reconocimiento. Pero Mur, al que no llamaban Copito de Nieve sólo por incomodarle con sugerencias zoológicas, pues su espesa cabellera, que nacía muy cerca de las blancas cejas, tenía el resplandeciente candor de las nieves eternas, se levantó del sillón y estrechó calurosamente la mano de la «señorita», mientras la señora le servía una taza del café que humeaba en una cafetera de porcelana sobre la mesita auxiliar.

Las miradas de los hombres no tardaron en advertir a las mujeres que no siguieran por el camino del pavoneo y la frivolidad e hicieran el favor de dejarles trabajar. La dama, experta en interpretar ese tipo de señales de su esposo, se esfumó sigilosa como un gato, y Leni puso manos a la obra porque tampoco ella estaba en condiciones de perder el tiempo con bobadas.

De pronto se dio cuenta de que el rostro de Ciompi era digno de figurar en su exposición. Jamás había reparado en él desde ese punto de vista. Ésa sí era una cara con… ¿con qué? Con lo que fuera. Ya lo averiguaría más tarde. Por el momento tenía que hacerle cuantas más fotos mejor. Y se las hizo sin problemas, porque Ciompi y Mur estaban enzarzados en un intrincado toreo de salón que debía dar por resultado, por parte de Ciompi, un claro mensaje dirigido a los ciudadanos: el de que aquel tipo era un completo incompetente para el cargo, incapaz de llevar a cabo la tarea que se le encomendaba, y que no tenía ni idea de cine aunque hubiera fundado el cine club Pudovkin treinta años atrás en el salón de actos del Colegio Oficial de Dentistas, así como la revista *Play It Again*, que duró tres números contando el cero. El Director del Instituto de Cinematografía, por su parte, se esforzaba por dar de sí mismo una imagen de hombre de miras amplias, liberal, conocedor de las cosas del mundo y buen gestor, como lo probaba su trayectoria al frente de la Sociedad de Amigos del Consorcio de Institutos Culturales, donde había pasado de tesorero a presidente por decisión de la Directora General de Folclore y Espectáculos,

gran amante del cine, como Goebbels y Andreotti.

Todo aquello a la fotógrafa no sólo le traía al fresco sino que ni se enteraba de la conversación. Bastante tenía con hacer retratos interesantes de Ciompi fingiendo que fotografiaba a Mur, y con hacer algunos a Mur sin que se notara que los enfoques saltaban de un sitio a otro en frenético plano-contraplano. Cuando creyó tener bastante de todo, disparó un par de fotos de seguridad y se largó sin apenas despedirse y sin que nadie hiciera nada por retenerla.

Normalmente llevaba el negativo al periódico y lo revelaba allí, o si había prisa se lo entregaba a alguno de los fotógrafos, pero aquel día prefirió enfilar hacia su casa y llevar luego al Mercurio los retratos del entrevistado, porque tenía que separar los que correspondían a su propio e improvisado modelo, el reportero Ciompi, para evitar chismorreos. Cuando estaba metiendo la llave en la cerradura del piso cayó en la cuenta de que el rostro de éste no era precisamente una cara que fuera a pasar inadvertida a la gente que visitaría la exposición, en gran parte fauna plumífera que lo conocía personalmente. Si quería colgarla de la pared, tendría que pedirle permiso. Se lo pediría. No creía que a aquel engreído le importara, sino todo lo contrario, aparecer en hermosas ampliaciones con aquella cara de ángulos tan nítidos que parecía dolerle y con los ojos profundos como pozos. Claro que el rictus tirante de la boca revelaba algo no muy agradable, pero ya se sabía que la cámara solía poner de manifiesto cosas que habitualmente permanecían ocultas. Lo mismo pasaba con los pinceles de los grandes retratistas, como había podido comprobar Inocencio X cuando Velázquez le dejó ver por fin su imagen. Nadie tenía por qué escandalizarse y menos el modelo.

Aquello no era problema. Sí lo era, por el contrario, el hecho de que ninguna de las instantáneas que había hecho a Cándido Mur hubiera salido bien. Ni una sola, como si un duende hubiera jugado con ellas.

Ignoraba qué había sucedido y no sentía demasiada curiosidad al respecto, sólo fastidio y algo de preocupación. ¿Cómo iba a presentarse con las manos vacías ante Ciompi? Se iba a enfadar y era capaz de hacer que rescindieran su ya de por sí escuálido contrato, pero, de todas formas no se podía hacer nada y además todavía le faltaba cubrir la presentación de Teresi Marchante,

redactora de sucesos que acababa de publicar su primera novela, una historia de amor ambientada en la Transición y titulada algo así como *Los años agridulces*. Como no se diera prisa, no llegaba. Volvió a coger la moto y salió pitando rumbo a los grandes almacenes donde iba a tener lugar el acontecimiento. Haría unas cuantas fotos y en seguida pondría proa al Mercurio para explicar a Ciompi la extraña desaparición del careto de Copito de Nieve. Las fotos de Teresi Marchante podían revelarlas en el periódico.

Llegó justo a tiempo de ver cómo se formaba en un rincón de la segunda planta la mesa de la presentación, en un pequeño escenario sugerido por tres paneles con el anagrama de la editorial y fotos de la autora. En el centro se sentó la Marchante. Era una mujer cuarentona delgadísima, con el pelo planchado, largo, recién teñido de un rico castaño al que las lámparas halógenas arrancaban mil matices, del cobre al oro viejo. Vestía un traje de chaqueta gris perla y una blusa de seda blanca. Pequeños diamantes que brillaban en sus orejas y en sus dedos fascinaban al contemplador como luciérnagas en la noche. Se parecía vagamente a las fotos de sí misma que tenía detrás, que eran todo un poema de *glamour* poco pasado de rosca. Seguro que para tomarlas habían utilizado filtros, vaselina, sombrillas, pantallas reflectoras y quién sabe qué otros artilugios, gracias a los cuales consiguieron borrar del rostro cualquier arruga, sombra o rictus. Además en las pupilas había unos desvergonzados puntos de esplendor pintados con tinta blanca para hacer que los ojos centellearan. Leni pensaba que las que hiciera ella no iban a ser tan favorecedoras y se recreó en la idea de sacarla tan fea como pudiera y hasta de quitarle su indudable atractivo de mujer araña. Observó atentamente su cara para averiguar cuál era su lado peor y supo en seguida que era el derecho, pero en ese momento se preguntó a sí misma las razones de su inquina, y como no encontró ninguna, dejó de maquinar planes diabólicos y se entretuvo observando al resto de la mesa.

A un lado de la autora se sentó un hombre no muy joven, el típico individuo que relaciona estrechamente posmodernidad con hipermercado, y libertad con patente de corso. Llevaba chaqueta y camisa negras y un broche de esmalte del ratón Mickey en la solapa que lanzaba destellos de colores. Era el editor. Alguien acompañó y acomodó al otro extremo de la mesa al mismísimo Copito de Nieve,

Cándido Mur en persona, con su gran humanidad, su cabezón florido, su papada, su sonrisa que dejaba ver dos sartas de dientes perfectos, de la mejor porcelana odontológica. Él era el presentador entusiasta, a falta del titular, el historiador Marino Marinero, que se había extraviado en el aeropuerto y había perdido el vuelo. Leni suspiró aliviada. Tenía una nueva oportunidad de retratar a aquel tipo. Quizá bajo aquellas luces, diferentes a las de su casa, lograra atraparle. De todas formas iba a usar el flash para asegurarse, y haría unas con teleobjetivo y otras sin él. Y así lo hizo. Fotografió a Teresi Marchante y a Cándido Mur e incluso al editor Nino Raleigh por separado, porque su cara no estaba del todo mal, con aquel flequillo que no hacía juego con los rasgos maduros y aquella afectación tan bien llevada. Sí. Quizá para la exposición… Hizo un par más. Aquel tipo realmente estaba bien, pero que muy bien. Y luego unas cuantas del conjunto de la mesa. Cuando se disponía a salir le tocaba el turno de réplica protocolaria a la autora, que agarró el micrófono con ambas manos como si quisiera estrangularlo y se lanzó sin red al proceloso mar de los topicazos.

NI EL FLASH NI LA FALTA DE FLASH, ni las cubetas ni la ampliadora ni los líquidos reveladores tenían la culpa de que Cándido Mur siguiera sin impresionar adecuadamente la película. Las diferentes tomas de su rostro tenían más o menos la misma definición que las caras de Bélmez. Y lo malo no era eso, que parecía ya una costumbre y casi formaba parte de la naturaleza de las cosas. Lo grave era que a Teresi Marchante le afectaba también aquella especie de fotogenia negativa, o sea, que salió movida, oscura y quemada en todas sus fotos menos en las de conjunto, donde apenas se la reconocía. El fotógrafo del periódico se lo hizo saber a Leni no sin cierta maligna delectación. Era de los que no comprendían por qué demonios se contrataba a mercenarios habiendo fotógrafos de sobra y mejores en plantilla. Ciompi dio por bueno uno de los lejanos planos generales de Teresi Marchante en la mesa, murmurando que aquella oportunista no merecía nada mejor, pero su reacción al saber que no había fotos aceptables de su propia entrevista a Cándido Mur no fue tan flemática. Se puso a gritar improperios a Leni en mitad de la redacción, delante de todo el mundo.

—Tanto picado y contrapicado, tanto contraluz y tanta tontería para esto, para que las cosas no salgan en el encuadre. La señorita García no puede encuadrar y disparar, no, tiene que hacer cavar un foso delante del modelo como la Riefensthal, tiene que convertir un simple retrato de prensa en un Sartov, tiene que emular a Rembrandt, a Karl Freund, a Toland… Esto es un periódico, hija. Aquí el arte interesa hasta cierto punto. Lo importante es que el artículo sale mañana y no tenemos las malditas fotos.

Y tan malditas. Leni procuró conservar la calma. No dijo una sola palabra. En ese momento, lo único que tenía claro era que no pensaba volver al periódico. Quizá ni siquiera haría la exposición. ¿Para qué? Debía cambiar de oficio ahora que todavía era joven, si no quería exponerse a que un majadero amargado como aquél estuviera en condiciones de insultarla cuando le diera la gana.

Estaba poniendo en marcha la moto cuando otra frenó a su lado y una sonrisa floreció junto a su rostro, enmarcada por la aureola de una melena clara iluminada desde atrás por un anuncio luminoso.

—¿Qué haces tú aquí?

—Algo me dijo que podías estar en apuros. Te vi muy nerviosa esta mañana, y cuando uno está nervioso le parece que todo se va a ir al carajo —respondió el Rubio.

—Tengo prisa. Me han despedido y debo encontrar mi camino en la vida cuanto antes. Hoy mejor que mañana.

—Si quieres, te ayudo. Por un poco de pasta puedo meterte en todo el mogollón, ya te lo dije.

No perdía nada probando, quizá algo de dinero, pero eso era lo de menos. El dinero no le preocupaba.

Dejaron la moto de Leni aparcada y se adentraron juntos en la oscuridad con la del Rubio.

SE DETUVIERON EN UN CALLEJÓN iluminado por un letrero intermitente de neón rosa y verde, en el que se leía Cinema Versalles. El Rubio sacó las entradas con un billete que pidió prestado a Leni. Cuando entraron, las luces de la sala estaban apagadas, no había acomodador ni se veía nada, aunque la película se oía. Habían entrado por una puerta situada bajo la pantalla. Avanzando en la oscuridad, Leni tuvo la impresión de que podía pisar un hoyo, caer desde una altura inmensa y reventar contra un suelo de piedra. Por

un momento perdió al Rubio, que iba delante de ella, pero en seguida le oyó chistar para atraer su atención. Se había sentado y la llamaba. Ahora veía la pantalla, la tenían enfrente. Tuvo que pasar por delante de unos zopencos devoradores de palomitas, que no le facilitaron en absoluto la operación. Pisó un pie y oyó un improperio grosero que le encendió la sangre, pero no hizo caso. Lo primero era acomodarse. Cuando lo logró, empezó a percibir con más fuerza un hedor que ya había notado al entrar, un olor apestoso, entre rancio y podrido, que flotaba como una capa de niebla en la pesada y gélida atmósfera de la sala. Podía soportar cualquier cosa menos un ambiente como aquél, en el que parecía estar corrompiéndose un pulpo gigante en alguna parte. Con la humedad debía de haber florecido el revestimiento de las paredes y la moqueta del suelo. Pero había algo más, un fondo agrio y oscuro que recordaba esa grasa hedionda que cubre el caparazón de las cucarachas, haciéndolas brillar como zapatos recién encerados.

Los cuatro gatos que asistían a la proyección no permanecían quietos. Entraban y salían continuamente, perdiéndose tras una cortina de terciopelo tan gruesa y pesada que parecía de cartón piedra. En la pantalla transcurría *Paseo con un zombi* sin que, al parecer, nadie prestara demasiada atención a sus raras peripecias.

—¿A qué se debe tanto trasiego de gente? —preguntó Leni al Rubio.

—Trapicheos diversos. Hay maricones viejos que entran y salen de los lavabos, sobre todo, y además venta de papelinas. Tú tranquila, que no va contigo. No te preocupes.

—No, si a mí no me importa —replicó—. Es pura curiosidad. No conocía este cine. Huele mal y hace un frío del carajo.

—Creí que los fotógrafos teníais más paciencia. Os las dais de aventureros y siempre decís que daríais la vida por una buena instantánea, ¿no?

—Sí, pero es mentira. Yo no daría mi vida por nada.

—Pues el alma —replicó el Rubio con sorna.

—El alma, para lo que me sirve…

—¿Venderías el alma al diablo?

—En caso de que fuera posible, quizá sí.

Leni se concentró en la película. Aunque la había visto un par de veces, nunca llegó a entenderla completamente. Siempre se le

escapaba la causa de la zombificación de unos y otros. En realidad no sabía quién era el zombi al que aludía el título. ¿El negro Carrefour, que parecía tener los ojos pintados encima de los párpados? ¿La enferma que se deslizaba como un cisne? Tampoco tenía claro quién decía haber paseado con él o ella. Parecía ser la enfermera, que en el fondo quería casarse con el señorito y dejar de cuidar mujeres histéricas. Pero en definitiva lo único importante era que el celuloide pancromático demostraba una vez más su capacidad para fotografiar otros mundos, más sutiles y vaporosos que el habitado por el director de Cinematografía Cándido Mur y la escritora de bestsellers averiados Teresi Marchante, y sin embargo rechazaba a éstos por alguna razón misteriosa, como si las sales de plata se negaran a seguir reproduciendo aquellas caras sin rostro. A pesar de lo infame de la copia, de la suciedad de la pantalla y de la degradación del público, allí estaban en todo su esplendor las imágenes de Tourneur, y su magia. Se podía dar el alma por eso. Tal vez él la había dado. En una de sus películas salía el demonio, aunque Leni había leído que fue una imposición de la productora. Él sólo quería fotografiar lo visible. Lo otro, por muy real que fuera, había que dejarlo entre las sombras.

—¡Ahora! —dijo el Rubio cuando ella menos lo esperaba, empujándola para que se levantara—. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Le obedeció ciegamente, muy contenta de que por fin entraran en acción, porque se estaba quedando helada. Se dirigieron por el pasillo lateral hacia la cortina de terciopelo, y se hundieron en sus pliegues, que olían a amoníaco y cerumen. Por delante de ellos corrían varias cucarachas aterrorizadas, bajo la luz amarillenta de un corredor más triste que la muerte. Como si estuviera guiándolos, uno de los insectos, el de mayor tamaño, se metió en el mismo hueco por el que se disponía a entrar el Rubio, la puerta de los lavabos de hombres, el lugar más inmundo y apestoso que Leni recordaba haber pisado en su vida.

—Yo ahí no entro. Ni hablar.

—Vaya con la fotógrafa intrépida. Pues no entres. Tú te lo pierdes.

Entraron.

El Rubio mostró a Leni con un ademán algo teatral, como un

pase de prestidigador, lo que yacía en el suelo, para que ella lo fotografiase. Quizá pensaba que en la exposición debía de haber una muestra introductoria del *gore* más *light*, una obviedad necesaria: la carne traspasada por la jeringuilla, la muerte feliz y abyecta de un San Sebastián de poca monta. Ella fue disciplinada y lo fotografió, al principio con horror, pronto con una náusea de mero asco, y por último con mucho cuidado de no aplanar con el flash los accidentes de los primeros planos de aquel rostro, en cuyos ojos ya no se reflejaba nada, porque estaban velados como los de un pez dejado atrás por la marea. Sin lugar a dudas, esa cara de cera, afilada y sin alma era digna de contemplarse colgada en la pared de El Globo de Nadar. Hacía juego con la de la Caníbal, y no los rostros mofletudos de los risueños refugiados. A su lado la de Ciompi parecería el anuncio de un flan. Claro que en el fondo Ciompi estaba vivo, y lo que tenía encuadrado ahora era un fiambre auténtico. El primer muerto que veía en su vida. Se estremeció ligeramente, pero ya no de repugnancia sino de excitación.

Unos pasos en el corredor les advirtieron que alguien se acercaba. El Rubio la empujó al interior de uno de los retretes y entró con ella, cerrando tras de sí. Allí el hedor era insoportable, los pies resbalaban en una humedad viscosa y más valía no pararse a pensar con qué material estaban trazados algunos letreros en la puerta. No vieron nada, pero oyeron un grito ahogado de horror y una exclamación terriblemente gruesa, aunque emitida con sordina. Quien fuera el que había entrado, acababa de descubrir el fiambre. Luego todo quedó en silencio un momento, que aprovecharon para salir de allí a toda velocidad, pues evidentemente la tregua no iba a durar mucho.

La noche cundió. No parecía pasar el tiempo. Entraron sin permiso ni dificultad en un palacio del casco antiguo. En el portal les esperaba alguien, una mujer madura y hermosa, con gafas oscuras como el Rubio y el cabello mojado. A pesar de que no llovía, cuando les precedió al interior de la casa sus zapatos de tacón iban dejando una huella húmeda en el suelo. Un gran arco daba entrada a un zaguán para carrozas del que arrancaba la escalera. En su hueco había una garita. A través de sus visillos se veía luz y a Leni le pareció que una mano los alzaba y una cara de pez se formaba detrás de los cristales, entre un ondular verde de

algas y burbujas. Subieron por la escalera, de peldaños tan bajos que se derramaban como una mansa corriente de lava enfriada. No llegaba ningún ruido del exterior, ni del interior del edificio, como si estuviera deshabitado. La mujer empapada les precedía en silencio con paso elegante, salpicándolo todo. Se apoyaba con la mano izquierda en la barandilla de mármol. Leni no había visto nunca una mano como aquélla, tan blanca y manchada, los extremos de los largos dedos en forma de porra, con las uñas roídas casi hasta las lúnulas, y el dedo medio adornado con una sortija en la que centelleaba con un fuego extraordinario un diamante engarzado en una pesada y antigua montura de oro blanco. Sus ropas parecían gastadas pero de buen corte, anticuado también, que marcaba el talle y las caderas para luego estrecharse como un jarrón. Todo en ella indicaba que se trataba de alguien notable. Leni, que en su calidad de fotógrafa de prensa, aunque novata o precisamente por eso, creía conocer a todo el mundo, estaba mortificada porque no tenía ni remota idea de quién podía ser.

Una puerta oscura daba paso a la vivienda de la mujer. La abrió con mano segura y encendió la luz del vestíbulo, del que partía un largo corredor con las paredes tapizadas de damasco rojo y molduras de madera negra. A medida que se adentraban con ella en el corazón de la casa, el interior era como de otro mundo. El mal se agazapaba en el cuarto de baño, aunque de momento a Leni no se lo pareció. Inmenso, oscuro, con el suelo de mosaico gris y verde, y una bañera monumental con patas en forma de zarpas, no tenía en sí nada de extraño. Pero cuando entraron, la mujer se agarró al borde del lavabo, pálida y presa de una especie de temblor. El Rubio impidió que Leni se acercara a auxiliarla.

—Déjala. Lo que le pase no es asunto tuyo.

—Pero, ¿qué hemos venido a hacer aquí?

—Fotos. ¿No es eso lo que quieres? Ten paciencia. A ésta le gusta montar su numerito, sobre todo si tiene un público tan agradecido como tú. No te distraigas y prepara la cámara.

Transcurrieron unos minutos. Las sombras del cuarto iban cerrándose sobre el ángulo del lavabo hasta tragarse la figura inclinada y esbelta de la mujer, y parecían borrarla. Entonces el Rubio se dirigió con Leni hacia el otro extremo, donde se levantaba la bañera. Dentro flotaba, en un caldo marrón, un cuerpo desnudo.

El rostro era sereno y la sonrisa plácida. Empezaba a corromperse y no le importaba, aunque, a juzgar por la cantidad de frascos de perfume que abarrotaban el tocador, había amado exageradamente los buenos aromas.

—Está muerta —comentó Leni, más soñadora que alarmada.

—Y tan muerta. Lleva aquí la tira de tiempo, aunque se levanta a veces y se da aires de estar viva y hasta sale a pasear por la acera como esta noche. Si no quieres hacer nada con ella, nos vamos. Aquí no se puede respirar.

—¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta de lo que ha ocurrido?

—En estas casonas hay siempre algún fiambre en un sitio u otro. Ésta reventó y ni siquiera han notado su ausencia a la hora de las comidas. Por lo menos que sirva de modelo. Bien que le gustaba, no creas. Disfrutaba como una perra cuando le hacían fotos. Eso era lo que la mantenía viva. Cuando dejaron de hacerle la pelota, se deprimió y probó a llamar la atención de la manera más escandalosa. Se cortó las venas con una navaja barbera con las cachas de hueso, un instrumento brutal que ha servido para esos fines en su familia desde los tiempos de Iván el Terrible.

—¿Y tú, cómo lo sabes?

—En mi oficio hay que estar bien informado, como en el tuyo. Tus males vienen de que tú no sueles estarlo, porque confías demasiado en los libros y en tu cabezota. Sal y pregunta por ahí. Cualquier pelagatos te contará la historia de esta buena mujer.

Aquel espacio era más agradecido para hacer algo con clase que los lavabos del cine Versalles. Y el rostro de la muerta, convenientemente trabajado, iba a ser el más bello, el más suave, el más dulce y el más vivo de la exposición, porque sus ojos, aunque estaban mucho más velados que los del yonqui, tenían una caída de párpados que hacía el efecto de una mirada introvertida y prerrafaelista, con sombra de pestañas en los pómulos como en los retratos de Marlene. Marlene… Por fin algo que se acercaba a los esplendores antiguos.

—Qué pena que no tengamos una luz para dirigirla desde aquí sobre su frente. El efecto sería fantástico.

—¿Quién ha dicho que no la tenemos?

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el Rubio desapareció y volvió inmediatamente, trayendo un flexo, que sostuvo sobre la

empapada cabeza de la muerta mientras Leni, encendida de entusiasmo, disparaba una y otra vez. Y cada disparo era como el chasquido de un beso. Uno a uno, parecían ir borrando la imagen de la muerta, o tal vez era que iba hundiéndose en el agua sucia de sangre. El caso es que no estuvo mucho tiempo a la vista.

—Ya no se la ve. ¿Qué ha pasado? —preguntó Leni al Rubio.

—Ya es bastante que se haya dejado ver un rato. Para ella supone un sufrimiento, aunque también le gusta. Prueba tú a desaparecer y verás lo difícil que es la vuelta.

Bajo una lluvia ligera, la ciudad nocturna parecía purificada de sus miserias. Olía bien. Leni nunca pensó que hubiera tantos corredores, túneles, pasillos. En uno de ellos, iluminado por la claridad mortecina del neón, el Rubio abrió una puerta verde. Ninguna se le resistía. No necesitaba llave, simplemente empujaba con suavidad con aquellas manos de piel fina, con las que no había dado golpe en su vida. Encendió la luz sin vacilar, como si conociera perfectamente el lugar y estuviera familiarizado con todos sus elementos. La habitación era pequeña, ocupada casi completamente por la cama, que sólo dejaba sitio para un pequeño sofá y un sillón. Una mujer yacía entre un revoltijo de sábanas arrugadas. El Rubio se acercó a ella y Leni le siguió, medio escondida detrás de él. La enferma tenía los ojos abiertos y una intensa expresión de sufrimiento. Parecía muy joven.

—Me duele mucho —dijo mirando al Rubio con ojos extraviados.

—Pues, hija, llama a la enfermera. Ella sabrá lo que hay que hacer.

—Es que no puedo moverme. Estoy muy mal.

Su respiración se hizo más entrecortada, su sufrimiento más intenso, y empezó a emitir una especie de lamento que amenazaba convertirse en grito hasta que mordió la almohada. Tenía tensos todos los tendones, como cuerdas.

—Tranquilízate, nosotros la llamaremos. ¿Dónde está el timbre?

La muchacha lo señaló con la mirada y el Rubio lo oprimió. Leni estaba tranquila. Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más natural le parecía todo, como en un sueño. Pero no era un sueño. La enfermera entró.

—Dice que le duele mucho —explicó el Rubio sin más

preámbulos.

—Y con razón, pobrecilla. Ahora le traeré algo. Gracias a Dios que han venido ustedes. Se ha pasado el día sola.

Cuando la enfermera salió en busca del remedio, la joven miró a Leni y susurró:

—Yo lo que quiero es morirme. No puedo más. Ni siquiera sé quiénes sois vosotros.

Lo dijo con una voz casi inexpresiva que daba miedo. Leni nunca había estado tan cerca de un ser completamente desesperado. La carita pálida, rodeada de cabellos largos que se extendían por la almohada como las serpientes de Medusa, ponían un marco paradójico al rostro sereno a fuerza de exasperación. Leni pensó que era el momento de apoderarse de aquel tesoro y descorrió la cremallera de su bolsa, pero el Rubio movió la cabeza en un gesto de negación.

—Todavía no.

La enfermera volvió en seguida, y mientras ponía una inyección a la muchacha, reanudó sus quejas sobre el abandono en que la habían dejado. Nadie se hacía cargo de ella, nadie la llamaba por teléfono. Como si no existiera.

—Menos mal que han aparecido ustedes —concluyó en tono recriminatorio.

—Sí —dijo el Rubio con una sorna que sólo advirtió Leni—. Menos mal. Pero nosotros estamos de paso. No podemos hacer gran cosa.

La inyección surtió efecto casi inmediatamente. La enfermera les dejó. El Rubio hizo un ademán para que Leni se acercara a la cama. Él se había inclinado sobre el rostro de la enferma como sobre el espejo de las aguas.

—Madre mía, qué chute. Morfina pura. Mira, mira.

Era realmente un espectáculo observar cómo aquel rostro frío y doliente hasta el límite, se relajaba, recobraba un ligero color y sobre todo se abría como el capullo de una flor, con una expresión de calma que iba convirtiéndose en una felicidad sublime. La frente se le perló de un sudor de bienestar.

—Ahora —dijo el Rubio.

Sí, ése era el momento extraordinario. El rostro de la alegría de vivir, el espejo de la satisfacción. Merecía un título hermoso,

pensaba Leni mientras disparaba sobre ella procurando que la luz del flash rebotara en el techo para no endurecer los suaves rasgos de la modelo, cada vez más joven.

—Abre los ojos un momento, por favor —rogó.

Pero era inútil. El placer que le producía la disminución del dolor era tan intenso que tenía que disfrutarlo con los ojos cerrados. Y así saldría, como una bella durmiente, un poco despeinada, entregada a los gozos purísimos de los campos de amapolas, viva estampa de la felicidad sin sombras.

—Hay que joderse, aquí sí que tienen buen material, y no lo que se chuta por ahí la juventud —dijo, cínico, el Rubio.

Cuando salieron, saludó con la mano a la enfermera, que correspondió con una sonrisa desde su mostrador del pasillo.

—¿La conocías? —preguntó Leni.

—¿A quién?

—A la chica ésa, a la enferma.

—Cuando se conoce a todos, es inútil preguntarse si se conoce a alguien en particular —fue la enigmática respuesta.

—PERO TENGO UN AMIGO aquí mismo al que conozco. Seguro que te gustará. Es un tipo impresionante, un verdadero buitre.

—Pues ya tardamos —exclamó Leni, totalmente ebria de aventura.

—Vamos.

Cruzaron un patio de grava crujiente y bajaron por una escalera que parecía hundirse en las entrañas del mundo.

—¿No hay ascensor?

—No. La entrada principal no es ésta, pero para llegar desde aquí dentro, que es nuestro único acceso posible, no hay más remedio que ir a pie. ¿Estás cansada?

—No.

—Mejor, porque hay que bajar bastante.

El corredor al que fueron a parar tras un descenso que, efectivamente, duró largo rato, tenía la refrigeración a toda potencia. Sentado ante una mesita, un individuo pequeño y contrahecho leía el periódico a la cenicienta luz de neón. Tenía pelo en toda la cabeza, pero tan escaso que invitaba a rasurárselo mentalmente a quienes le echaban la vista encima.

—Hola, Chemita —dijo el Rubio.

El interpelado se sobresaltó, pero cuando reconoció al Rubio lanzó un suspiro de alivio y se puso meloso como si tuviera delante a un benefactor o más bien a alguien importante. Su ademán fue parecido al que haría un soldado saludando a un capitán.

—Buenas noches. Qué sorpresa tan agradable. ¿Viene a llevarse a…?

—Vengo a hablar con Hidalgo. La señora quiere conocerle. ¿Está?

—Sí, sí está, sí. En la cuba. ¿Quiere que le llame?

—No. Iremos nosotros.

—Se alegrará de verle, señor.

Hidalgo era un hombre muy alto, flaco, de unos sesenta años, pelo canoso, abundante y muy largo, peinado en forma de melena que le llegaba hasta los hombros. Se cubría los ojos con gafas de sol horteras y llevaba bata blanca. Algo en su persona hacía pensar en un contacto anómalo con la ciencia; evidentemente, no era médico ni enfermero. Las manos largas, curtidas y nervudas, parecían de escultor. En el anular de la izquierda llevaba una sortija en la que brillaba una gran piedra roja, probablemente un rubí sintético. La combinación de la bata con la joya de feriante resultaba indecorosa y un poco repulsiva.

—Si no fuera por Hidalgo, los estudiantes no podrían hacer prácticas de anatomía. Él es quien cuida de los especímenes y hace los preparados anatómicos —dijo el Rubio a Leni cuando se lo presentó. Mientras Hidalgo le estrechaba la mano, el Rubio añadió—: Ella también se relaciona con esto. Inmortaliza a vivos y difuntos, y detiene el tiempo con sus fotos.

—¿Es de algún periódico? —preguntó Hidalgo, alarmado.

—No, nada de periódicos. Lo suyo, como en tu caso, es arte.

El arte de Hidalgo era muy refinado. Cortó una cabeza para hacer a Leni una demostración de la limpieza y precisión del instrumental de láser, y le permitió fotografiar la operación. Luego le enseñó el cráneo de una muchacha rebanado transversalmente con tal primor que la belleza de la media cara intacta formaba un contraste fantástico con la mitad rebanada, a su vez tan hermosa como una anatomía rococó en cera de las que Leni había visto y fotografiado en el museo de Antropología. Hidalgo la conservaba en

un frasco de formol levemente turbio, que le daba un aire profundo y subacuático. Leni gastó un carrete con ella. Era el objeto más bello que había visto jamás. La exposición iba cobrando forma en su mente. Una forma coherente y llena de matices, gracias al Rubio, que lo miraba todo con absoluta indiferencia. Después fueron a la cuba. Era una especie de piscina de formol en la que estaban almacenados los cuerpos a la espera de ser utilizados por los estudiantes en sus prácticas. Hidalgo sacó uno de ellos con un gancho y una polea eléctrica para que Leni lo viera y lo fotografiara. Aquella maniobra, sus ruidos, el chapoteo, la impresionaron, pero trató de que eso no influyera en el resultado de su trabajo, y no dejó de fotografiar lo que iba saliendo del oscuro pozo donde flotaban los muertos. Era una vieja muy gorda.

—Ésta lleva aquí mucho tiempo, porque para los ejercicios hacen falta especímenes delgados. Pero no me deshago de ella por si alguna vez andamos escasos de material.

—¿De dónde los sacan?

—Generalmente, de la calle. Hacemos limpieza. Todas las noches mueren varios mendigos y borrachos. Nadie los reclama y la justicia no tiene que investigarlos, porque mueren de muerte natural. Nos ahorramos un montón de problemas. Luego están los que nos venden los familiares.

—¿Los venden? ¿Eso es legal?

—Si todo tuviera que ser legal, el mundo no existiría, señora. Hay gente muy escrupulosa con esas cosas, pero en realidad, ¿qué mal hace una mujer que vende el cuerpo de su marido, si lo necesita para dar de comer a sus hijos? No es lo malo vender muertos. Peor es vender a los vivos, y también se hace. Y luego están los peores, los que dejan el cuerpo a la ciencia. Ésos son una fuente de papeleo y disgustos para todos. Los familiares no se resignan a perder al deudo y menos, gratis.

Los tres rieron de buena gana.

LAS SIGUIENTES FOTOGRAFÍAS dejaron de ser individuales y tuvieron por objeto conjuntos cada vez más numerosos y heterogéneos, de los que Leni destacó algunas expresiones, sonrisitas, terrores casi póstumos, desesperadas peticiones de clemencia, incluso los alivios del desenlace. El Rubio y ella parecían estar cada vez más lejos del

mundo conocido, aunque de hecho algunos datos indicaban que se hallaban en la ciudad. La cámara frigorífica del restaurante Minski, que Leni no conocía y de cuya inquietante especialidad no había oído hablar, proporcionó excelentes motivos para el tema de la suspensión y el troceamiento de los cuerpos desollados, que no podía estar ausente en una muestra como la que iba tomando forma en su imaginación, según se desplegaba el abanico de aquellas posibilidades, que rebasaban el rostro e incluso el cuerpo de los especímenes, como decía Hidalgo, e iba hasta la frontera más allá de la cual lo humano deja paso a la materia indiferente. Algunos de los amigos de Leni, que se autodefinían como posmodernos, se pasaban el tiempo hablando del troceamiento, del fragmento, del cuerpo abyecto. Ella entonces no comprendía bien —ellos tampoco— a qué se referían. Ahora seguía sin comprender, pero había visto echar en la caldera trozos indudablemente físicos, y había sentido que los intestinos resbalando en las negras bolsas de basura eran abyectos. Mucho de aquel material fue captado por su cámara y tuvo de antemano en la exposición un lugar privilegiado, a la vez que semioculto. Gratos escalofríos recorrían su espalda. Más de uno iba a morirse de envidia.

También estuvieron en los sótanos de la secta de los Niños del Cielo, principal proveedora de Minski, donde la joven fotografió una curiosa escena protagonizada por un sectario al que llamaban Barba Azul por el parecido de sus vicios con los de Gilles de Rais. En el metro, hizo un reportaje completo sobre el vagón de la carne destinada a los fundadores de la ciudad. Aquí percibió el primer crujido, la primera grieta del mundo en que se hallaba, porque la escena le resultó familiar. Y no por conocerla en la realidad, sino a través de la lectura de los *Libros Sangrientos* de Clive Barker. A partir de ahí, la excursión se fue haciendo más vaga y también más dolorosa.

Bajaron interminablemente a través de una espiral por rampas o caminos entre vapores con el aspecto y el olor de la niebla de teatro. Algo había en aquellos andurriales que hacía pensar en una discoteca, si las hubiera en el infierno, con luces de colores, reflectores sobre todo rojos, y centelleantes bolas de espejuelos. Las tinieblas vomitaban rostros y jetas admirables, y cuerpos, sobre todo cuerpos duros y transparentes, enredados en la diablura de las

metamorfosis y exhibiendo mutilaciones suntuosas. Pero más abajo, desaparecida la cristalería, todo se volvía blando, era el mundo sin piel lo que estaban atravesando, las cosas latían, vivían despellejadas, y ella disparaba una y otra vez y ya no sabía cuál era el objeto ni si lo encuadraba bien o al azar, o de dónde veía la luz. Aquellos chasquidos ya no eran besos. Sonaban como carne achicharrada. Sólo veía delante de sí la cabeza de su compañero y sentía en la mano la mano tranquilizadora del Rubio. Saldrían de allí en cuanto él quisiera. Era tonto pensar que estaban a demasiada profundidad como para poder regresar.

—Debajo de la piel no hay más que carne y huesos, como cuando te comes un pollo —dijo, dejando al descubierto con la sonrisa los caninos largos, como para desgarrar esa carne y esos huesos tras haber halagado la piel con el contacto de su bella boca.

A LENI LE GUSTÓ SU PROPIO ROSTRO a través del sucio espejo de un bar adonde fueron a parar, como vomitados por el abismo, ya casi de madrugada.

Poseída por la fiebre de la fotografía tras haber estado toda la noche capturando imágenes de pesadilla, trató de fotografiar aquella imagen inmóvil, que la miraba desde el azogue medio arruinado por la humedad.

—No te retrates —le advirtió el Rubio—. Te traería mala suerte.

Leni se levantó.

—¿Adónde vas?

—Al lavabo.

—¿Y te llevas la cámara?

—Me llevo lo que me da la gana.

—Pues, tú misma.

El espejo del lavabo estaba rajado, sucio y con los bordes deteriorados. A la luz macilenta de la bombilla que colgaba del techo con un gancho oxidado, se vio y se gustó mucho más que antes. Estaba muy hermosa, pálida y con el pelo brillando en ondas que antes no tenía. Pero la imagen no seguía sus gestos. Levantó la mano derecha y su doble no obedeció. Lo único que hizo fue sonreír cínicamente.

—¿Quién eres? ¿No eres yo misma?

La imagen guardó silencio, ni siquiera mimó los labios de los

que habían salido aquellas palabras dirigidas a ella. Tenía que fotografiarse. Nada podía traer mala suerte después de lo que habían hecho esa noche, toda la noche. Enfocándose en el espejo, la cámara no se reflejaba. En el centro se erguía ella, sonriente e impertérrita, desafiante. Se hizo a sí misma media docena de fotos, las que quedaban en el carrete.

—Te has despachado a gusto, ¿eh? —le preguntó el Rubio a su vuelta—. Debería cobrártelo aparte. Son caprichos muy caros. No sé si te acuerdas, pero me debes un buen montón de pasta, nena.

Empezaba a clarear y no había un alma en las calles salvo alguna furtiva sombra proletaria y unos monstruos en retirada, tal vez ahítos, tal vez no. No parecía fácil conseguir dinero a esas horas.

—Habrá que esperar —dijo ella—. Lo mejor será que durmamos un poco y mañana a las diez o las once me acompañas al banco. Te juro que te pagaré. Y desayunaremos juntos para celebrarlo.

—Ya. Pero es que yo lo quiero ahora. Vamos a un cajero discreto.

—Ah, bueno, si te conformas con lo que puede dar un cajero automático… —rió ella con alivio, recordando la cantidad relativamente modesta que estaban dispuestas a soltar aquellas máquinas.

—El de la Universidad estará bien —dijo él—. Vamos en mi moto, preciosa. Deja la tuya ahí aparcada, y luego te traigo yo hasta ella después de la operación.

En los alrededores del cajero automático de la sucursal de la Universidad no había, en efecto, ni un alma. El barrio descansaba. Los estudiantes no se divertían por allí precisamente, y tampoco acudían a las facultades al alba. Leni sacó la cantidad permitida y se la tendió al Rubio. Los colmillos del joven brillaron a la luz gris que empezaba a anunciar la llegada del nuevo día. Apartó un poco a Leni y pulsó unas cuantas teclas de la consola de la máquina. Una musiquita electrónica, que reproducía el arpegio llamado «Diavolus», sonó irónica como la de una tragaperras. Y montones de billetes de los grandes empezaron a ser contados en las entrañas del artefacto y vomitados por la ranura a una velocidad endemoniada. Por esa herida se desangró el pequeño patrimonio de Leni, que asistió al desastre económico repasando mentalmente, a modo de

consuelo, las fotos increíbles con que había impresionado los carretes que abultaban en los bolsillos de su cazadora. Mierda *gore*, pero de marca mayor. Puro arte que iba a dejarles a todos con la boca abierta. ¿Qué importaba lo demás?

Pero las cosas son como son, y esos dones, esos espectáculos, esos infiernos no suelen impresionar el celuloide. Además, los tratos con gente como el Rubio perjudican la imagen. Leni lo comprobó al mirarse al espejo, incluso antes de intentar —inútilmente— revelar aquellas fotos imposibles. Había perdido su reflejo, además de su dinero, en una noche cuyas horas nunca supo dónde demonios habían transcurrido.